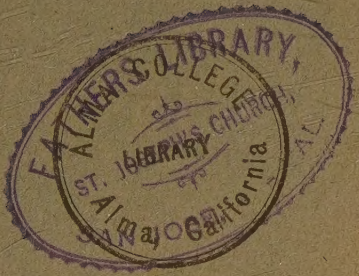
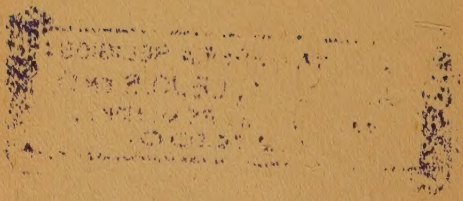
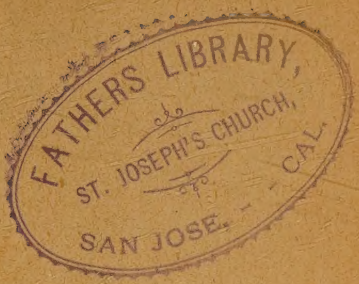
P. Garzón

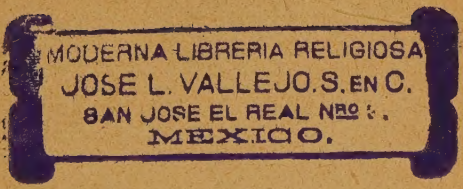
# Meditaciones Espirituales


ALMERS COLLEGE
LIBRARY
Alma, California






# MEDITACIONES ESPIRITUALES



# MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN PARTE DE LAS DEL

## V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

## P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

**Segunda edición notablemente corregida.**

TOMO CUARTO

**Contiene los meses de Julio y Agosto**

ALMA COLLEGE
246.71
LIBRARY
G199
Alma, California

FATHER LIBRARY
ST. ALMA COLLEGE
JOSEPH'S CHURCH
LIBRARY
SAN JOSE
Alma, California

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14—Plaza de Santo Domingo—14

1905

44973

Imprimatur

*Matriti 1 Januarii 1905.*

JOSEPHUS MARIA PAGASARTUNDUA

**Praepositus Provinciae Toletanae.**

ES PROPIEDAD

Con licencia eclesiástica.

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54.

FATHERS' COLLEGE
LIBRARY
Alma, California
SAN JOSE

# MES DE JULIO

## DÍA PRIMERO

### Jornada de la Santísima Virgen á casa de Santa Isabel.

*Preludios.*—Imagínate á María santísima caminando de Nazaret á Aín, pronta siempre á cumplir la voluntad de su Hijo, y pídele la gracia de encontrarte siempre dispuesto á cumplir en todo la voluntad divina, renunciando á la tuya propia.

PUNTO I

*Caridad de Jesús.*

Considera cómo el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, con el gran deseo que tenía de salvar á los hombres, luego puso los ojos en San Juan, que fué su precursor; y viendo que estaba en pecado original, se dolió de él y se determinó de librarle luego de aquella miseria y santificarle, tomando posesión del oficio de Redentor que tenía á su cargo. Para esto inspiró eficazmente á su Madre, que con presteza fuese á visitar á su prima, para, de camino, hacer esta obra maravillosa de santificación. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, el gran deseo que tiene este Señor de nuestra salvación, agradeciéndoselo y confundiéndome yo del poco que tengo de la mía, y cuán cuidadoso es del bien de

sus escogidos, y cuán vigilante en ejercitar su oficio de Redentor, pues le comenzó desde el vientre de su Madre purísima. También ponderaré cuán grave mal es la culpa y lo mucho que siente nuestro Señor que sus escogidos estén en pecado un momento, pues por esto inspiró á su Madre que hiciese aquella jornada, para librar de pecado á Juan.

¡Oh Verbo divino, que te hiciste hombre por librarnos del pecado, y deseaste hacer este oficio con tanta presteza. Ven, Señor, á librarme de mis pecados y á santificarme con tu gracia, para que desde luego comience á servirte con fervor.

### Punto II

*Cooperación de Nuestra Señora en la santificación del Bautista.*

Considera cómo pudiendo nuestro Señor santificar al Bautista desde el lugar donde estaba, quiso inspirar á su Madre le llevase á casa de Isabel, y allí hacer esta santificación milagrosa, por causas admirables y muy provechosas para nuestra enseñanza.

La primera, para dar nuevas muestras de su humildad y caridad; porque como estas virtudes le movieron á salir del cielo y venir al mundo para visitarle y sacarle de las tinieblas de muerte en que estaba, así también le movieron á salir de Nazaret para visitar á Juan y sacarle de pecado, viniendo el mayor á visitar al menor para honrarle, y el médico al enfermo para sanarle. La segunda causa fué, para que su Madre santísima tuviese parte en esta obra, tomándola por instrumento de

la primera santificación que obraba en el mundo, justificando por su medio al niño Juan que estaba en pecado, y llenando del Espíritu Santo á su madre, que era justa, á fin de que los pecadores entendiésemos cómo la Virgen había de ser nuestra medianera para alcanzar perdón de nuestros pecados; y los justos entendiesen que por su medio habían de alcanzar la plenitud del Espíritu Santo y de su gracia, con las virtudes y dones que vienen del cielo; y así todos procurasen amarla y servirla y serle muy devotos. ¡Oh Virgen soberana! pues hoy juntamente con vuestro Hijo tomáis posesión del oficio que os han dado para nuestro bien, proseguidle conmigo en este día, alcanzándome perdón de mis culpas y abundancia de las divinas gracias.

La tercera causa fué, porque es propio de Cristo N. S., en entrando en un alma, inspirarle ejercicios de virtud, y moverla á que suba con fervor á la alteza de la perfección. Unas veces le inspira que ejercite la oración y contemplación, y las demás obras de la vida contemplativa. Otras, que salga del recogimiento, y ejercite las obras de la vida activa con los prójimos. Y así, en el punto que entró en las entrañas de la Virgen, la movió á subir á las montañas de Judea, para ejercitar insignes obras de caridad, misericordia y obediencia.

De aquí sacaré, cómo también es propio de Cristo N. S., cuando entra en los justos por la comunión del Santísimo Sacramento del altar, inspirarles semejantes ejercicios de virtud para que suban á la perfección de ambas vidas, contemplativa y activa, inspirando á cada uno lo que más le conviene. Y si yo no siento tales

inspiraciones cuando comulgo, es por mi ruin disposición y por mi mucha tibieza, con la cual me hago indigno de esta merced. De lo cual me tengo de confundir y suplicarle use conmigo de su misericordia, inspirándome eficazmente lo que es conforme á su santa voluntad.

### Punto III

*Obediencia de María santísima.*

Considera la perfecta obediencia de la Virgen á esta inspiración, la cual apunta el Evangelista, diciendo: «Levantándose María fué con apresuramiento á las montañas de Judea». Porque no aguardó á precepto, ni ordenación expresa, sino en sintiendo que Dios gustaba de que visitase á su prima, esta inspiración bastó para que lo hiciese; porque el perfecto obediente cumple cualquiera cosa que entiende ser más conforme al gusto de Dios y de su superior. Además, fué muy pronta y puntual, porque no dilató muchos días la visita, sino con la brevedad que pudo la hizo, y fué con gran prisa, por la eficacia del Espíritu que la movía á cumplir presto su obediencia, porque la divina gracia es enemiga de dilación y tardanza. Fué muy pura en la intención, pretendiendo solamente la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad, sin mezcla de los fines terrenos que suele haber en semejantes visitas. Fué obediencia mezclada con mucha caridad, paciencia y humildad; porque sin reparar en la dignidad que se le había dado de Madre de Dios, gustó de visitar á la que era menos que Ella, para servirla y darle

el parabién de la merced que Dios le había hecho; y aunque el camino era largo y áspero, y ella tierna y no acostumbrada á tales trabajos, no dudó dejar su recogimiento y salir al público, porque así lo quería nuestro Señor.

Ultimamente, ponderaré el modo cómo esta Señora caminaba. Llevaba rara modestia, sin divertirse curiosamente á mirar los que pasaban por el camino, de tal manera, que si algunos ponían en ella los ojos, quedaban movidos á santidad y pureza. El corazón llevaba enclavado en el Hijo, que tenía dentro de sus entrañas, con quien trataba dulces coloquios por todo el camino, y con El iba tan contenta, que no sentía el trabajo, ni la pobreza y falta de lo necesario.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen soberana, cuán llena vais de Dios y cuán gustosa en cumplir su voluntad! ¡Oh, cuán bien os cuadra en este camino ser litera del verdadero Salomón, fabricada con admirable artificio para llevarle de una parte á otra! Las columnas de plata son vuestras virtudes, el reclinatorio de oro vuestra contemplación, la subida de púrpura vuestra humildad y paciencia, y el centro, que es vuestro corazón, está adornado con caridad, porque con Vos va el mismo Dios, que es caridad. Y pues todo esto se os ha dado por causa de las hijas de Jerusalén, que son las almas flacas, suplícoos, Madre piadosísima, me alcancéis otro adorno semejante, para que, imitando vuestras virtudes, pueda mi alma ser trono de vuestro Hijo, en el cual descanse y donde él se dé á conocer á todo el mundo.

**Propósitos.**—Saca de esta meditación que tu trato con el mundo sea digno de un cristiano, huyendo de conversaciones ó pasatiempos frívolos ó peligrosos, procurando hacer el bien que puedas, con tus palabras y ejemplos, á las personas con quienes te veas obligado á tratar.

## 2 DE JULIO

### Sobre la Visitación de la santísima Virgen á su prima Santa Isabel.

*Preludios.*—Imagínate á Nuestra Señora entrando gozosa en casa de Santa Isabel, inundando aquel hogar de tesoros celestiales con su presencia, y pídele que te alcance de su santísimo Hijo la gracia de no fijar tu corazón en las cosas de la tierra, y desear y alegrarse sólo en las del cielo.

#### Punto I

*Poder de la intercesión de María.*

Considera la entrada de la Virgen en casa de Isabel, y los grandes bienes que entraron con Ella; porque la Virgen, como más humilde, la saludó primero, y el Verbo eterno encarnado, que estaba en sus entrañas, tomó las palabras de su Madre por instrumento para hacer obras maravillosas en el niño que estaba en las de Isabel. Limpióle del pecado original, justificóle con su gracia, llenóle del Espíritu Santo, aceleróle el uso de razón, hízole su profeta, dióle luz y conocimiento del misterio de la Encarnación, y comunicóle tanta alegría, que daba saltos de placer en el vientre de su madre, manifestando de la manera que podía el gusto que tenía con la venida y visita de su Señor. Todo esto fué en un momento, en lo cual tengo de ponderar, primeramente, la omnipotencia y liberalidad del Salvador que ha venido, pues tan de repente hace obras tan grandiosas sin merecimientos del que las recibe, cumpliéndose aquí lo que dijo el Sabio: «El rey que está sentado en su trono, con su vista deshace todo mal»; porque este Rey de reyes, sentado en el trono del vientre virginal

de María, miró con ojos de misericordia á su Precursor, y con sola esta vista, en un punto deshizo todo el mal de culpa que tenía. Con lo cual tengo de cobrar grande confianza de que usará conmigo de misericordia, acordándome de lo que dijo el *Eclesiástico:* «Confía, hijo, porque en los ojos de Dios fácil cosa es remediar al pobre». ¡Oh Rey omnipotente! muestra conmigo tu omnipotencia librándome de mis males y llenándome de tus bienes, para que se descubra la grandeza de tus misericordias en quien tan indigno es de ellas. ¡Dame, como á tu Precursor, perdón de mis pecados, luz y conocimiento de tu Encarnación, y alegría espiritual en tu servicio!

La segunda cosa que se ha de ponderar, es la eficacia de la palabra de la Virgen, por ser Madre de Dios, y lo mucho que podrá alcanzar de su Hijo en un momento, pues por su medio tantos bienes juntos se dieron tan de repente al Bautista, que fué las primicias de Cristo y de su redención, el cual quiso madurar este primer fruto antes de su propio tiempo por medio de su Madre, para darnos confianza de que por su intercesión seremos prevenidos y ayudados de la divina misericordia. Y así, tengo de suplicar á esta Reina soberana use conmigo de este poder que tiene, alcanzándome algo de lo mucho que por su medio se dió á este dichoso Precursor.

### Punto II

*Inspiración de Santa Isabel, y alabanzas que tributó á Nuestra Señora.*

Considera cómo Santa Isabel juntamente fué llena del Espíritu Santo, comunicándole Dios

por medio de esta salutación luz y conocimiento de este misterio y el don de profecía, con el cual descubrió maravillosamente cuatro efectos que estos dones causaron en ella, en los cuales resplandecen cuatro propiedades de la visita interior de Cristo N. S., y de la presencia del Espíritu Santo cuando llena las almas con sus dones. Lo primero, Santa Isabel, con grandísimo afecto, movida del Espíritu Santo prorrumpió en alabanzas de Dios y de su Madre, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre». Como quien dice: Verdad fué lo que te dijo el ángel, que eres bendita entre todas las mujeres, á lo cual añado yo, que también es bendito el Hijo que traes en tu vientre; y porque El es bendito, lo eres Tú, porque de El, como de fuente, proceden todas las bendiciones celestiales. Por donde se ve cómo es propio del Espíritu Santo movernos á glorificar á Cristo y á su Madre con grande fervor de espíritu, por lo mucho que le agradan tales alabanzas. Humillóse, además, con un profundo conocimiento de su bajeza, y con otro muy alto de la grandeza de aquella Señora que la visitaba, diciendo: «¿De dónde á mí, que venga á visitarme la Madre de mi Señor?» Y luego, con afecto de agradecimiento, confesó las grandezas de Dios, y publicólas á quien sabía que por ellas le había de alabar y glorificar, diciendo á la Virgen: «Luego que tu voz entró por mis oídos, se alegró con grande gozo el infante que tengo en mis entrañas». Donde ponderaré, cuán propio es también del divino Espíritu causar humildad y agradecimiento en medio de los favores que nos hace, para que nos sean provechosos,

teniéndonos por indignos de ellos, y agradeciéndolos á quien nos los dió. Así, á imitación de Santa Isabel, cuando Dios interiormente me visitare, ó cuando fuere á recibirle en el Sacramento, tengo de avivar estos dos conocimientos, el de mi vileza y el de su alteza, exclamando: ¿De dónde á mí que venga mi Señor á visitarme? ¡Á mí, tan ingrato y miserable pecador! ¡Oh! bendita sea la inmensa caridad de Dios, que se digna de visitar á tan baja criatura por sola su infinita misericordia.

Santa Isabel, por último, confirmó á la Virgen en sus propósitos y en la fe que tenía, diciéndole: «Bienaventurada tú que creiste, porque sin duda tendrán efecto todas las cosas que te ha dicho el Señor». En las cuales palabras descubrió el soberano don de profecía que recibió, conociendo todo lo que pertenecía á la Virgen, así lo pasado que dijo el ángel, como lo presente, de ser Madre de Dios, y el cumplimiento de lo que estaba por venir. Se ve, por aquí, cuán propio es del Espíritu Santo inspirar á los justos que se aprovechen de sus dones en bien de los prójimos, confirmándolos en la fe y en el amor que deben á Dios. En estos cuatro afectos maravillosos procuraré imitar á Santa Isabel, suplicándole me alcance de nuestro Señor gracia para ello. Y últimamente ponderaré, cómo en este día se publicó el nombre más glorioso que tiene la Virgen, que es el de Madre de Dios, el cual Ella oyó con grande humildad y gozo, y con él tengo de saludarla, y darle el parabién de este nombre, alabando al que se le dió.

### Punto III

*Humildad y piedad de la Virgen santísima.*

Considera lo que la Virgen respondió ahora á Santa Isabel; porque también ella fué luego llena de un espíritu altísimo de profecía, y compuso el soberano cántico del *Magnificat*. Cerca del cual se ha de ponderar, lo primero, cómo la Virgen, habiendo oído tantas cosas de su alabanza, no enderezó su respuesta á Santa Isabel que la alababa, como lo suelen hacer comúnmente los hombres á título de mostrarse agradecidos, sino todas sus palabras enderezó á Dios N. S., enseñándonos el modo cómo nos hemos de haber con los hombres cuando nos alaban, porque lo mejor y más seguro es mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones de que somos alabados.

Mira luego cómo la Virgen, que tan corta y tan medida era en sus palabras cuando hablaba con los ángeles y con los hombres, se alargó mucho más cuando habló con Dios, cantando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela, mas lo segundo es indicio de amor y agradecimiento. Y como el que está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios y sus afectos de Dios, para engrandecerle y glorificarle con todo cuanto tiene, porque de la abundancia del corazón habla la boca, así la Virgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, entonó el soberano cántico del *Magnificat*, lleno de afectos de Dios, cuyo cántico debemos meditar bien para que sepamos rezarle con espíritu á honra de la Virgen.

**Coloquio**. ¡Oh soberana Señora, que al escu-

char las alabanzas y grandezas que de Vos dijo Santa Isabel, llena de profundísima humildad y de amor divino dirigisteis á Dios todas aquellas alabanzas y grandezas, reconociendo que de Dios proceden aquellos dones por los que somos alabados! Alcanzadme que cuando viere en mí alguna cosa que juzgare buena, y por la que se me alabe, no me envanezca y engría por ella, sino que tomando aquellas alabanzas que á mí se dirigen, las encamine á Dios, reconociendo mi nada con profunda humildad, y dándole gracias por aquellos dones que su misericordia me dispensa, sin mérito ninguno de parte mía.

**Propósitos.** — Atribuir al Señor cuanto bueno veamos, ó vean los prójimos de bueno en nosotros, huyendo la vanagloria y buscando en todo la gloria de Dios, y no la nuestra.

## 3 DE JULIO

### Sobre el cántico «Magnificat».

(Primera parte.)

*Preludios.*—Represéntate á nuestra Señora, inundada de gozo su purísima alma y transfigurado su semblante por el amor divino, dirigiendo á Dios las sublimes alabanzas del *Magnificat*, y pídele la gracia de que todo cuanto te rodee te lleve y convide á ver y alabar á Dios en sus criaturas.

### Punto I

*María engrandece y alaba al Señor.*

Considera en esta meditación los cinco versículos primeros del *Magnificat*, procurando sacar de ellos para honrar á Dios y para nuestro bien, las sublimes enseñanzas que contienen. En ellos María engrandece al Señor por las maravillas que en ella ha obrado su poder y su misericordia.

«Mi alma engrandece al Señor». En este

verso primero nos enseña la Virgen el espíritu con que hemos de alabar á Dios sintiendo alta y magníficamente de El, y engrandeciendo todo lo posible, su bondad y misericordia, su sabiduría y caridad, y la excelencia de su señorío. Y esto, no con solas palabras, sino con el ánimo y con todas sus potencias interiores. Porque no dijo: Mi ánima engrandeció ó engrandecerá, sino engrandece; para significar, que su perpetua ocupación era engrandecer á Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo. ¡Oh, si mi ánima engrandeciese siempre á su Señor á imitación de la Santísima Virgen! ¡Oh Virgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor! alcanzadme que la mía lo haga también así, ocupándose continuamente en cantar sus grandezas por todos los siglos.

«Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador». En estas palabras descubre la Virgen el modo de gozarnos en Dios, apuntando cuatro condiciones de este gozo para ser puro y perfecto. Porque lo primero, no hemos de poner nuestro gozo principal en las cosas corporales, sino en las espirituales, ni tanto en los dones recibidos cuanto en el dador de los dones, que es Dios. Y aunque nos hemos de gozar en Dios, que es nuestro Criador, pero principalmente porque es nuestro Salvador y santificador; porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual que se funda en la salud del alma santificada con la divina gracia. Y este gozo principalmente ha de ser en el espíritu, para que sea más limpio de todo lo que tiene resabio de carne, cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo

del espíritu redunda también en la carne, según aquello de David: «Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo». Finalmente, nuestro espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si tuviese por sus merecimientos los dones de que se alegra, sino su alegría ha de ser en Dios su Salvador, que se los dió, en quien ha de estribar su alegría, como dijo David. «Mi alma se alegrará en el Señor, y se deleitará en su Salvador». Tal fué el gozo de la Virgen, la cual en este punto miró al Salvador, que tenía dentro de sus entrañas, y arrebatada de su amor, dijo: «Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador». ¡Oh alma mía! Si deseas verdadero gozo, gózate en Dios, y El te cumplirá los deseos y peticiones de tu corazón, para que tu gozo sea lleno, y ninguno te lo pueda quitar, hasta que después entres en el gozo eterno de tu Señor.

### Punto II

*La humildad de María, origen de su exaltación.*

«Porque miró la pequeñez de su esclava.» En este verso y en los siguientes declara la Virgen diez soberanos beneficios: tres especiales y siete generales; los cuales son las principales causas y títulos que tiene para engrandecer á Dios, y alegrarse en El, y mostrársele tan agradecida. El primero es, porque miró la humildad y pequeñez de su esclava; en las cuales palabras la Virgen apunta dos raíces de los divinos beneficios: una principal, de parte de Dios, y otra de parte nuestra. De parte de Dios es dignarse mirarnos con buenos ojos, y acordarse de nosotros para

hacernos bien. Porque aunque es verdad que ve todas las cosas, pero no se dice mirar ni hacer caso de las que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira, para usar con ellas de grande misericordia. La raíz de parte nuestra es el reconocimiento de nuestra pequeñez, por el cual nos disponemos á recibir los dones de la divina largueza; y así la Virgen juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios, porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras, no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita, porque como verdadera humilde no se tiene por tal, ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava, y que, sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual nos enseña, que el fundamento de las alabanzas de Dios, y de la acción de gracias por los beneficios que nos hace, ha de ser el reconocimiento de nuestra pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia, como le sucedió al fariseo; antes esta pequeñez ha de ser título para pedir á Dios que me mire con buenos ojos y me haga grandes mercedes. ¡Oh Dios altísimo, que habitas en las alturas del cielo! Mira la pequeñez de este vil esclavo, y usa con él de tu acostumbrada misericordia.

«Mirad que desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.» Este es el segundo título que tuvo la Virgen para engrandecer á Dios; porque desde aquel punto que miró su pequeñez, y porque la miró, la llamarían bienaventurada todos los hombres

que creyesen en Cristo, los presentes y los por venir. Con lo cual no toma la virgen por motivo de gozo sus propias alabanzas, sino las grandezas que Dios le dió, en que se fundan, y el bien que resultaría á todos los que la sirviesen y alabasen. ¡Oh Virgen soberana! Yo, de mi parte, quiero cumplir vuestra profecía, y ser uno de los que os llaman bienaventurada. Vos sois bienaventurada, porque creisteis, como dijo vuestra prima; y sois bienaventurada, porque trajisteis en vuestro vientre al Salvador; y mucho más bienaventurada porque oisteis su palabra y la guardasteis. También sois bienaventurada con las ocho bienaventuranzas que vuestro Hijo predicó en el monte; sois pobre de espíritu, y es vuestro el reino de los cielos; sois mansa, y poseéis la tierra de los vivos; llorasteis los males del mundo, y así sois consolada; tuvisteis hambre y sed de justicia, y ahora estáis harta; sois misericordiosa, y alcanzasteis misericordia; sois pacífica, y así por excelencia sois Hija de Dios; sois limpia de corazón, y ahora estáis viendo claramente á Dios; padecisteis persecuciones por la justicia, y ahora es vuestro el reino de los cielos, como Reina suprema de todos sus moradores.

### Punto III

*Grandezas de María, Madre de Dios.*

«Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso, y su santo nombre.» Este es el tercer título que alega la Virgen para glorificar á Dios, porque en este punto revolvió por su memoria las cosas milagrosas que Dios había obrado en ella, y los grandes beneficios

que le había hecho desde el instante de su Concepción hasta entonces; especialmente aquel gran milagro de ser Virgen y Madre, y nó cualquier madre, sino del mismo Dios; y admirada de tantas grandezas, alabó á Dios por ellas, atribuyéndolas á su omnipotencia y á la santidad de su nombre, porque con su omnipotencia las hizo, y con su santidad quiso hacerlas, para que su nombre fuese santificado y glorificado por todos los siglos. Y en decir que hizo Dios en Ella cosas grandes, da también á entender que la hizo grande en las cosas que hacen á los hombres grandes delante de Dios, que es la santidad y dones celestiales, porque, siendo el Hijo grande, también lo había de ser su Madre. Por donde consta que no es contra la humildad reconocer en sí los dones de Dios, antes, como dice San Pablo, el mismo divino Espíritu nos los descubre, para que se lo agradezcamos, atribuyéndolos, no á nuestros merecimientos, sino á la potencia y santidad de Dios.

**Coloquio.**—¡Oh alma mía! Reconoce, llena de gratitud, los innumerables beneficios de Dios y los dones de que, sin merecimiento alguno tuyo, te ha adornado, humillándote de todo corazón en su presencia, y diciéndole al par: Tuyos son, y no míos, ¡oh Padre misericordioso! estos dones que te has dignado concederme. A Ti son debidas, y no á mí, las alabanzas que esos dones merecen, porque tuyos son: Tú me los has dado, por tu infinita bondad. Pudieras quitármelos si quisieras, y no lo haces, á pesar de no merecerlos yo. Haz, Dios mío, por intercesión de la Virgen santísima, que yo reconozca todas tus bondades para conmigo, y que te alabe como debo y te engrandezca por ellas.

**Propósitos.**—Dar constantemente gracias al Señor por sus beneficios, y jamás vanagloriarte de ningún bien que en ti reconozcan los demás.

# 4 DE JULIO

## Sobre el cántico «Magnificat».

(Segunda parte.)

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

### Punto I

*Alabanzas que debemos tributar á Dios por su gran misericordia.*

«Y su misericordia se extiende de una en muchas generaciones para con los que le temen.» El cuarto título porque la Virgen engrandece á Dios, no es solamente por los beneficios recibidos, sino por otros muchos que esperaba recibir; y no sólo por los beneficios propios, sino por los que reciben todas las naciones del mundo, alegrándose de que la misericordia de Dios sea continua, infinita y sempiterna, y se extienda á todos los que le sirven y temen. Porque propio es de los santos, cuando reconocen las mercedes que Dios les ha hecho, esperar que su misericordia les hará otras muchas, y también no pensar que solamente amanece el Sol de justicia por sus casas, sino sentir altamente de la divina misericordia, y que se extiende á otros muchos, y por todos los siglos. Por lo cual dan gracias á Dios, tomando por propios los beneficios de todos los hombres, gozándose de tener un Dios tan misericordioso que á ninguno que le teme niega su misericordia, como lo confiesa David en el Salmo 102, en el cual no hace otra cosa que glorificar á Dios por estos dos títulos de misericordia para con él y para con los demás justos.

«Hizo obras poderosas con su brazo.» El quinto título para glorificar á Dios es, las obras de su omnipotencia, que ha hecho con su propia virtud y fortaleza sin ayuda de otro; las cuales pasó la Virgen por su memoria, acordándose de la creación del mundo, de su conservación y gobierno con tanta providencia, de las cosas prodigiosas que hizo, sacando á su pueblo de Egipto y llevándole por el desierto á la tierra de promisión, con todas las demás que cuenta la Escritura, y principalmente se acordó de la obra de la Encarnación, en la cual mostró Dios su poder y la virtud de su brazo. Por todas estas cosas engrandeció á Dios, diciendo en una palabra lo que David hizo largamente, contando todas estas obras poderosas de Dios muy por menudo. Demás de esto, en este verso y en los siguientes, no sólo cuenta la Virgen lo que Dios ha hecho, sino lo que suele hacer, ó lo que tiene costumbre de hacer conforme á su bondad, y así le glorifica, porque con su brazo suele hacer obras poderosas cuando quiere, y como quiere, y con quien El quiere; y como las hizo en el tiempo pasado, las hace en el presente y las hará en el futuro. Todo lo cual me ha de ser motivo de grande alegría en Dios, confiando que también hará en mí cosas poderosas con su fuerte brazo.

### Punto II

*Debemos ensalzar al Señor por su admirable justicia.*

«Desbarató á los que son soberbios en su mente y corazón.» El sexto título para glorificar á Dios, es, no solamente la omnipotencia

que muestra en las obras de su misericordia, sino también la que ha mostrado en las obras de justicia, castigando á los soberbios, deshaciendo sus trazas y los pensamientos de su corazón. Esto revolvía la Virgen en su memoria, acordándose cómo Dios había deshecho las trazas del soberbio Lucifer, que decía: «Subiré al cielo, pondré mi silla sobre las estrellas, y seré semejante al Altísimo», y las trazas de los soberbios que querían edificar la torre de Babilonia, y los castigos que hizo en Faraón, en Nabucodonosor, y en otros semejantes soberbios. Y por todo esto engrandecía también á Dios, pues por ello es digno de ser alabado; así como lo hizo Cristo N. S. cuando dijo: «Alábote, Padre celestial, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes, y revelaste á los pequeños».

«Echó de su trono á los poderosos y ensalzó á los humildes. Hinchó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos.» Estos dos versos abrazan otros dos títulos de alabar á Dios, por la junta que hace de su misericordia con su justicia, mostrando su poder en echar de sus tronos y sillas á los poderosos del mundo, quitándoles los reinos y dignidades y las grandezas que tenían, y en su lugar suele ensalzar y entronizar á los pequeñuelos y bajos. Así como echó del trono celestial á los ángeles soberbios, y en su lugar levantó á los hombres humildes, y del trono de este mundo echó á su soberbio príncipe Satanás, que le tenía tiranizado, y en su lugar levantó á Cristo, maestro de la humildad; el cual, siendo pequeño como una piedrecita bajada del cielo,

sin manos, ni obra de hombres, derribó la estatua que significaba las cuatro monarquías del mundo, y por su humildad creció y llegó á ser un gran monte. Y esta costumbre ha guardado siempre, como se dice en el libro de Job, cumpliendo lo que está escrito: que «quien se ensalzare, será humillado, y quien se humillare, será ensalzado». Y de la misma manera, á los hambrientos y pobres que se tienen por necesitados y tienen hambre y sed de la justicia, los llena de bienes espirituales, cumpliendo sus deseos; y por el contrario, deja vacíos á los ricos que se tienen por abundantes, y piensan que no tienen necesidad de otros, conforme á lo que dice David: «Los ricos tuvieron necesidad y hambre; mas los que buscan á Dios, tendrán abundancia de todo bien». ¡Oh alma mía, engrandece á tu Señor, por la nobilísima condición que muestra en favorecer tanto á los humildes y hambrientos de la tierra! ¡Oh espíritu mío! Préciate de ser pequeño, hambriento y menesteroso, para que Dios te levante, harte y llene tus deseos; y tiembla de ser soberbio y rico fastidioso, porque no te arroje de tu silla ni te deje vacío de su gracia.

### Punto III

*Providencia y fidelidad de Dios, y alabanzas que por ellas le debemos.*

«Recibió á Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había dicho á nuestros padres, á Abraham y á sus descendientes, por todos los siglos». Estos dos versos abrazan otros dos títulos poderosísimos, para regocijar-

nos en Dios y movernos á alabarle. Uno es el cuidado y providencia que tiene de mirar por los que ha tomado á su cargo, como hijos y domésticos suyos, acudiendo personalmente á remediarlos. Y aunque parece que por algún tiempo se olvida de ellos, pero á su tiempo se acuerda de su misericordia, y los remedia, como se acordó de Israel y del mundo todo, y vino á remediarle cuando se hizo hombre. El otro título es la fidelidad grande que tiene Dios en cumplir las promesas que ha hecho á nuestros padres, cumpliéndolas fielmente en todos sus descendientes hasta el fin del mundo; así como cumplió la palabra que dió á Abraham y á David, de que vendría á remediarlos, y á dar salud y vida á todos sus hijos por todos los siglos. Con estas dos consideraciones se encendió el ánima de la Virgen para engrandecer á Dios, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador; y con ellas mi ánimo y mi espíritu se han de encender con semejantes afectos, pues cada día veo esta providencia que Dios tiene con sus hijos, y la fidelidad con que cumple lo que prometió á los Apóstoles, padres nuestros, no olvidándose de los fieles, que son sus descendientes hasta el fin del mundo.

Estos son los diez títulos y causas que en este cántico alega la Virgen para glorificar á Dios, inspirada por el Verbo eterno encarnado que tenía en sus entrañas, de los cuales puedo yo hacer otro salterio y arpa de diez cuerdas para el mismo fin, alabando á Dios, ya por el un título, ya por el otro; y porque yo no sé hacer esto como debo, tengo de suplicar al Verbo encarnado me lo enseñe, como lo en-

señó á su Madre, y á Ella que me lo alcance para gloria de su Hijo.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen santísima, que tan corta y tan medida siempre en tus palabras cuando te dirigías á los hombres, y aun á los ángeles, te extendías tan largamente en las alabanzas divinas, enseñándonos con tu ejemplo cuán parcos y prudentes debemos ser en nuestras pláticas con los hombres, y cuán largamente debemos extendernos alabando á Dios; concédeme que todas mis pláticas y discursos tengan siempre por fin principal la glorificación de tu Hijo santísimo, para que, ocupándose constantemente mi lengua en alabarle en esta vida, llegue á conseguir de su misericordia alabarle en el cielo eternamente!

**Propósitos.**—Sea el fruto de esta meditación aprender á ver y alabar á Dios en todas sus criaturas, y admirar y besar su divina mano, lo mismo cuando te ensalza y colma de bienes, como cuando te humilla y te prueba en las tribulaciones.

## 5 DE JULIO

(Meditaciones sobre la vida pública de Cristo N. S.)

### De la vida exterior de Jesucristo.

*Preludios.*—Contempla á Jesucristo adoctrinando á las turbas, ó enseñando á sus discípulos; mira su divino semblante lleno de gracia y hermosura; oye sus palabras, que son de vida eterna, y pídele se impriman en tu alma sus divinas enseñanzas.

#### Punto I

*De la vida exterior* y *de la modestia divina de Jesucristo.*

Considera primeramente, que nada pudo haber más recogido y augusto que el exterior divino de Jesucristo. En su rostro y en su mirada aparece siempre aquella majestad llena de dulzura que atraía y robaba todos los co-

razones. San Jerónimo atribuye á este aspecto majestuoso y dulce la prontitud con que los Apóstoles se unieron á El desde el primer instante en que les mandó dejarlo todo para seguirle, y la sorpresa que hizo caer en tierra á sus enemigos en el huerto de las Olivas, cuando fueron á prenderle. Con la edad parecía que iba creciendo en la gracia y la sabiduría, y cuando, apenas cumplidos los doce años, sube al templo, los doctores admiran la prudencia y la discreción de sus respuestas. A los treinta años, cuando predicaba, todos se sentían conmovidos por sus palabras, llenas de la gracia y la dulzura celestial que parecían salir de sus labios. No tenía un aspecto sombrío ni modales austeros y duros, sino apacibles y dulcísimos, y como dice San Pablo, siempre resplandecía toda la plenitud de la divinidad que habitaba en El corporalmente. Por eso todos los Santos, fieles imitadores de Jesucristo hasta en las cosas más pequeñas, trataron siempre de formar su aspecto exterior sobre las reglas de esta modestia tan perfecta y tan divina. Sabían ellos muy bien cuánto aprovecha para la edificación del prójimo y cuánto sirve para mantener el recogimiento interior, que es el principio y medio más seguro para conservar todos los bienes de la gracia. De aquí que su primer cuidado fuese siempre el de hacerse semejantes á Jesucristo, y así debemos hacerlo también nosotros. En muchas historias se leé cómo estimaban los Santos esta virtud; de San Francisco de Asís se dice, que bastaba para edificar á los pueblos su aspecto grave, sin ser por eso triste ni repulsivo, su andar reposado y todo su aire, modesto

y recogido. De San Bernardino se cuenta que inspiraba ideas de recogimiento y pureza, hasta á los más disipados, solamente con su modestia; Santa Lucía convertía á los gentiles con su compostura, y de muchos jóvenes se refiere que, no sabiendo qué estado tomar para trabajar por su salvación y la salvación de sus prójimos, se decidieron por aquellos en los que veían una modestia más perfecta y mayor recogimiento exterior.

Y es, dice San Jerónimo, que el exterior es como el espejo del interior en el hombre. San Basilio dice que Jesucristo está siempre con el hombre modesto. Por el rostro se conoce al hombre, dice la Escritura; las Ordenes religiosas, las Comunidades todas, conservaron siempre su fervor primitivo mientras poseyeron esta modestia exterior, que es, según San Buenaventura, la guarda más segura del corazón. Por el contrario, un andar precipitado y mundano, un aspecto disipado y una mirada distraída y dirigiéndose á todas partes para verlo todo y curiosearlo todo, serán, ordinariamente, señales de un interior poco arreglado y de un alma que no vive consigo.

Pero, dejando á un lado todas estas consideraciones, ¿no estamos obligados á imitar á Jesucristo como cristianos, como religiosos ó sacerdotes, según nuestro estado? Pues imitémosle de tal modo que, al mirarnos los unos á los otros, veamos siempre en nuestro hermano una imagen de Jesucristo. Esto es costoso algunas veces, pero ¿acaso tenemos otro medio de practicar la mortificación necesaria para santificarnos, y de agradar á Dios? ¿Podrá esperarse que estemos bien ordenados en nuestras

pasiones interiormente, si no tenemos valor suficiente para dominarnos en lo exterior?

### Punto II

*De la conversación de Jesucristo en medio de sus discípulos.*

Considera que no puede imaginarse una conversación más edificante ni más amable que la suya. Para compañeros y confidentes había elegido á doce hombres rudos é ignorantes. Pues nunca se separaba de ellos, y, sin embargo, jamás se mostró molestado ó disgustado de sus modales groseros; nunca dijo una sola palabra que no fuese para sus discípulos una lección de virtud. Los instruía con paciencia, los reprendía con dulzura, y nunca les hacía sufrir inútilmente; algunas veces les reprendía, diciendo: «¡Qué tardos sois de entendimiento!» Pero nunca les echó en cara su rudeza; quería que fuesen hombres piadosos, sencillos y verdaderamente buenos; todo lo demás lo olvidaba y lo disimulaba. Vivía con ellos como entre amigos, dispuesto siempre á servirlos y recibiendo con bondad los obsequios que ellos le prestaban; apenas podía nadie darse cuenta de que El fuera su maestro. Esta, también, debe ser nuestra conducta en medio de las personas con quienes vivimos: edificante, llena de sacrificios, atenta, servicial, humilde y agradecida para todos.

*Edificante:* ¡Qué desgracia si en vez de ser motivo de edificación los unos para con los otros, venimos á ser ocasión de pecado ó motivo de escándalo! El celo, con el cual hemos de procurar santificar á nuestros prójimos, según

el espíritu del Evangelio, no estará bien ordenado si no se dirige en primer término á la comunidad, la casa ó la familia donde se vive; estos son, principalmente, nuestros hermanos, y nos están recomendados de un modo especial.

Debemos, pues, procurar ser irreprensibles á los ojos de nuestros prójimos, sobre todo si tenemos algún género de autoridad ó superioridad sobre los demás, bien sea por el cargo, la edad, el saber ó por cualquiera otra de esas cualidades que hacen que seamos atendidos y escuchados. Cuanto uno más se encuentra dotado de gracias ó de talentos, más obligado se halla á dar buen ejemplo á los demás, y nadie debe olvidar que son más frecuentes las ocasiones de hacer daño que las de practicar virtudes. Si somos exactos y ordenados, como es nuestro deber, apenas se fijará en nosotros la atención de los demás; pero si somos libres, ligeros, y de costumbres poco ajustadas, escandalizamos fácilmente, porque muchos tratarán de imitarnos, y es sabido que los viciosos se apartan siempre de los que los reprenden, y buscan á los que con sus malos ejemplos autorizan su conducta.

Nuestra conducta debe ser siempre cristiana, es decir, noble, sencilla y natural, sin que haya en ella nada estudiado ó afectado, sino que, por el contrario, nuestras obras buenas deben mostrarse siempre como nacidas espontáneamente de un corazón generoso y de un alma llena de nobles sentimientos: debe ser *atenta*, sin afectaciones ni modales mundanos, es decir, limitando nuestras atenciones á todo aquello que puede herir la delicadeza de los demás; *servicial*, estando siempre dispuestos

á conceder lo que se nos pide ó se desea de nosotros, á no ser que el deber se oponga á ello; *humilde*, en el corazón y en las palabras. Si nosotros nos creyésemos superiores á los demás, ¿deberíamos manifestarlo? ¿Acaso Dios nos ha dado más talento ó mayor virtud para humillar y confundir á los demás? *Agradecida*, como si nada nos fuese debido; quitad los deberes de la caridad, y en efecto, es bien poco lo que se nos debe. No nos envanezcamos jamás de las consideraciones que se nos guardan, sino que, por el contrario, confundidos al ver la bondad que se tiene con nosotros, hemos de procurar hacernos cada vez más dignos de ella. *Llenos de consideración y de paciencia*. ¿Hemos de esperar para serlo á no tener que sufrir ó que sean los hombres ángeles en la tierra? Nos es más fácil corregirnos á nosotros mismos que corregir á los demás, y si todavía nos parece difícil nuestra corrección propia, ¿por qué exigimos con tanto rigor que se enmienden los otros?

Se dirá, tal vez, que todas estas reglas y consideraciones son, más bien que otra cosa, deberes de atención y gentileza, pero en primer lugar, las buenas maneras, hijas de la virtud y el sacrificio, sirven mucho para conservar la caridad y para ganar al prójimo para Dios, y por otra parte, el fin recto purifica y ennoblece la obra, y Jesucristo N. S. siempre, y en todas las ocasiones, se nos presenta como perfectísimo modelo de delicadeza y consideración en su trato con los hombres. Además, se puede muy bien ser atento y bondadoso por razones de humildad, del mismo modo que los mundanos suelen serlo por razo-

nes de interés, de vanidad ó política. El ser atento y bien educado no fué nunca una virtud extraordinaria, pero el dejar de serlo será siempre un verdadero defecto de virtud y de caridad.

Podemos ser atentos y afectuosos para de este modo imitar á Jesucristo, y no sería difícil formar todas las reglas de la delicadeza cristiana sobre máximas y ejemplos tomados de la doctrina de Jesucristo y del Apóstol San Pablo. Este último, en la descripción que hace de la caridad, señala varios rasgos que pueden muy bien ser considerados como lecciones sapientísimas para saber conducirse entre los hombres. La caridad, dice, es paciente, es suave, no tiene envidia, ni malicia, ni orgullo; todo lo soporta y todo lo sufre, porque todo lo cree y todo lo espera; su epístola á Filemón, sus contestaciones á Festo y al rey Agripa en los *Hechos de los Apóstoles*, serán siempre un modelo de urbanidad y compostura.

Estas atenciones, como cristianas, deben acomodarse á sus justos límites, para no venir á parar en familiaridades peligrosas. El ser bondadoso y afectuoso con las personas amigas requiere un cuidado grande por nuestra parte; de otro modo la familiaridad degenera muy pronto en peligro y en bajeza. Sírvanos siempre de ejemplo la amistad y trato que tuvo Jesús con sus Apóstoles; es verdad que tuvo una predilección especial por tres de ellos, pero esta predilección no traspasó nunca los límites de su carácter modesto, grave, santísimo y lleno de prudencia, que los mantuvo siempre en el respeto debido al Salvador de los hombres.

### Punto III

*La vida exterior de Jesucristo en el mundo.*

Considera que el divino Jesús nunca estuvo en el mundo sino por obligación, es decir, cuando su Padre celestial lo ordenó: su retiro por espacio de treinta años lo demuestra claramente y cuando cumpliendo la voluntad de su Padre tuvo que tratar con los hombres, lo hizo siempre con tantas precauciones y miramientos, como si El hubiese tenido que temer la corrupción del mundo como los demás hombres. Si durante el día predicaba y enseñaba, las noches las pasaba, casi enteras, en oración, y siempre á la vista de sus discípulos que le acompañaban á todas partes, hasta el punto de que éstos se admiraron el día que le vieron solo, junto al pozo de Jacob, hablando con la Samaritana, á pesar de ser un lugar tan público y concurrido.

Aparte de esto, ¡qué santidad tan grande para comunicar con todos, cuando necesitaban de El! En todo tiempo, de día y de noche, siempre estaba dispuesto á enseñar á cuantos á El acudían. ¡Qué ternura, qué compasión para con los pobres, los afligidos y los niños! De estos era el reino de los cielos. Si no hubiese sido Dios, sería siempre el más perfecto, el más recto, el más amable, el más bueno de los hombres. Sus reprensiones únicas eran para los que profanaban el Templo, para los hipócritas y los poderosos que abusaban de su autoridad. Irritaba su celo á sus enemigos, pero El sin temor, sin odio, sin envidia, los desafió más de una vez á que dijesen si habían

visto en El alguna falta. Los fariseos, cuya moral era tan severa en la apariencia y tan relajada en el fondo, acusaban la moral de Jesucristo y colmaban á éste de injurias, llamándole samaritano, endemoniado, amigo de pecadores y de publicanos, pero nunca pudieron hacer una acusación concreta y determinada.

Todos cuantos observan una conducta arreglada, tienen que sufrir con frecuencia semejantes acusaciones de parte de los mundanos y de los hipocritas, y aquellas almas que se proponen seguir de cerca á Jesucristo, correrán siempre la misma suerte que su maestro. Procuremos siempre no dar lugar á la calumnia; seamos celosos, prudentes y edificantes para el mundo, como nuestro divino Maestro, y animados siempre de aquella caridad noble y bienhechora que en todo tiempo ha sabido ganar á los grandes y á los pequeños.

Hagamos en nosotros como una imagen de este Dios-Salvador, tomándole por modelo en todas nuestras acciones. El Evangelio nos dirá lo que hemos de hacer en cada caso, y cuando no lo diga, pensemos lo que Jesucristo hubiese pensado, dicho ó hecho en iguales circunstancias.

Cuando hayamos de ejecutar alguna obra de celo, ó de beneficencia en el mundo, no sea jamás, mientras podamos evitarlo, en lugares ocultos, ó lejos de la vista de los demás; que nunca se nos vea en donde el deber no nos llame; «yo estaré en el mundo cuando tema con fundamento que ofenderé á Dios, si no estoy en él»; esta es la regla más segura, pero nunca yo estaré con él por mi gusto ó conve-

niencia, por la satisfacción de tener muchas relaciones y ser recibido bien en todas partes; nada hay más frívolo que este modo de proceder, ni que pueda causar más daño á nuestras almas.

Somos espectáculo, dice San Pablo, no solamente á los hombres, amigos y enemigos, sino á Dios que nos ha de juzgar y á los ángeles buenos y malos que nos observan para justificarnos ó acusarnos, según sea nuestra conducta. Que nuestro corazón esté recogido aun cuando el cuerpo tenga que ocuparse en obras exteriores, y tan pronto como podamos volvamos á entrar dentro de nosotros mismos; huyamos de todo sentimiento de afecto desordenado ó de complacencias peligrosas, y en todos los peligros de la vida y trato con el mundo no perdamos de vista que el mejor medio de librarnos de él, sobre todo de ciertos peligros para la pureza de nuestro corazón, es la fuga.

**Coloquio.**—¡Oh Jesús mío! Divino modelo de los santos en tus palabras, en tus acciones, en tu interior y exterior. Enséñame la ciencia divina de tu imitación, para que estudiándote y copiándote siempre, merezca que el Eterno Padre vea en mí tu divina imagen y ella me salve y me libre de la eterna condenación que merezco por mis culpas.

**Propósitos.**— Examina tu porte exterior, tus palabras y acciones, y mira que no haya en ti nada que desdiga de un cristiano y que pueda ser motivo de desedificación para los demás.

## 6 DE JULIO

### Del celo de Cristo N. S. por la salvación de las almas.

*Preludios.*—Mira á Jesús ó convirtiendo á la Samaritana ó predicando con fuego divino la palabra de Dios y siempre y en todas partes devorado por el celo de la gloria de su Padre, y pídele te dé una chispa de ese celo que lo abrasaba, para que según tu estado y circunstancias hagas cuanto puedas por el bien espiritual de tus prójimos.

#### Punto I

*Condiciones del celo de Jesucristo.*

Considera que el celo de Jesucristo fué ante todo activo. Era el fuego que lo devoraba y el que El vino á traer á la tierra. Ese celo inspiró todas sus acciones, sus trabajos, sus milagros y su misma muerte. El le movió á fundar su Iglesia y poner en medio de ella sus sacramentos, todo para bien y salvación de las almas. De modo que si me preguntas por qué ha bajado Cristo á la tierra, por qué ha muerto por el hombre, te responderé con San Pablo, que es porque te ha amado de veras; y porque su amor no es de puro afecto, sino de obras, por eso lo ha mostrado entregándose á sí mismo. Tal es el sentido de aquellas palabras del Apóstol: «Me amó, y se entregó á sí mismo por mí». Si preguntas por qué trabajó tanto en su vida, por qué se humilló tanto en la Encarnación y en la Eucaristía, responderé lo mismo: porque amó y amó de veras. A este amor obedecen todos los hechos de su vida. El celo engendrado por el amor ha sido el alma de sus acciones, y este celo ha sido tan activo, que

llegó á decir por el Profeta que el celo lo devoraba.

Del fuego que arde en su Corazón salen las llamas que prenden en pechos apostólicos como el de San Pablo, que siempre estaba dispuesto á sacrificarse á sí mismo por las almas.

Examina tu corazón, y ve si sientes alguna centella desprendida del Corazón de Jesucristo. Si no la sientes, señal es que está frío ese tu pecho en el amor, pues, como dice San Agustín, «no tiene amor quien no tiene celo». Y esto indicó también el Señor cuando dijo á San Pedro: «¿Me amas? Apacienta, pues, mis ovejas». Si amas á tu Padre Dios, amarás también á los hombres, que son hijos suyos. Si amas á Cristo, amarás también á los hombres, que son hermanos suyos y tuyos, y harás por ayudarlos á conseguir su salvación. Mira lo que has hecho por ellos hasta aquí, y lo que podrás hacer.

La segunda condición del celo es que sea práctico. No era, como el tuyo, un celo que se contentase con lamentar los males del mundo sin hacer nada por salvarle. Era, como debe ser tu celo, ingenioso, humilde, purísimo en sus intenciones, y tierno, como que brotaba de un corazón abrasado en el fuego de la caridad. ¿A quién no enternecerán aquellas amorosas quejas que exhalaba el alma del Salvador á la vista de Jerusalén? ¡Qué bien pintan su solicitud maternal para con los pecadores cuya salvación tanto desea! «Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas y apedreas á los enviados de Dios. ¡Cuántas veces he querido reunir á tus hijos, como la gallina recoge á sus polluelos bajo las alas, y tú no

quisiste!» No menos ternura encierran estas palabras de Isaías: «¿Acaso podrá olvidar una mujer á su tierno infante, y no compadecerse del hijo que salió de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de ti». Y añade, como para hacer ver que no puede olvidar al alma: «En mis manos te llevo escrito».

Si el Señor te ha confiado el cuidado de algunos de sus hijos, toma al mismo Señor por modelo de solicitud maternal. Mira lo que se desvela por ti, y aprende á hacer otro tanto con el prójimo. ¿Qué te dice el corazón, al examinar la actividad de tu celo por el bien de tus hermanos? ¿Produce en ti el amor sobrenatural aquellos efectos que obra el cariño natural en un padre, y una madre, y aun entre los hermanos unos con otros? Si no lo sientes tan vehemente como sería de desear ese amor divino hacia tus prójimos, pide á Jesús que te enseñe á amar.

En tercer lugar el celo de Jesús era universal. Abraza á todos los hombres, porque Jesucristo es padre, salvador y hermano de todos. Como cabeza de la Iglesia puede decir con más verdad que San Pablo: «¿Quién se enferma, que no me enferme yo con él? ¿Quién sucumbe al pecado, que no me consuma yo de pena y compasión?» «A mis trabajos propios y peculiares se viene á añadir la solicitud de todas las iglesias».

A todos los hombres se extiende el celo del Corazón de Jesús. Conoce sus males, peligros y necesidades, y los siente y los quiere remediar. Ama á los seres más miserables, á las almas envilecidas y á los hombres despreci-

bles y de ningún valer, cuya miseria, lejos de causarle repulsión, le mueve á lástima, de suerte que aquellas cosas qne apagan nuestro celo encienden el suyo. Mírale haciendo objeto privilegiado de su celo á la Samaritana y adúlteras, á los ladrones y pecadores. Los pobrecitos son su predilección.

También es universal el celo de Jesús en extensión de tiempo, porque siempre vive para interceder por nosotros, siempre obra y siempre vela. No se dormirá el que guarda á Israel. Veámosle en la Eucaristía donde permanece día y noche, años y siglos sin cesar de guardarnos, cuidarnos y socorrernos. Y tú, ¿te olvidarás del Señor que no te olvida? ¿No pensarás en los hijos de Dios? ¿No harás nada por los pecadores? ¿No vivirás más que para ti? Mientras tú duermes, trabajan los que tienen más amor de Dios que tú. ¿No te estimulará su fervor? Mientras tú duermes, se agita el demonio para perder á los hombres ¿Y no harás nada para salvarlos? Mientras duermes, vela Jesús; ¿y tú no le acompañarás?

### Punto II

*Excelencia del celo de la salvación de las almas.*

Considera que nada hay tan noble y sublime como el celo por las almas, en primer lugar *por su origen*. Es lo más puro de la caridad, reina de las virtudes. Es la llama del fuego del amor, que desea que todos amen y conozcan al amado. Es la plenitud del mismo amor, que sale como de madre, de un corazón que dice con San Agustín: «No quiero ni amar solo, ni gozar solo». En segundo lugar *por su objeto*.

Porque nada hay más noble que el cooperar con Dios á la obra más grande que ha hecho Dios en el mundo, á la obra de la Encarnación. En la creación Dios no quiso cooperadores, sí en la redención. ¿Qué son los hombres por quienes trabajas? Inmortales; ahí está su grandeza. Están rescatados con la sangre de Cristo, ese es su precio: están destinados á glorificar á Dios en la eternidad, y ese es su fin. Un rey puede hacer felices á los hombres un instante, el celo los puede hacer dichosos por toda la eternidad; y si la limosna, de la que tantas alabanzas hace la Escritura, puede endulzar las penas de la vida y redimir los pecados, del celo dice la Sagrada Escritura, que el que salve el alma de su hermano, salvará la suya propia. Por eso, aunque la contemplación es ejercicio de nobleza maravillosa, no lo es tanto como el celo; porque salir, como Moisés, de hablar con Dios y bajar á explicar al pueblo la ley y salvar las almas, es la ocupación de Jesucristo N. S. y el fin de todas las obras *ad extra* de Dios, que todas tienden á la gloria suya y al bien de los predestinados. Y por eso cuanto hay de magnífico en la forma y en el fondo lo emplea la Escritura para ensalzar la obra de los varones apostólicos, á los que llama cielos, nubes, estrellas, ángeles, soles y ministros y enviados suyos.

Procura, pues, hacerte instrumento apto de ese celo divino, para lo cual únete cada día más con Dios por la oración, el retiro y la santidad, que, como la obra de la salvación de las almas es obra sobrenatural, de Dios ha de venir, y Dios sólo escoge á los santos para hacer santos. Sé puro, amante de Dios y del

prójimo, noble y desinteresado; busca á Dios en todas partes y El hará por ti las grandes maravillas de su gloria.

### Punto III

*Motivos que nos obligan á combatir por Jesucristo y á ganarle almas.*

Considera, en primer lugar, la multitud infinita de almas regadas con la sangre de Jesucristo, y que, seducidas por Satanás y sus secuaces, perecen eternamente. Los profetas comparan su número con las hojas de los árboles que caen en el otoño derribadas por el vendaval, y Santa Teresa vió bajar las almas al infierno como los copos de nieve en una grandísima nevada de Enero. ¡Cuántos infieles, herejes, incrédulos y malvados de todo linaje! ¡y cuánto luchan, se afanan y trabajan por condenarse! Dividido el mundo en treinta partes, tres apenas conocen al Dios verdadero; y de esas tres, ¿tendrá una sola esperanza de salvación? ¡Qué número, pues, de almas perecen! ¡Y por cada una de ellas ha muerto Jesucristo!

En segundo lugar, la vista de la muchedumbre infinita de los que combaten á Cristo y á su Iglesia. ¡Cuántos agentes tiene Lucifer! Sin contar los millones de demonios que llenan el mundo y no tratan más que de arrastrar las almas á la condenación, ¿cuántos hombres malvados no viven más que para perder las almas de todas las maneras posibles, por el error, la corrupción, la secta, el libro, la palabra, la política y los infinitos medios que les sugiere el infierno para acabar con el reina-

do de Jesucristo en el mundo? ¿Y todo esto no ha de bastar para animarnos á pelear por Jesucristo cuando sabemos lo que vale un alma, que vale más que el mundo y tanto como la sangre de su Dios?

Ni digas que nada puedes hacer. Puedes orar, y á la oración concedió Dios el gran apostolado de la salvación de las almas. Pondera que ese misterio que confunde la razón y entristece el alma, de la aparente esterilidad de la sangre de Jesucristo, y que esté tan lleno de tinieblas el mundo, y se pierdan tantas almas, y parezca inútil la redención, lo explica San Pablo [1] diciendo que Dios tiene voluntad eficaz de que todos los hombres se salven, pero por medio de la palabra de los predicadores y de la oración constante y fervorosa de los fieles. Si oras como Dios quiere, puedes ser un Apóstol.

Luego, puedes salvar almas con tus buenos ejemplos. Predica con ellos el odio al mundo, al pecado, á los placeres, á la soberbia y la ambición, y á cuanto conduce á las almas al infierno. Por tu humildad, mansedumbre, caridad, espíritu de sacrificio y demás virtudes, no sólo interiores, sino que broten del corazón, prueba á los que te rodean, no sólo la posibilidad, sino la facilidad de la virtud, y harás más bien en medio del mundo que si predicases, porque el mejor predicador es el que practica las máximas del Evangelio.

Y por último, mira lo que prácticamente puedes hacer sin abandonar los deberes de tu estado, y tal vez el celo de las almas pueda hacer de ti, con la gracia de Dios, un apóstol

1 Ad. Timoth.

seglar, ó una de esas mujeres celosísimas que van delante muchas veces de los sacerdotes, y son su apoyo, su consuelo y su ejemplo, y en cárceles, presidios, hospitales y catecismos son las madres de muchos desgraciados que no tienen más madre que la caridad cristiana. Trabaja cuanto puedas en la salvación de las almas, que nada puedes hacer, ni más provechoso para ti, ni más agradable á Jesucristo, que por todas ellas dió su vida.

**Coloquio.**—¡Oh Jesús, que viniste á traer fuego á la tierra, y cuyo corazón se abrasa en el deseo de nuestro bien! Manda á mi corazón una chispa de ese amor tuyo, para que, viendo lo que vale un alma, y las infinitas que se pierden, me aliente á trabajar cuanto pueda por la gloria de Dios y la salvación de mis prójimos.

**Propósitos.**—Trabajar cuanto puedas en obras de celo, como son catecismos, hospitales, escuelas, etc.

## 7 DE JULIO

### Envía Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos á predicar.

*Preludios.* — Represéntate á los sagrados Apóstoles yendo de pueblo en pueblo predicando la palabra del Señor, y pide celo de la gloria de Dios para hacer el bien que puedas en las almas, según tu estado.

PUNTO I

*De la caridad de Cristo S. N. al enviar á sus Apóstoles á predicar.*

Considera cómo la primera manifestación del celo de Jesucristo por la salvación de las almas, fué enviar á sus Apóstoles y discípulos á predicar por la tierra de Israel. Pero al mandarlos les da documentos admirables que

debes meditar, para sacar de ellos provecho espiritual. En primer lugar, les dice: «La mies es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de la mies que envíe obreros á cogerla»; en cuyas palabras descubre su infinita caridad y el deseo que tiene de nuestro bien. Dice que la mies es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando la ayuda de los predicadores y ministros evangélicos para rendirse del todo al divino servicio, y esto le mueve á compasión, deseando que sean ayudados. Añade que los obreros y segadores son pocos, porque los más de los hombres son enemigos del trabajo; y si trabajan es buscando las cosas propias, y no por el bien de los otros. Pocos se disponen para ser obreros verdaderamente apostólicos, celosos, desinteresados y santos, y esto le mueve más á compasión, deseando que haya tantos obreros útiles cuantos pide la necesidad. Dice que al Señor de la mies, que es el mismo Cristo, pertenece señalar y enviar los obreros, porque ninguno puede entrar en mies ajena sin voluntad de su dueño; y quien sin vocación de Dios entra en esta labor, señal es que no busca el servicio de su Señor, sino su propio provecho, honra y comodidad.

Los exhorta, finalmente, á que rueguen al Señor de la mies que envíe obreros, dando á entender que no está olvidado de ella, pero quiere ser rogado. De donde debes sacar cuánto debes rogar porque el Señor envíe á su Iglesia santos sacerdotes y Prelados para el bien de ella. Es tanta la caridad de Cristo, que en declarando su deseo, y antes de que le

rueguen que envíe obreros, los envía, para significar que, aunque no roguemos, su infinita caridad no se olvidará de la mies, sino que por sola su misericordia escogerá obreros y los enviará.

¡Oh Salvador dulcísimo, gracias te doy cuantas puedo, por el cuidado que tienes de tu mies y de enviar obreros á cogerla! Y pues quieres ser rogado, mil veces te suplico envíes muchos obreros, fieles ejemplares y libres de toda confusión y de toda mancha; y si yo valgo para ello, *vesme aquí, envíame;* porque si tú me llamas y me envías, justo es que yo te obedezca trabajando en cumplir lo que me mandas.

### Punto II

*De las virtudes que encomendó Cristo á sus Apóstoles.*

Considera las virtudes que encomienda á los Apóstoles para entrar en el sublime oficio de la predicación, diciendo: «Mirad que os envío como ovejas entre lobos; sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas». En estas palabras les encarga seis virtudes principalmente; es á saber: mansedumbre de ovejas, en no hacer mal á otros aunque reciban mal de ellos; paciencia en sufrir el mal que les hicieren; caridad en darse á sí mismos por el bien de otros, aunque sean sus enemigos, como las ovejas dan su leche, lana y carne para provecho de los hombres; pero juntamente han de tener grande confianza en la providencia del pastor qne los envía. Así como la oveja toda su guarda tiene puesta en el pastor, porque ella no tiene armas para defenderse.

¡Oh Pastor soberano! Siendo Vos el que me enviáis, enviadme donde quisiereis, pues con vuestro favor estaré seguro dondequiera que me enviareis. Fortaleced mi flaqueza con vuestra virtud, para que pueda conquistar los lobos y convertirlos en ovejas de vuestro rebaño, cumpliéndose lo que prometisteis por vuestro Profeta: «Que el lobo y el cordero, el león y la oveja vivirían juntos, debajo la obediencia de un humilde pastor».

Recomendóles que de tal manera fuesen mansos, pacientes, caritativos y confiados, que no sean necios, imprudentes y arrojados, sino que tengan prudencia de serpientes. Esta prudencia consiste, lo primero, en hacer su oficio de tal manera, que no reciban de los lobos daño en el alma, aunque le reciban en el cuerpo; como la serpiente, que guarda la cabeza, aunque el cuerpo padezca, y cierra los oídos á los encantadores para no oir lo que le puede dañar. Lo segundo, en aguardar tiempo, lugar y coyuntura conveniente para predicar y persuadir su doctrina, como lo hizo la serpiente que tentó á Eva, pues es razón que seamos tan prudentes para lo bueno, como las serpientes, que son los demonios, lo son para lo malo. Mas no quiere Cristo N. S. que esta prudencia sea de raposas, mezclada con dobleces y engaños, con falsas sospechas ó juicios temerarios, sino con sinceridad y verdad, y con pureza de vida, de modo que no sea contrario á la mansedumbre de las ovejas. Y por eso, añade que sean sencillos como palomas, teniendo los ojos de la intención puros, para mirar lo que es gloria de Dios y bien de las almas, sin mezcla de cosas terrenas. ¡Oh

Cordero sin mancilla, en quien descansó el Espíritu Santo en forma de paloma! junta en mi alma la prudencia con la simplicidad, para que de tal manera haga bien á otros, que no reciba daño de ellos.

### Punto III

*De otros encargos que hizo Jesús á sus Apóstoles.*

Considera cómo les encargó Jesús que cercenasen todo lo demasiado y superfluo de las cosas temporales, contentándose con lo necesario, de modo que no lleven cosa preciosa de oro y plata, ni demasiado dinero para su regalo. Y si les basta un vestido y calzado, no le lleven doblado para mudarse; y si les bastan sandalias ó alpargatas, como pobres, no lleven calzado entero; y si no han de menester báculo, que no usen de él; ó si llevan báculo en que arrimarse por flaqueza, no lleven vara para defenderse por venganza. De donde debes sacar cuánto ofenden á Cristo las excesivas superfluidades en el ornato y lujo de tu persona. Recomiéndales que pierdan el cuidado demasiado de su sustento y vestido y comodidad, aun en lo necesario, fiándose de la divina providencia, que les proveerá de todo; porque el trabajador, digno es de que su amo le dé la comida, y Dios se la dará é inspirará á los hombres que se la den. Les previno que en la jornada no se entretuviesen en pláticas impertinentes que les divirtieran de su intento; en lo que ves cuánto encarga el retiro y soledad á los ministros del Evangelio.

Ultimamente, Cristo N. S. los anima á la ejecución de su oficio, diciendo: «Si aquella

casa fuere digna de la paz, vendrá sobre ella; y si no, volveráse á vosotros». Dándoles á entender que su predicación haría provecho en algunos; en los que fuesen dignos de la paz ó hijos de la paz, escogidos de Dios para recibir la doctrina del Evangelio, sin resistir á su predicación, y que cuando no hiciese provecho en otros, por no querer recibirla, que la paz se volvería á ellos; esto es: que no perdiesen su paz ni se alterasen con ira y venganza, dejándola á Dios, porque ellos no perderían el fruto de su trabajo. También les señaló nuestro Señor la materia de su predicación diciéndoles: «Predicad, que se ha acercado el reino de los cielos»; y predicaban á todos que hiciesen penitencia. De donde se ve cuál es la materia de la palabra de Dios. No discursos profanos y retóricos; no lo que halague al oyente y llene de aplausos y vanidad al predicador que se predique á sí y no á Cristo, sino lo que toque al reino de Dios, esto es, á la salvación de las almas. De modo, que la materia que indica Cristo N. S., abraza tres cosas: La primera, los medios de la salvación para entrar en el cielo, como son la penitencia de los pecados, extirpación de vicios, ejercicios de obras virtuosas y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdición de las almas. La segunda, el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigos ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa del reino de los cielos. La tercera, que todo esto era fácil y suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cie

los; esto es, el Autor de la gracia, el cual había de abrir las puertas del cielo y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar.

**Coloquio.**—¡Oh Rey del cielo, que tan glorioso reino trajiste al mundo! ayúdame para que yo le conquiste y arrebate, pues tú dijiste «que desde los días de Juan Bautista, que le comenzó á predicar, padecía fuerza, y los esforzados le arrebatarían». Dame, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues Tú, que eres su dueño, gustas de que todos la roben para enriquecerse con ella.

**Propósitos.**—Mira siempre á los predicadores como enviados de Cristo; así los oirás de modo que la palabra divina sea provechosa para tu alma.

## 8 DE JULIO

### Cristo arroja del templo á los mercaderes.

*Preludios.*—Considera á Cristo devorado por el celo de la gloria de su Padre y animado de toda su terrible severidad para con los pecadores, y pídele que jamás te arroje de su casa que es la casa de la paz y de la bienandanza.

### Punto I

*Celo y fortaleza de Cristo N. S.*

Considera el celo grande que tenía Cristo N. S. de la gloria de su Padre y de la pureza de su templo. Porque celo es un ardiente deseo de quitar ó impedir todo lo que es contrario á la cosa amada, por ser contra su voluntad, honra ó provecho, y cuanto es mayor el amor, tanto es mayor el celo, y, por consiguiente, mayor la tristeza de la injuria ó daño de su amigo, y mayor el ímpetu de remediarlo. Y como Cristo N. S. amaba inmensamente á su Padre y á su Iglesia, así tenía ardentísi-

mo celo de todo lo que les tocaba; de donde procedió tomar el azote y echar del templo á los que torpemente lo profanaban. Y hasta el día de hoy este celo come á Cristo; porque el celo es causa de que se haga manjar para ser comido de los fieles. ¡Oh dulcísimo Redentor! gracias te doy por este celo que tuviste de la casa de tu Padre, que es la Iglesia, y de mi alma, que también es casa tuya. Aparta, Señor, de ella todo lo que te desagrada, y consume con tu fuego todo lo que la turba. Dame también un celo semejante al tuyo para que vuelva por tu honra, aunque sea con pérdida de la mía, porque muy dichoso seré si el celo me consumiere como á Ti te consumió.

Lo segundo, considera la fortaleza de Cristo N. S., nacida en este celo, con la cual hizo rostro á tanto tropel de gente, con riesgo de que se levantasen contra El; porque «el amor divino echa fuera todo temor» humano, y «el celo es fuerte y duro como la muerte», y cuando es menester hace azote con que castiga á los delincuentes, y aparta de la casa de Dios todo lo que es en su daño. Y á esta causa el mismo Dios, como dice la Escritura, «castiga al que ama y al hijo en quien se agrada», para quitar de él las imperfecciones que tiene. ¡Oh dulcísimo Salvador, que con un mismo celo tomáis el azote para purificar la casa de vuestro Padre, y permitís que vuestros enemigos tomen el azote para castigar vuestro cuerpo, pagando con vuestros azotes la pena de sus pecados! armadme con este santo celo, para que castigue mi carne por sus culpas, y procure con fortaleza estorbar las ajenas. No apartéis de mí vuestro piadoso celo cuando

pecare, porque más quiero ser castigado como hijo, que vivir en mi libertad como extraño.

### Punto II

*De cómo Cristo en otra ocasión también echó del templo á los mercaderes, y de otro modo que antes.*

Considera cómo Cristo N. S., otra vez, cerca de su Pasión, arrojó del templo á los negociantes, y echó á rodar las mesas de los cambios y de los que vendían y compraban, diciéndoles: «Escrito está: mi casa es casa de oración para todas las gentes, y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones», y no consentía pasasen por el templo con carga profana. Sobre este hecho, comparándole con el pasado, se ha de ponderar que la primera vez echó Cristo del templo los negociantes con palabras y azotes de cordeles; pero esta segunda, con palabras y grandes milagros que allí hizo, dejando los azotes para sus espaldas, significándonos dos modos que tiene Dios de purificar su templo espiritual: uno con castigos y otro con beneficios. El primero, usó en la ley vieja, que era ley de temor. El segundo, en la ley nueva, que es ley de amor. Y si los dos no aprovechan, vendrá á ser destruído el templo como el de Jerusalén, castigándole Dios con el último castigo de la eterna condenación. Item, la primera vez dijo: «No hagáis la casa de mi Padre casa de negociación», dando á entender que el templo no ha de ser casa de negociación profana, sino divina; ni se ha de venir á él para otra cosa que para negociar con Dios nuestro propio negocio, que es el de nuestra salvación, solicitán-

dole con sacrificios y oraciones. La segunda vez no consintió que fuese ni aun paso para los que llevaban cargas, y con más aspereza les respondió diciendo que le hacían cueva de ladrones, para significar que con estas negociaciones de compras y ventas se mezclan hurtos, engaños, injusticias y á veces simonías, porque «la codicia es raíz de todos los males», y llega hasta querer vender y comprar al Espíritu Santo. ¡Oh Salvador del mundo, sobre quien vino el Espíritu Santo como paloma, dándole á tus discípulos como fuego! purifícame de mis codicias con el fuego de tu amor, para que alcance la santidad y pureza de paloma que á tu casa conviene por todos los siglos.

### Punto III

*Nuestro espíritu es templo de Dios.*

De aquí subiré á considerar cómo mi alma ha de ser templo y casa de oración, en la cual he de entrar y orar á mi Padre celestial, que está allí y me ve orar en lo escondido de mi corazón. Y porque no se llama casa de oración el lugar donde una vez ú otra se ora, sino el que es oratorio dedicado para sólo esto, tal ha de ser mi corazón, consagrándole á la frecuencia del ejercicio de la oración y unión con Dios, con gran fervor. De suerte que, donde quiera que fuere, como dicen los santos, lleve conmigo el oratorio y el retiro y soledad y pueda cumplir lo que dice San Pablo: «Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando á Dios las manos puras, sin ira y turbación». De aquí es que mi alma, siendo casa de oración, también ha de ser casa de humildad,

de obediencia, paciencia y otras virtudes, porque todas se hallan, ó deben hallarse, en la casa de la oración, acompañándola y ejercitando con ella sus excelentes actos. Y, por consiguiente, no ha de ser casa de negociación profana, ni guarida de ladrones, esto es, de vicios y cuidados terrenos, que turban y roban la devoción y echan la oración de su propia casa. De donde inferiré que mi alma, para que sea digna casa de Dios, ha de tener principalmente tres condiciones: estar limpia, quieta y adornada; limpia de culpas que la remuerdan, quieta de pasiones que la turben, y adornada con actos de virtudes que la alienten. Y entonces gustarás de estar dentro de ti y de vivir y de morar contigo; pero si está sucia, turbada y descompuesta, en queriendo entrar dentro de ella, como no está allí Dios, te saldrás y dejarás la oración; como quien entra á orar en una iglesia, donde hay gran ruido y gritería, luego se sale, porque no puede orar como desea. Por eso tú no puedes estar un cuarto de hora en oración recogida, porque las pasiones, la imaginación, los recuerdos del mundo hacen tal ruido dentro de ti, que no dejan oir la voz de Dios; y si ni tú mismo te oyes, ¿qué extraño es que no te oiga Dios ni saques provecho alguno de la oración? Confúndete y enmiéndate.

**Coloquio.**—¡Oh Salvador mío! Armate con tu santo celo, y toma el azote en tu mano; entra dentro de este tu templo y echa de él todo lo que te desagrada; no consientas que pase por él cosa que le turbe; purifica esta cueva de todo linaje de vicios, para que de hoy más sea casa de oración, morada de ángeles y habitación de paz, donde Tú mores por todos los siglos.

**Propósitos.**—Respetar siempre la casa del Señor, y procurar que mi alma esté pura de pecados para que sea templo vivo y digno de El.

## 9 DE JULIO

### Sobre el respeto en el templo.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*El templo, casa de Dios.*

Considera que nuestras iglesias son templos del Dios vivo, casas de oración, la parte más santa y digna de respeto de la tierra y el lugar adonde van y deben ir los hombres á rendir á nuestro Señor el culto y la adoración que le debemos. ¿Con qué respeto deberemos, pues, estar en ellas? Si al que mira, como dice San Pablo, con sobrada curiosidad la majestad de Dios, esta suprema majestad le oprime con su gloria, ¿qué sucederá al que está en el templo de Dios con poco respeto? Mira cómo los serafines, siendo espíritus tan puros, se cubren el rostro con sus alas delante de Dios. ¿Pues cuánto miramiento y temor deberemos tener delante de tan inmensa majestad, nosotros, que somos viles gusanos y pecadores? La piedad supersticiosa de los gentiles en los templos de sus falsos dioses, será el día del juicio la condenación del poco respeto de muchos cristianos en nuestras iglesias. Y, no obstante, en ellos no tienen más Dios que los falsos ídolos que adoran. Pues si se atendiese al respeto que los gentiles tienen en sus templos, se juzgaría que sus ídolos èran verdaderos

dioses, y si se atendiese sólo á la irreverencia escandalosa que muchos cristianos tienen en las iglesias, diríamos que nuestro Dios es un ídolo falso. Pero los que no tienen respeto en las iglesias conocerán un día que no lo es, y que tiene ojos para ver sus inmodestias escandalosas, sus conversaciones inútiles é irrespetuosas, y poder para castigarlos. Si Dios castigó con la muerte á más de cincuenta mil bethsamitas por haber mirado con poco respeto al Arca del Testamento, ¿cómo se vengará de los profanadores de las iglesias? Por esta razón Jesucristo, que en todo lo restante de su vida fué tan manso y pacífico, se manifestó tan severo contra los que profanaban el templo. Y si entonces fué tan severo contra los profanadores, cuando venía como Salvador, ¿qué hará cuando venga como juez?

Considera, además, que nuestras iglesias son casas de oración; aquí viene el hombre para adorar á Dios, para rogarle y pedirle remedio en sus necesidades. Pero hay cristianos que vienen para adorar á Dios y parece que acuden sólo para insultarle, por las insolencias que cometen en sus templos. Vienen para apaciguarle, y le irritan con sus irreverencias. Se reconocen miserables, vienen para representarle sus miserias y para rogarle los socorra, y se presentan en el templo con señales de impía y descocada soberbia. ¿Es este, acaso, el modo de lograr y conseguir el favor de nuestro Señor? Le piden gracias, y al mismo tiempo le ultrajan; y de la oración misma, que es excelentísimo acto de religión, hacen materia de pecado y objeto de abominación.

Considera que si la distracción voluntaria

es pecado de irreverencia cuando se habla con Dios, ¿qué será atreverse á hablar á Dios de un modo y en una postura tan indecentes como no te atreverías á hablar á un grande del mundo? ¿Es Dios, por ventura, menos digno de respeto que un gusano de la tierra?

Por último, nuestras iglesias, para el cristiano que tiene fe, representan el Calvario. ¿Con qué sentimiento, pues, de humildad, de viva fe y de compunción debemos estar en ellas? En nuestros altares se inmola de un modo incruento el mismo sacrificio, la misma víctima que se sacrificó en el Calvario y por el mismo Sacerdote. La víctima es Jesucristo, que es á la vez el Sacerdote invisible, representado por el sacerdote visible. La misma sangre se ofrece, y por el mismo fin, y tiene la misma virtud que cuando se derramó en el Gólgota. ¡Nuestro Salvador ofrece y nos da en el templo su sangre, y hay cristianos que la pisan con sus irreverencias! Jesucristo procura templar la indignación de su Padre, justamente irritada contra ellos, y ellos se ocupan en enojarle más. ¡Nuestro Salvador renueva este grande sacrificio por los hombres, y muchos cristianos vuelven á sacrificar allí á Jesucristo con la inmodestia escandalosa de sus ojos, con sus conversaciones sacrílegas y los deseos impuros de sus corazones! Si hubieras asistido al sacrificio del Calvario, ¿cómo hubieras estado allí? ¿No debes tener la misma compunción cuando asistes á la Misa, que tuvieras, si estuvieses presente en el Calvario, pues es el mismo sacrificio, el que se ofrece? ¿Hubieras querido hallarte allá para juntarte con los enemigos de nuestro Salvador, para insultar-

le, ó con sus verdugos para atormentarle? Pues eso es lo que haces con tu poca modestia é irreverencia al tiempo de la Misa, renovando los oprobios de la pasión, de que este sacrificio es recuerdo y memorial. Pide perdón á Dios de tus irreverencias en la iglesia y promete enmendarlas con una reverente devoción y edificante piedad.

### Punto II

*De la gravedad que encierran las irreverencias en el templo de Dios.*

Considera que por poca fe que se tenga, no puede verse sin estremecimiento la falta de reverencia con que se presentan muchos cristianos en nuestros templos. ¿Es, acaso, para dar un culto verdadero al Dios que está sobre nuestros altares para lo que se cometen tan escandalosas irreverencias en la casa de Dios? En el ánimo de esos cristianos tan frívolos y disipados, ¿es acaso Jesucristo el Redentor y el soberano Juez de los mortales? ¿No se diría más bien que le consideran como un fantasma de divinidad, ó como un rey de teatro, los que no se presentan á los pies de los altares sino con aire altivo, mundano, por decirlo así, é insultante; los que están con tan poca moderación y respeto que no se atreverían á estar delante de un hombre honrado, delante de un magistrado con la misma indiferencia, con la misma negligencia, la misma disipación de espíritu y la misma libertad con que asisten á los oficios divinos y al santo y tremendo misterio? Jesucristo sobre nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de una multitd de jóvenes li-

bertinos y de una reunión de mujeres mundanas, ¿sufre el día de hoy menos oprobios que los que sufrió en otro tiempo, cuando lo estaba de una tropa insolente de sayones que lo cargaba de injurias y de salivas? Esa mujer mundana que se adorna para ir á la iglesia como para ir al teatro; que asiste á los divinos misterios muchas veces con el mismo espíritu que á los espectáculos profanos, siempre con la misma disipación con que asistirá pocas horas después á los espectáculos ó á las tertulias; que se presenta en el templo más ricamente adornada que el mismo altar ¿no podría considerársela como un ídolo animado, expuesto á los ojos del público en medio del templo de los cristianos? A lo menos es cierto que ella recibe allí más honor de los libertinos que el Dios á quien se adora. ¿Y no es eso un pecado de escándalo, de profanación de las cosas santas y un horrendo sacrilegio?

Considera, para confirmarte en la misma idea, que no es un motivo de religión el que reune en nuestros templos á muchos jóvenes libertinos á ciertas horas de escándalo y de profanación para estar presentes á lo que se llama *la misa de moda,* como si dijéramos, la misa de doce, de una ó de dos; porque, ¿qué porte más disoluto ni más inmodesto tendrían en cualquier reunión profana? ¿Qué discursos tan vanos y escandalosos no ocupan sus imaginaciones y sus lenguas en el tiempo mismo en que se inmola al Señor la víctima divina, ó se cantan las divinas alabanzas, y qué deseos tan sacrílegos no se mezclan, por decirlo así, con el incienso que se ofrece al Dios vivo? ¿Es preciso esperar al fin de los siglos para ver en

el lugar santo la abominación de la desolación? ¿Qué otro nombre se debe dar á las irreverencias que se cometen todos los días en nuestras iglesias? ¿Qué padre tan poco celoso de su autoridad sufriría que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como lo ve á sangre fría en la presencia de Jesucristo? ¿Qué señor sufriría de un criado lo que Jesucristo sufre de los fieles? Se diría que, para acostumbrar á los niños á estas inmodestias, se les permite á veces estar y juguetear en la iglesia como no se les aguantaría ni aun en sus propias casas. ¿Y luego nos extrañaremos de que Dios nos castigue y derrame sobre pueblos blasfemos, profanadores de sus iglesias y de sus fiestas, la copa de su ira? Lo que hay que admirar es la misericordia infinita del Señor que no acaba con quienes parece no viven sino para ofenderle. Pide tú perdón por ellos y por ti y repara en cuanto puedas tanta afrenta y desacato.

### Punto III

*De tres causas de las faltas de respeto en el templo.*

Considera que la primera es la falta de fe viva. Dios está allí, el templo aquel es el *lugar de su solio;* pero no se le ve, no se siente la presencia del Dios vivo; todo, quizá, llamará la atención en el templo: la magnificencia de la arquitectura, la majestad del edificio, la riqueza de los adornos, todo merecerá la atención, menos Dios, que habita allí, y que para muchos cristianos es el Dios desconocido que predicaba San Pablo en Atenas. La fe viva hace que el cristiano ferviente vea á Dios en

todas partes y en todas las cosas; la fe tibia y dormida, ó muerta, de muchos, hace que no vean á Dios en parte alguna, ni en el templo siquiera, y que muchos puedan decir aquellas palabras del Génesis: «Verdaderamente este lugar es santo, y yo lo ignoraba»; porque no saben, ó ignoran culpablemente, que la gloria de Dios llena sus templos, y que allí se le debe á Dios toda adoración y toda alabanza, y que para orar y conseguir gracias y mercedes, hace falta fe, humildad y respeto.

Considera luego que es cosa de llorar con lágrimas de sangre, que rebosando de gente las plazas, los teatros, los lugares destinados para el comercio, sólo en nuestros templos, casi yermos, espere Dios en vano quien le visite con amor y le adore con reverencia. Pues de las personas que allí van, ¿cuántas oran con fe viva? Muy pocas. Las más van por costumbre y por bien parecer, para no dar qué decir al mundo y ser tal vez en el mismo templo objeto de curiosidad y de atención; van para ver y ser vistas, para ocupar la ociosidad propia y entretener la ajena, y para agradar y hallar objetos que agraden. ¿Es esa la fe que Dios pide de nosotros para su gloria y para escuchar nuestras peticiones?

La segunda causa es la frivolidad del corazón, lleno de todo lo que es mundo, y vacío por entero de Dios. Te presentas en el templo cargado de proyectos y de designios profanos, agitado por tus pasiones, tal vez de tus odios y resentimientos, y á veces la aparente piedad y el exterior recogido ocultan, ó la distracción voluntaria, ó el enajenamiento de un corazón absorto en ideas que profanan el tem-

plo y ofenden á Dios. ¿Y no es eso insultar á un Dios que, sobre todo, mira al corazón? ¿No es esa una hipocresía que se burla igualmente del cielo y de la tierra, y que, engañando al mundo, provoca las iras de Dios? No seas ni en esto, ni en nada que se roce con el divino servicio, frívolo ni ligero; mira lo que haces y dónde estás, y considera que el lugar es santo y debe ser santamente tratado, y que ni aun los ángeles son dignos de morar en el acatamiento de Dios.

La tercera causa puede ser el respeto humano. Ves que hay malos cristianos que hablan, que discurren, que ríen en la casa de Dios con igual desahogo que si estuvieran en el teatro, y aun es preciso confesar que muchos, con mayor atención asisten á los espectáculos del mundo, que á la celebración de nuestros augustos misterios. Te hablan inútilmente, te distraen con conversaciones largas é innecesarias, y no tienes el valor de decirles, que estáis en la casa de Dios, y que todo lo que sea allí una falta de respeto es una profanación y un escándalo. Ves que hay muchos cristianos que acuden á la casa de Dios á hacer ostentación de su lujo y de su profanidad, y aun de sus escándalos, y tú no quieres ser menos, y el mal ejemplo y el humano respeto convierten la casa del Señor en el lugar donde más se le ofende con irreverencias y profanaciones.

**Coloquio.**—¡Señor y Dios mío, ante quien todo el mundo es como si no fuese, y cuya majestad llena toda la tierra! Aviva en mí el espíritu de fe y de piedad, para que mi corazón sienta tu presencia en todas partes, pero sobre todo en tu casa, que es casa de oración, de recogimiento y de piedad. Con-

cédeme, Señor, la gracia de reparar en adelante, con mi respeto y devoción, las irreverencias que se cometen en tus iglesias, y que mi ejemplo abrase del mismo celo y anime del mismo espíritu á todos los fervorosos cristianos.

**Propósitos.**—No hables nunca en la iglesia sino pocas palabras, y esas necesarias. No estés en ella sino con una postura decente y religiosa, y con vestidos dignos de la casa del Señor.

## 10 DE JULIO

### De la ilustre confesión que hizo San Pedro de la divinidad de Jesucristo.

*Preludios.*—Oye á Pedro diciendo con fe divina y amor inmenso aquellas palabras: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo„, y pide al Señor fe vivísima para creer en El y valor para confesarlo delante de los hombres.

PUNTO I

*«Pregunta Cristo N. S. á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?»*

Pondera cómo Cristo N. S. hizo esta pregunta después de haber orado á su Eterno Padre, para que entendamos que en virtud de la oración se dió á San Pedro la luz divina para conocer y confesar á Cristo. Y si yo deseo esta luz, por la oración la alcanzaré, conforme al dicho del Apóstol: «Si alguno tiene necesidad de sabiduría, pídala á Dios, que El la da con abundancia», con tal que la pida confiadamente y sin dudar. Pondera luego, cómo Cristo N. S. hizo esta pregunta por tomar ocasión para dar á sus discípulos con más claridad, conocimiento verdadero de quién era; del cual, como El mismo dijo, depende como de semilla nuestra salvación; y también para enseñarnos el modo cómo nos hemos de aprovechar de los dichos

de los hombres; porque desear saber la opinión que tienen de nosotros para fundar en ella la seguridad de nuestra vida, es gran yerro; pues, como dijo San Pablo, quien nos ha de juzgar es Dios; pero no es malo querer saberla, para que oyendo sus dichos corrijamos lo malo que dijeren de nosotros, ó huyamos de ello para que no lo digan con verdad; y lo bueno que dijeren, procuremos adquirirlo, si no lo tenemos, ó perfeccionarlo si lo tuviéremos, y de esta manera los dichos de los hombres se convertirán en nuestro provecho.

También se ha de ponderar la humildad que resplandece en llamarse Cristo N. S. á sí mismo comúnmente con este nombre «Hijo del hombre», que es cosa vil y despreciada, dejando otros nombres muy gloriosos con que se podía llamar, enseñándonos con este ejemplo á humillarnos y á tomar siempre los títulos más bajos y humildes que pudiéremos, según nuestro estado, porque «quien se humilla será ensalzado». Y así, llamándose Cristo N. S., á sí mismo Hijo del hombre, luego por revelación del Padre le llamó San Pedro Hijo de Dios vivo. ¡Oh Hijo de Dios vivo, dame la humildad que mostraste haciéndote Hijo del hombre y abrazando las bajezas de los hijos de los hombres, para que por esta humillación llegue á la dignidad de Hijo de Dios, gozando de la gloria que sus hijos gozan!

Considera cómo respondieron los Apóstoles: «Unos dicen que eres Juan Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías ó uno de los profetas». Pondera la prudencia de los Apóstoles en esta respuesta; porque sabiendo que los escribas y fariseos decían de Cristo N. S. grandes

males, nada de esto respondieron, sino solamente lo que parecía honroso para su Maestro; enseñándonos con este ejemplo que los justos y prudentes no han de referir á otros los dichos de sus enemigos, porque ordinariamente son falsos y no sirven sino de provocarles á ira é indignación contra ellos; y así, es más cordura encubrirlos y no andar en miserias que ahogan la fraterna caridad.

Lo segundo, se ha de ponderar cuán propio es de hombres dejados á su miserable naturaleza, errar acerca del conocimiento de Dios y de Jesucristo, ó por cortedad de su entendimiento, ó por la pasión que les ciega la lumbre de la razón, ó por engaño del demonio, el cual procura quitarles este verdadero conocimiento para tenerlos cautivos debajo de su tiranía. Mira cómo entonces, lo mismo que ahora, erraban los hombres acerca de N. S. Jesucristo, queriendo medir las grandezas de Dios con la cortedad de su ingenio; y así, la chusma de aquel pueblo quitaba á Cristo la divinidad, diciendo que era hombre puro como el Bautista ó Elías. Otros, más apasionados, le quitaban la sabiduría ó la santidad, llamándole «samaritano»; ó el poder, calumniando sus milagros; ó la prudencia, poniendo falta en sus obras, y lo mismo pasa el día de hoy, pues padece Cristo N. S. estas injurias de los infieles y herejes, de los impíos y de los ignorantes, para que yo me consuele en mis injurias cuando me quitaren por agraviarme la honra que se me debía.

Pondera, además, cómo algunos cristianos, ó por ignorancia culpable ó por dejarse arrastrar de torpes pasiones, conciben falsísima

idea de Dios y de Jesucristo, imaginando unos un Dios severo, como Elías, implacable y que quiere coger de lo que no sembró, como decía el siervo perezoso. O al contrario, un Dios tan bonachón y demasiadamente misericordioso, que todo lo disimula, aunque vivan como quisieren y apelan á su misericordia, para dar rienda suelta á sus pasiones, porque su maldad miente y se engaña á sí misma.

### Punto II

«*Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*».

Considera la valiente y hermosa confesión del apóstol San Pedro. Pondera lo primero, cómo habiendo Cristo N. S. oído lo que decían de El los hombres, quiso también saber lo que sentían sus discípulos, diciéndoles: Vosotros que sois más que hombres por la doctrina del cielo que habéis oído, y por la alteza de vida que habéis profesado, ¿quién decís que soy? Esto dijo, no porque ignorase lo que sentían de El, sino para tener ocasión de confirmarlos en la fe de su divinidad.

Considera luego cómo aunque esta pregunta se hizo á todos, sólo San Pedro respondió, por dos causas. La una, porque era el más fervoroso en el amor y servicio de Cristo; y así, en todas las cosas de la honra de su Maestro era el más diligente y el primero. La otra causa fué porque Dios N. S., como le vió tan bien dispuesto para recibir sus dones, le ilustró con una extraordinaria luz para que reconociese las grandezas de Cristo; y así, arrebatado con la fuerza de esta luz, ganó por la mano á todos sus condiscípulos, y en nombre de todos

hizo aquella admirable confesión, sobre la que está fundada toda la Iglesia de Cristo: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo».

Medita las palabras de esta ilustre confesión cada una de por sí. La primera fué: «Tú eres»; como quien dice: Tú que te llamas Hijo del hombre; Tú de quien dicen los hombres que eres el Bautista ó uno de los Profetas; Tú que eres nuestro Maestro y nos has escogido por tus discípulos, Tú eres Dios, mi Rey y mi Señor, y eres el mismo sér por esencia, de quien tiene dependencia todo lo que tiene sér.

La segunda palabra es: «Tú eres Cristo», y Cristo «de Dios», esto es: Tú eres el Mesías prometido á los judíos y deseado de todas las gentes; Tú eres Rey de Israel. Rey de reyes y Señor de señores; Tú eres el sumo Sacerdote. Tú eres el supremo Profeta á quien todos han de obedecer; Tú eres el Santo de los santos, ungido del Señor. Todo esto abraza el nombre de Cristo, que quiere decir ungido, y por excelencia conviene á nuestro Señor, en quien se juntan las dignidades de todos los Reyes, los Patriarcas y los Profetas.

La tercera palabra es: «Hijo de Dios vivo». Como quien dice: No eres hombre solo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural Hijo de Dios vivo; el cual por ser Dios vivo, tiene la obra más noble de los vivientes, que es engendrar en ti su imagen substancial y su semejanza; y así, te engendra á ti Dios vivo como El, y, por consiguiente, infinito, inmenso, eterno, todopoderoso, sabio y bueno, y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho más penetró San Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la

boca cuando dijo estas palabras; y aunque es verdad que el Bautista y Natanael y otros habían hecho esta confesión, y dicho casi las mismas palabras, pero San Pedro señalóse en decirlas con gran fervor, con vivísima fe y con grande reverencia y devoción; y con el mismo espíritu tengo yo de decirlas, gozándome de las grandezas de mi Redentor, y suplicándole me dé parte de la luz que dió á este santo Apóstol para decirlas con viva fe, y confesar á Jesucristo mi Rey, mi Señor y mi Dios, delante de los cielos y de la tierra, de amigos y de enemigos, de los ángeles y de los hombres.

### Punto III

*Respuesta y promesa divina de Cristo N. S. al apóstol San Pedro.*

Considera cómo respondió Jesús á San Pedro: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque la carne y la sangre no te reveló esto, sino mi Padre, que está en los cielos».

Pondera lo mucho que agradó á Cristo N. S. confesión tan ilustre y el modo como la confirmó y aprobó, y engrandeció al santo Apóstol por ella. Porque llámale bienaventurado, porque de este conocimiento y confesión comenzó su buena dicha, y comienza la nuestra, por ser la fe en Jesucristo principio de vida eterna y bienaventurada. Llamóle Simón, que quiere decir obediente; hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma; para significar, que por esta confesión tan noble se había mostrado obediente á Dios, que se la reveló; hijo de su gra-

cia, y del Espíritu Santo, que se la inspiró; y en virtud de ella sería obediente á la ley de gracia, y sería lleno del Espíritu Santo, con gran plenitud de sus divinos dones. Le dice que no le reveló esto la carne ni la sangre; porque ni la fe, ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden, se pueden entender, ni haber por industria ó magisterio de hombres ni por fuerzas de nuestra humana naturaleza, ni por estudio ó motivos humanos, pues «no somos suficientes para pensar cosa semejante por nosotros, siendo de nosotros, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios». Por último, le dice que se lo reveló su Padre que está en los cielos; en lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los cielos, y revela estas verdades de pura gracia, para gloria de su Hijo y para bien de los mismos hombres. El cual por esta causa se llama Padre de las lumbres, porque de El proceden todas las verdaderas ilustraciones con que es conocido El y su Hijo. Saca de aquí que la fe en Cristo es un don de Dios que El envía á los humildes y fervorosos como Pedro, y oculta á los soberbios y sabios del siglo, y porque hay tantos de éstos en el mundo, hay tantos que no creen en Cristo, ni lo confiesan.

Considera después las magníficas promesas de Cristo N. S.: «Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y lo que soltares en la tierra, será desatado en los cielos».

Pondera las gloriosas promesas que Cristo

N. S. hizo á San Pedro, para que se vea cuán bien galardona aun en esta vida los servicios que se le hacen, y cuán bienaventurados son los que le sirven con fervor, que son los primeros en las cosas de su servicio, pues por esto este bienaventurado Apóstol recibió cuatro favores más especiales que sus condiscípulos.

El primero, fué ponerle un nombre muy glorioso, diciéndole: Tú eres Pedro; como quien dice: Tú has dicho de mí que soy Cristo Hijo de Dios vivo; pues yo de hoy más quiero que tu te llames y seas Pedro. Y como los nombres que pone Cristo no son vacíos, sino llenos de la verdad que significan, así con este nombre hizo á este Apóstol participante de las virtudes que significa el nombre de Pedro, derivado de piedra, que es Cristo, haciéndole semejante á sí mismo en lo que es ser piedra fundamental de la Iglesia, y en la fortaleza y constancia y en las demás virtudes de esta piedra preciosa y fuerte.

Y así añade la segunda excelencia, diciendo: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»; como quien dice: Yo, que por excelencia soy aquel hombre sabio que edifica su casa sobre piedra para que ni las lluvias, ni vientos, ni ríos la derriben, edificaré mi Iglesia universal sobre Mí, que soy piedra fundamental y fundamento de todos los fundamentos, y también la fundaré sobre ti, como sobre piedra firme, dándote la dignidad de cabeza universal de todos los fieles, los cuales estribarán en ti y en tu confesión y viva fe, y sobre ella edificarán los fundamentos de sus virtudes y de su santidad, y tú los confirmarás y

establecerás en la fe y religión, y en la obediencia á mi santa ley.

El tercer favor fué asegurarle de la perseverancia y fortaleza invencible de esta piedra y de este edificio, diciendo: Que aunque las puertas del infierno se abran de par en par, y salgan todos los poderes infernales á combatirla, no prevalecerán contra ella. Y aunque las lluvias, vientos y ríos de todas las persecuciones del mundo y de la carne se estrellen sobre esta casa, no la derribarán, porque está fundada sobre la omnipotencia, sabiduría y protección de Cristo, que es piedra viva, el cual la defenderá y dará firmeza á la piedra, que es Pedro, y á sus sucesores, en cuanto vicarios suyos, para que no desfallezcan jamás en esta fe. Y esta palabra de Cristo, confirmada por la historia y la experiencia anima la confianza y la fe nuestra, para que estemos seguros de que aunque rujan los abismos y todas las tormentas del mar de las pasiones, de la impiedad y la persecución contra la Iglesia, ésta no sucumbirá jámas, y los siglos todos, con todas sus herejías, horrores y persecuciones pasarán delante de ella, y ella será siempre roca firme en medio de las olas, y nada podrá prevalecer contra Cristo y su Iglesia.

El cuarto favor fué prometerle las llaves del cielo para que abra y cierre sus puertas á los hombres, esto es, que le dará la llave de la ciencia para declarar las verdades que están encerradas en las Sagradas Escrituras y las manifieste á los hombres, y la llave de la potestad para perdonar los pecados que impiden la entrada del cielo. Todo esto cumplió Cristo N. S., y por ello le he de dar muchas gracias,

tomando por mías las mercedes que hizo á este santo Apóstol; porque no se le dieron estos privilegios, tanto por su provecho cuanto por el provecho de toda la Iglesia y por el mío, pues yo me aprovecho de ellos como si para mí sólo se concedieran. Y también me gozaré por las grandezas de este Santo, con deseo de imitarle en lo que pudiere.

**Coloquio.**—¡Oh glorioso Apóstol! Gózome del nuevo nombre que hoy os ponen, y de la nueva dignidad que os prometen. Sea para bien ser piedra fundamental de la Iglesia, espantable á los demonios y llavero del cielo, amable á los ángeles y á los hombres. Suplicad al Señor que os hizo piedra fundamental me ayude á fundar mi vida sobre esta piedra, de modo que las puertas del infierno no prevalezcan contra mí. Abridme con vuestras llaves las puertas del cielo que cerré, y cerrad las puertas del infierno que abrí, para que, limpio de toda culpa, entre á gozar con Vos el reino de la gloria.

**Propósitos.**—Confiesa siempre y á todas horas, y en todos lugares, la divinidad de Cristo N. S., y haz pública profesión de vivir siempre y en todo unido en pensamientos, palabras y obras con su Vicario el Sumo Pontífice, sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

## 11 DE JULIO

### De nuestra fervorosa y valiente confesión de la divinidad de Jesucristo.

*Preludios.*— Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*La fe toda se funda en la confesión de la divinidad de Jesucristo.*

Considera que el eje de oro alrededor del cual gira toda nuestra santa religión, es la sagrada persona de su divino fundador. Por

eso se ve que los Santos y cuantos se vieron animados de celo por la defensa de Dios y de la Iglesia, á Jesús se volvieron, amándole sobre todas las cosas y predicando su nombre y su divinidad con fervor incansable. Por el contrario, todos cuantos aborrecen y persiguen nuestra fe, dirigen sus tiros contra la sacratísima persona de Cristo, pues harto conocen que si les fuera posible borrar de la mente de los fieles la fe en la divinidad de Jesús, todo el edificio sobre El fundado se derrumbaría instantáneamente. Por esta causa, todo el empeño de los enemigos de nuestra fe, estriba en negar la divinidad de Jesucristo, pues reduciéndole á la condición de sólo hombre, la Religión por El fundada queda también reducida á una de tantas escuelas, cuyas enseñanzas pueden seguirse ó dejarse, según el capricho de la mudable razón humana.

Contra esta infernal maquinación conviene que fortifiques y animes tu fe en Jesucristo, único Rey y Salvador del mundo, á quien cada día debes amar más y adorar con más ardor. En contra de las blasfemias de tantos enemigos de Jesús, levanta tu voz y proclámalo, como San Pedro, «Hijo de Dios vivo». Verdadero hombre y verdadero Dios, camino, verdad y vida del mundo, espejo substancial del Eterno Padre, en quien habita corporalmente la divinidad, y mil otros títulos sacados de la sagrada Escritura que prueban que nuestro Señor, Rey inmortal de todos los siglos, después de reconciliar al mundo con Dios por medio de su sangre, está sentado á la diestra de su Eterno Padre. Pero para proceder con algún orden en lo que tanto te conviene saber

y creer, considera cómo la fe te enseña que Dios, uno en esencia é infinito en todas sus perfecciones es trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo procede del Padre desde toda la eternidad como espejo é imagen substancial suya, por el conocimiento: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, por el amor. Las operaciones divinas de estas tres personas distintas en una misma esencia pueden manifestarse con estas palabras: Dios se conoció y se amó desde toda la eternidad. Y ese es Dios, Uno y Trino. Te enseña además la fe, que la segunda de estas tres divinas Personas se hizo hombre para redimir á los hombres de la pena en que habían incurrido en la persona de Adán, porque siendo el pecado infinito en su malicia, sólo un Hombre-Dios que pudiese padecer y merecer infinitamente, lo podía satisfacer. Pues por eso dice San Juan: «que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

Ahora bien, si consideras esta verdad de fe, no podrás menos de deducir de ella que siendo el Verbo, como es, Dios desde la eternidad, no podía dejar de serlo después de su encarnación porque lo eterno no tiene principio ni fin, y si el Verbo es Dios, y esto por el dogma de la Santísima Trinidad no admite la menor sombra de duda, Dios sigue siendo después de haber tomado nuestra humanidad, sin confundirse con ésta ni dejar de ser lo que era durante toda la eternidad. Lo mismo prueban mil lugares del Evangelio, prescindiendo del Antiguo Testamento: «Yo y el Padre somos una misma cosa», palabras que trajo Jesús para probar su divinidad y que en ese sentido enten-

dieron los judíos, que por ellas le quisieron apedrear porque «se hacía Dios». A Jesucristo N. S. llámale San Juan [1]: «Verdadero Dios y vida eterna». San Pablo [2]: «Dios bendito por todos los siglos». Santo Tomás apóstol, lo llamó: «Señor mío y Dios mío», y en su muerte, al admirar cómo toda la naturaleza lloraba á su Creador, los mismos sayones le confesaron «verdadero Hijo de Dios». No necesitas más pruebas para confirmar tu fe en Jesús tu Salvador. Levanta, pues, la voz y defiende su divinidad ante los amigos y enemigos, y cayendo de rodillas adora su divina persona y di de lo íntimo de tu alma, con el ciego del Evangelio: «Creo, Señor, que tú eres el único y verdadero Salvador del mundo».

### Punto II

*De otras pruebas de nuestra fe certísima en la divinidad de Jesucristo.*

Considera que la falsa imputación que los escribas y fariseos de la ley antigua y los impíos de los tiempos modernos hicieron y hacen á Jesucristo, de haberse atribuído una divinidad de que, según ellos, carece, está desmentida por la misma Sagrada Escritura. Ya á Adán le fué prometido un Redentor y como la ofensa hecha á Dios por aquel era infinita, en atención á lo infinito de la Majestad ofendida, infinita tenía que ser la satisfacción y por tanto, sólo un Sér infinito podía darla cumplida y proporcionada á la magnitud del agravio. No de otro modo sucede cuando la bandera de una nación es objeto de un insulto.

1. Joann, 5-20. 2 Rom, 9-5.

Aunque sean unos cuantos miserables los que tal injuria hicieron, para desagraviar al rey de la nación ofendida, el rey de quien son súbditos los ofensores, se ve obligado á dar la satisfacción exigida.

Lee en los libros santos cómo Jesucristo afirmó que Abraham había deseado verle y que habiéndole visto por revelación, se regocijó su alma. Y á los que le arguyeron diciéndole que cómo podía ser eso si aún no tenía cincuenta años y Abraham había dejado de existir hacía siglos, les replicó Jesucristo: «En verdad os digo que antes de que Abraham fuese creado ya existía yo». Y como esto no podía referirse á su humanidad sacrosanta, preciso era que se refiriese á su divinidad, que desde la eternidad existe.

Para desvanecer, pues, la blasfemia de los impíos, no ya con la luz de la fe, sino con las enseñanzas de los libros santos, en cuanto son verdaderísimamente históricos, recorre los del Antiguo Testamento y en ellos verás anunciada, miles de años antes, la venida del Mesías con señales que convienen únicamente á Jesucristo. Según ellos, el Mesías había de ser Dios y hombre á un tiempo, hijo de Dios y de David. Había de nacer en Belén de Judá, de una Madre siempre Virgen, y cuando el cetro de David hubiera pasado á manos extranjeras; en su cuna le adorarían reyes que le ofrecerían oro, incienso y mirra; su nacimiento daría ocasión á que se diera muerte á todos los niños de Belén; se anuncia también su huída á Egipto, su pobreza, su mansedumbre, su predicación, precedida de la de un precursor, sus milagros, y todas las circunstancias de su Pasión y

muerte. Su resurrección, la ruina del templo de Jerusalén, la eterna dispersión del pueblo judío, fué igualmente anunciada con una precisión tal, que, cotejando los libros del Antiguo Testamento y la vida de Jesucristo contenida en los Evangelios, se ve que á nadie más que á El corresponden las señales que los Profetas dieron del Mesías.

Y no cabe dudar ni aun de la autenticidad de los Evangelios en que se relata la vida de N. S., pues fueron escritos y predicados cuando aún vivían los contemporáneos de Jesucristo, considerado como hombre; y aun los judíos y los paganos, que daban muerte cruel á sus autores, no osaran desmentirlos, porque lo que narraban era público y su verdad estaba comprobada con miles de testigos presenciales.

Considera asimismo que, entre esos testigos, todos los que fueron requeridos para dar su testimonio, no sólo lo dieron, sino que lo sellaron con su sangre, y á testigos que se dejan matar antes que desdecirse, hay que creerlos, so pena de estar nosotros sin juicio. ¿Y qué dijeron esos testigos? Todos ellos que Jesucristo era el Verbo de Dios vivo, es decir, Dios y hombre, Salvador y Redentor; y esa fe predicaron por toda la tierra, y no sólo después de la resurrección, sino que hubo quien lo declaró en vida de Jesucristo. Así San Pedro, el príncipe de los Apóstoles, cuando fué preguntado por Jesucristo en Cesarea, dijo aquellas hermosas palabras: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo...» Divina confesión, que encierra cuanto acerca de la augusta persona de Cristo puede decirse. ¿Qué prueba puedes encontrar

que tenga mayor fuerza que este testimonio dado ante Jesús por los mismos que le seguían más de cerca, y que, por tanto, se hallaban en mejores condiciones que otros para conocer íntimamente á su divino Maestro?

Dudar, pues, de la divinidad de Jesucristo, no es sólo una herejía y una blasfemia. Es, además, una deplorable y voluntaria ceguedad, pues nada hay tan demostrado como que Jesucristo es el Verbo Hijo de Dios vivo, y Dios, por consiguiente, segunda persona de la santísima Trinidad.

### Punto III

*La augusta persona de Jesucristo, prueba su divinidad.*

Considera la desproporción que existe entre los resultados de la obra llevada á cabo por Jesucristo, y los medios que empleó para realizarla. Jesús, como hombre, no era ningún rey poderoso, ni ningún opulento magnate, ni un guerrero á cuya voz millones de soldados desenvainasen las espadas para conquistar al mundo. Pertenecía, sí, por su Madre la Virgen María, y por su Padre legal el Patriarca San José, á la regia extirpe de David; pero su reino estaba en poder del extranjero, y los que le representaban se hallaban reducidos á la humilde condición de pobres artesanos. Nació en un establo, en medio de las mayores estrecheces, y durante los primeros treinta años de su vida hubo de ganarse el sustento con el trabajo de sus manos, como el más obscuro menestral. Su séquito se hallaba formado por unos pobres pescadores, gente sin instrucción ni

influencia humana, y, no obstante esta flaqueza de medios materiales, combatió y venció al paganismo que reinaba en el mundo, y sobre la corona de los soberanos de la tierra colocó la cruz que le había servido de patíbulo.

¿Y cómo venció? No entrando triunfante en los alcázares de los reyes como conquistador, sino sufriendo más que mortal alguno y muriendo en una cruz entre dos ladrones. ¿Podría, quien así vivió y murió, haber dejado un solo prosélito entre los que le conocieron? Pues Jesucristo dejó millones de adoradores que extendieron su nombre por toda la tierra, y esto no por un breve espacio de tiempo, sino en el curso de los diecinueve siglos que van transcurridos desde su muerte. ¿Quién, sino un Dios, pudiera hacer tan estupendo milagro? Pasaron los más poderosos imperios, y el crucificado vive en la fe y en el amor de millones de almas que creen en El y lo adoran, y su nombre llena el mundo y está siempre en los labios de centenares de millones de seres que le bendicen. ¿Dónde están los partidarios de ninguno de los grandes caudillos y monarcas que en otros tiempos dominaron y admiraron al mundo? Murieron hace muchos siglos, y ya esos nombres, ni para el amor ni para el odio significan nada en el mundo. Quien así, y por esos medios, ha logrado vencer, salvar al mundo y ser adorado en la cruz, tenía que ser Dios verdadero.

Mira, además, los mártires y los santos, que no han cesado de florecer desde la muerte del Salvador del mundo. Los grandes hombres, según la carne, tuvieron quien les sirviese, mientras la esperanza de ser favorecidos les

proporcionaba partidarios. Pero, ¿quién los sirve ahora? Nadie; porque de los muertos, pasado algún tiempo, nadie se acuerda. En cambio hoy, como en los tiempos apostólicos, hay miles de seres que dan su sangre por confesar á Jesucristo, como sucede ahora mismo en las misiones del Africa y del Asia; hay otros que renuncian á los atractivos de la carne, al lujo, á la hermosura, á todos los regalos y vanidades del mundo para mejor amarle y servirle, y hoy, como en los primeros siglos de la Iglesia, miles y miles de almas santísimas se consagran á El, que es fuente y manantial de una pureza, de un espíritu de sacrificio, de una santidad que sólo Dios puede inspirar. ¿Es posible que un puro hombre sea capaz de realizar esos portentos? No; sólo Dios es capaz de inspirar y de sostener siglos y siglos ese amor y ese fervor que engendra vírgenes, mártires y santos, so pena de poder decir que Dios puede permitir que vivan en la ilusión y el engaño las almas más puras del mundo.

Considera, por último, que Jesucristo dijo de sí mismo que era Dios, con palabras clarísimas, en cuantas ocasiones juzgó conveniente decirlo, y que por ello murió en una cruz. Y una de dos: ó dijo la verdad, ó se engañó y trató de engañar á los hombres. Si dijo la verdad, como ciertísimamente la dijo, no hay que pasar más adelante, sino creerle firmísimamente hasta morir, adorarle, obedecerle, amarle. Suponer que se engañó sería lo mismo que afirmar que era un iluso y un loco; pero esto es una indigna aberración, pues ni el deseo de ser grande llega á esos extremos, ni las obras y doctrina de Jesús, llenas de sabi-

duría, consienten que se le tenga por iluso. ¿Es que fué un impostor? ¿El, el más puro, el más santo, el más adorable de los hombres, según sus propios enemigos? ¿Y qué podía ganar con su impostura? Porque se explica que un hombre engañe á otros para procurarse bienes temporales. ¿Mas para morir en un patíbulo, objeto de la execración de las gentes? Ni aunque Jesucristo hubiera tratado de hacerse soberano temporal, tenía necesidad de ser impostor; bastábale con declarar su estirpe, que era regia, como descendiente de David, pero bien claro lo dijo: «Mi reino no es de este mundo». ¿Y para fingir que era soberano de un reino que, no siendo Dios no podía regir, había de resignarse á padecer los tormentos que sufrió y la cruel muerte que le dieron? ¿Quién es capaz de llevar la impostura á semejante extremo?

Y nada decimos de sus milagros, ni de su vida santísima, ni de su purísima doctrina defendida por lo más sabio y practicada por lo más santo del mundo, ni de su resurrección que fué la resurrección del mundo, de la verdad, del bien y de toda virtud. Basta con lo que has meditado para que tu fe se afirme más y más y ames cuanto puedas al divino Salvador de los hombres.

**Coloquio.**—¡Señor y Dios mío! Creo en Ti, te adoro y te amo, pero aumenta mi fe. Que mis obras se conformen con ella y sean dignas de Ti. Dame el valor de confesarte delante de los hombres para que Tú me confieses delante de tu Padre.

**Propósitos.**—No leer libros, ni tratar con personas que puedan poner en peligro la fe, que es el mayor bien de la tierra.

## 12 DE JULIO

**Del amor ardentísimo á nuestro Señor Jesucristo, como fruto de la fe viva en su divinidad.**

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

### Punto I

*Para amar ardientemente á Jesucristo, hay que aprender á conocerle.*

Considera cuán profundo es el pensamiento de San Agustín al afirmar que el hombre se convierte en el objeto á quien ama. «¿Amas la tierra? dice. Pues eres tierra. ¿Amas á tu Dios? ¿Qué cosa te diré? Eres Dios». Esta es la razón de que, viniendo el hombre como á transformarse en el objeto amado, toma de él la nobleza ó la infamia. De lo cual se infiere que, aunque el amor reside en la voluntad, su fundamento estriba en gran parte, en aquel acto del entendimiento por el que se conoce la cualidad loable del objeto hacia el que uno se siente inclinado por el amor. Disponerse, pues, á amar un objeto sin conocer en él algunas dotes de bondad, de hermosura ó de gracia, es materialmente imposible, pues sólo cuando se halla en él alguna ó varias de dichas dotes, es cuando los sentidos mueven el corazón.

Eso mismo sucede respecto al amor de Jesucristo. El alma debe, ante todo, conocer las dotes singulares que le adornan, para pasar luego á dar libre curso á los afectos de su corazón. San Pedro confesó á Cristo, Hijo de Dios vivo, y por eso le amó más que todos, por-

que su fe era más viva y encendida que la de los demás apóstoles. Mas ¿quién será capaz de llegar á profundizar la inmensidad de las perfecciones que se encierran en Cristo? Abismo es sin suelo de divina é increada sabiduría, donde se encuentra la razón, el arquetipo y ejemplar primero de todas las cosas que fueron pensadas en los eternos designios; abismo de poder, donde se encuentra la razón de cuanto se ha hecho y de cuanto es posible hacer, pues todo ha sido hecho por el Verbo; abismo de bondad, donde reside la fuente de que manan todos los bienes; abismo de amor, que después de haber unido en sí mismo las personas divinas, unió al cielo con la tierra.

Imposible es pensar en todo esto sin desfallecer de amor y de gratitud. Limítate, pues, á contemplar la sacratísima humanidad de N. S. Jesucristo, y considera la inconmensurable belleza de aquellos ojos que brillan más que todos los soles; aquella frente, más serena que el cielo; aquel rostro, en quien, como dice San Pedro, se miran eternamente sin cansarse jamás los ángeles, y sobre todo, aquel Corazón divino, que palpita de amor por ti. Piensa en sus palabras de vida eterna, en sus obras de salvación para el mundo, en su conversación santísima, en la gracia y en la dignidad que en todo su sér resalta por su unión con la persona del Verbo; y cuando todas estas y otras infinitas cosas que la fe te enseña acerca de Jesucristo, hayan reflejado en tu mente una imperfectísima imagen de tu Salvador, da rienda suelta á los afectos de tu corazón, porque de este conocimiento brotará súbitamente el amor de complacencia, como

el fruto del árbol que lo produce. ¿Qué hace un hijo que tiene un padre, revestido de alta dignidad, y objeto de la admiración del mundo por su talento, por su mérito ó por su virtud? Gozar en su interior y mostrarse orgulloso de tener tal padre. ¿Qué hace una esposa, á quien ha tocado en suerte un esposo ilustre, por su gloria militar, ó por su celebridad en el foro, ó por su dignidad en la corte? ¡Con cuánta complacencia habla de su esposo! Por poco que una persona ame á otra, esta complacencia es tan natural que no puede disimularse. Eso mismo debieras sentir respecto de Jesús. Las dotes maravillosas que le adornan; la dignidad á que fué elevada su humanidad sacrosanta; la victoria que alcanzó sobre el infierno y el pecado; la gloria que con esto dió á la Trinidad augustísima; la recompensa que le colocó á la diestra del Padre; las alabanzas que recibe de los ángeles y santos del cielo; la gloria que recibe de la Iglesia en toda la tierra; el terror que su nombre produce en los abismos infernales, todas estas y las demás é innumerables grandezas de Jesús, ¿no son motivos más que suficientes para que te regocijes en El?

Poseyéndolo El todo, nada puedes darle, y sólo te queda para demostrarle tu amor gozar con su dicha y recrearte con su grandeza. Y tanto agradece Jesús estas complacencias, que se dignó decir á Santa Gertrudis que cuantas veces la veía complacerse en su grandeza, consideraba á ésta como si de dicha santa la hubiera recibido.

### Punto II

*Debemos amar á Jesucristo sobre todas las cosas.*

Considera que, lejos de ser estéril ese sentimiento de complacencia que experimentan las almas santas al contemplar las grandezas de Jesús, conduce como por la mano al amor divino más esencial y puro que hay, esto es, al que consiste en preferir á Cristo á todos los bienes creados. ¿Y cómo no ha de suceder así? Quien quiere dar á Jesucristo todo lo que él posee y las adoraciones de cielos y tierra, ¿cómo no ha de querer darle lo poquísimo que posee y anteponer á Jesús á todas las cosas de la tierra? De dos maneras, dicen los santos doctores, podemos amar á Dios: con amor de ternura, y con amor de preferencia. Bueno es el primero y lleno de suavidad, pero no siempre está en la mano del hombre el experimentarlo, pues Dios, en su Providencia, suele negar aun á corazones muy puros y santos la mayor parte de las veces este afecto tierno y sensible, para que las almas se conformen mejor con Jesucristo crucificado, y adquieran valor, ya lo conceda ó lo niegue, para adelantar en el camino de la virtud y de la santa cruz. Pero el amor de preferencia, contando con la ayuda de Dios, siempre está en tu mano y ha de ser en ti constante durante todos los años de tu vida, porque es el amor que reconoce á Jesús como es, y no puedes sin gravísima afrenta desconocerlo.

Para que así lo comprendas, has de considerar que Jesús es el sumo bien, todo el bien, y que comparados con él, son bienes incomple-

tos, bienes viles y bienes abyectos todas las cosas creadas. Preferir estos bienes á Jesucristo, es hacer grave ofensa á su Majestad infinita, el mayor insulto que la criatura pueda inferir á su Criador. Una gran guerra, escribe San Juan en el *Apocalipsis*, se encendió en el cielo; San Miguel y sus ángeles combatían contra el dragón, y el dragón y los suyos se resistían. El motivo de esta lucha era que Lucifer y sus secuaces se amaban á sí mismos más que á Dios, con un amor que ultrajaba á la Majestad divina; y como el arcángel San Miguel no podía sufrir que otro osara compararse con Dios, exclamó: «¿Quién como Dios?»

Esta misma lucha es la que viene perpetuándose en la tierra. El amor de preferencia á Dios nos libra de esta culpa, dando al Señor la gloria que le pertenece. Debes, pues, amar á Jesucristo sobre todas las cosas, observando sus divinos preceptos, aunque esto te cueste violentar tus pasiones y sufrir la persecución de los seguidores del mundo. Por conservar intacta la fe que debes á Jesucristo, serás llamado supersticioso, imbécil é hipócrita; por obedecer á sus leyes, serás escarnecido con los nombres de beato y de fanático; por guardar la honestidad, la pureza y la modestia mandadas observar por Jesús, serás tenido por estúpido y escrupuloso, y en una palabra, todo cuanto hagas por su santo servicio, dará pretexto á la impiedad para tenerte por loco ó al menos como persona de corazón apocado.

Nada te importen esas diatribas. El amor de preferencia que debes á Jesucristo se sobre-

pondrá á esas y otras injurias y hará que prefieras, como los prefirieron los mártires y demás santos, todos los males de la tierra, teniendo á Jesús, á todos los bienes miserables y perecederos de esta vida, sin El.

Muchos cristianos hay, por desgracia, que no cumplen con este precepto divino de amar á Jesucristo sobre todas las cosas, y unos le posponen á las criaturas y otros á sí mismos. Hay quien por adquirir un menguado honor mundano, sacrifica á Jesús en el altar que ha levantado á la ambición; otros le sacrifican por adquirir un poco de dinero; otros á la vanidad; éstos á la sensualidad y aquellos á la cobardía del respeto humano porque tienen en más la opinión del mundo que el amor que deben al Salvador.

No los imites tú; antes al contrario, sigue las huellas de aquellas almas generosas, que no sólo antepusieron á Jesús á todo lo creado, sino que renunciaron á todo otro amor que no fuera su divino amor. Procura, como esas santas almas lo hicieron, ya que otra cosa no puedas, evitar en cuanto esté en tu mano que se le ofenda, que se le blasfeme, que se quebrante su ley y darle cuanta gloria seas capaz de ofrecerle por ti mismo ó por las personas que te rodeen.

### Punto III

*La recompensa que se obtiene amando á Jesús.*

Considera que según el dicho de San Bernardo, el amor divino no necesita premio. Su acto es amar, su fin amar, y en el amar halla su recompensa y por el amor que profesa no

quiere más que aumento de amor. Y así es verdaderamente y de ello te persuadirás, si meditas la vida de todos los que han amado fervorosamente á Jesús. Todos ellos están de acuerdo con San Ignacio de Loyola, cuando decía: «Dame, Señor, tu amor, y esto me basta para ser suficientemente rico». Jesús, sin embargo, cuya generosidad es inagotable, colma de bienes á los que le aman, en el tiempo y en la eternidad.

En el tiempo presente, el amor de Jesucristo es el más dulce consuelo que pueda tenerse en la tierra. Porque ¿qué significan los males, de enfermedad, de persecución, de pobreza, de infamia, de muerte, para un alma que de verdad ama á Jesús? Todos ellos los recibe de la mano de Jesucristo como prendas de amor y de semejanza con El y tienen, por tanto, el valor de bienes infinitos y de tesoros de méritos para el cielo. Los lleva en compañía de Jesús que está al lado de los que sufren y halla en ellos una prueba de que Jesús le ama, de que pertenece á El y los mira como una esperanza de que le pertenecerá en la eternidad.

Medita á este propósito las vidas de los santos y hallarás en ellas maravillosos ejemplos de penas toleradas, de persecuciones sufridas y de asaltos del poder infernal resistidos, insoportables, para las almas vacías del amor divino, pero convertidos por aquellos escogidos siervos del Señor en manantial perenne de delicias. ¡De qué modo se les representaba Jesús viniendo en su ayuda y cómo Jesús inundaba de claridad sus entendimientos y de gozo inefable sus corazones! ¡Y cuántas veces se

veían obligados á apartar á Dios de su pensamiento por algunos instantes por no poder resistir el fuego de su ardiente caridad!

Sólo con que obtuvieras tú esa altísima recompensa en premio de tu amor á Jesucristo, verías cuánta tranquilidad inundaría tu espíritu, qué confianza tendrías en todos los peligros, y qué esperanza llenaría tu alma de adquirir los bienes eternos. Y sin embargo, toda esta felicidad, no es otra cosa que un preludio de la que tendrás en la patria celestial, si perseveras en el amor de Jesús. Allí la obtendrás completa, porque allí solamente puede ser convenientemente recompensado por Jesús, el amor que le profesan sus escogidos. Porque ahora sólo lo ves con el pensamiento y en imagen, pero entonces lo verás tal como es en sí mismo. Y no sólo lo verás, sino que lo abrazarás en un abrazo maravilloso que será una verdadera posesión. ¿Y por cuánto tiempo? Por toda una eternidad y con un mismo amor, siempre uno y siempre infinito en su variedad. Porque del amor de la humanidad pasará el alma al de la divinidad y con el Verbo de Dios, hallará al Padre y al Espíritu Santo que son con El una misma esencia. Y por el interminable piélago de aquel infinito amor, pasará el alma de abismo en abismo. Abismo de sabiduría, abismo de bondad, abismo de poder, abismo de misericordia, abismo de amor á que dará acceso el amor.

**Coloquio.**—¡Jesús, Dios mío, mi alma desfallece pensando en tanta felicidad! ¡Dichosas las almas que te aman, pues gozan ya de su cielo anticipado! Nada, ni la muerte ni la vida, ni la cruz ni los trabajos los pueden separar de Ti. Que yo te ame,

Señor, pero con amor firme, práctico, de sacrificio y de esperanzas, como te amaban los santos, como Tú me has amado á mí.

**Propósitos.**—Decir el *Suscipe, Domine; Tomad, Señor, y recibid* de San Ignacio con el corazón y con las obras.

## 13 DE JULIO

### De la fundación de la Iglesia con todos los medios necesarios para la salvación, y cuán soberano sea este beneficio.

*Preludios.*—Oye á Cristo N. S. diciendo al apóstol San Pedro aquellas palabras: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia„, y pide á Dios amor vivo y adhesión inquebrantable á la Iglesia nuestra madre.

#### Punto I

*De la bondad de Dios para con los hombres en el establecimiento de la Iglesia.*

Considera cómo Dios N. S., con su infinita sabiduría, edificó en medio de este mundo una casa para sí, y un puerto de refugio y de salvación para nosotros, poniendo en él un faro luminoso para que á él acudan todas las gentes. Ese puerto de salud es la santa Iglesia, provista con admirable providencia de todos los medios necesarios para la salvación de todos los que viviesen en ella. La fundó Jesús para que se librasen los hombres en ella de las dos mayores miserias que puede haber en esta vida y en la otra, que son pecado é infierno, y alcanzasen las dos felicidades contrarias, que son gracia y gloria. La grandeza de esta bondad de Dios se puede ponderar por la del fin á que se ordena esta Iglesia, que es la gloria del mismo Dios, y de Jesucristo N. S.,

y para que fuese en la tierra su especial morada, donde habitase y conversase con los hijos de los hombres, y para que los mismos hombres pudiesen alcanzar la vida eterna.

Considera que pues el fin es el más alto que puede darse, también lo serán los medios y la providencia de Dios en disponerlos para tal fin. Porque si es tan grande y admirable la providencia que tiene del hombre cuanto á lo natural de su cuerpo y vida temporal, ¿cuánto mayor y más admirable será la que tiene del mismo cuanto á lo sobrenatural de su alma y vida eterna? Y quien de tantos medios le proveyó para conservar la vida del cuerpo, que hoy es y mañana perece, ¿cuánto más le proveerá para granjear y conservar la vida espiritual del alma, que nunca ha de perecer? Sin duda cuanto excede el espíritu á la carne y lo eterno á lo perecedero, tanto excede una providencia á otra. Así, todo el cuidado que tiene Dios N. S. del cuerpo y de la vida temporal y los medios que nos ha dado con su providencia para conservarla, es en orden al alma y á la vida eterna; y en comparación de este cuidado, ese otro es muy pequeño. Y por esto dice el Sabio, que la divina sabiduría cuida de los escogidos con toda providencia, porque en ésta se encierra toda su perfección. Por lo cual he de dar muchas gracias á nuestro Señor, reconociendo mi indignidad y la grandeza de este beneficio, diciéndole lo que dijo Tobías al ángel: «¡Oh Padre amantísimo, aunque me entregue por tu esclavo, no será paga digna de tu grande providencia!» yo me ofrezco de ser tu perpetuo siervo, pues con tu providencia me gobiernas como á hijo.

### Punto II

*De los medios que Dios ha puesto en su Iglesia para salvación del hombre.*

Considera en segundo lugar, los admirables medios que la divina providencia ha puesto en la Iglesia fundada por Cristo N. S. para nuestra salvación, reduciéndolos á siete, como siete columnas fortísimas y hermosísimas de esta casa. El primero, es la verdadera fe y conocimiento del verdadero Dios y del Medianero y Redentor que nos dió, que es su hijo Jesucristo, cuyo conocimiento es principio y fundamento de la vida eterna, «porque sin esta fe es imposible agradar á Dios», y sin el nombre de este Señor no hay salud debajo del cielo. El segundo medio es, darnos una ley santísima; en la cual están todos los mandamientos de las cosas necesarias para entrar en la vida eterna, y todos los consejos que nos pueden ayudar para alcanzarla con seguridad y perfección. El tercero es, instituir una religión observantísima con los sacrificios y ceremonias exteriores, ordenadas á la honra y culto del verdadero Dios, y aunque la Iglesia antigua tenía un templo con muchos sacrificios, ahora esta santa Iglesia tiene muchos templos con un solo sacrificio, que vale infinitamente más que todos los otros, porque en él se ofrece el mismo cuerpo y sangre del Redentor. El cuarto medio es, la divina institución de siete Sacramentos ordenados para remedio y medicina de nuestros pecados, entre los cuales uno es mesa del mejor pan y vino que Dios nos pudo dar para nuestro sustento.

Y todos siete son como siete columnas exteriores en que estriba la grandeza y firmeza de esta casa. El quinto es, la práctica de siete virtudes verdaderas y sólidas: fe, esperanza y caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y siete dones del Espíritu Santo, que son como siete columnas interiores en que estriba la santidad y hermosura espiritual de este edificio. El sexto es, darnos promesas ciertas de la vida eterna y de los premios que en esta vida y en la otra se dan á los que viven dentro de esta casa. Y juntamente terribles amenazas de infierno, y castigos horrendos que en esta vida y en la otra se dan á los que viven fuera de ella, ó en ella no viven como deben.

El séptimo medio es la divina Escritura, en que están reveladas todas las cosas que se han dicho, y es como una mesa regaladísima para sustento de las almas, las cuales, con la fe y verdades que allí están escritas por revelación de Dios, se sustentan, consuelan y alientan hasta alcanzar la vida eterna. Ponderando estos siete medios que la divina Providencia ha trazado para nuestra salvación en la casa de su Iglesia, y mirándome á mí dentro de ella como morador, que puedo gozar de todos para salvarme, glorificaré á este Señor por tan soberana merced como me ha hecho, diciéndole: Alábente, Señor, los ángeles del cielo por estos siete medios que, para mi salvación, me has dado en la tierra. Y pues me has hecho por tu gracia morador de esta casa de salvación, concédeme que goce de sus bienes, viviendo de tal manera, que llegue á ser morador de la casa que tienes en el cielo.

### Punto III

*Que fuera de la Iglesia de Cristo no hay salvación.*

Considera cómo esta Iglesia y casa de Dios vivo, no es más que una en todo el mundo, en la cual pueden salvarse todos los que se aprovecharen de sus gracias y medios, y fuera de ella todos, infaliblemente, se condenarán. De suerte que, como en tiempo del diluvio no hubo más que un arca, y todos los que se quedaron fuera de ella perecieron, y los que entraron se salvaron, así ahora no hay más que una Iglesia, una fe, una religión, una ley, unos sacramentos y sacrificios, una Escritura Sagrada y unos medios de nuestra salvación; así como no hay más que un Dios, un Criador y Santificador, un fin último de todos y un Medianero de todos; y siendo una la cabeza, no ha de ser más que uno el cuerpo místico, que es la congregación de los fieles que creen y profesan las siete cosas que se han dicho; y todos los infieles, en cualquiera otra ley y secta que vivan, serán condenados para siempre. Por eso Cristo N. S. al fundar sobre Pedro su Iglesia la hizo visible para que á ella puedan acudir todos, y la adornó con sus cuatro notas de unidad en la fe y jerarquía bajo una cabeza, de santidad en su doctrina y sus miembros, de catolicidad en su extensión y de apostolicidad en la sucesión legítima y no interrumpida en sus Pontífices desde San Pedro, para que no se pueda confundir con las falsas sectas á todas las cuales les faltan esas notas tan maravillosas que distinguen á la Iglesia de

Cristo. De modo que el que en ella no entra, por culpa suya, se hace reo de ceguedad voluntaria y, por consiguiente, de eterna condenación.

Y de aquí también es que, como el arca de Noé no tenía más que una puerta, así para entrar en la casa de la Iglesia hay una sola puerta, que es Cristo N. S., y su fe profesada por el santo Bautismo. Con esta consideración ponderaré más la grandeza del beneficio que Dios me ha hecho, entrándome dentro de esta arca, dejando fuera de ella innumerables infieles que perecen en el diluvio de la infidelidad, y aun entre cristianos muchos niños no alcanzan esta dicha, porque mueren sin aplicarles el Bautismo; y con no desmerecerlo éstos más que yo, ni yo merecerlo más que ellos, quiso la divina Providencia librarme de estos peligros, y que recibiese el beneficio del Bautismo, haciéndome Dios por pura gracia su hijo antes que supiese llamarle Padre.

**Coloquio.**—¡Oh Padre amantísimo! ¿Qué gracias te daré por este tan soberano beneficio? Antes que yo supiese escoger el bien y reprobar el mal, me quitaste la culpa y me justificaste con tu gracia, para que supiese reprobar lo malo y escoger lo bueno; aún no sabía hablar, cuando tu omnipotencia destruyó en mí la fortaleza del pecado y del demonio, echándole de la posesión que había tomado desde el día en que yo había sido concebido. Consérvame, Señor, en tu Iglesia militante, peleando de tal manera que llegue á gozar de Ti en la triunfante por todos los siglos.

**Propósitos.**—Dar mil veces gracias á Dios por el beneficio de la vocación á la fe, y vivir de modo que no merezcas perderla y ser echado del corazón de Cristo y de su Iglesia.

## 14 DE JULIO

### De la vocación de Dios para entrar en la Iglesia y recibir la gracia de la justificación.

*Preludios.*—Mira á la Iglesia como un arca de salvación en el diluvio de errores y pecados del mundo, y pide al Señor vivísima fe y amor inquebrantable á la esposa de Jesucristo.

PUNTO I

*Cuántas y cuán preciosas son y dignas de estima las inspiraciones de la gracia.*

Considera cómo la vocación á la fe es una inspiración ó ilustración del Espíritu Santo, con la cual toca el corazón del pecador, y de pura gracia, le previene, despierta y ayuda para convertirse, y alcanzar la gracia de la justificación, de tal manera que sin ella no puede por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado. Por esto dijo Cristo N. S., que ninguno podía venir á él, si su Padre no le trajese; y como Lázaro cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedara muerto hasta convertirse en polvo, si la voz de Cristo no le llamara diciéndole «sal á fuera», así yo para siempre me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiración no me llama y ayuda á salir de ellos.

De aquí es, que la divina vocación é inspiración es único instrumento del Espíritu Santo, para todos los medios de nuestra santificación. Ella nos trae del cielo el don de la fe, sin la cual no es posible agradar á Dios; y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud, y el espíritu de temor que comienza á

echar fuera el pecado, y el dolor de la contrición que quebranta el corazón por haberle cometido, y el fuego de la caridad que consume la escoria de nuestras culpas, y el resplandor de la divina gracia que nos purifica y limpia de faltas. Ella es la semilla para ser engendrados en el sér de hijos de Dios por el Bautismo; y si le perdemos, es semilla para recobrarle por la Penitencia. Y este beneficio se nos da sin merecimientos nuestros, conforme á lo que dice San Pablo: «Dios nos llamó con su santa vocación, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de su voluntad, y por la gracia que nos hizo por Jesucristo». ¡Oh Dios eterno, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envías del cielo lo que nos trae las dádivas buenas y los dones perfectos! Si Tú no me llamaras, nunca resucitara de la muerte, y si su inspiración no me previniera sin merecerlo, ya estaría yo pagando la pena que merecía. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes para que responda dignamente á tu santo llamamiento.

### Punto II

*De los medios maravillosos con que la gracia llama á los hombres á salvarse y santificarse en el seno de la Iglesia.*

Considera los medios maravillosos por donde nuestro Señor encamina la vocación de los hombres. A unos llama por medio de los predicadores ó confesores, ó por pláticas y conversaciones con personas devotas; á otros por lección de buenos libros, ó viendo algunos bue-

nos ejemplos. A unos trae por adversidades y trabajos; á otros por prosperidades y beneficios. A unos llama por caminos ordinarios, dejando ir las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos; á otros llama por medios extraordinarios y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increíbles las fuerzas del amor cuando se junta con el poder. Y como Dios ama infinitamente á los hombres, el amor mueve á la omnipotencia para que los llame y traiga, con modos maravillosos, á su servicio. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caído en graves pecados, me ha llamado á penitencia por mil vías. Unas veces cercando mis caminos con espinas y abrojos de adversidades para que me volviese á El; otras veces trayéndome con cadenas de beneficios, y otras veces con inspiraciones repentinas, trayéndome á la memoria la muerte, juicio, infierno ó gloria, y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los ojos, y otras veces después de admitido le he echado de mi posada, El se ha quedado á la puerta para tornar á llamar hasta que le tornase á abrir, para darme su gracia y amistad. ¡Oh Padre amorosísimo! ¿qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia que así ha solicitado á tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado para que alcance la vida eterna.

Lo segundo, mira cómo no hay hombre en el mundo á quien nuestro Señor no llame por un camino ó por otro, porque todos los hom-

bres, de cualquier secta que sean, y en cualquier lugar ó rincón del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia, y como el Sol de justicia, Cristo, nació para todos, y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia, y puso los Sacramentos que hay en ella, así á todos llama, ya por el dictamen de la lumbre natural, moviéndolos á dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustración, alumbrando á todo hombre que entre en el mundo, por el uso de la razón, con deseo de que reciba su divina gracia, y después entre en su gloria. Y porque muchos no conocen este beneficio, he de glorificar al Señor por haberme traído á mí sin mérito ninguno mío, al seno de mi madre amantísima la Iglesia católica.

Lo tercero, pondera cómo esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su vida, sin desamparar á ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvación; antes, como buen Padre de familias, sale á llamar á cada uno en la mocedad, y si entonces resiste, sale otra vez en la juventud y en la vejez. Y cuando está cercano á la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite á su amistad. Y aunque á los endurecidos en su pecado suele negar los especiales favores que les ablandarían el corazón, pero no les niega la vocación suficiente y los medios necesarios para su justificación.

De donde sacaré aviso para no desconfiar de la salvación de ningún pecador, por malo que sea, y mucho menos de la mía, por muy

caído que me vea, porque yo y todos estamos siempre debajo de la divina providencia que nos tiene á su cargo; y quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza como el buen ladrón, que de la cruz y de la cama vaya al paraíso. Pero tampoco he de descuidarme dejándolo todo á la divina providencia, porque si no procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, ó justificándome si consiento, ó castigándome si resisto.

### Punto III

*Razones para corresponder prontamente á las inspiraciones de la gracia.*

De todo lo dicho concluiré los varios títulos que me obligan á oir con presteza la divina vocación cuando me llama Dios para salir del pecado y de tibieza, reduciéndolos á seis. El primero, por la infinita grandeza del Señor, que me llama para que le sirva, no por tener necesidad de mí, sino porque yo la tengo de El, y porque en El concurren todas las razones que pueden obligarme á oir su voz, pues no hay cosa más puesta en razón que oir la criatura la voz de su Criador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro y el cautivo la de su Redentor. El segundo título es, por la infinita bajeza del que es llamado, á quien le viene muy ancho que Dios se digne llamarle y servirse de El, mereciendo ser dejado y desamparado

en el abismo de sus miserias. El tercero, por la infinita miseria del pecado, de donde Dios quiere librarme, sacándome de un estado que es peor que el mismo infierno, cuanto á lo que es pena. El cuarto, por la infinita grandeza de los bienes para que Dios me llama, pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepuja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu Santo, y al mismo Espíritu Santo, dador de los dones, con prendas de que después me llamará para gozar de los bienes eternos de su gloria. El quinto, por el modo tan amoroso como me llama, usando de tantos medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazón y aficionarme á que le oiga, como si le importara á El lo que me importa á mí. El sexto, por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto á la divina vocación; pues si me hago siempre sordo á su llamamiento, será cierta mi eterna condenación, como la de los convidados que no quisieron venir á la cena, á quienes dijo que nunca más la gustarían.

En estas seis cosas se descubre también la grandeza de este beneficio, y los que son títulos para oir la divina vocación, son títulos para glorificar á Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese.

**Coloquio.**—¡Oh Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio, que por tantos títulos es como infinito! Bendita sea tu providencia de donde mana, y bendita tu omnipotencia que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocación á todos los hombres que criaste, para que entren todos en la ciudad de tu Iglesia y suban al alcázar de la perfección cristiana y después al de tu eterna gloria.

**Propósitos.**—No hacerte jamás sordo á los toques interiores de la gracia, y trabajar cuanto puedas por la conversión de los infieles y pecadores.

## 15 DE JULIO

### De la bondad de Jesucristo N. S. en instituir en su Iglesia los siete sacramentos para la justificacion de los hombres.

*Preludios.*—Imagínate la Iglesia como un paraíso amenísimo y lleno de delicias, y cruzado por siete ríos que lo fecundizan y hermosean. Pide al Señor que las aguas purísimas de su gracia, que se comunican por esos canales del cielo, santifiquen cada día más y más tu alma.

### Punto I

*De los fines por los que Jesucristo N. S. instituyó los siete sacramentos en su Iglesia.*

Considera la bondad inmensa de Cristo N. S. en instituir al fundar su Iglesia estos siete sacramentos. Brotaron de su corazón como siete ríos de gracias celestiales y los puso en medio de su Iglesia como minas de oro purísimo, á las que acudieran á enriquecerse los hombres. Sin ellos todos pereceríamos y sería inútil su redención. Han sido la obra maestra de su providencia y de su amor.

Considera luego los fines particulares para que la divina Providencia ordenó estos siete Sacramentos dentro de la casa de su Iglesia, discurriendo brevemente por cada uno. El Bautismo es como un vaso de óleo celestial, para sanar la llaga del pecado original. Y demás de esto, nos engendra en un nuevo sér de gracia, para vivir nueva vida en Cristo, en cuyo testimonio los bautizados son ungidos con el óleo para que sean semejantes á Cristo, que

quiere decir ungido. La Confirmación se ordena para curar nuestra flaqueza y fortalecer á los nuevos soldados de Cristo en la fe y gracia que recibieron, ungiéndolos con crisma, compuesto de óleo y bálsamo, en señal de que han de pelear valerosamente contra los enemigos de su Rey y de su ley, dando de sí buen olor de santidad. El sacramento de la Eucaristía se ordena contra la perversa inclinación del amor propio, que va consumiendo la vida del espíritu, y encierra dentro de sí al mismo Cristo, que es médico y medicina, y nos unge con el óleo de devoción y alegría espiritual para conservar y perfeccionar la vida del espíritu. El Sacramento de la Penitencia se ordena para curar las llagas mortales de nuestros pecados actuales y reparar la vida de la gracia que por ellos perdimos, ungiéndonos como el piadoso Samaritano con vino y aceite, para que nuestras heridas queden perfectamente sanas. El sacramento de la Extremaunción todo es vaso de óleo, para ungir al enfermo y curarle las reliquias de los pecados, y fortalecerle para pelear contra el demonio en la batalla de la muerte y disponerle para entrar en la vida eterna. El sacramento del Orden únge con este divino óleo los sacerdotes y ministros de la Iglesia contra la desunión y poca inclinación que los hombres tienen á las cosas de Dios, dándoles gracia para que ofrezcan el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de Cristo N. S. por los pecados de los vivos y difuntos, y administren los demás Sacramentos y remedios necesarios para nuestra salvación. El sacramento del Matrimonio es medicina de flacos para curar las concupis-

cencias carnales; de modo que los casados, unidos en caridad, sin daño de sus almas engendren hijos que reciban estos Sacramentos y pueblen la Iglesia militante, y después la triunfante.

Ponderando esta traza tan soberana, glorificaré á Dios por el cuidado que ha tenido de proveernos de tantos remedios, tan fáciles y suaves y tan proporcionados para el fin á que se ordenan, diciéndole: ¡Oh sabiduría infinita, «pues alcanzas de un fin á otro con fortaleza y dispones todas las cosas con suavidad!» gracias te doy por estos siete Sacramentos que instituiste dentro de tu Iglesia, por los cuales me favoreces desde el principio de mi vida hasta el fin de ella, ordenándola con dulzura y eficacia para que gane la vida eterna.

### Punto II

*Sobre la maravillosa excelencia de los Sacramentos.*

Considera la excelencia de estos siete Sacramentos cuanto á su eficacia, porque no son como los Sacramentos de la ley vieja, vasos vacíos de lo que significaban, sino llenos de la gracia que significan, causándola en el que debidamente los recibe. De modo que, diciendo el que bautiza: «Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», en virtud de este Sacramento queda el alma lavada del pecado original y de cualquier otro que tuviere. Y en diciendo el sacerdote: «Yo te absuelvo de tus pecados», queda el pecador libre de ellos, recibiendo la gracia de la justificación. Y demás de esto, hacen de atrito, contrito, esto es, que recibiéndolos el

pecador con un dolor imperfecto que llaman atrición, en virtud de ellos reciben la gracia, supliendo el Sacramento la falta de la contrición, que es dolor perfecto. Y aun quien comulga con sola atrición, pensando que va en gracia, la recibe por el Sacramento y queda justificado.

Finalmente, todos los santos sacramentos dan gracia, *ex opere operato,* porque además de lo que cada justo puede merecer con sus propios actos, recibe otros grados de gracia en virtud del Sacramento. Todo lo cual trazó la divina providencia, lo uno, para facilitar más nuestra salvación, supliendo la falta de nuestras cortas disposiciones, porque muchos más se condenaran si fuera necesaria la perfecta contrición. Y lo otro, para enriquecernos con más abundancia de gracia y gloria por tales medios, supliendo la falta de nuestros merecimientos que son muy cortos. Por donde veré la gran dicha de los que vivimos en la ley de gracia, gozando de tan amorosa y eficaz providencia, y la razón que tengo, para animarme á recibir á menudo los sacramentos de Confesión y Comunión que se pueden frecuentar. ¡Oh alma mía, acude con grande gozo á estas fuentes purísimas y divinas del Salvador para sacar agua de gracias celestiales, con que te laves de tus culpas y hartes tus deseos, hasta que dentro de ti se haga una fuente de agua viva, que salte y te lleve tras sí á la vida eterna.

### Punto III

*De cómo Jesucristo ofrece la gracia de los sacramentos con generosidad maravillosa.*

Considera cómo la divina Providencia ofrece estos siete Sacramentos á todos los hombres en el grado y estado que son necesarios ó convenientes para su salvación y perfección. Porque primeramente, á todos los pecadores infieles ofrece el sacramento del Bautismo, y á los pecadores fieles generosísimamente el de la Penitencia, sin excluir á ninguno. Y por esto los llama un profeta fuentes patentes en medio de Jerusalén, que es la Iglesia, para lavar las manchas de los pecados. A todos convida con la Confirmación y con la comida de la Eucaristía, y á todos los enfermos en peligro de muerte ofrece la Extremaunción. Y á la divina providencia pertenece que no falte quien reciba el sacramento del Orden, para que haya bastantes ministros en su Iglesia. Y así, aunque yo no reciba este Sacramento, no por eso deja de ser para mí provechoso, pues le reciben otros de cuya mano yo he de recibir los demás Sacramentos.

Finalmente, ponderaré cómo estos Sacramentos son vasos, no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que durarán hasta la fin del mundo, sin que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé á innumerables hombres; porque la fuente de donde recibe su virtud y licor celestial es Jesucristo N. S., cuyos merecimientos son infinitos y no pueden agotarse. Y como el óleo de la otra pobre viuda, por la palabra de Eliseo nunca

se agotó mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia que pagó sus deudas, y sobró para conservar su vida, así la divina gracia no cesará de brotar de estos Sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla, para pagar las deudas de sus pecados y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpetuamente irán manando y aumentando la gracia mientras le durare la vida, y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento.

**Coloquio.**—Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola de tan ricos vasos de óleo divino con que pagarlas con tanta abundancia, que sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna.

**Propósitos.**—Acercarte siempre á los santos Sacramentos con las disposiciones debidas.

## 16 DE JULIO

### Festividad de la Virgen del Carmen.

*Preludios.*—Represéntate á la Virgen santísima ofreciendo su santo escapulario al bienaventurado Simón Stock, como signo de alianza y prenda de su protección, y pide á María, tu Madre, que tu corazón se penetre de amor, de gratitud y de confianza para con ella.

#### Punto I

*El escapulario del Carmen prenda de salvación.*

Considera que María siempre es Madre, y Madre llena de ternura delicadísima. Una prueba de ello tienes en esta hermosa festividad. Apenado hondamente el corazón de Simón

Stock por las calumnias y persecución de que era objeto la Orden Carmelitana, suplicaba á la Señora se dignase darle alguna prenda en señal de que Ella era y quería ser la Madre y protectora de los Carmelitas. María, que siempre está pronta á consolar al angustiado, se le apareció una noche en medio de brillantísimos resplandores, y con dulce sonrisa y acento cariñoso le dijo, al tiempo que le entregaba el santo Escapulario: «Toma, hijo mío muy amado, este Escapulario de la Orden, señal de mi confraternidad, privilegio que á ti y á todos los Carmelitas otorgo; el que piadosamente muriere vistiéndolo, no arderá en el eterno fuego; he aquí la señal y prenda de salvación, seguridad en los peligros, alianza de paz y sempiterna amistad». ¡Qué palabras! ¡cuántos y cuán grandes consuelos y promesas se encierran en ellas! ¿Quién sino una madre, y una madre amorosísima y poderosísima, podía así expresarse? ¡Oh María! ¡bien se conoce que sois Vos quien así habláis! ¡oh Madre mía, ¿no os amaremos aún? ¿no correremos á vestir vuestra privilegiada librea? Ser amigos de la Madre de tu Dios, salir ileso de los peligros, salvarte eternamente, todo esto te promete en su Escapulario; medítalo, pésalo bien, apréciale en lo que vale, y ya que á tanto no alcanzas, agradécelo cuanto pudieres.

### Punto II

*Es preciso vivir cristianamente para disfrutar de los privilegios del Escapulario de la Virgen del Carmen.*

Medita que no á cualquiera que lo lleve, sino al que piadosamente vistiéndole muriere, pro-

mete la divina Madre sus gracias singulares. Jamás fué ni podrá ser la Virgen patrocinadora de vicios y pecados, y tal vendría á ser si prometiese ser libre del infierno y volar al cielo al que, sin cuidarse de llevar cristiana vida, y aun llevándola mala y desordenada, sólo cuidase de vestir el santo Escapulario. La divisa y librea de María no salva al que Dios condena, y Dios condena al que por su mala vida lo merece. Pero ya que contra la salvación hay tantos peligros y tanto trabaja el demonio para perdernos, á los que hacen por vivir piadosamente, si llevan el Escapulario sagrado, protege la Señora y los saca á salvo en tales ocasiones, y con sus gracias y auxilios especiales les hace más fácil la práctica de la virtud y buenas obras, y más llano el camino del cielo. Y no contento aún su Corazón bondadosísimo, á los cofrades del Carmen que cumplieren además con ciertas prácticas que en la Cofradía se acostumbran, promete para el sábado próximo después de su muerte, sacar sus almas del fuego del purgatorio. No dejes, ¡oh cristiano! de aprovecharte de tan singulares privilegios; examina cuál es tu vida actualmente, mira lo que debieres hacer para enmendarla ó mejorarla, y si no fueres cofrade del santo Escapulario, acude presuroso á alistarte en las filas de los hijos de la Virgen del Carmen, y sobre todo acude á esa buena Madre, y conságrate á Ella por siervo y devoto y amante perpetuo.

### Punto III

*De otras condiciones para llevar con fruto y con gloria el santo Escapulario.*

Considera que además de la vida pura y cristiana hace falta llevar ese escudo y librea de la Virgen santísima con fe viva, con amor sincero y con grandísima confianza en nuestra Madre. Con fe viva, porque es siempre condición indispensable para conseguir las gracias del cielo, y este santo hábito traído por María, debe distinguir á los hijos fervorosos de la Virgen de los cristianos tibios y fríos en su servicio. Amor sincero, llevando esa librea celestial con más gloria que todos los honores humanos, pues en efecto, ser buen hijo de la Virgen vale más que ser rey del mundo. Por último, gran confianza en la Señora, porque su escapulario es el escudo y coraza más fuerte contra todos los tiros del mundo, del demonio y de la carne, salvaguardia y señal de singular protección de María, prenda segura de la abundancia de bienes celestiales que la Virgen santísima derrama á manos llenas sobre sus devotos, esperanza fundadísima de salvación y un derecho á la predilección de la Madre de Dios.

**Coloquio.**—Gracias te doy, oh Madre amantísima, por los favores sinnúmero que me has dispensado, desde que por el santo Escapulario me contaste en el número de tus hijos. Que sea esa librea tuya señal de que me amas y de que te amo, que sea mi escudo en las batallas, mi defensa en los peligros, mi estímulo para servirte y amarte y después de cumplir cuanto debo como buen hijo tuyo, que

sea mi consuelo y esperanza en la muerte y señal de mi libertad en el purgatorio.

**Propósitos.**—Cumplir exactamente todas las obligaciones que te impone el santo Escapulario.

## 17 DE JULIO

### De la petición que hicieron á Jesús los hijos del Zebedeo.

*Preludios.*—Mira á Jesús ofreciendo á estos dos Apóstoles, en vez de las honras que ellos buscaban, el cáliz de su Pasión; y ofrécete á beberlo tú también por Jesús y con Jesús, siempre y cuando que El lo dispusiere.

#### Punto I

*De cómo los hijos del Zebedeo, se llegaron á Cristo y le pidieron una merced.*

Considera cómo estos dos Apóstoles, aunque habían oído lo mucho que Cristo N. S. había de padecer, y por otro lado también oyeron decir que Cristo había de resucitar y reinar, olvidados de lo primero, desearon los mejores lugares de su futuro reino con ambición desmedida y deseo de honra.

Mira cómo descubrieron su imperfección en el modo de orar y pedir, diciendo: «Maestro, queremos que nos des cuanto te pidiéremos». En lo cual hubo tres imperfecciones. La primera, fué mostrarse voluntariosos y amigos de su propio regalo; la segunda, fué falta de resignación de su voluntad en la de Cristo N. S., porque no dijeron: Maestro, si quieres, ó si es posible, ó si nos conviene, sino absolutamente «queremos», pretendiendo traer la voluntad de Cristo á la suya, y no conformar la suya con la de Cristo. De aquí nació la

tercera, que fué suma presunción en pedir á Cristo N. S. con tanta generalidad como si estuvieran ciertos que habían de pedir lo que era justo, ó que Cristo no les había de negar lo que ellos se atreviesen á pedirle, es decir, que tuvieron en su oración todas las faltas en que caen los presuntuosos y soberbios cuando acuden á Dios para pedirle mercedes temporales, que son las únicas que saben pedir.

Los dos hermanos se aunaron para hacer esta demanda, porque la carne y la sangre suelen concertarse muy bien para pretensiones de honra; mas para mejor negociar, no quisieron ellos proponer la demanda, sino solicitaron de su Madre, á la que como á todas, parecía que todo era poco para sus hijos, que ella pidiese lo que deseaban. Por donde se ve que la ambición, á los mismos que la tienen, parece mal y la encubren buscando la honra y dignidad,, sin que se entienda que la pretenden.

Con saber, pues, estos dos hermanos, que juntamente con Pedro eran preferidos de Cristo N. S. á los demás Apóstoles, sentían mucho que Pedro les fuese preferido, y por esto pedían los dos lugares inmediatos á Cristo, uno al lado derecho y otro al lado izquierdo, para que ni siquiera Pedro estuviese delante de ellos. Y es muy creíble que si la ambición pasara adelante, también cundiera entre ellos mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí el lado derecho por ser antepuesto al otro. De donde sacaré la inquietud de este vicio, que no perdona á compañeros ni á hermanos ni á amigos, y que en todas las cosas, así corporales como espirituales, de-

sean en todas lo primero; y así estos Apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que luego en resucitando, su reino sería temporal, cual los judíos le imaginaban, ó si creían que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en El, no por ser más santos, sino por ser más honrados de los otros. Y de aquí procedió que la pretendían por medios desordenados; ambos modos de soberbia y ambición desagradan mucho á nuestro Señor.

Mírate en este espejo, y á la vista de lo que te desagrada la pretensión ambiciosa de esta madre y de estos hermanos, considera adónde te puede arrastrar la ciega ambición de subir á puestos que ni mereces ni podrías luego desempeñar.

### Punto II

*De la maravillosa respuesta de Cristo N. S.*

Considera cómo Cristo N. S. respondió á los dos hermanos: «No sabéis lo que pedís». Sobre esta palabra considera los yerros que hay en la oración de nuestra parte, por no saber, como estos Apóstoles, lo que pedimos. De donde procede que, como dice Santiago apóstol, pedimos y no recibimos, porque pedimos mal.

El primer yerro, es pedir alguna excelencia y dignidad temporal, ú otra cosa de la tierra, sin resignación en la voluntad de Dios, y sin poner la condición de si nos conviene alcanzarla para nuestra salvación. El segundo, es pedir alguna excelencia espiritual, aunque sea en virtudes, sin la pureza de intención debida, pretendiéndola, no tanto por gloria de

Dios, cuanto por la nuestra. El tercero, es pedir alguna de estas grandezas que excede mucho á nuestros merecimientos, y es singular ó extraordinaria y mayor de lo que pensamos; pero pedímosla con falta de humildad, como quien pide al Señor favores que no merece. El cuarto, es pedir estas grandezas espirituales, pretendiendo alcanzarlas por sólos ruegos é intercesiones, sin hacer caso de merecimientos ni de obras; porque dado caso que son necesarias las oraciones, pero no bastan si con ellas no se juntan obras y trabajos con que se dispongan las almas á recibirlas; y mucho menos bastan, cuando se alegan solos títulos de carne y sangre, y de sola naturaleza, los cuales pesan poco delante de Dios para cosa tan alta. El quinto yerro es, pedir estas grandezas, que son premio y corona de los que vencen, antes de haber peleado ni merecido premio. Por todas estas causas, según la declaración de varios doctores, dijo Cristo N. S. á estos dos Apóstoles: «No sabéis lo que pedís»; y así, escarmentando en cabeza ajena, mira bien lo que pides, y la intención y el medio y modo con que lo pides, porque no te diga Cristo N. S. lo que dijo á estos Apóstoles.

Considera lo que después añadió Jesús: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? ¿Y ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado?» Considérese la caridad y suavidad de Cristo N. S. en esta pregunta, convidando á sus Apóstoles á los trabajos de su pasión, con palabras, ejemplos y razones eficaces, dándoles á entender que el medio para alcanzar la mano derecha y la izquierda que pretendían, era beber el cáliz que El bebía y

ser bautizados con el bautismo con que El lo era. Porque el supremo monarca de cielos y tierra llega á sentarse en el trono de su gloria bebiendo este cáliz, ¿cuánto más razón es que sus vasallos no lleguen á sentarse con El en los tronos que les ha prometido, sino bebiendo el mismo? ¿Y qué mucho le beban los discípulos, pues le bebe su Maestro? De aquí saca cuál es el modo de ser grande en el reino de Cristo, que es no desear honras ni pedir altas dignidades, sino padecer y sufrir con El. Los que más beben del cáliz de su Pasión, esos estarán, y sólo ellos, á la derecha de Cristo.

Medita el espíritu que está encerrado en llamar Cristo N. S. á su Pasión y muerte, cáliz y bautismo, porque para su Pasión y muerte concurrieron dos suertes de trabajos significados por el cáliz y el bautismo, á saber: unos interiores, que penetraron su santísima alma, y otros exteriores, que afligieron también su cuerpo. Y todo tiene gran misterio, porque iba ordenado á reprimir la ambición interior y exterior de sus discípulos, convidándoles á refrenarla con esta bebida y bautismo de tantos trabajos y desprecios, deseándolos con el corazón y acometiéndolos con la obra.

Ultimamente, se ha de considerar otra causa misteriosa por la cual dijo: «¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?» Porque en la divina Escritura hácese mención de muchos cálices, y no los bebió todos Cristo N. S. Uno es de pasión y trabajos, otro de gloria y premio, que es la suerte de los bienaventurados, y otro de la ira de Dios y de sus castigos, que es la suerte de los condenados. El primero bebió Cristo N. S., y nos exhorta á que le beba-

mos; y quien le bebiere, también beberá el segundo que bebió Cristo, y no gustará el postrero, como ni Cristo le gustó. Pero quien rehusa beber el cáliz de trabajos, no gustará del segundo, y cabrále en suerte el tercero. Por tanto, alma mía, recibe de buena gana el cáliz de tu salud, aunque sea muy amargo, porque con esta amargura temporal te librarás de la eterna, y beberás el cáliz excelentísimo que embriaga, viendo y amando á Dios con sumo gozo.

Con esta consideración he de imaginar que Cristo N. S. me pregunta lo que á sus Apóstoles, diciéndome: «¿Tendrás ánimo y estás dispuesto para beber el cáliz que yo bebí? ¿Y para ser bautizado con el bautismo con que yo lo fuí?» Y luego entraré dentro de mi corazón á examinar si tengo este ánimo y prontitud para responderle que sí, con gran fervor y valentía, confiando en su gracia.

### Punto III

*Ofrecimiento generoso de los hijos del Zebedeo.*

Considera cómo estos dos Apóstoles se ofrecen con generosidad á beber el cáliz que Jesucristo les ofrece. Sobre lo cual has de discurrir que podían por tres causas ofrecerse á beber este cáliz y decir con mucha resolución aquella palabra «podemos». La primera es con espíritu de ambición; la segunda con espíritu de fervor ciego, y poco experimentado, lo cual suele ser fácil á muchos, porque es dulce la guerra á quien nunca se ha visto en ella, y piensa que es fácil cosa beber este cáliz quien nunca le ha gustado. La tercera es

con espíritu de Cristo, el cual inspira á sus escogidos semejantes deseos de todos los trabajos que el mismo Cristo padeció. Y de este modo es creíble que se ofrecieron estos dos Apóstoles; y si no lo hicieron ahora, á lo menos es cierto que lo hicieron después, y pusieron por obra su deseo. Y con este espíritu tengo yo también de ofrecerme á ello, no estribando en mis fuerzas, sino en las de Cristo.

Considérese cómo es gracia y favor grande de Cristo N. S. darnos á beber el cáliz de su pasión, y como tal lo concedió á estos dos queridos Apóstoles. Pero no sin misterio, el uno murió por Cristo, y el otro, aunque padeció mucho, murió su muerte natural, para significar que no sólo se bebe el cáliz de la pasión de Cristo muriendo como los mártires, sino padeciendo como los confesores. Se ha de ponderar la infinita sabiduría, bondad y caridad de Cristo N. S. que resplandece en las últimas palabras que dijo á estos dos Apóstoles, porque de tal manera les negó el asiento de la mano derecha é izquierda, por el título que le pedían, que juntamente se les concedió por otro título. Como si dijera: no es mi oficio, ni me está bien ni conviene dar el asiento de la mano derecha ó izquierda á vosotros, por ser mis deudos, ni por solas intercesiones y ruegos, sin haberlo merecido ni trabajado; pero es mío darle á los que están señalados por Mí.

**Coloquio**.—¡Oh dulcísimo Jesús, Dios verdadero, á quien pertenece también como á tu Padre disponer las sillas y asientos de tu reino, gózome de la rectitud que tienes mezclada con tanta suavidad! Y pues no es tuyo dar estas sillas á los indignos, sino á los dignos, hazme digno por tu gracia para que alcance una de ellas en tu gloria. Dame á beber del

cáliz de tu Pasión, que con tu gracia estoy dispuesto á sufrir cuanto Tú quisieres por parecerme más á Ti y merecer tu derecha al lado de la cruz, que es tu trono.

**Propósitos**.—Ofrécete al Señor para aquella cruz que más repugna á la carne y á la sangre.

## 18 DE JULIO

### Sobre los males y peligros de la ambición.

*Preludios*.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*Lo que es esta pasión en el pecho de los mortales.*

Considera en los hijos del Zebedeo los males de esa pasión que atormenta á la mayor parte de los hombres. Buscan siempre el primer puesto en todas partes, y eso constituye su inquietud y su desgracia. Porque la ambición es una pasión que inclina al hombre á elevarse más de lo que debe y de lo que merece. El ambicioso no está jamás contento con el lugar que ocupa; quisiera cada instante subir más y más, y dice siempre como Lucifer: *Ascendam*. No considera nunca lo que está menos elevado que él, sino que fija siempre la vista en lo que está más encumbrado. Así Lucifer veía una multitud casi innumerable de ángeles, que le eran inferiores: sólo Dios estaba más elevado; pues bien, sólo con esto ya no estaba contento. Tenía ciencia altísima, naturalmente, más su ambición le cegó, hasta hacerle decir: «Seré semejante al Altísimo». Amán veía todos los vasallos de Asuero, que se arrodillaban delante de él; sólo Mardoqueo

no le doblaba la rodilla, y esto sólo le hizo á Amán olvidarse, y no hacer caso de todas las consideraciones de los otros. Jesucristo prefería los hijos del Zebedeo á los demás Apóstoles; sólo Pedro privaba más que ellos con nuestro Señor; pues esto basta para que Juan y Diego se atrevan á pedir osadamente las dos primeras sillas para excluir á Pedro y disputar después el primer puesto entre ellos. Los otros Apóstoles, después de haber oído á su divino Maestro hablar de las humillaciones de su pasión, disputan sobre quién sería superior á los demás. Ese fruto saca la ambición de la palabra de Jesucristo.

El ambicioso no examina los medios con los cuales quiere elevarse; todo le parece bueno, por injusto que sea, con tal que ayude á su ambición; todos los pasos y acciones que le àyudan á subir, le parecen rectos; sólo mira al término adonde va, sin atender á la senda que toma, sea difícil ó tortuosa; todo le es igual como le conduzca á su elevación. Es un ídolo á quien lo sacrifica todo, el derecho y las leyes, ó por mejor decir, no juzga que hay para él otras leyes que las que dicta su pasión. En vano la razón, la naturaleza, la amistad y el reconocimiento le recuerdan su obligación; porque no las oye, embebido en oir el grito de su ambición. ¡A cuántos ambiciosos ha sucedido el pasar por encima del cuerpo del pariente y del amigo, haciéndole servir de escalón para subir al trono! El mismo Dios, si se opone á la elevación de un corazón ambicioso, no detiene sus impulsos frenéticos, ó porque no lo reconoce por Dios, ó porque lo desprecia, siendo el ambicioso para sí mismo

su dios, ó teniendo por tal á aquel que le parece que puede labrar su fortuna. Cuando se tiene mucha ambición, se tiene ordinariamente poco amor de Dios. Pídele que te libre de ese cruel verdugo del corazón humano y trabaja por tu parte por arrancar de tu alma todo afecto desmedido de grandeza y aficionarte á la verdadera humildad y pobreza de espíritu que son la paz y el descanso del alma.

### Punto II

*Jesucristo N. S. condena con sus palabras y sus ejemplos la ambición del corazón humano.*

Considera cómo Jesucristo condena esta cruel ambición con palabras que están confirmadas por la experiencia. «El que se ensalzare será humillado». La sola ambición de un cristiano debe ser el ponerse debajo de todos: «Tomad, dice el Salvador, el último lugar, si queréis merecer el premio. El que es más grande, según vuestro juicio, sea el más pequeño». «En el mundo, añade, los más grandes, dominan á los demás; entre vosotros ha de ser lo contrario». Cuanto, pues, más nos bajamos, tanto más nos acercamos á Jesucristo, que es el principio de la grandeza; y por consiguiente, nos hacemos verdaderamente más grandes. El Evangelio, ó no está escrito para los grandes del mundo, ó á lo menos no los lisonjea. El estado de la grandeza, es un estado terrible, que hace temblar y humilla á cualquiera que tuviere fe. Yo merecía por mis pecados, decía un grande del mundo, á quien había hecho pequeño á sus ojos la luz de la fe, estar aún, como ese hombre á quien

la ambición ha elevado. Así se piensa, cuando se tiene una fe viva, y cuando se quiere ser un verdadero cristiano; pero porque hay pocos cristianos verdaderos hay muy pocos de esta opinión. Por aquí podrás conocer si eres verdaderamente ó no eres cristiano.

Huye, pues, de este vicio tan horrible y tan feo, aun á los ojos del mundo, vicio que puede poner en peligro tu predestinación si te colocas más alto de lo que te quiera Dios, sin vocación y sin aptitudes: que envilece los oficios del mundo el verlos ocupados por gentes indignas; que te impide ser fiel á tus deberes en un estado que no es el tuyo y en el que buscas no trabajar, sino dominar y gozar, y te impone obligaciones que no podrás cumplir, oficio que no tomas por celo, sino por ambición desmedida y loca. Aprende de Jesucristo que dijo que no había venido á ser servido sino á servir, y en la humildad conseguirás la paz del corazón que no te podrán dar todas las vanidades humanas.

### Punto III

*De los males que causa al alma la ambición.*

Considera cómo la ambición desmedida, hija de la soberbia, es origen de todos los vicios, así como la humildad es fundamento de todas las virtudes. El ambicioso, casi siempre es colérico, porque cree que nunca se le atiende bastantemente. Es avaro, porque es menester tener dinero, de cualquiera manera que sea, por ser este el medio seguro de elevarse. Es vengativo, porque no puede perdonar la más mínima apariencia de menosprecio. Es envidioso, porque mira la elevación del otro, como

desdoro suyo. Es injusto, porque quiere elevarse de cualquier manera y cree que todo el mundo le debe el primer puesto. Es impúdico, porque Dios, que humilla á los soberbios, permite que caiga en culpas groseras para confundirle. Es insolente, porque mira á todo el mundo con desdén y menosprecio. Es insensible y sin piedad, porque ocupado únicamente en sí mismo y sus conveniencias, no hace caso, ni de los otros, ni de sus intereses, ni de sus males. ¡Qué espantoso retrato! ¿Será quizá el tuyo?

En los otros pecados, los malos se alejan de Dios, dando á entender, que aunque le ofenden, no dejan de temerle. La ambición sola es la que parece que se quiere elevar sobre el mismo Dios como Lucifer; pero para desafiarle é insultarle. ¡Qué insolencía y qué desgracia tener todo el poder de Dios sobre sí, y tener á su divina Majestad por enemigo, pero de un modo particular! El ambicioso, cuanto más se eleva, pareciéndole que con esto se acerca más á Dios, tanto más se aleja del mismo Dios, mientras que el humilde, bajándose, y pareciendo que se aleja, se acerca más á Dios. El ambicioso no piensa sino en elevarse, y Dios gusta de humillarlo y abatirlo con los terribles dolores del desengaño. Esto, aunque parezca severo, Dios mío, será para mí un efecto de vuestro misericordia, si con eso me librare de los peligros de la soberbia; por violentos que sean los remedios, me parecerán dulces, si humillándome, me hicieran humilde, y diré con el Profeta: «Señor, seas bendito; porque me humillaste, para que aprendiese tus leyes».

**Coloquio.**—Quitadme, Dios mío, este espíritu de ambición, de soberbia y de vanidad, que está tan arraigado en mi corazón, aunque tiene tan poco motivo y fundamento. Si no podéis quitar mi vanidad, sino quitando lo que me la ocasiona y la aumenta, quiero decir mis talentos, mis empleos, mi dicha, mi reputación y todo lo que me la puede causar, ¡ah! Señor, yo deseo que me lo quitéis todo, con tal que al mismo tiempo me deis humildad, y ganaré mucho, perdiendo todo lo demás; porque con eso adquiriré un tesoro inestimable, que encierra todos los bienes: porque en fin, Señor, si soy humilde, estoy seguro que tendré la dicha de agradaros, y si os agrado, debo esperar recibir de Vos los mayores beneficios de la gracia, que dispensáis siempre á los humildes.

**Propósitos.**—Toma la resolución de poner toda tu ambición en humillarte, pues este es el camino que lleva á las verdaderas grandezas.

## 19 DE JULIO

(Meditaciones sobre las bienaventuranzas.)

### De las circunstancias que concurrieron en el sermón del monte.

*Preludios*—Mira á Cristo N. S. sentado humildemente á la falda de un monte rodeado de sus discípulos, y pídele luz para entender su celestial doctrina y gracia para ponerla en práctica.

PUNTO I

*Misterios que encierra este divino sermón.*

Considera, en primer lugar, que Jesucristo sube á predicar á un alto monte. Su asiento es la humilde tierra; la gente que se llega más cerca, son los Apóstoles. Contempla el modo de hablar, el tema del sermón, que son las ocho bienaventuranzas, y, sobre todo, la interior excelencia del maestro, de quien todo

esto procede. Considera, además, cómo Cristo N. S. tomó hoy pública profesión de tres oficios que su Padre le encargó, es á saber: de maestro, legislador y consejero, ejercitándolos con altísima perfección; porque en entrando dentro de sí mismo, de los tesoros de ciencia y sabiduría de Dios que dentro de sí tenía, sacó verdades preciosísimas y provechosísimas para nosotros. En cuanto maestro nos enseñó, no cosas vanas ó curiosas; ni ciencias humanas que suelen hinchar mucho y aprovechar poco, sino enseñónos «la ciencia de los Santos», que abraza los misterios de nuestra fe y las cosas necesarias para la santidad. En cuanto legislador, promulgó de nuevo, y declaró la divina ley, con toda la pureza y santidad que tiene, perfeccionando lo imperfecto de la antigua. En cuanto consejero, enseñó los consejos de la ley nueva y evangélica, que son los más excelentes que se pueden aconsejar.

Luego pondera, cómo hizo estos tres oficios por modo excelentísimo; porque como maestro, no sólo proponía la doctrina, sino daba luz celestial para entenderla. Como legislador, no sólo ponía leyes y preceptos, sino imprimíalos en el corazón, dando gracia para cumplirlos. Y como consejero, no sólo daba el consejo, sino el espíritu para recibirle y ponerle por obra. En lo cual excedió á todos los maestros, legisladores y consejeros del mundo. ¡Oh Hijo de Dios vivo! ¿con qué te pagaré esta merced de haber venido en persona para enseñarme tu misma doctrina? ¡Oh alma mía, mira al divino maestro que Dios te ha dado! Y pues te manda que escojas un consejero en-

tre mil, escoge á éste que es el mejor de todos, escogido entre millares; consulta con El tus dudas, y tus consejos. ¡Oh Maestro del cielo, dame tu luz para conocer lo que me enseñas! ¡Oh Legislador soberano, dame tu bendición para cumplir lo que mandas! ¡Oh Consejero admirable, dame fuerzas para seguir lo que me aconsejas, para que con tu ayuda, subiendo de virtud en virtud, llegue á verte en la santa Sión!

### Punto II

*Jesucristo eterno maestro, legislador y consejero de los hombres.*

Pondera, cómo Cristo N. S. nunca cesa de hacer estos tres oficios con los hombres, especialmente con los que desean subir con El al monte de la perfección y se le acercan con amor; porque, como dice la Escritura, los que se llegan al Señor, serán ilustrados; y los que se ponen cabe sus pies, imitando su humildad, recibirán su doctrina. En éstos pone sus ojos para mirarlos con misericordia; y los enseña, ya por boca de los predicadores, cuando los oyen; ya por medio de los libros sagrados y devotos, cuando los leen; ya á sus solas con inspiraciones, cuando oran y meditan, abriendo El mismo su boca para hablarles al corazón, y allí como Maestro les infunde nueva luz para conocer los misterios de la fe: como legislador les imprime los afectos de la ley de gracia y caridad, y como consejero, los llama y solicita á que sigan la perfección. Y con este espíritu he de acudir al sermón, lección y oración, como quien se llega de cerca á oir este

divino Maestro que me habla interiormente por los demás. Pues por esto dijo el Padre Eterno, que nunca se apartaría de nosotros el Maestro que nos daba, porque nunca cesaría de hacer su oficio hasta el fin del mundo. Y así, á la entrada de la meditación puedo decir á Cristo N. S.: ¡Oh Maestro de los maestros! abrid vuestra boca y habladme, «porque vuestro siervo os oye» con deseo de ejercitar lo que oyere.

### Punto III

*Sobre el tema del divino sermón del monte.*

Considera el tema y fundamento de este sermón; el más divino que oyó el mundo, el que ha cambiado la faz de la tierra y que sólo podía predicar un hombre-Dios. Porque mirando Cristo N. S. el tesoro de virtudes que tenía dentro de su alma, sacó de allí ocho principalísimas, en que se suma toda la perfección evangélica: virtudes muy antiguas, pero muy nuevas y nunca oídas en el mundo, con un nombre nuevo que les puso de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Porque abriendo su boca destiló esta primera vez por sus labios, con gran blandura y suavidad, estos ocho actos de virtud y mortificación muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupción de culpa, endulzándolos con el premio que prometía y con el modo que los proponía. ¡Oh Maestro soberano! Destilad dentro de mi corazón la mirra escogida de estas virtudes, para que mis manos y mis dedos, y todas mis

potencias la reciban, poniendo luego por obra vuestra doctrina.

Luego pondera cómo Cristo N. S. volvió aquí por la honra de estas virtudes que estaban en el mundo muy aborrecidas, teniéndolas, no por bienaventuranzas, sino por desdichas, huyendo de ellas y abrazando las cosas contrarias. Pero nuestro Salvador honró á cada una con un nombre muy glorioso y con un premio muy esclarecido, y sobre todo, con su raro ejemplo. Porque como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. ¡Gracias te doy, Maestro soberano, por habernos sacado de este engaño con tu doctrina y ejemplo! Desde hoy más tendré por bienaventuranza la que llamas con este nombre, y con todas mis fuerzas lo buscaré, huyendo de lo contrario. Desengaña, Señor, á todos los que viven en el mundo, para que reciban estas verdades y abracen estas virtudes, gocen de estos premios y alcancen la verdadera bienaventuranza, para que fueron criados.

Pondera, por último, cómo estas ocho bienaventuranzas son como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y unión con Dios, y con este espíritu tengo de meditarlas, ponderando en cada una tres cosas; es á saber: los actos de aquella virtud, el ejemplo que Cristo N. S. nos dió en ella, y el premio que promete.

**Coloquio.**—¡Oh Señor! Yo también quiero ser tu discípulo y aprovecharme de tu doctrina; dame gra-

cia para que lo deje todo y te siga al monte de la mortificación, que tan necesaria me es para seguir tus consejos.

**Propósitos**.—Ver siempre y en todo á Jesús como nuestro único Maestro, legislador y consejero, mirando con horror cuanto se oponga á sus divinas enseñanzas.

## 20 DE JULIO

(Primera bienaventuranza.)

**Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.**

*Preludios.*—Mira á Cristo N. S. sentado al pie de un monte y á sus discípulos escuchándole, y pídele que de tal manera aprecies los bienes de la tierra, que los tengas en lo que son y sólo ansíes los bienes del espíritu.

### Punto I

*Naturaleza y actos de la pobreza de espíritu.*

Considera cómo Cristo N. S. puso la primera piedra de la perfección en la pobreza de espíritu, de donde procede la humildad, porque esta es únicamente su sólido fundamento, y el que edifica sobre la soberbia edifica sobre arena. Mas no son bienaventurados cualesquiera pobres sino los de espíritu, es decir, no los pobres por necesidad sino los de grado y voluntarios, y los ricos que de tal manera poseen sus riquezas, como si no las tuvieran, sin tener el corazón puesto en ellas y que sólo desean las celestiales y eternas. Mira ahora tú si estás prendado de los bienes de este mundo ó si los posees con afición desordenada y los agencias con ambición desmedida, y procura libertar tu alma, para que no desee sino

lo que en la balanza de Jesús tiene peso y valor, que son los bienes eternos.

Considera también los actos de esta pobreza de espíritu, que son cinco. El primero es, renunciar con el espíritu y corazón las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando dispuesto á dejarlas, cuando fuere necesario, para cumplir la ley y voluntad de Dios. El segundo, más perfecto, es dejar con efecto todas las cosas que poseo, moviéndome á esto con una voluntad pura de agradar á solo Dios y por obedecer el impulso del divino Espíritu, que á ello me inclina, siguiendo pobre á Cristo pobre. Lo tercero, limpiar mi alma de todo espíritu y viento de vanidad, y de toda hinchazón y presunción vana, despreciando cuanto pudiere con el corazón las riquezas y pompas del mundo, ó dejándolas con efecto cuando puedo y me conviene para el divino servicio. El cuarto es, vaciar mi espíritu de toda propiedad, desnudándome del propio juicio y de la propia voluntad, con todos sus propios quereres, sino es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios, sino comunes. El quinto y supremo, es vaciarme de mi mismo, conociéndome por tan pobre, que de mi cosecha ninguna cosa buena tengo, si Dios no me la da de limosna y gracia, pues ni aun el sér que tengo es mío, sino de Dios, sin el cual soy nada. Ponderando estos cinco actos, me avergonzaré por la falta que de ellos tuviere, suplicando al divino Espíritu me ayude á procurarlos según mi estado.

### Punto II

*Ejemplo de Cristo pobrísimo.*

Considera los raros ejemplos que Cristo N. S. nos dió de esta virtud en todas las edades de su vida y en todas las cosas que son materia de pobreza, porque escogió madre pobre, pobre patria y un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pobre pesebre. Y en su mocedad, ejercitó pobre y despreciado oficio, ganando la comida con el trabajo de sus manos. Además, cuando predicaba, comía de la limosna que le daban mujeres devotas, y su comida era pobrísima; no tenía casa propia ni donde reclinar la cabeza, faltándole al Hijo del hombre lo que no falta á las raposas y aves del campo. Escogió discípulos pobres, acompañóse con pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de su voluntad y de sí mismo, con excelentísima pobreza interior, diciendo que «no vino á hacer su voluntad y que no podía hacer nada por sí, sino lo que viese hacer á su Padre». Y, finalmente, cuando murió, llegó su pobreza á tal extremo, que le quitaron sus vestiduras, dejándole desnudo en la cruz. Y en confirmación del amor y estima que tenía á la pobreza, la puso en este sermón por fundamento de su Evangelio y por puerta para entrar en su escuela, diciendo que «quien no renunciaba, siquiera con el afecto, las cosas que poseía, no podía ser su discípulo». De modo que Cristo N. S. se hermanó de tal modo con la pobreza que fué como una cosa con ella y una especie de unión hipostática que aun hoy dura,

pues nada más pobre que los accidentes con que se encubre en la Eucaristía.

¡Oh Maestro soberano! Por las cinco fuentes de sangre que salieron de tus cinco llagas, concédeme estos cinco actos de pobreza para que alcance la perfección que fundaste en ellas.

### Punto III

*Premio que promete N. S. á los pobres de espíritu.*

Considera cómo á los pobres de espíritu promete Cristo N. S. el reino de los cielos, y por esto los llama bienaventurados; y lo son en esta vida, poseyendo el reino de Dios, que San Pablo llama «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo», el cual se concede á los que mortifican la codicia. Además de esto, son bienaventurados con la esperanza y prendas grandes que tienen de alcanzar el reino de los cielos que está prometido en la otra vida, cuyas riquezas son inestimables. Pero pondera que Jesucristo, al par que dijo «Bienaventurados los pobres», añadió: «porque de ellos es el reino de los cielos». ¡Oh palabra, que sólo pudo brotar de labios divinos! Gracias á ella el pobre ha sido tan sublimado, que llega á representar á Jesucristo en la tierra. Las lágrimas, hasta ahora tan amargas, son ya fuentes de dulzura, y la desgracia y la pobreza como la consagración de la verdadera virtud á los ojos cristianos, y una postrera gloria sin la cual no hay verdadera gloria, y el culto de la pobreza un amor sin límites para las almas santas. Pero esta divina pobreza que así hace felices á los pobres, ¿dónde está? Por-

que el mundo los llama desheredados, muchos de ellos se quejan de su amarga suerte y siguen con envidia las huellas de los magnates. Pero medita que la verdad infalible añadió: «*Beati pauperes spiritu*». Pondera la profunda palabra que da la solución de todas las dificultades. No es preciso despojarse materialmente de los bienes de la tierra para esta felicidad; no es tampoco una felicidad inseparable de la pobreza la que Jesucristo promete; es la felicidad del que desligado del mundo, rico ó pobre por condición, permanece pobre en espíritu y pobre de corazón. En este sentido, y sólo en él, el Evangelio ensalza la pobreza. No es la desnudez la que, como tal, recomienda; es la pobreza como instrumento de la virtud, la pobreza como desasimiento que hace al alma libre, dichosa, más grande, según el Crisóstomo, que el universo; porque no es la posesión en sí lo que daña á la perfección, sino la posesión desarreglada y ambiciosa que hace que el cristiano abata su frente y doble su rodilla, olvidándose de su Dios ante el becerro de oro. Por eso Jesucristo no dijo «*Beati pauperes*», sino «*pauperes spiritu*». Esto es: felices, no sólo aquellos á quienes el acaso, ó mejor, las leyes adorables de la providencia han dado por cuna la estrechez y la miseria, y por corona sólo las espinas de la pobreza, sino felices también los que, mecidos en cuna de oro, usan de los bienes de este mundo como si no fuesen suyos, los que poseen su fortuna sin ser ellos poseídos y dominados de ella, los que reparten con el pobre su abundancia. Por el corazón ha de empezar la pobreza, como por él empieza la felicidad, y por eso hay que despojarlo de

los deseos que lo atormentan y de las tristezas que lo abaten. El rico que sobre todos los bienes pone el de su alma y anhela los bienes celestiales, ese es pobre de corazón y dichoso. El pobre que devora con ojos de envidia lo que no le pertenece, ese es rico en el alma y es un desgraciado.

Considera que, para acabar de hacernos comprender la primera bienaventuranza, Jesucristo nos declara que, en cambio de nuestra pobreza de espíritu en la tierra, seremos verdaderos ricos y eternos propietarios de un reino en los cielos. Y con tal seguridad, que ya dice el Señor que les pertenece. Fuisteis aquí, dice el Señor, por mi amor, pobres; Yo, por el amor que os tengo, os daré un reino cuyo trono es inconmovible, y os daré un cetro y os ceñiré una corona, que ningún usurpador ni rebelde os podrá disputar.

Para asegurar esta herencia imperecedera, el mundo ha visto asombrado que ha habido reyes, grandes y potentados de la tierra que lanzando de sí, como carga inútil que les impedía marchar ligeros á la patria celeste, las riquezas y los honores, y poniendo bajo los pies las coronas que el mundo pone sobre su cabeza, se abrazaron con santa locura con la pobreza, la declararon, como San Francisco de Asís, por su reina y su señora, y se les vió con un sayal en vez de la púrpura, y un bastón de peregrino en vez del cetro, pobres y descalzos, ir mendigando á la faz de un mundo que caía ante ellos de rodillas y veneraba en aquellos santos las imágenes vivientes de Jesucristo, más rico que todos los ricos y más pobre que todos los pobres, pues nadie como

El ha dicho, siendo Dios, que no tenía ni donde reclinar la cabeza. Nadie, como Jesucristo, sabe de riqueza ni de pobreza, pues este pobre voluntario es el que propone á todos los hombres la pobreza como primera y fundamental condición de la felicidad. No todos están llamados por Dios á abandonar en la vida por la pobreza actual los bienes temporales, y como á salir de antemano del tiempo y entrar por el camino del claustro en la realidad de lo eterno; pero todo cristiano está llamado, sea pobre ó rico por condición, á ser pobre de espíritu, y á este precio sólo se compra, en esta y en la otra vida, la dicha del corazón.

**Coloquio.**—¡Oh Rey de los reyes, Señor de los señores! Gracias te doy porque das á tus siervos, en galardón de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino. Arranca de mi corazón cualquier afecto desordenado á los bienes de la tierra, para que, siendo de verdad pobre de espíritu y no ambicionando más riquezas que las tuyas, merezca poseerte aquí por la gracia, y luego por la gloria.

**Propósitos.**—Vivir contento con lo que tengas, y aun esto estar pronto á perderlo por no perder á Dios.

## 21 DE JULIO

### Del excesivo apego á los bienes de la tierra, como opuesto á la primera bienaventuranza.

*Preludios.*—Oye la voz de Cristo que truena contra los ricos del mundo, que no son pobres de espíritu. "¡Ay de vosotros, ricos!„ y pídele te despegue de todo lo terreno y te aficione cada día más á los bienes del cielo.

### Punto I

*Los ricos según el Corazón de Dios.*

Considera que Cristo N. S. nunca condenó las riquezas bien adquiridas y poseídas: con-

denó su abuso y el excesivo apego á ellas que tienen los ricos según el mundo. Porque las riquezas son en sí mismas un don de Dios y como una emanación de su inagotable munificencia. La gloria y la riqueza, nos dice el Profeta, son el adorno de su casa. Mira, en efecto, con qué esplendor el Todopoderoso ha extendido los cielos, suspendido en ellos los astros como antorchas que alumbran su palacio, y adornado la tierra. Si se compara la gloria de Dios con la del mundo, los reyes en sus tronos y los ricos en sus palacios suntuosos, son mendigos cubiertos con los jirones de la miseria, pues que según el lenguaje de la Escritura la luz es el manto del Eterno, el sol es su morada, la tierra el escabel de sus plantas, el mar el espejo de su grandeza y los cielos la bóveda que cubre el templo del Señor. Luego Dios es la absoluta y soberana riqueza, como es la absoluta belleza y la incomprensible majestad. Las riquezas, pues, que como pequeñas gotas caen sobre el mundo, saltan del río inmenso de su poder y, como que vienen de Dios, son buenas en sí y empleadas, según el orden divino de la Providencia, continúan en la tierra la bondad y munificencia del Criador. El rico, pues, es la imagen de su grandeza y misericordia. Dios, pues, no condena las riquezas, que son un favor de su liberalidad, pero quiere que ante todo y sobre todo sean instrumento de virtud y de buenas obras, y que el poderoso, como imita su grandeza, imite también su liberalidad y desprendimiento y elevando su espíritu por encima de ellas, sepa servirse de las riquezas y no ser su esclavo, porque entonces hay desorden radical, y el oro en vez de servir

al hombre como de alas para ir á Dios por medio de las obras de caridad, sólo sirve para forjar cadenas, que aprisionen el alma con la esclavitud tiránica de las pasiones. Como la abeja, dice San Agustín, vuela por encima de la miel y esta precaución le conserva la libertad de las alas, así el cristiano á quien Dios concedió fortuna, debe permanecer elevado encima de la materia para que el corazón no se pegue á la tierra. Mira, pues, cómo la riqueza que Dios te da, puede tener un uso noble, y que puedes y debes ser imagen de la providencia de Dios, de quien eres administrador y representante para con los pobres. Si Dios, pues, te ha hecho rico y quieres serlo según el Corazón de Dios y pobre de espíritu al mismo tiempo, condición indispensable para salvarte, no llenes tu corazón de oro ni del afán de poseerlo. Llénalo de Dios y del deseo del cielo, que sólo son ricos de verdad los que poseen á Dios, que es todas las cosas. El que posee á Dios como los santos no necesita nada más y la riqueza no se mide tanto por lo que se tiene, como por no tener necesidades y despreciarlo todo. En segundo lugar, imita á Cristo N. S. y á muchos santos que siendo riquísimos, lo fueron para todos menos para sí, y no obtuvieron de sus riquezas más ventajas que el poder hacer el bien con ellas y granjearse el cielo por la caridad con los pobres.

### Punto II

*Oposición del espíritu de Cristo con el espíritu del cristiano avariento y ambicioso.*

Considera que contra la primera bienaventuranza del Evangelio, opone el mundo otra

primera bienaventuranza, que es la de las riquezas. Poseer y poseer mucho, es para los mundanos, ser felices. ¡Qué espantosa contradicción! Jesucristo declara bienaventurados á los pobres y el mundo los cree miserables. Jesús declara miserables á los ricos y el mundo los juzga felices: si el mundo tuviese por felices á los pobres, ¿cómo no querría él también ser pobre? y si juzgase miserables á los ricos, ¿cómo querría él también ser rico? Jesucristo en el Evangelio, mil veces combate la pasión de la avaricia, y la pasión de la avaricia hace guerra contra Jesucristo y contra la fe; de aquí es, que el que quiera conservar en su corazón la fe, debe renunciar la pasión de la avaricia; hay, pues, oposición radical y absoluta entre la pasión desmedida de la avaricia, que lo desea todo, y la fe, que te manda renunciar á todo, al menos con el afecto.

Pues considera luego que no tiene menos oposición este vicio con la esperanza cristiana. El avaro no espera los bienes de la otra vida, porque ¿quién puede esperar aquello en que no cree? Si creyese que las verdaderas riquezas están en el cielo, ¿no se afanaría por adquirirlas? Pero á el nada le importa que haya ó que no haya cielo, porque ningún bien espera de él. Su Dios es el dinero. ¿No veis, sino, cómo es el avaro idólatra del oro? ¿No sacrifica á él su honor, y pone en él su último fin y toda su esperanza? Sin embargo, considera ¿qué ganas en acumular riquezas, sino cuidados, tormentos, aflicción de espíritu é inquietud del alma? ¡Ah necio! dice el sagrado Evangelio, si murieses esta noche, ¿de quién serán tus tesoros? ¿Qué llevarás de tus bienes

al otro mundo? Dejarás indispensablemente tus arcas llenas de oro y de plata en la puerta de la muerte; los grandes caudales no caben por la puerta del cielo, que es muy estrecha.

Considera luego qué muerta está la caridad en el corazón del avaro. No hay cosa más dura que ese corazón, dice el Espíritu Santo. No tiene caridad alguna, porque el corazón se halla donde está su tesoro. ¿Se puede, acaso, servir á dos señores? ¿Se puede amar á Dios y al dinero? La codicia, pues, es contraria á la caridad, porque el amor á las riquezas ocupa todo el corazón, y no permite que se divida entre Dios y el dinero, ni Dios quiere tales corazones. La naturaleza se contenta con poco, pero la pasión es insaciable y jamás pone término á sus deseos. Las ganancias justas, por lo regular se adquieren lentamente, pero las grandes adquisiciones son las más veces acumuladas con injusticias. ¿Cómo, pues, se puede salvar un avaro no teniendo fe, ni esperanza ni caridad? Tanto más que el avaro no conoce sus pecados, porque le ciega la pasión y, aunque los conozca, rara vez hace penitencia de ellos. Todas sus injusticias le parecen inocentes. Lo que roba le agrada más que aquello que es suyo. Se restituye difícilmente lo que con mucho trabajo se ha robado. Y así como todas las pasiones concurren al latrocinio, así también todas concurren para conservar sus frutos y justificarlos, y mientras tanto, sin restitución no hay salvación.

Observa si tu corazón se siente en alguna cosa esclavo de esta pasión abominable; abre tus arcas y mira si no se encuentra en él con tu dinero. Dios mío, decía un Santo, nada me

atormentan los bienes de este mundo, porque Vos sabéis donde tengo mi corazón. ¡Ah, qué locura condenarse por juntar espinas que punzan y ensangrientan el alma! Nada hemos traído al mundo, y cierto es que nada nos llevaremos cuando salgamos de él.

¡Bienaventurado quien se contenta con Dios; infeliz de aquel á quien Dios no basta, ni le contenta! El oro y la plata son los dioses de los gentiles, pero el mío será sólo el Dios del cielo. En sólo El espero, por El sólo trabajo, y en El sólo pongo todo mi descanso. Ante todas las cosas busca su reino y su justicia, y nada de cuanto necesites te faltará jamás.

### Punto III

*De los remedios de la avaricia.*

Has meditado cómo la razón, igualmente que la fe, condenan la avaricia y el apego inmoderado á las riquezas. No es menester ser cristiano para conocer lo desarreglado de esta pasión, basta ser racional; porque ¿qué puede haber menos conforme á la razón que amar con exceso unos bienes que no puedes desear mucho sin desorden, ni juntar sin miserias é injusticias? Si los posees con excesivo apego, para conservarlos, te dan inquietud; para mantenerlos, te hacen incurrir en la nota de miserable y ruin; si los pierdes, te causan extremo dolor; por grandes que sean no satisfacen tu deseo de poseer, sino que le irritan y avivan. ¿Se halló jamás algún avaro que se creyese bastantemente rico? Las riquezas no nos hacen mejores; ordinariamente nos hacen malos, y jamás nos hacen perfecta-

mente dichosos. Si se gasta poco, no se goza de las riquezas; si se gasta mucho, no duran mucho tiempo. Mil accidentes nos las pueden quitar; y la muerte nos las quitará infaliblemente. ¿Por ventura tales bienes pueden merecer nuestra estimación, y el ser preferidos á los bienes infinitos y eternos?

Pero la fe condena aún más fuertemente que la razón el excesivo afecto á las riquezas. ¿Cómo podrá un cristiano dejarse poseer de esta insensata pasión si lee el Evangelio? ¿No teme las maldiciones que Jesucristo lanzó contra los ricos sobradamente apegados á las riquezas? Y ¿cuál es el rico que no lo está? ¿Puede dejar de temblar un rico á lo mundano cuando oye al Salvador decir «que es más difícil que un rico entre en el cielo, que no que un camello pase por el ojo de una aguja»; cuando oye contar la terrible historia del rico avariento, en el cual no se halla otro delito sino haber poseído sus bienes con demasiado apego, y no haber usado bien de ellos? Además, todos los ricos si tuvieran fe viva deberían mirar su estado con pena y con temor al pensar que viven en un estado contrario al de Jesucristo, que nació, vivió y murió pobre. Un estado opuesto al estado de Jesucristo y á sus máximas, ¿no encierra en sí un peligro de reprobación? Si se tiene fe, ¿no deben temblar los que se hallaren en este estado, de que tú tienes tan grande complacencia y vanidad? Un verdadero cristiano, un hombre que tiene fe, más motivos tiene de temer y de humillarse en ese estado que de gloriarse y engreirse.

¿Qué haces cuando buscas con tanta ansia las riquezas? Sin duda buscas obstáculos á tu

salvación. Muy difícil es tener muchas riquezas y no tenerles mucho apego, ó por mejor decir, es una cosa moralmente imposible. Lo mismo que te hace desear las riquezas, es lo que te las debe hacer temer; tú las buscas para satisfacer tus deseos y contentar tus pasiones, y como la mayor parte de tus deseos son desarreglados y tus pasiones injustas, no puedes contentarlas sin ser al mismo tiempo desarreglado é injusto, y, por consiguiente, sin exponerte á tu condenación. Para castigarte y perderte, no ha menester Dios más que satisfacer tus deseos. ¿Qué buscas, pues, cuando buscas mayores riquezas que las que tienes? Buscas multiplicar y fortificar tus cadenas, las cuales necesariamente ha de romper la muerte. ¡Qué violencias padecerá un hombre asido á la tierra con tan fuertes grillos, cuando le sea preciso separarse de ella! ¡Con qué pena y dolor, decía un rico avariento, me separas de todos mis bienes, ¡oh muerte amarga! Tú te expones á la misma desgracia cuando atesoras riquezas sobre riquezas.

**Coloquio.**—¡Jesús y Señor mío, riquísimo en el cielo, puesto que todo es tuyo, y pobrísimo en la tierra en donde te desposaste con la pobreza como con esposa amantísima! Arranca de mi corazón los afectos terrenales que me impiden volar hacia Ti. Limpia mi alma de ese apego excesivo á los bienes del mundo. Que jamás doble mi rodilla ante el becerro de oro, ni ponga mi corazón en más tesoro, que en Ti, que eres y debes ser mi único tesoro. como eres mi único bien y mi suprema esperanza.

**Propósitos.**—Resuélvete á arreglar el deseo de aumentar bienes, y de moderar el gusto que tienes en lo que posees.

## 22 DE JULIO

### Fiesta de Santa María Magdalena.

*Preludios.*—Mira á esta Santa penitente á los pies de Jesús llorando amargamente sus pecados, y pide á nuestro Señor oir de sus divinos labios las palabras de perdón que oyó de ellos la Magdalena.

#### Punto I

*María Magdalena modelo de penitentes.*

Considera que la conversión de Magdalena es el más hermoso modelo de la conversión de los pecadores. Porque una verdadera penitencia debe ser como la suya, generosa, pronta, perfecta, constante y perpetua. Pondera, en efecto, que para convertirse perfectamente es menester empezar por desprender el corazón de todo lo que desordenadamente ama, y por vencer al demonio, que hace los últimos esfuerzos á fin de impedir que el pecador mude de vida, especialmente si está encenagado en pecados de impureza.

Considera que María Magdalena tuvo que combatir dos poderosos enemigos para convertirse; el deleite sensible y el falso honor del mundo. Era señora de calidad rica y hermosa, pero vana; en la flor de su edad, y en el vigor de sus pasiones, vivía miserablemente en el escándalo y en el vicio. Para convertirse necesitaba, pues, romper todas aquellas ligaduras y buscar á nuestro Señor en un convite, en donde se hallaban reunidos los principales de la ciudad. ¡Qué dificultad para una joven mundana que comienza á gustar los deleites del mundo y sus dulzuras, el renunciar

todas las conversaciones alegres, romper los vínculos de la carne y sangre que la sujetaban al placer, privarse de todas las diversiones y hacer pública penitencia de sus culpas! Porque nada estima tanto una mujer como su honra; y aun cuando la haya perdido, quiere por lo menos conservar sus apariencias ¡Qué valor y qué intrepidez en Magdalena confesar públicamente sus maldades, llorarlas delante de todos los convidados, y lavar con sus lágrimas los pies de su Salvador! ¡Generosidad admirable! El amor que había herido con su flecha divina el corazón de María, ni delibera ni sabe de tardanzas. Luego que supo Magdalena que se hallaba Jesús en casa del Fariseo, sin perder un momento, sin esperar á que saliese, sin temer, ni cuidarse de lo que podían pensar los convidados, ó decir de ella, entra en la sala del banquete, se arrroja á los pies del Salvador, los riega con sus lágrimas, y los enjuga con sus hermosos cabellos. La diligencia es el alma de los negocios arduos, á veces basta un momento de dilación, para perder una ocasión favorable que ya no volverá jamás. Si María Magdalena hubiera diferido su conversión para el otro día, acaso nunca se hubiese convertido. El Espíritu inspira, dónde, cuándo y cómo quiere. Si oyes hoy su voz, no endurezcas tu corazón, porque no sabes si te hablará mañana; y si la gracia que tendría hoy su efecto, le producirá también otro día.

¿Quién te impide que hoy te conviertas? ¿La dificultad? Ciertamente no es tanta, como la que tuvo que superar María Magdalena. ¿Tienes que romper lazos más fuertes, que vencer atenciones más poderosas y que temer conse-

cuencias más terribles? ¿Esperas poderte salvar sin hacer penitencia? ¿No necesitas satisfacer á la justicia divina? ¿No es justo que recuperes el tiempo perdido y que te esfuerces en restituir la paz y el reposo á tu alma? ¿Y cómo, dices, podré yo vivir sin deleites? ¿Mas cómo podrás vivir siempre en tormentos? ¿Es un placer ofender á Dios, vivir esclavo de las pasiones, servir al más cruel tirano, que es el demonio, y temer siempre la muerte, sintiéndose de continuo despedazado por los remordimientos de una mala conciencia? Un solo día que se viva en la casa de Dios, es más apacible y venturoso que mil y mil que se pasen en los tabernáculos de los pecadores. ¿Pûes por qué difieres convertirte? ¿Te será más fácil, acaso, convertirte en otro tiempo? ¿Vivirás aún dentro de un año? ¿Tendrás la gracia que tienes ahora? ¿Hallarás menos resistencia que vencer en los malos hábitos inveterados? ¿Dirás que nada te obliga hoy á convertirte? Pues yo veo que todo, todo te está apremiando á una pronta conversión. Te compele y te estrecha á que te conviertas y mudes de vida Dios que te lo manda; el mundo que te burla y te vende; el tiempo que huye; la muerte que se acerca; la eternidad que se avecina. Finalmente, te convida y te excita el mismo Jesucristo amenazándote, que si no te conviertes pronto, morirás en tu pecado.

La conversión de Magdalena fué, además, perfectísima. Muchos se convierten, pero á medias; reservándose siempre alguna pasión que no quieren vencer ó de que no proponen enmendarse. Estas conversiones son falsas, engañosas y aparentes; porque así como no es

verdaderamente fiel aquel que no cree todo cuanto enseña la fe, tampoco es verdadero penitente el que no ejecuta cuanto prescribe la caridad, y no detesta todo lo que le prohibe. La conversión de Santa María Magdalena fué entera y perfecta; rompió y desprendióse de todas las aficiones y respetos humanos, y arrostrándolo todo, entregóse enteramente á Dios. ¿Piensas tú engañar á Dios como Ananías y Zafira? ¿Te reservas algún pecado que domine en tu corazón y te cuesta hacerle morir?

Si tu conversión es entera, sólo falta que sea firme y constante; porque si no perseveras en el bien, de nada te servirá haberle comenzado. Algunos hay que creen por algún tiempo, dice nuestro Señor, y faltan á la fidelidad en las tentaciones. Desde que Santa María Magdalena se entregó á Dios, jamás desistió de su propósito, siguiendo por todas partes al Hijo de Dios hasta la cruz y el sepulcro. Le abandonaron los Apóstoles, pero Magdalena siemdre se mantuvo fiel. Pocos imitan este amor; y aunque algunos siguen á Jesús hasta el cenáculo, le abandonan en su Pasión; ámanle por algún tiempo, mas no para siempre, como si las razones que nos mueven á comenzar, no nos obligasen también á perseverar. Finalmente, María Magdalena hizo penitencia hasta la muerte. El que no llega hasta aquí no puede esperar salvarse; porque la perseverancia es el último efecto de la predestinación. No dice el Hijo de Dios que el que principia, sino que el que persevera hasta la muerte, se salvará. Siendo, pues, fiel hasta entonces, merecerás la corona de la gloria.

### Punto II

*María Magdalena, modelo de amantes verdaderos de Jesús.*

Considera que hay tres suertes de amores; uno que trabaja, otro que sufre, y el tercero que goza. Entre estos tres amores se repartió toda la vida de santa María Magdalena desde su conversión, pudiéndose decir que todos ellos la elevaron á altísima santidad. Pondera que el amor, cuando nace, está siempre en acción y movimiento; es un fuego que arde siempre y no tiene reposo, porque necesita pábulo para mantenerse. Si es grande, emprende cosas grandes; si es pequeño, sólo se atreve á cosas pequeñas, y muere si no hace nada. Reflexiona lo que hizo por Jesucristo María Magdalena. Considera la victoria que consiguió del demonio, de la carne, del mundo y de todas sus pasiones, y confesarás que amó mucho. ¿Se puede decir lo mismo de ti? ¿Qué has hecho tú por Dios? ¿Qué victorias has alcanzado de tus enemigos? ¿Dónde están las coronas que has ganado? ¡Ah! ¡Si para salvarte hicieras tanto como haces para condenarte, serías un santo!

Considera luego que no se puede vivir sin amar, ni se puede amar sin dolor; porque el amor no puede gozar en esta vida perfectamente del objeto amado. El que ama, anhela por dar á la persona amada pruebas de su amor. Y ¿qué otras más ciertas que el sufrir? Si el amante desea siempre ser semejante al que ama, ¿cómo se puede vivir sin dolor amando á Jesucristo, varón de dolores? El amante en este mundo no puede vivir sin cometer al-

gún pecado, aunque ligero. ¡Qué dolor ofender al que se ama más que á sí mismo! ¿Quieres conocer la llaga que el amor abrió en el corazón de María Magdalena? Mira sus lágrimas. ¿Quieres saber cuánto ha padecido? Síguela al calvario, donde la hallarás en medio de los verdugos, sufriendo en su corazón cuanto Jesús padecía en su cuerpo. Obsérvala junto al sepulcro, en donde no pudo recibir consuelo alguno, ni de los hombres, ni de los ángeles. Considérala en su gruta, en donde vivió treinaños en asperísima penitencia. Dios mío, ¡cuán poco os amo, nada sufro ni hago por Vos! ¡Qué dulce es amar á Dios! El que le ama halla su placer en sufrir por su amor, y su mayor dolor es no sufrir por Dios.

Al trabajo sigue el reposo, y á las privaciones los consuelos. El que pide recibe, y se abre al que llama. Después de haber buscado el corazón por mucho tiempo á Jesús fuera de sí mismo, lo halla dentro de sí mismo, y de activo y paciente, queda tranquilo y todo lleno de alegría. No es el amor, sino el amante el que se consume; y cuanto mayor es el amor, más padece, si no tiene lo que desea, hasta que, hallándolo se regocija y descansa. Las señales de un alma que pena y desfallece de amor, dice San Buenaventura, son: Profundos suspiros que, sin pensar, despide el corazón. Deseos que sobrepujan á todo lo terreno. Estado de esperanza triste y melancólico, pero sumamente delicioso. Aflicciones violentas y extáticas. Las señas de un alma que se halla en el goce y posesión, son la paz, el gozo, el silencio, el retiro, el reposo, la calma de todas las pasiones y la imperturbabilidad del cora-

zón. Por todo esto pasó María Magdalena y así salió maestra consumada en el amor. ¡Oh, qué dulce y qué breve es este tiempo! De corta duración es este estado, porque esta vida es tiempo de fe, de mérito y de penas.

Pregunta á Magdalena dónde ha encontrado á Jesús, el amado de su alma, y te responderá: En el desprendimiento de todas las criaturas; en la privación de todos los deleites; en la mortificación de todos los sentidos; en el vencimiento de todas las pasiones; en el silencio de mi corazón; en el aniquilamiento de todos mis deseos. Le he buscado en casa de un fariseo, y le he sacrificado mi honor y mi estimación; le he seguido al calvario, y le he ofrecido el sacrificio de mi vida. Yendo por el mar en una nave sin vela, me ha servido de piloto, y me ha conducido adonde he hallado lo que amo, y donde gozo de cuanto deseo. Buscadle como yo, y le hallaréis; abandonaos como yo, y le poseeréis en el tiempo y en la eternidad.

### Punto III

*Cómo Cristo N. S. pagó las lágrimas y el amor de María Magdalena.*

Considera que Jesucristo, que jamás se deja vencer en generosidad por sus criaturas, recompensó de tan maravillosa manera las lágrimas y el amor de la Magdalena, que si María se portó con Jesús como alma nobilísima y amantísima, Jesús le correspondió como sólo puede hacerlo Dios.

Pagóle sus lágrimas con aquellas palabras de un amor infinito: «Se le perdonan muchos

pecados, porque amó mucho». ¡Cuánto y con qué fineza amaría la Magdalena, cuando Jesús, el amor encarnado, lo llamó *mucho!* Defendióla de los ataques y murmuraciones de los discípulos, profetizando que su acción de ungirle para la sepultura sería anunciada por todo el mundo. Y en efecto, la generosidad y el amor de María han sido y seguirán siendo el símbolo y el modelo del amor, y, dondequiera que se ame á Cristo, María Magdalena tendrá quien la admire como víctima sublime de la caridad divina, y quien procure imitarla.

Recompensó su espíritu de hospitalidad con el divino Maestro, alimentándola con palabras de vida eterna y permitiéndola que lo escuchase arrobada, escogiendo María la mejor parte, ó sea la amorosa contemplación de la santísima humanidad de Jesucristo. María, más fuerte que Pedro y los otros discípulos, sigue hasta el calvario á Jesús, probando lo fino é incomparable de su amor. Jesús se lo paga escogiéndola para apóstol de su resurrección. María vivía del amor y sólo para amar, y Jesús hizo de ella el tipo más perfecto y acabado del amor divino que ha habido en la tierra después de la Virgen santísima, y en el fuego del amor purificó el corazón de María, probando en ella la fuerza celestial y divina de las lágrimas, que pueden elevar á la penitencia á tales alturas, adonde jamás ni la inocencia osó subir; y el amor que sufre y padece, adonde nunca llegó el amor que goza en los éxtasis de la contemplación.

**Coloquio.**—¡Oh bienaventurada Magdalena, que tanto gozas hoy por lo mucho que lloraste y sufris-

tel Enséñame á llorar mis culpas, y si te imité en pecar, te imite en llorar y en sufrir por Jesús, para que, purificada mi alma por las lágrimas, oiga como tú palabras de perdón y de vida.

**Propósitos.**—Imita á la Magdalena en buscar á Jesús, venciendo toda clase de dificultades.

## 23 DE JULIO

(Segunda bienaventuranza.)

**Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.**

*Preludios.*—Mira á Cristo N. S. sentado al pie de un monte predicando este divino sermón rodeado de sus discípulos, y pídele la mansedumbre que es el distintivo del Corazón de Jesús.

### Punto I

*Qué es la mansedumbre beatificada por Cristo.*

Considera cómo Cristo N. S. encadenó estas dos virtudes de la pobreza de espíritu y mansedumbre de corazón, porque de la primera se sigue la segunda, por cuanto los ricos suelen ser soberbios é iracundos y los pobres humildes y mansos. Necesitan los pobres de mucha paciencia y mansedumbre para llevar las incomodidades y desprecios que ocasiona la pobreza, y así como el primer escalón para subir al cielo es la pobreza, el segundo es la mansedumbre. Pídele á Dios que te la dé y resuélvete á procurártela por la victoria de tus pasiones. Considera, después, qué cosa es la mansedumbre que, según el Evangelio, hace felices á los hombres. Jesucristo que la ensalza, no la define, ó mejor dicho, la define, poniéndose á sí mismo por modelo y definición.

»Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Ya lo ves, la mansedumbre no es cosa de temperamento, ni de carácter, ni de buena crianza, es virtud nobilísima que brota del corazón. Los santos Padres dan de ella preciosas definiciones. San Juan Clímaco dice: «La dulzura es el estado inmóvil del alma que nada puede alterar. Es como la roca que domina el mar, rompe las olas irritadas y permanece siempre inquebrantable». La mansedumbre, pues, que el Evangelio proclama bienaventurada, no es esa profanación de la palabra que se reviste de formas falsas é insidiosas para ocultar el pensamiento, ni que bajo la lengua que halaga, oculta el veneno que mata. El Espíritu Santo ha dicho que la herida que hace el que ama es mejor que el beso de aquel que lisonjea. La dulzura no es tampoco la debilidad que se dobla y que se rinde; al contrario, es efecto de la fortaleza, ó mejor es la misma fortaleza obrando con suavidad, como salió miel del león muerto por el juez de los hebreos. La dulzura no es, por último, el renunciar á los derechos legítimos ó abandonar la dignidad del hombre y del cristiano. No debes confundir la mansedumbre tampoco con la bajeza, ni la abnegación evangélica con la abdicación de los derechos de la fe, ni de tus derechos y deberes de cristiano. Muy noble y muy manso aparece el apóstol San Pablo tan esforzado en sufrir las mayores afrentas, cuando delante de un tribunal reivindica su derecho de ciudadano romano, y del procónsul que lo juzgaba apela con valor al César. La mansedumbre, pues, que Jesucristo llama bienaventurada, es la

unión y la armonía de la prudencia y de la sencillez y el equilibrio de un corazón victorioso de sí mismo y tan sufrido que no se inclina ni hacia la debilidad que cede, ni hacia la ira que se venga. Es la serena y tranquila igualdad de ánimo, madre de pensamientos prudentes, de palabras mesuradas, origen en el hogar doméstico de la paz, que lo convierte en antesala del paraíso y que en las relaciones con los prójimos sabe vencer las antipatías de carácter y reinar por la suavidad de la palabra y la tierna condescendencia de la caridad. Dulzura que es el sello admirable del celo por la gloria de Dios, cuyo espíritu más es hacer bajar del cielo el perdón que purifica, que el fuego que abrasa, más servir que dominar, más llevar la paz y la bendición que la hiel y la amargura. Esa dulzura ha ido con el Evangelio á la conquista del mundo, que lo ha vencido y dominado con algunos corderos, y que es el carácter distintivo de la piedad sólida y la devoción no superficial. El mundo quiere verla en todas las almas dedicadas á Dios, y tiene razón cuando se escandaliza de la acritud y susceptibilidad de quien no sabe vencerse, ni dominarse y se llama persona espiritual y devota.

Contiene, pues, la mansedumbre que glorifica Cristo N. S., estos actos: reprimir los ímpetus de la ira y las turbaciones del corazón, conservando la quietud interior y exterior en el semblante del rostro, y en los movimientos del cuerpo; ser afable con todos con palabras blandas, sin decir ninguna injuriosa, ni desabrida: no solamente no vengar las injurias, ni volver mal por mal, sino antes no resistir con

violencia injuriosa al que me hace injuria, llevando con serenidad mi desprecio, ofreciendo, si es menester, el carrillo derecho á quien me diera una bofetada en el izquierdo; volviendo bien por mal, excusando al que me injuria y rogando á Dios que le perdone; y esta mansedumbre se ha de conservar con todos, así mayores como iguales y menores, y en todos los negocios y sucesos, sin que se pierda, aun cuando fuere necesario usar del celo de justicia.

### Punto II

*Jesucristo, modelo perfectísimo de mansedumbre.*

Considera esta virtud retratada y definida en la persona adorable de N. S. Jesucristo, que, con ser divina imagen de todas las virtudes, sólo se propone como modelo de la mansedumbre y humildad de corazón. Ya los profetas lo habían descrito bajo el nombre del cordero, tipo de la dulzura, y tan manso, que no se altera delante de la calumnia y del odio más encarnizado de sus enemigos. Los judíos le dicen que está poseído del espíritu maligno, y El responde con la imperturbable paz, que es símbolo de su divinidad: «No estoy poseído del espíritu maligno». Y cuando se indignan de verle curar á un hombre en sábado, ni su hipocresía, ni su insolencia, ni su furor le arrancan palabras de indignación, sino que los refuta con tono tranquilo y sereno. Ya ves cómo la mansedumbre evangélica no consiste en abandonar la defensa del deber y del derecho, sino en defenderla digna y mansamente, sin pasión ni ira, delante de los impíos que

la persiguen. Así Jesucristo, tan noble y tan sereno delante de sus enemigos, reprende sus vicios y ataca sus errores, pero sin insultar jamás sus personas. A ninguno apostrofa por su nombre, pero anatematiza la raza de víboras que escupen siempre mortal veneno, y á los sepulcros blanqueados, que sólo cubren podredumbre y corrupción. Mira cómo la mansedumbre evangélica no es ni la adulación, ni menos la flaqueza. Pero si traen á Jesús una mujer adúltera, en vista de su arrepentimiento, la levanta del suelo y no la condena, y si Judas lo abraza, El sufre la infamia del discípulo. Es, pues, muy propio de la mansedumbre el perdonar, y el no desesperar ni aun al hipócrita y profanador. Y si lo maldicen, El bendice, y si le ultrajan no se queja, y si Pedro le niega, Jesús lo mira con amor, y si lo crucifican, El pide por sus verdugos. Esa es la mansedumbre en su más alto grado, en ese grado que ya en la tierra hace gozar de la eterna y tranquila inamovilidad del cielo.

Considera el valor de esta virtud de la mansedumbre, que es tal, que por ella se asemeja un hombre á Dios, el cual dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». Muchas virtudes tuvo Cristo, todas en altísimo grado, de las cuales debíamos aprender, y todas las pasó en silencio, y solamente nos propuso estas dos, que andan hermanadas: la mansedumbre y la humildad; por ellas se asemeja el hombre á su Redentor y se hace imagen suya, como se han hecho perfectísimas imágenes de Cristo los Santos mansísimos, y por ella el hombre merece ser coheredero con Cristo del reino del cielo, en el cual todos son

mansos y ninguno se aíra ni contiende con otro, mas están y se conservan todos en suma paz. Así los humildes se parecen á los bienaventurados y gozan de suma paz en sus almas, y por el contrario, los iracundos y soberbios, ni la tienen, ni la dejan tener á los demás.

### Punto III

*Premio de la mansedumbre.*

Considera cómo los mansos tienen por premio poseer la tierra. Esa tierra tan feliz que hace dichosos á sus habitantes, y que Dios da como premio á la mansedumbre, dice San Jerónimo, es primeramente la tierra de los que viven, porque ésta que pisamos es mejor la tierra de los que mueren. Y una tierra en cuyo seno están enterradas tantas generaciones, que no habrá un grano de ella que no esté mezclado con la ceniza de un difunto, y en cuya superficie sólo hay mortales que se agitan por poseer algunos granos de polvo, herencia de los que pasaron, y que los vivos se disputan para dejar después de una hora tendidos en ese polvo sus cadáveres, esa tierra es indigna de nuestros deseos y ambiciones. Sobre todo, que la virtud y el mérito obtienen rara vez su recompensa en esta tierra de los que mueren; la ira y la ambición se la disputan; pero en el cielo, que es la tierra de los que viven, no hay lugar más que para la dulzura y la mansedumbre. En segundo lugar, poseer la tierra en este mundo es dominarse á sí propio, siendo dueño de nuestros corazones, pensamientos, afectos y deseos. Si no, mira qué significa

en lenguaje vulgar salir fuera de sí, no ser dueño de sí, no dominarse, sino los efectos de la ira, que hace que no nos poseamos á nosotros mismos.

En tercer lugar, la mansedumbre posee y gana el corazón de nuestros hermanos. Una palabra dulce quebranta la cólera, como la lluvia mansa, la impetuosidad del aire. En el mundo la dulzura puede más que la violencia, porque escrito está que el hombre manso es amado de Dios y de los hombres, que Dios le enseña el arte difícil y divino de apoderarse de los corazones, y con los corazones poseer la estima, la confianza y el amor de sus semejantes. Y así, mira que aun en el mundo físico la blandura paraliza el ímpetu de la fuerza, y el golpe que hace saltar las rocas de granito se amortigua en el cuerpo blando, ó se apaga por completo en la suave blandura de las aguas. Pues lo mismo es ley también del orden moral que la mansedumbre tenga un poder misterioso para vencer sus contrarios, que no tiene la ira ni la violencia, y por eso no hay cosa más fuerte que el amor, según la palabra de Dios, y la mansedumbre y dulzura evangélica no es más que el amor cristiano en sus relaciones con nuestros semejantes. Ese es el secreto y la virtud de dominarlo todo, que encierra en sí la virtud y la santidad. Jesucristo ha vencido al mundo, no por el hierro, sino por la cruz; no derramando sangre ajena, sino vertiendo la suya; no hiriendo, sino sufriendo; no exterminando á sus enemigos, sino muriendo por ellos; sublime ejemplo de divina mansedumbre. Quien después de Jesucristo retrató mejor en el mundo la dulzura,

han sido sus mártires y sus santos. Míralos en sus luchas, y ve qué puede más, si la violencia de la ira ó la dulzura y mansedumbre de su corazón. Los tiranos afilan las espadas, encienden las hogueras y preparan los potros y los patíbulos; los mártires callan, levantan sus ojos al cielo, su vista los consuela, esperan y, sobre todo, aman. ¿A quién, humanamente, pertenece la victoria? El imperio de la fuerza se ha hundido, y el triunfo de la mansedumbre aún subsiste. Porque el sepulcro de los mártires está en los altares, y ante ellos todo cristiano se prosterna y dobla la rodilla. Mira cómo dominan la tierra.

**Coloquio.**—¡Oh Jesús, manso Cordero, que me prometes la tierra deliciosa que es valle de deleites, tierra de bendición, regada con un río de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios; tierra dichosísima, alumbrada por el Sol de eterna justicia, pero á cambio de la mansedumbre y victoria de mi corazón! Dame fuerza y valor para vencer y dominar mis pasiones, para que, imitándote á Ti, sea como Tú manso y humilde de corazón.

**Propósitos.**—Domina los afectos de tu alma de modo que logres la santa imperturbabilidad de los santos, y que ni nada te turbe ni te espante.

## 24 DE JULIO

### De la pasión de la ira, como opuesta á la segunda bienaventuranza.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

#### Punto I

*Qué sea la pasión de la ira.*

«Ira, dice Santo Tomás, es un apetito desordenado de vengar las injurias», ó un deseo vivísimo del corazón por las cosas que suce-

den contra nuestro gusto. De ella proceden tres suertes de pecados. Unos de pensamiento, como son los odios del prójimo, propósitos de vengarse de él, deseos de que le suceda algún mal, gozo de que le haya sucedido, tristeza de su bien, y saborearse con deleite en la venganza. Otros pecados son de lengua, es á saber: palabras vengativas é injuriosas en presencia, ó murmuraciones en ausencia; maldiciones, palabras agrias y desentonadas con muestras de cólera, contiendas y porfías en las disputas por salirse con la suya, y otras semejantes. Otros pecados son de obra contra el quinto mandamiento, como son matar, herir ó maltratar al prójimo contra razón y justicia, y hacer algo por sólo vengar su injuria ó pedir esta venganza á los jueces, no por amor de la justicia, sino por rencor y odio; no perdonar al injuriador, que me pide perdón, dando exteriores muestras de enemistad contra él. Además las discordias, pleitos, rencillas, cismas, bandos y guerras nacen de la ira, con otros muchos pecados que acompañan á éstos. Finalmente, con la ira anda junta la impaciencia por los males que nos suceden contra la salud, honra ó hacienda, entristeciéndonos demasiado por el deseo vehemente y desordenado de librarnos de ellos. De donde suelen proceder muchos pecados contra Dios, y contra el prójimo, y contra sí mismo: como son quejas de nuestro Señor, porque nos aflige, con asomos de blasfemia y desesperación: poca conformidad con su voluntad, desconfianzas, tedios de la vida, deseos impacientes de la muerte, poner las manos en sí mismo con rabia; ser mal acondicionado con los otros, áspero é intrata-

ble, dándoles ocasión de indignación, y teniendo poca paz con los domésticos, hasta airarse con los objetos y cosas insensibles, como se airó Jonás contra la yedra, que se secó cuando el sol le fatigaba. Mirando estos pecados, y hallándome culpado delante de Dios en ellos convertiré la ira contra mí sólo, porque pequé, suplicando á nuestro Señor me ayude para vencerla.

¡Oh Dios infinito, cuya ira es terrible, pero justa, contra los que se airan sin medida! esclarece los ojos de mi alma, para que considerando los terribles castigos que nacen de tu santa ira, refrene los malos ímpetus que nacen de la mía.

### Punto II

*Males y castigos de la ira.*

Considera los daños y castigos de este vicio, así los que él trae consigo, como los que Dios con su justicia le añade en esta vida y en la otra. Primeramente, la ira destruye la semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad; inquieta la conciencia, cierra la fuente de la divina Misericordia, ahoga el espíritu de la devoción y los consuelos del Espíritu Santo, el cual mora y descansa en los humildes y quietos de corazón, y huye de los iracundos, en quien mora el espíritu malo; porque la ira furiosa, es frenesí del alma, locura breve y demonio voluntario que se apodera del espíritu con los visajes que el demonio hace cuando se apodera del cuerpo, convirtiendo al hombre en bestia feroz. Demás de esto, como nuestro Señor es Dios de las ven-

ganzas, ejercítalas con rigurosa justicia contra los que se vengan con ira, y matan y agravian á sus prójimos. Por lo cual se dió sentencia contra los dos primeros iracundos y homicidas que hubo en el mundo, Caín y Lamech.

Pero sobre todo ponderaré lo que Cristo N. S. dijo en su Evangelio contra este vicio: «Quien se airare contra su hermano, será culpado en el juicio; y quien le dijere *Raca*, será culpado en el concilio; y quien le llamare necio, digno es del fuego del infierno». De suerte, que en comenzando la ira á enseñorearse del corazón, se comienza en el tribunal y consejo de la Santísima Trinidad á tratar de la venganza, creciendo el rigor del castigo como crece la gravedad del pecado. Si la ira queda en el corazón, será condenada á menor castigo; si sale á fuera, dando señales de ella con escarnio ó gestos exteriores con mal consejo, será más castigada; pero si llega á decir palabra grave é injuriosa, y mucho más si sube á vengarse por la obra, ya está dada la sentencia de fuego eterno contra ella, con el cual se junta en el infierno el mismo fuego de la ira, para ser cruelísimo verdugo del alma; porque allí lo que más atormenta es la ira, impaciencia y rabia. Y aunque el fuego del purgatorio y del infierno sean el mismo, aquél es llevadero por la paciencia, pero éste es insufrible por la ira. Y así los iracundos é impacientes tienen dos infiernos: uno en esta vida, con el poco sufrimiento de los males temporales, y otro después, con la rabia por los eternos. ¡Oh pacientísimo Jesús! líbrame de la ira é impaciencia, pues no hay mayor infierno que vivir rendido á ella.

De estas consideraciones sacaré dos propósitos muy importantes para la perfecta mortificación de este vicio. El primero, de huir cualquier movimiento de ira, aunque venga vestido con capa de justicia y celo; temiendo que con el celo de corregir ó castigar los vicios ajenos, no se mezcle afecto de venganza propia. El segundo, será de reprimir con presteza cualquier ímpetu de ira antes que crezca. Porque de una centella, dice el Espíritu Santo, se levanta un grande fuego, y al principio es cosa fácil apagarle, y se apagará, si reprimo las palabras y señales exteriores de ira, premiándome nuestro Señor la mortificación de aquello exterior, con darme victoria de lo interior.

### Punto III

*De los bienes que trae consigo el vencimiento de esta pasión.*

Considera los grandes bienes que trae la perfecta mortificación de la ira, abrazando las dos virtudes que la resisten, mansedumbre y paciencia; porque la primera refrena la ira para no agraviar á nadie; la segunda, para sufrir los agravios que recibe. La primera sirve para hacernos afables con todos; la segunda para que suframos á todos. De donde proceden tres grandes bienes para hacernos perfectos en todo lo que pertenece á nosotros mismos, á nuestros prójimos y á Dios.

La mansedumbre y paciencia nos dan señorío y posesión quieta y pacífica de nosotros mismos y de nuestras pasiones; «porque los mansos poseen la tierra» de su corazón, y con

la paciencia poseemos nuestras almas y alcanzamos paz de conciencia, con alegría cordial de espíritu.

La mansedumbre nos hace amables, y la paciencia nos hace admirables. «Porque quien hace sus obras con mansedumbre, es amado, dice el Sabio, más que la honra y gloria que tanto aman los hombres; y quien tiene valor para reprimir su ira y sufrir el agravio, acredita su persona y edifica á los prójimos; porque mejor es, y más admirable, «el paciente que el fuerte, y el que vence su ánimo que quien conquista al mundo». Mayor milagro es, en cierta manera, sufrir injurias con alegría, que resucitar muertos á la vida».

También la mansedumbre y paciencia nos hacen amables á Dios, y nos dan entrada al trato familiar con su Majestad, así como la falta de ellas nos cierra la puerta. Moisés, por su grande mansedumbre, tuvo estrecha familiaridad con Dios; y, como dice San Dionisio, por un poquito que faltó en ella, se le menoscabó el espíritu que había recibido. Y si quiero orar á Dios en todo lugar, y levantar las manos puras al cielo, ha de ser habiendo mortificado la ira y la contienda, aliviándome con las alas de la mansedumbre y paciencia.

Finalmente, si soy manso y sufrido participaré con excelencia el espíritu de Jesucristo N. S., el cual se esmeró en estas dos virtudes, dándonos raro ejemplo de ellas en su vida y Pasión, como cordero mansísimo y pacientísimo, para que nos fuésemos tras El. Y á dos Apóstoles, que con espíritu de ira y venganza, coloreado con celo, desearon que bajase fuego del cielo sobre los samaritanos, les dijo:

«No sabéis cuál sea vuestro espíritu». Como quien dice: El espíritu de mis discípulos no ha de ser de ira, sino de mansedumbre; no de venganza, sino de sufrimiento.

**Coloquio.** — ¡Oh manso y paciente Jesús, que «siendo maldecido, no maldecías, y padeciendo injurias, no amenazabas», y recibiendo grandísimos desprecios, correspondías con divina mansedumbre, ó callabas con admirable silencio! Ayúdame para que, á imitación tuya, venza la ira, reprima la impaciencia, abrace la mansedumbre, y, armado con la paciencia, sufra de buena gana los trabajos, para que llegue á gozar contigo de los eternos descansos.

**Propósitos.**—Reprime los ímpetus de tu carácter, y para ello antes de hablar piensa siempre lo que vas á decir, y prepárate en la oración para no hacer ni decir nada que pueda herir á tu prójimo.

## 25 DE JULIO

### Festividad del apóstol Santiago.

*Preludios.*—Represéntate á Cristo N. S. respondiendo con admirable dulzura á la madre de los dos apóstoles Santiago y San Juan, hijos del Zebedeo, y pídele gracia para corresponder á sus amorosos llamamientos como ellos lo hicieron.

### Punto I

*Cuán difícil es de entender el misterio de la Cruz.*

Considera que nada hace sentir mejor cuánto trabajo cuesta comprender el misterio de la cruz, y cómo la ambición está arraigada en el corazón del hombre, como los pensamientos de engrandecerse, que dos de los primeros apóstoles, Santiago y Juan, alimentaban en su espíritu, en el momento mismo en que su divino Maestro, conociendo á fondo los miste-

rios de su Pasión, les declaraba que la hora de ésta se hallaba próxima, y que muy pronto iba á ser entregado en manos de los judíos, para ser tratado ignominiosamente y condenado al suplicio de la cruz.

A este propósito hace notar San Lucas que los Apóstoles no comprendieron nada de lo que Jesús les decía, y un santo Padre, comentando este pasaje, dice que en el cuidado que puso el Evangelista citado al advertirnos de dicha ignorancia de los Apóstoles, quiso dar á entender la dificultad con que los misterios de la cruz penetran en nuestros espíritus. El mismo Evangelista da testimonio de esta verdad, otra vez, cuando dice: «Mas ellos (los Apóstoles) no entendían esta palabra, y les era tan obscura que no la comprendían, y temían de preguntarle acerca de ella». Como si dijera: no la entendían, porque no querían entenderla. Veían, sí, que era preciso seguir á su Maestro, pero no querían saber los sufrimientos que le aguardaban por temor de sufrir una suerte semejante. Y esta es la razón por qué el misterio de la cruz penetra difícilmente en nuestro corazón, pues la naturaleza humana, cuando se ve obligada á trabajar por la salvación del alma, teme á la mortificación, á la penitencia, á cualquier género de cruz, sea el que fuere, que viene á ser lo mismo que temer seguir á Jesucristo.

Piensa, sin embargo, que los Apóstoles, así que recibieron la efusión del Espíritu Santo, entendieron los misterios de la cruz y siguieron desde entonces sin vacilar á su Maestro, pobre y humilde, en las fatigas y trabajos del apostolado. También tú has recibido al Espí-

ritu Santo en los Sacramentos y en las inspiraciones de la gracia; pero ¿cómo entiendes los misterios de la cruz? ¿De qué modo imitas á los Apóstoles?

¡Ah! ¡Cuán diferente es tu vida de la de ellos, y cuán lejos te hallas de imitar al apóstol Santiago, que fué el primero de los Apóstoles que tuvo la dicha de dar la vida por Jesucristo!

### Punto II

*Santiago fué fiel á la doctrina de la cruz de Cristo, bebiendo el cáliz del Salvador.*

Considera la admirable mudanza que las enseñanzas del Salvador y la efusión del Espíritu Santo hicieron en los Apóstoles. Aquellos hombres, que no cesaban de disputarse la primacía, ¡qué humildad, cuánta abnegación y desprecio de las glorias de este mundo no manifestaron al dejarse dominar por la santa locura de la cruz! ¡Qué encadenamiento de trabajos, de persecuciones, de prisiones y de muerte no sufrieron para cumplir la palabra de abrazarse á la cruz que dieron al divino Maestro! Santiago participó del cáliz del Señor por sus trabajos evangélicos; y para que mejor comprendas la magnitud de esta obra, imagínate el cúmulo de penalidades y fatigas inherentes á dicho apostolado. Seguir pobre á un Dios pobre; acompañar en sus viajes á un hombre, alguna vez honrado por sus milagros, pero con frecuencia perseguido y despreciado á causa de su doctrina; trabajar durante el día; velar y orar durante la noche; no tener otro consuelo en este mundo que el que proporciona el hábito de sufrir toda clase de pe-

nalidades; renunciar por Cristo á los goces más dulces de la vida; sacrificarlo todo por el Evangelio; llevar su cruz; olvidarse de sí mismo; despreciarse y aun odiarse por los intereses de Jesucristo, y el bien de las almas. ¡Esto se llama ser apóstol! ¡En esto consiste la imitación de Jesucristo! Y á todo esto fué fidelísimo el Patrón de nuestra España, el primero de los Apóstoles que selló con su sangre la doctrina de la cruz.

### Punto III

*Santiago participó del cáliz del Señor, y nosotros debemos imitarle.*

Considera á este propósito cómo Santiago hizo ver, por el esplendor de su santidad y su celo ardiente en la conversión de los judíos é infieles, que no en vano había recibido de su divino Maestro el nombre de hijo del trueno. ¡Qué de alarmas y terrores no arrojó en las conciencias de los pecadores más endurecidos! ¡Cuánto sufrió á causa de su celo! También tú puedes beber como este santo Apóstol el cáliz de Jesucristo, pues ocasiones no han de faltarte si eres fiel á tu vocación. Es verdad que no has sido enviado como Santiago á convertir á los judíos endurecidos y á los pueblos infieles, pero siempre encontrarás almas que viven olvidadas de su salvación, y á las que hay que sacar de su lamentable sopor. Para ello habrás de sufrir desaires, desprecios, y persecuciones tal vez, ya que no iguales á los que Santiago sufrió en nuestra patria para plantar en ella el árbol de la fe, por lo menos semejantes á ellos y amargos á la naturaleza;

pero ese precisamente es el cáliz que debes beber á ejemplo del santo Apóstol. Ese es también el precio de la gloria, con la diferencia de que por mucho que sufras, nunca sufrirás tanto como sufrió Santiago para alcanzarla.

Bendice, pues, al Señor por haber satisfecho el deseo de su Apóstol de una manera infinitamente más ventajosa de lo que El esperaba, y pídele fuerzas para beber como él el cáliz de los sufrimientos del Salvador.

**Coloquio.**—¡Ah Señor, y cuán grande es mi miseria! Difícil es, verdaderamente, comprender la palabra de la cruz; pero aún es mucho más difícil practicarla. ¡Cuánta necesidad tengo de vuestra gracia, para curarme del vicio de la vanagloria, y para hacer á mi alma digna esposa de vuestro Corazón divino! ¡Oh alma rescatada con las humillaciones de tu Salvador! ¿Cómo puedes pensar en elevarte? Piensa en imitar á Santiago, que por la santidad de su vida, por sus trabajos evangélicos y por su muerte, semejante á la de su Maestro, bebió el cáliz del Señor. Y Vos, Patrón glorioso de España, haced que la semilla divina arrojada por Vos en nuestro suelo, no sólo no se pierda sofocada por las malezas del vicio ó arrancada por las aves de rapiña, sino que cunda y se arraigue más cada día y dé copiosísimos frutos de bendición en los individuos y en la sociedad española.

**Propósitos.**—Sufrir con paciencia todas las contradicciones y todas las pruebas que la divina Providencia quiera enviarnos.

## 26 DE JULIO

(Tercera bienaventuranza.)

**Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.**

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

### Punto I

*Felicidad de las lágrimas cristianas.*

Considera que en estas palabras condena Cristo las falsas alegrías del mundo á las cuales no está vinculada la vida eterna que Dios promete á los que lloran, sino la muerte eterna, según aquello del Santo Job: «pasan sus días con alegría y bajan en un punto al infierno». Porque así como al día se sigue la noche y á la noche el día, de la misma manera á las delicias de este mundo se sigue la triste noche en el otro, y á la penitencia y lágrimas, la luz alegre de perpetua alegría. Pondera, pues, cuánta es la ceguedad de los mortales, que por gozar aquí de un soplo de alegría soñada y criminal, pierden la verdadera y eterna que promete Dios para siempre á los que aquí lloran y se afligen con la penitencia; y la prudencia de los buenos, que dando de mano á los deleites sensuales en esta miserable vida, granjean en la otra los eternos. ¡Oh, felices los que aquí lloran, porque serán consolados eternamente; é infelices los que aquí rien, porque gemirán sin consuelo y llorarán sin fin para siempre! Piensa, medita y considera cuán gran yerro es el de los malos, y cuánto acierto el de los buenos, y resuélvete á seguir

á éstos y no á aquéllos, porque merezcas ser consolado eternamente.

Considera luego, el valor de las lágrimas, que puestas en la balanza pesan tanto como el cielo, pues vinculó Dios á ellas la bienaventuranza diciendo: «bienaventurados los que lloran, porque serán consolados»; adonde has de ponderar con San Agustín y San Crisóstomo, que todo su valor tienen las lágrimas de la penitencia; porque el llanto nacido de verdadera contrición, anega y borra los pecados y alcanza el perdón y la gracia del Señor, que es la semilla de la bienaventuranza; y derramadas por los bienes temporales, son perdidas y no aprovechan nada; porque las lágrimas ni resucitan á tus difuntos ni te recobran la salud ó la hacienda perdida. Pondera esta verdad, y no derrames perlas de tan subido valor por tan bajo precio; mas estímalas como merecen, y pide á nuestro Señor que te dé este don de lágrimas, y la verdadera contrición de tus pecados para que merezcas el perdón y con él su divina gracia.

Considera qué lágrimas son las que llama Jesucristo bienaventuradas. Son las que se derraman por los muchos pecados que se cometen en el mundo, por las infidelidades, las herejías, las luchas de los impíos contra la verdadera religión, los pecados entre los fieles que habían de servir más á Dios, el descuido de los pastores y predicadores en despertar el mundo y mirar por el rebaño del Señor, la infinidad de almas que se pierden para siempre. Llora, pues, tú por los pecados de los hombres, así por su daño y condenación, como por la injuria que hacen á Dios, dolién-

dote de ver cuán mal servido es; al modo que Jeremías sentía la perdición de su pueblo y deseaba que sus ojos se convirtiesen en fuentes de lágrimas, para llorar de día y de noche sus miserias. Llora tu destierro y la ausencia de Dios, suspirando por gozar de su presencia; diciendo con David: «Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios?» Llora lágrimas de contrición, de compasión y de devoción, meditando los misterios de la pasión y muerte de N. S. Jesucristo. Llora lágrimas de temor y lágrimas de amor, para que de tal manera llores tus pecados y miserias, y las de todos los mortales, que alcances misericordia para ellos y serás verdaderamente consolado.

### Punto II

*El ejemplo de Cristo N. S.*

Considera cómo nunca se lee que Cristo N. S. se haya reído, como pondera San Basilio, y sabemos que lloró muchas veces; es á saber: en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalén y en la cruz, con muy tiernas lágrimas. Y finalmente, como dice San Pablo, en los días de su carne, es decir, de su mortalidad, oraba muchas veces con lágrimas, hasta que en el huerto de Getsemaní oró, sudando, no gotas de agua, sino de sangre, como quien lloraba lágrimas de sangre por todos los poros de su cuerpo natural, por los pecados y miserias de su cuerpo místico. Y lo mismo que Cristo hicieron los Santos, para los que no había mayor cruz que no tener cruz. Pasáronse los años en las lágrimas y el dolor,

en la penitencia y la tribulación; pero el Señor los consoló con los torrentes de sus delicias. ¡Oh dulce Jesús, convierte mis ojos en fuente de lágrimas para que acompañe las tuyas, pues yo fuí causa de ellas!

Considera cómo el llorar, que á los ojos del mundo es señal de miseria, en los de Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo á los que lloran que serán consolados en lo mismo porque lloran. Si lloran por sus pecados, alcanzarán consuelo con el perdón de ellos. Si lloran los pecados ajenos ó su destierro, Dios convertirá su llanto en gozo, con la esperanza de que se enmendarán los pecadores, tendrán fin los trabajos y vendrán presto los consuelos eternos, enjugando Dios las lágrimas y haciendo cesar los llantos. ¡Oh, dichosas lágrimas, que con tantos consuelos son premiadas aquí! Dios mío, quiero llorar, pues el mismo llorar por Ti y por tu amor es dulce; y si tan dulce es llorar por Ti, ¿cuán dulce será gozar de Ti?

### Punto III

*Consuelos de los que lloran.*

Considera qué consuelo es el que promete aquí el Redentor á los que lloran; porque, en primer lugar, los consolará con el perdón de los pecados, como consoló á Santa María Magdalena, que es la primera consolación, y en segundo lugar, con la esperanza de la vida eterna y de alcanzar lo que piden, como consoló al santo Simeón, que lloraba por la salud de Israel; en tercer lugar, los consolará dándoles por las lágrimas una interior alegría y un gozo inefable con que alivie su tristeza y con-

suele su aflicción, y, últimamente, serán consolados, como dice San Agustín, en la gloria, trocando Dios su llanto en alegría y sus lágrimas en perpetuas aleluyas y cánticos celestiales. Allí dice San Juan que limpiará Dios las lágrimas de los ojos de los bienaventurados, y que no se oirá más llanto, ni gemido, ni clamor, porque todo será un gozo continuado, y una alegría y gloria perpetua sin intermisión alguna. Contempla la grandeza del consuelo que se promete en el cielo á los que lloran, en el cual se ha de ponderar quién es el que consuela, con qué cosas, con qué modo y por cuánto tiempo. Quien consuela es el que, por excelencia, se llama *Consolador y Dios de todo consuelo,* y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza. Consuela la vista clara de Dios y de la humanidad de Cristo, la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los ángeles, la suave conversación con los coros de los Patriarcas y Profetas, Apóstoles, mártires y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan á cada uno. Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado, la paz de la conciencia, que sobrepuja á todo sentido. Pero ¿quién dirá el modo de consolar? No consuela Dios allí perdonando culpas y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras con una perpetua música de alabanza y acción de gracias y un continuo aleluya que recrea el corazón. Y todo este consuelo será

eterno, sin interrupción, porque todos están dentro del gozo del Señor, y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado.

**Coloquio**.—¡Oh Dios de la esperanza! Llénaме de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra. ¡Oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el consolador! ¡Oh, dichoso el que llora y sufre con resignación y alegría en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal!

**Propósitos**.—Acordarse constantemente de que es imposible gozar con Dios y con el mundo. No se puede servir á dos señores, ni tener dos paraisos.

## 27 DE JULIO

### De las locas alegrías del mundo, en oposición con la tercera bienaventuranza.

*Preludios.*—Oye á Cristo que dice: "¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque después lloraréis„; y pídele aborrecer los vanos placeres de la tierra y abrazar el llanto y dolor de las almas virtuosas.

### Punto I

*De la oposición que existe entre el espíritu cristiano y las falsas alegrías del mundo.*

Considera cómo en oposición á las lágrimas de los justos que Jesucristo canoniza y llama bienaventuradas, anatematiza el mismo Señor las falsas y criminales alegrías de los mundanos, con aquellas terribles palabras que deben hacer temblar á todos los idólatras del mundo y de sus placeres: «¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque después lloraréis!» Pondera el origen de esta esencial oposición,

porque es cierto, según el Evangelio, que nosotros no podemos salvarnos si no tenemos el Espíritu de Jesucristo, y no tenemos el Espíritu de Jesucristo, si no renunciamos al espíritu del mundo, que es el que informa sus diversiones y placeres. Porque hay una oposición infinita é incompatible entre el Espíritu de Jesucristo, y el espíritu del mundo; la luz no la tiene mayor con las tinieblas, dice San Pablo. Y esta es la razón, porque San Juan exhorta á los cristianos á no amar al mundo ni sus deleites y alegrías, porque el amor del mundo y sus goces prohibidos ó peligrosos, es incompatible con el amor de Jesucristo, y Santiago asegura, que no puede ser uno amigo del mundo, sin ser al mismo tiempo enemigo de Jesucristo, y que ganando la amistad del uno, nos exponemos infaliblemente al odio del otro. ¿Quieres la amistad del mundo á este precio?

El mismo Jesucristo se explica aún más fuertemente sobre la oposición que tiene con el mundo, cuando dice: «Que es imposible que el mundo reciba su Espíritu, no habiéndole querido recibir á El; que su reino no es de este mundo, y que el mundo no le ha conocido», ó que si le ha conocido, ha sido sólo para aborrecerle y perseguirle; pero también que si El ha venido á la tierra, ha sido para juzgar y condenar á este mundo con sus principios anticristianos y sus máximas opuestas en un todo al sermón divino de la montaña; y por esta razón asegura, que no ruega por el mundo ni lo perdona, y esto, habiendo rogado por sus verdugos. En lugar, pues, de rogar por él, le condena echándole su maldicón, *¡vae mundo!* ¡Cuál

es, pues, la ceguedad de los cristianos, que para justificar sus acciones, alegan que es esto lo que se estila en el mundo! Por esta misma razón, es menester hacer lo contrario; porque todo cristiano promete en el Bautismo renunciar al mundo. ¿Crees que cuando hayas de parecer en el Tribunal de Jesucristo, será justificación bastante el decir, que si le has desagradado ha sido para agradar al mundo, esto es, á su mayor enemigo? Pues por esa misma razón te dirá El, yo te condeno. Ser siervo de Jesucristo y esclavo del mundo con sus pompas, placeres, diversiones y escándalos, todo ello en abierta oposición con la tercera bienaventuranza, no puede ser y en ello hay absoluta repugnancia.

Entra dentro de ti y mira que nada hay más fácil, que conocer que el mundo es enemigo de Jesucristo; pero aparte de eso, es preciso confesar que hay infinitos cristianos que viven del espíritu del mundo y tienen toda suerte de inteligencias con él. Nada más fácil, que firmar la sentencia de condenación del mundo; porque ¿cómo se puede tener por bueno lo que la Sabiduría eterna condena por malo? Pero nada es tan difícil como condenar prácticamente y en particular sus máximas, sus placeres y alegrías, sus principios perversos, cuando muchos cristianos hacen de todo esto la regla de sus acciones. Nada hay tan fácil, como conocer que es menester renunciar al mundo para ser cristiano. Jesucristo nos lo manda, nosotros nos hemos obligado á ello en el Bautismo; pero nada hay tan difícil en la práctica, ni que se encuentre tan raras veces, como esta renuncia entera. ¿Qué es lo que hace

el mundo? Inclinarnos, y movernos desmedidamente á los bienes, á las diversiones y á las honras. Si tienes estos tres afectos, eres verdaderamente del mundo, y objeto de la maldición del Salvador: «¡Infelices de vosotros, ricos; infelices de vosotros que estáis siempre en la alegría y en el placer; infelices de vosotros los que pretendéis los primeros empleos!» ¡Qué puede haber más claro! ¡Qué puede haber más eficaz! Si tienes el espíritu del mundo, no puedes tener el Espíritu de Jesucristo; si no tienes el Espíritu de Jesucristo, no eres cristiano; y si no eres cristiano, ¿qué eres sino un réprobo?

### Punto II

*Condiciones de los placeres y diversiones para que no sean criminales y pecaminosas.*

Considera que las diversiones, según Santo Tomás, son remedio que Dios nos ha concedido para alivio de nuestra flaqueza; deben, pues, tener las mismas condiciones que los remedios para que no sean perjudiciales, esto es, que no han de ser ni dañosos, ni peligrosos, ni continuos. No deben ser dañosos, como son las diversiones criminales, porque fuera verdaderamente horrible ceguedad y una locura declarada poner enteramente el gusto en un placer que el arrepentimiento nos ha de hacer detestar algún día como un supremo mal, y que, si no lo detestásemos, nos causaría una desgracia mayor aún, esto es, la condenación eterna. Porque, ¡qué locura fuera alegrarse hoy y jactarse de lo mismo que ha de ser seguido precisamente de un amargo arrepentimiento

y vivo dolor en esta vida, ó de un cruel é inútil arrepentimiento y de una desesperación eterna en la otra! Un placer que nos condujese á tan infeliz término, ¿se podría llamar placer?

En segundo lugar, también es menester que las diversiones no sean peligrosas. Las diversiones serían por la mayor parte inocentes, si nosotros lo fuésemos; pero la corrupción de nuestro corazón esparce secreto veneno aun en lo que parece más inocente, y nos hace hallar la ponzoña aun en los mismos remedios y aun en las cosas que, según la intención de Dios, sólo debían servir para la conservación de nuestra vida y alivio de nuestras flaquezas. También en esto se deben considerar los placeres como los remedios, que si no están bien preparados son verdaderos tósigos. No es acción cuerda, ni de un hombre prudente, el tomar remedios dudosos, porque fuera locura arriesgarse cuando puede costar la vida; pues ¿qué se deberá juzgar de tantos que se emplean con tanto gusto y tan frecuentemente en ciertas diversiones, teatros, bailes y reuniones con el pretexto de que no son claramente malas, aunque reconozcan con su propia experiencia que son muy peligrosas? ¿No has estado algunas veces en estos riesgos? Y ¿no temes el perecer en alguno?

Las diversiones, por último, no deben ser ni muy grandes, ni muy continuas. Los remedios dejan de serlo cuando se usa de ellos con exceso, porque la naturaleza se acostumbra, y, si se aumenta su dosis, suelen ser dañosos. Lo mismo sucede en estas diversiones por inocentes que sean en sí mismas, porque de-

jan de serlo en siendo excesivas ó continuas. Los placeres excesivos disipan el corazón, enflaquecen el espíritu y hacen mirar con horror las obligaciones más esenciales de un buen cristiano. Quien se aficiona demasiado al teatro, al baile y al mundo en general, cobra horror á la Iglesia y al hogar doméstico. Los placeres no deben ser sobradamente continuados; fueron hechos para descanso del cuerpo y alivio del espíritu. Personas que no trabajan jamás, como sucede á tantas mujeres profanas ú ociosas, ¿han menester alivio ó descanso? Gentes que casi nunca se aplican á nada serio, como sucede á tantos hombres cuya ocupación continua es el juego ó la diversión ¿necesitan diversiones? Ninguno tiene menos derecho para los entretenimientos, que el que siempre está en ellos. La diversión, que para los otros es un placer inocente, es para él verdadero desorden.

Si en algo de esto te acusa la conciencia, considera que tienes que dar á Dios estrecha cuenta del tiempo que pierdes y en el que debías de labrar tu eterna corona.

### Punto III

*De la desgracia de los mundanos, aun en los mismos placeres del mundo.*

Considera que los excesivos placeres y prosperidad del mundo, hacen que el mundano ó pierda la fe, como sucede desgraciadamente á muchos; ó la debilita de tal manera que parece muerta; ó por último, la deja entera, como puede suceder, aunque pocas veces sucede. Si el mundano pierde enteramente la fe

en la prosperidad, su desgracia es suma, pues con perder la fe, lo perdió todo. No puede tener ni esperanza de conversión, ni remedio para su salvación; porque siendo, como es, la fe el fundamento de la justificación, faltando éste, todo falta. Si sólo se le disminuyó la fe, engolfado en los placeres y goces mundanos, también es muy desgraciado; porque queda su espíritu dividido entre las falsas luces de su pasión y las verdaderas de su fe. No son estas tan fuertes, que puedan dominar las pasiones, ni convertirle; pero son suficientes para inquietarle. Y si la fe queda entera y sin perderla, entonces ésta le confunde, y le atormenta, porque sólo le representa objetos contrarios á sus inclinaciones, y verdades que condenan sus acciones y su vida. En el Evangelio, sólo halla maldiciones contra los ricos y dichosos del siglo; sólo ve la obligación de sufrir la cruz, y de llevarla; si mira á Jesucristo, autor y principio de la fe, halla á su Juez en la persona misma de su Salvador; porque, si no es su modelo, El será el que le condene; ¿y cómo puede Jesús crucificado ser modelo de un rico entregado á sus delicias y torpes placeres ó de un dichoso del siglo?

El excesivo amor á las diversiones y alegrías del mundo, no sólo debilita ó hace perder la fe, sino que también hace lo mismo con la esperanza. Esta tiene dos efectos. El primero, hacernos desear los bienes eternos, porque nos parecen sólidos y verdaderos, y el segundo es, hacérnoslos esperar, por parecernos fáciles de conseguir con el socorro divino. Los placeres mundanos destruyen estos dos efectos de la esperanza, ó, á lo menos, son incompa-

tibles con ellos. Un hombre en medio de las delicias que condena Jesucristo, embelesado y encantado por el amor de los bienes de la tierra, y fuera de sí por los deleites groseros y sensuales de la carne, ¿cómo puede ser capaz de moverse con la consideración de los bienes puramente espirituales y purísimos que la esperanza cristiana le propone? «El hombre carnal, dice San Pablo, no gusta de las cosas espirituales». Renunciaría con gusto los bienes del cielo, con tal que le asegurasen para siempre los bienes de la tierra; pero aun cuando un mundano fuera capaz de desear los bienes invisibles, ¿podría esperarlos? La fe enseña que siendo pecador, no los puede conseguir si no es haciendo penitencia y mortificando sus pasiones, su carne y sus sentidos; ¿mas cómo podrá hacer esto quien está enteramente entregado á sus deleites? ¿Cómo podrá abrazar la mortificación, que tanto horror le causa?

Por último, los placeres del mundo imposibilitan al pecador para recobrar la caridad, porque hace su conversión moralmente imposible. Los hombres no se atreven á reprenderle, y Dios no se digna corregirle. Un dichoso del siglo, rodeado de placeres y de mundanos que le lisonjean y arrastran en pos de sí con sus consejos y sus ejemplos precipitándole en mayores desórdenes, ¡qué difícil es que encuentre á un Juan Bautista que le diga: *Non licet*, no te es permitido hacer lo que haces! Dios no se digna corregirle, porque el pecador dichoso olvida, menosprecia y abandona á Dios, y Dios también, por su parte, lo abandona á los apetitos de su corazón. «¿Y quién

podrá corregir, según dice el Espíritu Santo, á quien Dios menosprecia?» Dios le olvida y le abandona á los deseos de su corazón, que es pena mucho más severa que si le abandonase en manos de sus más crueles enemigos. No se enoja contra él con aquel enojo de Padre con que castiga á sus hijos para enmendarlos, porque no le mira ya como hijo, sino como á enemigo irreconciliable.

**Coloquio.**—¡Ah, Señor! castigadme, pero como Padre amoroso, mas no me visitéis en vuestro furor. Yo renuncio á cuantos goces y placeres puedan separarme de Vos. Me abrazo con gusto con las tribulaciones y mortificaciones de los Santos, y quiero llorar y penar en esta vida, por gozar de Vos en la eterna.

**Propósitos.**—Cuando el demonio, el mundo ó la carne te tentaren con el agrado de alguna diversión, ó culpable ó peligrosa, responde lo que aquel sabio: «No quiero comprar tan cara la obligación de arrepentirme».

## 28 DE JULIO

(Cuarta bienaventuranza.)

**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.**

*Preludios.*—Oye á Jesucristo predicando esta cuarta bienaventuranza á los hombres, y pídele con la Samaritana agua de devoción y santos deseos para apagar la sed de los bienes de la tierra y hacerte apetecer cada día más la justicia y la santidad.

### Punto I

*En qué consiste esta cuarta bienaventuranza.*

Considera que, como dice San Jerónimo, no se contenta Dios con que tengamos deseos de servirle, sino que nos pide hambre y sed de la

virtud; esto es: un apetito encendido de la santidad, y unas vivas ansias de conseguirla, al modo que el hambre y la sed afligen á los que la tienen, hasta alcanzar lo que apetecen. Pondera aquí lo que dice San Bernardo: «que el hambre y la sed no dan treguas ni plazos para en adelante, sino son unos acreedores que ejecutan sin dilación por cuanto las ansias que padecen no pueden esperar». Este fuego y esta ansia quiere Dios que padezcamos de la virtud, y á los que la tienen escribe en el catálogo de los bienaventurados. Examina, pues, tu corazón, y mira si padeces esta hambre y sed de la virtud y santidad, y si te duele la dilación de alcanzarla, y qué diligencias haces para ello: acusa tu tibieza y flojedad, y pídele á Dios que te la dé, y que encienda este fuego sagrado en tu alma, para que merezcas entrar en el número de los bienaventurados.

Considera luego que los deseos brotan del corazón, y que de ellos proceden las obras, como los frutos de las flores; por lo cual siempre preceden los deseos á las obras, y el que no los tiene no las tendrá tampoco, y á quien Dios quiere hacer mercedes, primero le da los deseos de ellas, para que las pida, espere y diligencie por todos caminos, como le dió vivos deseos al Santo Simeón de ver al Mesías, y antes de morir se los cumplió. Para que llegues á tener y practicar esa bienaventuranza has de empezar por desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tedio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne; así como el que come con hambre y bebe con

sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto: luego has de desear crecer más y más en las virtudes, pareciéndote ser poco lo que tienes y mucho lo que te falta. Además, es preciso tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo en razón de que ella prevalezca. Es propio de esta virtud tener entrañable hambre de recibir sacramentalmente ó espiritualmente á Cristo N. S., que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia, corriendo con gran sed á los sacramentos y á la oración y meditación, que son las fuentes de donde manan. Por último, desear fervientemente la corona de la justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa, y comer y beber lo que para siempre ha de hartar. En esta hambre y sed consiste lo que llamamos fervor de espíritu, contrario al vicio de la pereza; con el cual fervor he de hacer todas mis obras, avergonzándome de tener tanta hambre de los manjares del cuerpo y tanto fastidio de los del espíritu.

### Punto II

*De la obligación de aspirar á esta cuarta bienaventuranza.*

Considera que todo cristiano necesita para serlo, tener esa santa hambre y sed de justicia; primero, porque Jesucristo quiere que aspiremos á ser perfectos como su Padre celestial es perfecto; es decir, que jamás nos contentemos con el grado de virtud en que estemos sino

que siempre anhelemos pasar más adelante. Segundo, porque esa hambre y sed indican fe viva y aprecio sincero de los bienes de la santidad y de la gracia y deseo de adquirirlas, como el avaro tiene sed del oro y el mundano hambre de los placeres, porque es una cosa intolerable que aprecien ellos más los bienes perecederos de la tierra que nosotros los celestiales y eternos. En tercer lugar, porque esto es lo que quiere Dios de ti, que no te contentes con lo adquirido, sino que siempre desees más virtud y aspires á más perfección, caminando adelante y adelantándote siempre sin volver atrás. Mira, pues, si mereces entrar en el catálogo de los escogidos, y si vas siempre adelante en la mortificación, humildad, desprecio de ti mismo y aprecio del cielo, y en el amor de Dios y caridad del prójimo, en la paciencia, mansedumbre y piedad, y en el resto de las otras virtudes. Considera cómo estabas al principio de tu conversión y en qué grado te hallas ahora, y clama al cielo, pide á Dios perdón de tu negligencia, y fervor para empezar á subir al monte alto de la santidad, hasta llegar sin detenerte á la cumbre de la perfección. Y no sólo has de tener hambre y sed de la santidad propia, sino de la ajena, la cual procede de la verdadera caridad y amor de Dios, como el calor y sed de la lengua nace del fuego interior; por esto, como dijo San Crisóstomo, llamó Cristo sol á la santidad, porque da sed. Mira, pues, si la tienes de la salvación de tus prójimos, y si te duele su pérdida, si duermes y comes con sabor viendo tantos como se condenan por vivir mal; y si el celo de la gloria de Dios y del bien espiritual

de las almas está continuamente solicitando tu corazón sin dejarte reposar, y si con esta sed y esta hambre clamas á Dios por su bien y te martirizas por sus pecados, pidiéndole que ponga término en ellos y les dé luz para servirle y gracia para salvarse. Si esto haces, y estas ansias te quitan el sueño y te traen crucificado, entiende que te va bien; y si no cuidas de tus prójimos ni te duele su perdición, no tienes sed de sus almas ni mereces entrar en el número de los bienaventurados, á quien Dios promete hartura y satisfacción de sus deseos. Considera el hambre y sed que padeció en la cruz y toda su vida, Cristo, de la salvación de tu alma y de todas las demás, y cuanto hizo por ellas, y aprende á tener sed de las almas de tus prójimos, y hacer cuanto pudieres por ellas.

### Punto III

*Del premio de esta bienaventuranza.*

Considera que promete Cristo hartura en esta vida, según el sentir de San Agustín; porque aquí les dará el cumplimiento de sus deseos y aquella agua de la fuente de vida eterna, de la cual los que beben no tienen ya más sed, como lo ofreció el Salvador: las aguas de este mundo son salobres, y en lugar de apagar la sed, la aumentan; pero las espirituales y del cielo la apagan de manera, que nunca tienen más sed los que beben de ellas; por lo cual, dice San Jerónimo, que los que gustan los manjares espirituales nunca más apetecen los carnales. Pide, pues, á Dios con la mujer samaritana, que te dé esta agua de

la devoción y santidad, para perder la sed de los bienes de la tierra y de las delicias del mundo, y no apetecer más que las celestiales, con la satisfacción y hartura que ellas dan.

Considera, además, cómo los hambrientos son bienaventurados, porque serán hartos, concediéndoles Dios las cosas que deseaban, comunicándoles en esta vida copiosa gracia, abundancia de merecimientos, gran gusto interior del espíritu, y dándoseles á sí mismo por manjar y uniéndose con ellos por amor, con tanta hartura, que digan: «¿Qué quiero yo en el cielo? Y fuera de Ti, ¿qué otra cosa deseo yo sobre la tierra?» Y aunque la hartura de esta vida despierta nueva hambre y nueva sed, pero esta hambre y esta sed no son penosas, sino dulces, porque quitan el fastidio y aumentan el gusto. Finalmente, en la otra vida quedarán hartos con la vista clara de Dios, porque se les descubrirá su gloria, que es una abundancia de todos los bienes que los hombres podemos razonablemente desear. En lo cual se ha de ponderar que la tierra es lugar de perpetua hambre y sed; porque unos tienen el hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos, y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales danse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos; pues por esto dice la divina Sabiduría, «que quien la come, siempre queda con más hambre». Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida, porque, como dice David, todos que-

daremos hartos con la vista sola de Dios, la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas en su comparación son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver á Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella también llena el deseo de las virtudes, porque da cumplimiento y última perfección en todas: y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada dia se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito, que los escogidos no tendrán hambre, ni les afligirá el sol, ni el estío; porque el Cordero los regirá y los llevará á las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos. ¡Oh alma mía, ten hambre y sed de esta gloria, pues esta sola basta para darte cumplida hartura! Ten también hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar su grandeza.

**Coloquio.**—¡Oh buen remunerador! ¡Oh Príncipe soberano, y cuán colmadamente galardonáis á vuestros criados, pues vencen vuestros premios á sus deseos, y, sin comparación, mayor es el galardón que todo lo que apetecieron! Bienaventurados los que os desean á Vos, y los que apetecen vuestra gloria y vuestro servicio, pues tan cumplidamente satisfacéis sus deseos. Suplícoos, Señor, que me deis gracia para que no desee, ni apetezca, ni admita cosa alguna, sino á Vos y por Vos, y lo que fuere gloria vuestra y de vuestro santo servicio y la salud de mi alma, ni tenga otra voluntad sino la vuestra, ni otro gusto sino el vuestro, ni otro interés sino vuestro santo servicio eternamente.

**Propósitos.**—Aspira siempre á mayor perfección, y no te contentes con la actual, si no quieres volver atrás, ya que en el camino espiritual atrasa aquel que no adelanta.

## 29 DE JULIO

**Del hastío y tibieza espiritual como opuesta á la cuarta bienaventuranza.**

*Preludios.*—Oye la voz terrible del Señor, que dice: "Porque eres tibio, te empezaré á arrojar de mi boca„ y pide al Señor no venga sobre ti tan espantoso castigo.

### Punto I

*Malicia de la tibieza espiritual.*

Considera que nada se opone tanto ni tan radicalmente al hambre y sed de justicia que Jesucristo nos manda tener, y que es señal del fervor del espíritu, como la desgana y hastío de las cosas santas. En vez de sentir hambre por ellas, nos dan náuseas, y nosotros en ese estado se las causamos á Dios, que dice del tibio que lo empieza á arrojar de su boca. No lo ha acabado de arrojar, porque aún no ha caído en el pecado mortal, pero ya ha empezado, porque ese estado de tibieza lleva fácil y naturalmente á la culpa grave.

Para que te cause, pues, horror esa languidez y enfermedad de tu alma, considera su malicia, que es espantosa. Porque, en primer lugar, no ser ni frío ni caliente para un Dios que merece tanto amor, arrastrarse lánguidamente en el servicio de un tan grande y soberano dueño, temer poco ofenderle y desear poco agradarle, sin anhelo por su gloria, ni celo por sus intereses, eso es ser tibio. ¡Qué desorden para un cristiano que debe aspirar á la perfección de su estado! Deduce esto de la oposición que ofrece la tibieza espiritual con los deberes

á que nos obliga nuestra profesión de cristianos.

El hombre tibio parece que con sus actos como que dice á Dios que no merece ni tanto respeto ni tanto amor como el primer Mandamiento de su ley ordena, y que, por tanto, el hombre no debe molestarse en servirle con fervor: que no hay en la dicha de agradarle y de poseerle eternamente, una compensación suficiente á los sacrificios que exige su servicio. ¿Es el Dios á quien todo lo debemos, ese Señor que de tal suerte y tan indignamente es tratado por el alma tibia?

En segundo lugar, considera que el Evangelio nos dice á todos: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto», y aunque claro está que con este mandato no trata de exigirnos lo imposible, al fijar Dios su propia perfección como el sólo término en que nos podemos detener, quiere indudablemente que el que es santo se santifique más todavía, y que el justo no deje de crecer siempre en justicia, hasta que llegue á la plenitud del hombre perfecto. San Bernardo define la perfección á la que todo cristiano está obligado: «Un celo infatigable por el propio adelantamiento, y un esfuerzo continuo hacia lo que es mejor». ¿Hay nada más opuesto á eso que la tibieza?

Saca además la malicia de la tibieza, de que nadie teme menos que el tibio, y sin embargo, nadie tiene tanto por qué temer. Porque, poco atento á escuchar la voz de su conciencia, no se inquieta por sus infidelidades en el servicio de Dios, y mira como cosa de poca monta la multitud casi infinita de los pecados veniales

que comete, las conversaciones vanas, las lecturas frívolas, las idas y venidas peligrosas ó inútiles; en una palabra, ese conjunto de vida sin espíritu de fe, sin mortificación y sin verdadera y sólida piedad.

Además, el justo desconfía de sus obras, y la sola sombra de lo que puede ofender á Dios hace temblar á quien le ama. ¡Oh santo temor de Dios! Tú eres el baluarte más seguro de la inocencia. ¡Desgraciado, en cambio, aquel á quien alarma poco ó nada, el hábito de las faltas leves! Después de haberse familiarizado con el pecado que la hiere, se llega pronto al pecado que mata al alma. Fácilmente se pasa del sueño de la tibieza al sueño de la muerte; y como este paso se da naturalmente y como quien se desliza en el abismo, más bien que como quien cae en él, es raro detenerse á tiempo.

Otro de los males de la tibieza consiste en forjarse ilusiones acerca del bien que el perezoso cree hacer; porque la tibieza suele conciliarse con algunas virtudes que adormecen al alma con una falsa seguridad. El Obispo de Efeso era ejemplar en muchas cosas. Jesucristo mismo dió de ello testimonio según se lee en el *Apocalipsis;* y el ángel de la Iglesia de Laodicea descansaba también en algunas obras, buenas en sí mismas, pero inficionadas del veneno de la tibieza. «Soy rico—decía;—nada me falta», y el infeliz no sabía que era digno de compasión por su extrema indigencia espiritual, por su ceguedad y por la carencia de todo bien verdadero. Hallarse tranquilo en tan miserable estado es aumentar los peligros que en sí encierra. Pide á Dios que te

dé luz para conocer cuál es el estado verdadero de tu alma y gracia para salir de él.

### Punto II

*Peligros del alma tibia.*

Considera que si el tibio nada teme, nadie, sin embargo, tiene tanto por qué temer. El tibio está bajo el peso de todos los oráculos más formidables y terribles. «Al siervo inútil arrojadlo á las tinieblas exteriores». Este hombre tan severamente condenado, ¿habrá violado la fe ó las leyes de la justicia, de la templanza y de la castidad? No. Unicamente se le acusa de su negligencia en cultivar el talento que le había sido concedido; es un servidor inútil: ese es su crimen. ¿Cuál habían cometido las vírgenes á quienes el Esposo no quiso reconocer ni admitir en la sala del festín? Una falta de vigilancia, en mantener en su alma el fuego de la caridad. Aparte de esto, habían conservado su virginidad, y el nombre de vírgenes se le sigue dando por Jesucristo.

¿Qué significa aquella higuera estéril sobre la que cayó la maldición del Hijo de Dios y se secó en un instante? Jesucristo tenía hambre, según dice San Mateo; busca fruto en aquel árbol y no encuentra más que hojas, ornato inútil, que no evita la terrible sentencia del Señor. Del mismo modo las apariencias de virtud y el exterior de piedad, pueden hallar gracia delante de los hombres; pero Dios que ve el fondo de los corazones, Dios que tiene hambre de nuestro amor y de nuestra santificación, no encuentra más que hojas y con ellas no puede contentarse. Además, Dios dice

que al tibio lo empieza á arrojar de su boca con el asco con que se arroja lo que luego es imposible volver ni á mirar siquiera. Terrible amenaza que indica el horror con que Dios persigue á quien tan mezquino es con un Señor tan bueno y generoso. Dios lo castiga apartándose de él y negándole la abundancia de sus luces y sus gracias.

¿Y cuál ha sido nuestra conducta ante tan terribles anatemas? Todos creemos en ellas, pero ó no pensamos en su significación, ó lo hacemos superficialmente, sin sacar de ellas aplicaciones para nosotros mismos. ¿Es que no hay en nosotros señal alguna de tibieza? Y si la hay ¿en qué consiste que tantos peligros no nos aterren? ¡Si será ese el más terrible efecto de la tibieza que tal vez se ha apoderado de nuestro corazón!

### Punto III

*Remedios de la tibieza.*

*Primero: la oración.*—Jesucristo nos enseña que la tibieza no es una enfermedad incurable, pero que de El hay que esperar el remedio y hay que buscarle en su Corazón. Este remedio eficaz lo da Jesús á cambio de la oración, pero ésta es penosa para el alma tibia y aun le sería imposible sin la gracia que predispone y mueve á la oración.

El Salvador acababa de decir al obispo de Laodicea, que era pobre y que estaba desnudo y ciego, como todo tibio lo está. Es pobre, porque ¿qué valor pueden tener para el cielo las obras exteriores que no se enaltecen con la intención pura ni se animan con el fervor?

Está desnudo, porque carece de virtudes sólidas y á menudo está despojado de la gracia santificante del alma. Está, por último, ciego, porque no ve su desgracia, ni los peligros que ésta le acarrea. Pero le dice que compre la caridad al precio de la oración y bien pronto tendrán remedio sus males. Con ella será rico, porque quien tiene á Dios, lo tiene todo; estará vestido, porque la caridad es la mejor vestidura para el alma; verá claramente, porque ella también es el mejor colirio para sus ojos. Teniendo caridad tendremos la seguridad de agradar á Jesucristo, pues nos ama y se manifiesta claramente á los que son objeto de su amor.

Oremos, pues, por mucho hastío que nos cause la oración, y á pesar de su aparente inutilidad. Humillémonos delante de Dios, y hagamos violencia á su corazón, pues así El lo desea. Después de una sequía de tres años, imagen de una tibieza inveterada, Elías se dirige al Señor, que no le escucha al pronto; ora hasta siete veces, y sólo entonces consigue ver una nubecilla pequeña elevándose sobre el mar, y transformarse bien pronto en lluvia abundante. Seamos constantes, y Dios concederá á los gemidos de nuestras plegarias las aguas de la gracia, de que tanta necesidad tienen nuestras almas.

*Segundo remedio: la mortificación.*—Se aleja uno de Dios por ceder á las inclinaciones de la humana naturaleza; se aproxima uno á El reprimiéndolas. Para lanzar la tibieza del alma, es necesario juntar la penitencia á la oración. No se trata aquí de ayunos severos, ni de terribles austeridades de las que un alma tibia es

ordinariamente incapaz. No obstante, si siente la necesidad de ejercer contra sí misma algún piadoso rigor, y para ello tiene valor, nada mejor que hacerlo, con tal que sea con prudencia y que se deje dirigir; pero, al menos, conviene que haga algunos sacrificios, aquellos que exige el cumplimiento de su deber, ó se prive de algunas satisfacciones de su amor propio y de su pasión dominante. Lo que se le pide es un esfuerzo, una victoria obtenida sobre sí. Dad al Señor y El os dará; mostrad que tenéis deseos de agradarle, y El colmará la medida de sus gracias. Levantaos, dad un paso, ensayad vuestras fuerzas, poned manos á la obra, comenzad á ejecutarla, y Dios hará lo demás.

*Tercer remedio*: *la consideración*.—Esta es, en cierto modo, la vida de la fe, como la fe es la vida del justo. La irreflexión conduce á la rutina, y la rutina en las cosas de Dios, apenas se distingue de la tibieza. Reflexionemos, pues, acerca de la grandeza de Dios, de la nada del hombre, de la brevedad de la vida; pero reflexionemos muy principalmente acerca de dos bienes inapreciables que nos procura la generosidad en el servicio del Señor; á saber: la santidad y la dicha. La santidad, porque el fervor da un mérito excelente á las acciones más insignificantes. Dios mira al corazón más que á las manos, y esta es la razón por la que muchos de los bienaventurados que hoy gozan del cielo, sólo practicaron obras comunes, lo que no les impidió recorrer mucho camino en poco tiempo. ¿Por qué? Porque fueron fervorosos en el servicio de Dios. La dicha, aun en la vida presente; porque el yugo de Jesús es sua-

ve, no para aquellos que lo arrastran con pesadez y flojedad, sino para los que le toman y le llevan con amor. Los santos han hablado de esto por propia experiencia. David marchaba alegremente por la vía de los divinos mandatos; más aún, corría por ella con el corazón dilatado por la confianza y el amor. El gran Apóstol experimentaba consuelos superabundantes en medio de sus sufrimientos, y ha sido frecuente oir exclamar á las almas puras y fervorosas con Santa Magdalena de Pazzis: «Padecer y no morir».

**Coloquio.**—¡Sí, Dios mío! Vos habéis prometido ese maná celestial de que están privadas las almas sensuales y negligentes, y si rara vez he gustado su dulzura, ahora comprendo la causa. Lejos de vencer mi cobardía y mis malas inclinaciones, he sido su esclavo; en lugar de buscar fuerzas en la fe avivada por la oración y en el apoyo de vuestra gracia, que nunca negáis á quien os la pide, evitaba entrar dentro de mí mismo y rehuía enardecer mi corazón en el fuego del trato con Vos en mis ejercicios espirituales. Señor, Dios mío, al mostrarme la causa de mis males, me señaláis también su remedio; solicitaré en adelante vuestra gracia, pero al mismo tiempo la secundaré con mis esfuerzos, con la confianza de que me acogeréis con amor y por medio de abundantes gracias me ayudaréis á que os sirva con nuevo fervor.

**Propósitos.**—Si tienes deseo de salir de la tibieza, saca la resolución de hacer con fervor, exactitud y diariamente tus ejercicios espirituales.

## 30 DE JULIO

(Víspera de San Ignacio de Loyola.)

### La mayor gloria de Dios.

*Preludios.*—Represéntate á Jesucristo repitiendo aquellas palabras: "Yo no busco mi gloria„ enseñándonos á nosotros á no buscar nuestra gloria propia, sino la gloria del Padre y haciéndonos entender con cuánta diligencia debemos buscarla, con qué intención debemos promoverla y los medios que hemos de emplear para propagarla. Pídele que merezcas ser instrumento de tan alto fin.

#### Punto I

*De la alteza y sublimidad de la gloria de Dios.*

Considera, en primer lugar, la alteza de esa divina gloria. Es tanta, que se puede y debe llamar el único bien de Dios, y como tal debe ser siempre preferido al bien de las criaturas. Es el único bien que la criatura puede dar á su Criador para corresponder á los innumerables beneficios que de El recibe; el único bien que movió á Dios para crear el universo: el único que podía proponerse al formar todos los seres y sin el que no hubiese creado ningún otro bien, porque Dios, como sábio, debió proponerse un fin altísimo, y ese fin no puede ser otro más que el mismo Dios; el único bien que el mismo Hijo de Dios se propuso como fin último en todos los actos de su vida; todo cuanto hizo, cuanto habló y sufrió, el mismo suplicio de la cruz lo aceptó para restaurar y reparar la gloria de su Padre. La gloria de Dios es, pues, el único bien de Dios; luego tiene alguna cosa de divino, luego tiene alguna cosa de infinito. Efectivamente: si la gloria

crece á proporción de la dignidad de aquel á quien pertenece. ¿cuál será la excelencia de la gloria de Dios? Todas las criaturas, por excelentes que sean, son nada delante de Dios; ¿qué podrá ser, pues, la gloria de todas las criaturas comparada con la gloria de Dios? La gloria de Jesucristo, en cuanto hombre, era muy excelente y muy perfecta; pero, cuando la compara con la gloria de su Padre, confiesa él mismo que es nada: *Gloria mea nihil est.* ¿Qué será, pues, la gloria de todas las criaturas comparada con la gloria de Dios? Verdaderamente será menos que nada; y como propiamente no hay nada grande, sino es Dios, así tampoco no hay nada grande sino es su gloria; ni nosotros tenemos verdadera grandeza, sino á proporción del celo que tenemos para procurarla.

Pondera luego su sublimidad. Porque si siempre es grande el realizar cosas grandes, y perfecto el hacer cosas perfectas, nada puede haber tan sublime como promover la gloria de Dios; es más que dominar el mundo, es mejor que dar la vida á todas las criaturas; porque valdría más que éstas dejasen de existir, que el que desapareciera la parte más mínima de la gloria de Dios. Eleva, pues, tu espíritu; levanta tu alma y tu corazón, y ya que te es dado el realizar cosas tan grandes que te asemejen á Dios y á su divino Hijo, desprecia las cosas pequeñas de la tierra para buscar las grandezas de la vida sobrenatural.

Nada, además, tan necesario como dar gloria y alabanza á Dios tu Criador. Siendo éste, como es, el fin de todas las criaturas, todo cuanto eres y posees se lo debes á El, sin cuya

bondad nada tendrías y ni siquiera existirías. Dios te eligió en Cristo antes de la formación del mundo para su servicio y alabanza; te creó, te formó y predestinó para que fueses uno de sus hijos de adopción y empleó todos estos medios para que le tributases el honor que le debes. ¿Qué hijo no honrará á su padre? ¿Qué ministro no ensalzará á su rey? ¿Qué siervo de Dios no le glorificará? Los designios de Dios no quedarán nunca frustrados y tú le glorificarás necesariamente; si lo haces de buena voluntad, en el cielo, cantando su misericordia y recibiendo el premio; si te resistes, glorificarás su poder y su justicia en médio de los suplicios eternos.

Es, por último, muy provechoso someterse al deber de fomentar cuanto puedas la gloria de Dios. Tanto cuanto le quites en la vida presente, has de restituirle en la futura; tanta cuanta gloria le des en la tierra, recibirás tú en el cielo. No es ganancia tuya, sino daño y ruina el quitar algo á la gloria de Dios, para convertirlo en alabanza propia. Los libros santos están llenos de enseñanzas que nos revelan de cuánto valor y mérito es el más pequeño acto realizado á mayor gloria de Dios, y en cambio del cual el divino Juez nos ha de dar una recompensa eterna é infinita, recompensa que no es otra más que la participación en esa misma gloria, porque la gloria de Dios es siempre inseparable de nuestra felicidad.

Si meditases esto detenidamente, no serían tus obras tan tibias é imperfectas. Siembras mucho y recoges poco fruto, porque trabajas para ti y no encaminas tus actos á la gloria de Dios. En vez de honrarle, le ofendes, y

cuando te acercas á El, lo haces con tanta irreverencia y poco respeto, que muchas veces recibe ofensas aun de aquellas cosas de las que El esperaba mayor gloria, y donde comenzaba para ti la salvación, allí mismo te resulta, por culpa tuya, mayor daño. ¡Oh Señor! yo reconozco mi necedad y miseria, comprendo que es tarde, pero yo multiplicaré mis alabanzas, y ofreciéndome á mí mismo y ofreciendo mis pensamientos, palabras y obras, os ofreceré este sacrificio para reparar en cuanto pueda todas las faltas de mi vida pasada.

### Punto II

*Debemos hacerlo todo para gloria de Dios.*

Considera que todo el mérito de nuestros actos depende de la intención, de tal modo, que si falta la intención no aprovecha la acción por buena que sea. La intención mala corrompe una buena obra, y una intención recta hace provechosas las acciones indiferentes; considera, pues, cuánto importa que todas tus obras vayan acompañadas de la intención de glorificar á Dios, que esta intención altísima esté siempre viva en el espíritu y que prevalezca sobre todo otro género de intenciones.

Esta intención ha de ser universal, de tal modo, que no sólo se extienda en conjunto á toda tu vida, sino que se aplique á cada obra en particular, á fin de que éstas vayan siempre dirigidas á Dios, por lo menos de un modo implícito; es decir: que por lo menos, hemos de proponernos como objeto el deseo constante de la salvación ó la hermosura de alguna virtud, para desde aquí remontarnos al servi-

cio y alabanza del que es autor de toda virtud y toda perfección; de otro modo, no recibiremos nuestra recompensa en el cielo. ¿Qué puede haber más racional ni más justo, que el que sea fin último de todas nuestras acciones, Aquel por quien todo existe, y que vuelvan á El todas las criaturas que en El tienen su principio? ¿Ni qué cosa más insensata que despreciar y perder esas riquezas que han de saciar el alma por toda una eternidad, cuando basta tener voluntad para poseerlas? ¡Ay Señor, cuántas eternidades de gloria he dejado perder por mi negligencia! Cuando pude ganarlas, no quise; ahora que lo deseo, quizá me falte el tiempo.

La intención debe ser actual, porque aun cuando muchos teólogos enseñan que basta la intención con que consagramos á Dios nuestras obras por la mañana, y que no es preciso se extienda á cada obra en particular, siempre será mejor renovarla con frecuencia, para que, manteniéndose viva en el espíritu, no solamente recoja los sentidos evitando toda disipación, eleve el pensamiento, inflame y encienda el corazón, nos una más estrechamente á Dios, ayudándonos á practicar los actos de caridad, y aumente nuestros méritos y nuestra recompensa, sino porque la intención general que formamos por la mañana influye poco en nuestros actos, si no se renueva aplicándola á los actos presentes. Además, cuando la intención es remota, su influjo suele ser muy débil; unas veces, porque nuestro descuido ó nuestras negligencias lo hacen ineficaz; y otras, porque la intención de dar gloria á Dios desaparece cuando ponemos la contra-

ria, por la cual buscamos nuestra vanagloria ó nos proponemos satisfacer nuestros propios deseos y naturales inclinaciones.

Ha de ser también sincera, de modo que al lado de una buena intención no haya otra menos recta, sino que limpia de toda imperfección sea completamente agradable á Dios. El amor propio procede con grande sutileza, se insinúa con la mayor astucia y, muchas veces, busca en los mismos impulsos de la gracia algún bien ó provecho particular. El celo suele confundirse con la venganza y la soberbia, la envidia con las santas emulaciones, la vanidad quita su mérito á la limosna y la vana curiosidad suele ir acompañando al estudio. Finalmente, la intención de glorificar á Dios debe prevalecer sobre toda otra intención de nuestro ánimo, de manera que si alguna vez está conforme con nuestros apetitos, deseos ó inclinaciones naturales, se sobreponga y prevalezca sobre ellos, y cuando esta conformidad falte se prescinda de lo que es nuestro para atender solamente á lo que exige la gloria de Dios. Para conocer si esta intención es sincera y si está sobre todos los demás fines, te bastará examinar si al prescindir de tu propia comodidad y deseo sientes el mismo fervor y empeño que tenías en la obra comenzada.

Señor haced que mi boca se llene de alabanzas para que cante vuestra gloria y celebre siempre vuestras grandezas; dadme sentimientos de respeto y amor hacia vuestro santo nombre, para que yo os ame con todo mi corazón, mis palabras y mis obras, y no cese jamás en vuestras divinas alabanzas; haced

que yo os ame sobre todas las cosas, que en ellas os busque siempre, en ellas os encuentre y eternamente os bendiga en el cielo.

### Punto III

*De los medios de ejercitar el celo por la gloria de Dios.*

Recuerda que Jesucristo dijo: «Anunciaré tu nombre á mis hermanos, y en medio de la gloria te alabaré». Con estas palabras se dirige al Eterno Padre su divino Hijo, que, lleno de ardiente celo por su gloria, no solamente lo promueve con sus obras, sino que lo difunde por toda la Iglesia con su divina palabra; este celo debemos imitarlo nosotros trabajando para traer á nuestros hermanos al conocimiento y al amor de Dios, ¿cómo? Primero con las obras, y después con las palabras, haciendonos semejantes á Jesús, de quien nos dice el Evangelio que fué grande en obras y en palabras delante de Dios y de los hombres. Respecto á la regla de nuestra vida, el mismo Señor y Maestro nos dió, no solamente el ejemplo, sino que nos impuso èl precepto cuando nos dijo: «Vosotros sois la luz del mundo; resplandezca vuestra luz delante de los hombres para que conozcan vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos». No basta que no seamos piedra de escándalo ni ocasión de ruina para nuestros semejantes, evitando en cuanto podamos que sea ofendido y blasfemado el nombre santo del Señor, sino que es necesario que resplandezca siempre la pureza de nuestras costumbres y la santidad de nuestra fe, á fin de que con ella demos á todos ejemplo de humildad, de modestia, de

templanza, de mansedumbre y de todo género de virtudes y les movamos al servicio de Dios. ¿Cuántos hombres has convertido y traído á Dios con el ejemplo de tus virtudes? ¿Cuántos has pervertido y extraviado con tus malas obras? Tal vez sepas de alguno, pero probablemente desconocerás á muchos, y por eso debes repetir con el Profeta: «Límpiame, Señor, de los pecados ocultos y perdona á tu siervo de las culpas ajenas».

Al ejemplo de tus obras debes agregar la eficacia de tu palabra. «Lo que han escuchado vuestros oídos predicadlo por todas partes, enseñad á todas las gentes», decía el Salvador á sus Apóstoles, porque quería que el nombre del Señor fuese conocido y glorificado por todo el mundo. Si á ti no es dado ocupar las cátedras donde se enseña la palabra de Dios, ¿quién podrá impedirte que en tus conversaciones privadas, enseñes la justicia, inflames los sentimientos de piedad en el corazón de tus prójimos y propagues la gloria de Dios? De la abundancia del corazón habla la boca: si la tuya no habla de estas cosas, es porque tu pensamiento está ocupado por otras terrenas y vanas; tu lenguaje frívolo, ligero y lleno de un fárrago inútil de cosas y de palabras, nada sirve para el honor de Dios y en cambio te daña á ti y perjudica al prójimo muchas veces.

**Coloquio.**—¡Oh Dios mío! Cuanto más me examino tanto mejor conozco cuánto me falta y comprendo que soy un siervo inútil; en adelante invocaré al Señor en medio de mis alabanzas; le alabaré con todos los actos de mi vida, le bendeciré mientras exista, porque sólo El es digno de recibir todo honor y toda gloria, toda bendición y acción de gracias por los siglos de los siglos.

**Propósitos.**—Hacer y trabajar cuanto puedas por la salvación de las almas.

## 31 DE JULIO

### San Ignacio de Loyola.

*Preludios.*—Mira á San Ignacio en el cielo enarbolando la hermosa bandera en cuyo centro se lee: "Á mayor gloria de Dios„ y pídele te dé una chispa del celo de las almas y del amor divino que abrasaba su inmenso corazón.

#### Punto 1

*San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios.*

Considera que á los hombres se les puede dividir en cuatro clases: hombres del cielo, hombres de la tierra, hombres de los hombres y hombres de Dios. Los primeros buscan los bienes eternos, los segundos se apasionan por los bienes de aquí abajo, los terceros son esclavos del respeto humano, y los últimos, esto es, los hombres de Dios, sólo para Dios viven, y no ambicionan más que la dicha de agradarle. San Ignacio de Loyola se distinguió entre los primeros y los últimos. Siempre tenía el corazón, y con frecuencia los ojos, en el cielo. En lo que toca á su abrasado amor á Dios, leemos en las actas del proceso de su canonización, que á El dirigía, como á su fin todos sus pensamientos, todas sus palabras y todas sus obras, encaminándolo todo á honrarle. Puede decirse con verdad que San Ignacio procuró á Dios la gloria más excelente en su naturaleza, y la más universal por su extensión.

Se glorifica á Dios conociéndole y amándole,

y se le glorifica de una manera más excelente cuando, además de conocerle y amarle, se propaga por el celo encendido de las almas su conocimiento y su amor, ya que «la vida eterna, esto es, la gloria de Dios, consiste en que los hombres conozcan al Dios verdadero y á su Hijo, Jesucristo». Esto fué lo que hizo San Ignacio. Su primer cuidado fué glorificar á Dios por su propia santificación, y en este camino recorrió todos los grados por los que un alma se eleva á la más sublime santidad. Mira á Ignacio penitente: despojado de sus vestidos; cubierto con un saco pobrísimo, atado con una cuerda á la cintura; el corazón ya despedazado de dolor, y ya encendido de amor, pasó una noche entera orando ante el altar de María, y dándose al Hijo por medio de la Madre. Desde aquel momento, sólo se consideró como un hombre crucificado para el mundo, y para quien el mundo estaba crucificado. La gruta de Manresa, los hospitales, las plazas públicas, fueron testigos de las piadosas crueldades que hizo con su cuerpo y de las humillaciones á que se condenó sin tasa. ¡Cuán generosamente reparó los agravios que había hecho á la gloria de Dios durante su vida mundana! Todas sus pasiones quedaron mudadas en virtudes. ¡Qué odio y olvido de sí mismo! ¡Qué humildad! ¡Qué paciencia! ¡Qué caridad para Dios y para con el prójimo! ¡Qué ardiente deseo de contribuir á la salvación de las almas! Así que entró en los caminos de la virtud, se esforzó en hacer que los demás entraran, y ¡cuánto valor, qué magnanimidad mostró en los primeros ensayos de su vida apostólica! ¿Se trata de ir á la Palestina para

defender allí los intereses de Jesucristo en medio de cismáticos y de infieles? ¿Espera, por medio de un acto heroico, romper el comercio infame de un impúdico? Lo lejano de los lugares, y otras dificultades que parecen insuperables; la vergüenza de convertirse en niño de escuela á la edad de treinta y tres años, nada detiene ni enfría su celo. Así es cómo glorificó á Dios de la manera más excelente, pues le glorificó juntamente por medio de su prójimo y por sí mismo.

Además de esto, procuró á Dios la gloria más universal por su extensión, de tal suerte, que pueden aplicarse á San Ignacio estas palabras del profeta Habacuc: *Stetit et mensus est terram.* Efectivamente: midió con los ojos toda la tierra, porque todo el mundo le parecía estrecho para extender en él la gloria de Dios. Extendió su celo á todas las edades, á todas las condiciones, á todos los pueblos y á todos los tiempos, y lo procuró por todos los medios imaginables, y este fué el vasto campo que abrió á la Compañía de que fué fundador.

Dios respondió á la grandeza de su confianza con tan grandes bendiciones, que, antes de morir, vió á sus hijos penetrar en el seno de casi todas las naciones, para dar á conocer en ellas el nombre de Jesucristo y encender en los corazones el fuego de su amor. Respondió á su amor ardentísimo haciendo de Ignacio perfecta copia de su divino Hijo en los trabajos, en las perpetuas persecuciones, en las calumnias y en la cruz. Respondió á su celo dándole por hijos muchos apóstoles, y haciéndolo columna firme de la fe y de la Iglesia.

Todos admiramos el celo incomparable de

este corazón más grande que el mundo; pero, ¿es esto bastante? ¿Estamos menos hechos para la gloria de Dios que el Santo en quien la contemplamos? ¿No es también la gloria de Dios nuestro fin, como el suyo? Hasta el día de hoy, ¿qué hemos hecho ó sufrido para procurarla? ¿Somos hombres del cielo ó de la tierra? ¿Hombres de Dios ó de los hombres? ¿Qué buscamos? ¿Tenemos verdadero celo por los intereses del Señor? ¿Le glorificamos todo cuanto podemos por nosotros y por los demás?

### Punto II

*San Ignacio no buscó más que la gloria de Dios.*

La intención recta se propone á Dios por fin; la intención pura no se propone más que á Dios. San Ignacio pudo decir con su adorable Maestro, que no buscaba jamás en sus nobilísimas empresas más que la gloria de Dios y nunca su propia gloria. Merced á las divinas luces que recibió en la oración adquirió muy pronto un conocimiento tan perfecto de sí mismo, que la tentación que menos temía era la del amor propio. Aquel hombre que había sido tan exigente y delicado en lo que toca al honor mundano, estaba ávido de humillaciones y desprecios que diesen gloria á Dios. No podía sufrir que se le manifestase estimación ni aun que se alabase á su Compañía en su presencia. Una de sus aspiraciones ordinarias era esta: «Señor, ¿qué quiero yo, ó qué puedo querer fuera de Vos?» Nada, sin embargo, caracteriza mejor el desinterés de su amor, que lo que dijo un día á uno de los suyos: «Si se me diera á escoger entre ir inmediatamente

á tomar posesión del cielo, ó continuar en la tierra en la incertidumbre de mi salvación, pero seguro de procurar á Dios alguna gloria, tomaría este último partido sin vacilar». Y añadía: «La pérdida que experimentaría entonces estaría tan por bajo del provecho, como todos los intereses del hombre están por bajo de los intereses de Dios». No veía en todo más que á Dios, ni amaba más que á Dios, ni tenía corazón más que para Dios, ni vivía más que para dar á las criaturas todas las noticias claras con la alabanza de Dios, en que consiste la gloria. El infierno mismo no le espantaba sino porque allí oiría blasfemar del santo nombre de Dios. ¡Cuán pocos son los que viven en este despego de las criaturas y para quien sea una verdad este grito del corazón de Ignacio: Dame, Señor, tu amor y tu gracia, y esto me basta! ¿Dónde están los que pueden decir, Dios me basta; no busco más que á Dios, no amo más que á Dios, no trabajo más que para Dios, ni tengo otro deseo ni propósito más que procurar la gloria de Dios?

### Punto III

*San Ignacio sólo buscó en todo la mayor gloria de Dios.*

Esta era su divisa. Se la encuentra en cada página y en cada línea de sus escritos; la tenía sin cesar en la boca y toda su vida era la expresión de ella. Si se hubiera propuesto solamente la gloria de Dios, ó una muy grande gloria de Dios, habría puesto límites á su celo, porque entonces le habría sido posible desear y procurar á Dios alguna cosa más; pero al

buscar «su mayor gloria» en todo y siempre y únicamente, extendió cuanto pudo su amor y su celo. Llegó á ser, no el hombre de Dios, sino el hombre de la mayor gloria de Dios. Mira cuál sería su santidad y cuáles sus méritos, cuando sabes que no hay ni puede haber cosa, ni más sublime, ni más divina que la gloria de Dios. Así Dios le comunicó altísima participación de sus perfecciones y de su vida, y por eso Ignacio fué hombre de Dios, en Dios y para Dios, endiosado en sus afectos, en sus deseos y en sus obras. Porque una señal cierta de que no se vive más que para Dios y para su mayor gloria, es la calma y la paz que se conserva en medio de las tribulaciones que turban á los demás hombres. San Ignacio estaba de tal modo unido á Dios, tan fijo, por decirlo así, en la inmutabilidad de Dios, que los acontecimientos más imprevistos, los contratiempos más terribles, no podían alterar la serenidad de su alma. San Felipe de Neri decía al verle: «He ahí un hombre que tiene cara de cielo». Amaba tiernamente á su Compañía, á la que veía ocupada con ardor en extender por todo el mundo el reino de Jesucristo. Ninguna prueba le habría sido tan terrible como su destrucción, y, no obstante, afirmaba que si la mayor gloria de Dios le pidiera ese sacrificio, lo haría con todo su corazón, y que un cuarto de hora de oración le bastaría para quedarse tan tranquilo como si nada hubiese sucedido.

Pidamos á Dios que nos revele un rayo de su gloria; nosotros la amaremos y nos sacrificaremos por ella en la medida del conocimiento que de ella tengamos. Busquémosla en todo; no busquemos más que á ella, y como

**Dios todo lo hace por nuestro mayor bien, todo lo haremos y todo lo sufriremos por su mayor gloria.**

**Coloquio** (1).—¡Oh Padre mío dulcísimo, sacerdote santo, confesor ilustre, capitán esforzado, ministro fiel de Dios, patriarca glorioso de tantos hijos! ¡Oh Ignacio amabilísimo, gloria de nuestro siglo, ornamento de tu religión, amparo y defensa de la santa Iglesia católica, la cual por ti y por tus hijos dilataste, y hasta hoy día no cesas de amparar y amplificarla! ¡Padre, á quien entre todos los amados y escogidos de Dios, con particular amor y obligación mi alma reverencia, y en quien, después de su benditísima y purísima Madre, y de mi Angel de Guarda, con entrañable devoción tiene puesta su confianza! A vos acudo, á vos doy voces, y postrado ante vuestros pies, en este valle de lágrimas, en este abismo de mis pecados y miserias, pido socorro. Mirad, alma santa, con ojos de piedad á esta alma pecadora; mirad, Padre dulcísimo, con benignidad á este vuestro inútil y desaprovechado siervo; pues estáis en el puerto seguro, acordaos de los que todavía navegamos por las ondas y peligros de este mar tempestuoso, y pues ya gozáis del premio de vuestras peleas y victorias, dad la mano á vuestros devotos que están rodeados y apretados de sus enemigos. ¡Oh Padre santo, oh Padre bienaventurado! Dadles una parte de vuestro espíritu, que por pequeña que sea bastará para todos, y por mucho que con ellos repartáis, siempre se os quedará, sin menoscabo, seguro y todo entero. Y digo que deis, porque puesto caso que el Señor es el autor, y donador, y fuente de todos los dones, de la cual se deriva todo lo bueno y perfecto en el cielo y en la tierra, pero estáis vos tan conjunto con esta fuente de vida, y agradasteis tanto á este Señor, que no dudo sino que alcanzaréis todo lo que suplicáredes para beneficio de los devotos é hijos que el mismo Señor os dió: el cual vive y reina por los siglos de los siglos.

**Propósitos.**—A imitación de San Ignacio, procura en todo, según tu estado y profesión, la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

(1) P. Rivadeneira.

# MES DE AGOSTO

## DÍA PRIMERO

(Quinta bienaventuranza.)

**Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.**

*Preludios* —Mira y oye á Cristo N. S. explicando esta bienaventuranza; pídele misericordia por tus pecados y ofrécele ser misericordioso con los pobres y los pecadores.

### Punto I

*Explicación de esta quinta bienaventuranza.*

Considera, en primer lugar, que los santos Padres interpretan esta bienaventuranza de la limosna material, y con sobrada razón, porque es el sentido más obvio de las palabras. Y ¿por qué hace felices á los hombres el dar lo que tal vez en sí valga muy poco, un vaso de agua fría, un óbolo tan pobre como el de la viuda del Evangelio? Porque el que da se parece á Dios, y toda la felicidad en esta y en la otra vida, consiste en imitar á Dios. Mira, en efecto, cómo el Señor, porque es bondad y la bondad tiende siempre á comunicarse, abre cada día su mano, como dice el Profeta, y reparte por el mundo la vida, la inteligencia, la hermosura y cuanto los seres tienen, y cada ma-

ñana la vuelve á abrir y á llenar la tierra de bendiciones. Fuera de la eterna felicidad que Dios goza en sus comunicaciones interiores y esenciales, ni tiene ni puede tener, á nuestro modo de entender, cosas tan altas, gloria extrínseca mayor que darse á las criaturas.

Considera la infinita bondad de Dios como una fuente eterna é inagotable, puesta en el centro del mundo, y de la cual brotan torrentes de gracias, de amor y de beneficios, que no cesan por la ingratitud de los hombres, como no contienen el flujo de la mar las asperezas de la playa; y esa es la idea más aproximada que te puedes formar de la bondad de Dios. Pues por eso es felicidad el dar, porque es semejanza de Dios, y por eso el apóstol San Pablo nos transmitió una palabra maravillosa del Señor: «Mejor es dar que recibir». El evangelio del mundo tiene, como en todo lo demás, la máxima contraria, y para él es feliz el que recibe y atesora, y no el que da y se priva de lo que tiene. La misericordia es también felicidad para la otra vida. Recuerda que el día del juicio parece que no habrá más que esa sola virtud y un solo vicio. El haber sido misericordioso ó duro de corazón para con los pobres.

Otros santos Padres entienden esta bienaventuranza de la limosna espiritual: Dar un buen consejo ó un buen ejemplo, consolar al afligido, sostener al débil. Mira ahí una limosna excelente, y tanto más perfecta cuanto es más preciosa el alma que el cuerpo. Otros entienden estas palabras en otros sentidos, todos propios y todos muy útiles para nuestro provecho.

Como quiera que sea, considera que esta bienaventuranza no es un consejo, es un riguroso precepto, pues conforme á la ley y preceptos divinos, estamos obligados á amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, y, por consiguiente, como dice San Remigio, citado de Santo Tomas, á tener sus miserias por nuestras, y apiadarnos de él como de nosotros mismos. Pues mira si tú cumples esta ley ó si vas por el camino contrario, siendo muy piadoso para contigo y muy duro é impío para con tu prójimo, y vuelve la hoja y ten misericordia de tus hermanos, como quieres que la tengan de ti; mídelos con tu propia medida, y pídele á Dios gracia para cumplir este mandato suyo, y ser alistado en el catálogo de esta bienaventuranza.

### Punto II

*De las condiciones de la misericordia y caridad cristianas.*

Considera que puesto que la caridad cristiana ha de ser reflejo de la de Cristo N. S., á ella, en cuanto es posible, debe asemejarse. Pues bien, Cristo juntó y unió en sí lo más alto y lo más bajo, lo más rico y lo más pobre y tocó, como dice la Sagrada Escritura de la sabiduría de Dios, de un término á otro con fortaleza y lo dispuso todo con suavidad. Así la caridad, para ser cristiana, debe juntar lo que hay en el cielo y en la tierra de más distante, la riqueza infinita, que es Dios, con la infinita pobreza del hombre, en una palabra, debe amar á Dios y al pobre. La caridad que no es cristiana, y que no debe llamarse caridad,

no se roza más que con un término, el pobre, y en él no ve más que un cuerpo que vestir, un hambriento que saciar, pero no se acuerda de Dios para nada. La caridad cristiana considera á Dios y considera al pobre y en Dios bebe el amor que le lleva al pobre, y en el pobre el objeto de sus primeros cuidados es el alma, el espíritu, todo lo que une al pobre con Dios. En una palabra: la caridad cristiana ve en el pobre á Jesús, personificación augusta de la riqueza y de la pobreza, y que ha dicho hablando de sí: «Lo que hiciereis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo habéis hecho». Así, pues, la caridad cristiana no hace más que subir y bajar, como los ángeles de Jacob, la misteriosa escala que va de Dios al pobre y del pobre á Dios, inclina el Corazón de Dios hacia el pobre y hace subir el corazón del pobre hasta Dios por el conocimiento y el amor.

Pero, además, dice el sabio de la sabiduría de Dios, «que lo ordena todo con suavidad». En efecto, considera que la disposición universal de las cosas es la grande obra de la Providencia, y cuando con nuestros débiles ojos contemplamos el armonioso conjunto del gobierno de Dios, sus rayos luminosos ciegan nuestra vista. La Providencia no es como el padre ó la madre que no piensan más que en su familia, ni como el pastor que no piensa sino en su rebaño. La Providencia es Madre, es Pastor, es todo para el linaje humano. Todos los hombres acuden á ella y ella no rehusa nada de lo necesario, abre cada día su mano y lo llena todo con sus bendiciones. Más abajo de los hombres están los animales que piden á la Providencia sus pastos, las plantas y las

flores que le piden un rayo de sol que les vivifique ó agua que las refrigere. Y la Providencia basta á todo y da pan al hombre, hierba á las bestias del campo, luz y agua á las flores, flores y frutos á la tierra y lo da todo con esas leyes de orden y armonía que admiran y elevan nuestro corazón al autor de tanta maravilla. Pues bien, la caridad cristiana es no sólo el reflejo de la providencia de Dios, sino que, cuando se trata del pobre, es como su administradora y dispensadora universal. Por eso la caridad cristiana está instituída por Dios madre de todos los desgraciados de la tierra, y la caridad los adopta por hijos, y no hay una sola llaga ni dolor en el mundo para la que la caridad no tenga bálsamos y consuelos. Y lo dispone todo con orden, armonizando como la Providencia, la riqueza y la pobreza, enseñando al rico á dar y ser misericordioso y al pobre á bien recibir, no queriendo suprimir la pobreza ni la riqueza, sino ablandando la dureza del rico é inspirando al pobre sentimientos cristianos que le hagan concebir alta y justa idea de su dignidad y amar la condición humilde en que al Señor plugo colocarlo y que fué la que Cristo tuvo en el mundo. Mira cómo ese maravilloso conjunto de la fuerza y la dulzura sólo lo tiene Dios, eterna fortaleza y eterno amor, y Dios lo ha comunicado á la caridad cristiana. Considera, luego, otras condiciones de la caridad: es fuerte, porque habla y obra en nombre de Dios que le ha dado esperanzas inmortales y porque la inflama el amor más fuerte que la muerte, y porque el campo de su celo es vasto como la mar de desgracias que inunda la tierra, y porque es

eterna como el dolor del hombre en la tierra. Además la caridad es paciente y no desfallece ni con los desprecios del rico ni con los dicterios del pobre y del mundo, y sobre todo con la ingratitud de los hombres. Pero al mismo tiempo que fuerte es dulce y benigna, como que tiene su origen y manantial en el Corazón divino de Jesús, el mas dulce de todos los corazones nacidos. Porque ese Corazón divino es el foco ardiente de la caridad cristiana y mientras más unidos estemos á él, más abrasados nos sentiremos en la caridad.

La caridad, pues, es y debe ser cristiana. Fíjate bien en ello. Nuestro siglo que todo lo falsifica, quiere falsificar también la caridad. Hay una caridad sin fe y sin religión que no es caridad, porque ésta consiste en ver á Jesús en el pobre, y esa caridad no cree en Jesús, ni obedece ni ama á Jesús. Hay otra caridad que se limita á arrojar al pobre unas monedas ó un pedazo de pan, sin amor, sin compasión, acto á veces más de ostentación y orgullo que de misericordia. Hay otra caridad más moderna aún que inventa métodos nuevos de sacar placeres de las mismas desgracias de nuestros semejantes, y que quiere ahogar con músicas y saraos los gritos de los que perecen de hambre y de dolor. Eso será lo que se quiera, pero no es la caridad. Esta sale del corazón que sufre con él, y el que así sufre no piensa en aliviar sus penas y las de su hermano con profanas diversiones que á veces ofenden á Dios, cuestan mucho y dejan poco para la desgracia. A todas estas especies de caridad les falta un elemento esencial, el que broten de corazón cristiano, el que unan

en sí, como lo hace la caridad verdadera, á Dios y á los pobres. ¿Qué es, pues, la caridad? Amor de Dios y del prójimo, y sobre todo de un prójimo que tan tiernamente nos pinta el Señor en la parábola del Samaritano, y no pueden separarse esos dos amores sin que muera la caridad. Amas á Dios y no amas los pobres, pues entonces no le amas, porque Jesucristo Dios y hombre tiene hambre y sed y no le diste de comer ni de beber. Amas á los pobres y no amas á Dios. Pues el día del juicio Dios no te conocerá y no te pagará lo que por él no has hecho. Amor de Dios y del pobre, esa es la caridad, de la cual dice San Pablo que es inmortal, porque si en el cielo no hay pobres, en el cielo está Dios, que es amor, y el cielo no es otra cosa que la patria de la caridad.

Examina los móviles de tu caridad; no te contentes, si eres rico, con dar dinero, da sacrificios de tu regalo que valen más, y haz todo lo bueno que hagas con purísima intención, no sea que Dios te diga el día del juicio: «Recibiste tu recompensa».

### Punto III

*De los motivos para ejercitar la misericordia.*

Considera cómo Cristo N. S., primeramente fué misericordiosísimo con gran excelencia, porque fué universal remediador de todas nuestras miserias, y los años de su predicación gastó en estas obras, sanando enfermos, dando de comer milagrosamente á los hambrientos, resucitando muertos, perdonando con amor á los pecadores, enseñando á los

ignorantes, orando y haciendo bien á todos. Y estimó en tanto esta virtud, que á los que pretendían apartarle de ella, dijo: «Aprended lo que hace al caso y lo que agrada más á Dios; porque más le agrada y más estima la misericordia que el sacrificio», y no quiere sacrificio sin misericordia.

En segundo lugar considera la misericordia que Dios tiene de ti, y cuántos pecados te perdona, y cómo se apiada de tus cuitas y socorre tus necesidades; acuérdate qué sería de ti, si Dios no te hubiese perdonado; y estudia en imitar esta misericordia con tus prójimos, como Dios la usa contigo, y pídele su favor para imitar su ejemplo y ser misericordioso como él lo es. Pondera cuánta necesidad tienes de que Dios use de misericordia contigo, y qué será de ti si no la usa, sino antes se vale de todo rigor, y considera el premio que promete á los misericordiosos; conviene á saber: que tendrá de ellos misericordia, no sólo en esta vida, sino también en la otra: en testimonio de lo cual el día del juicio no hace mención de otra virtud sino de esta, diciendo á sus escogidos: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino del cielo que os está preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, y sed y me disteis de beber».

Finalmente, si no soy misericordioso, seré miserabilísimo, porque Dios N. S. no se compadecerá de mí, como no se compadeció del siervo que no tuvo misericordia de su compañero; antes, como dice el Apóstol Santiago, se hará «juicio sin misericordia contra el que careció de ella». Y por esto el día del juicio las

obras de misericordia se relatarán en la sentencia de los buenos, y la falta de ellas en la sentencia de los malos.

**Coloquio.**—¡Oh buen Jesús, que viniste al mundo movido de misericordia, y por compasión tomaste sobre Ti nuestras miserias para librarnos de ellas! haz conmigo esta misericordia, que aprenda á imitarte en ella. Y pues á todos dijiste: «Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial», ayúdame con tu gracia para que imite su excelente misericordia.

**Propósitos.**—Mira si en el orden material haces todo el bien que puedes y das á los pobres según tus facultades.

## 2 DE AGOSTO

(Sexta bienaventuranza.)

**Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.**

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

### Punto I

*De la excelencia de la pureza de corazón.*

Considera que la pureza de corazón nos iguala con los ángeles; su pureza es más dichosa, pero la nuestra tiene más mérito, porque ellos no tienen carne contra quien pelear y nosotros sólo podemos conseguir la pureza de corazón á fuerza de luchas y victorias. Para conservar la nuestra en medio de tantos enemigos, son menester muchos combates, y ¡en qué pocos quedamos vencedores! La pureza de corazón nos acerca á Dios, y en su divina Majestad va á buscar, según dice San Ambrosio, su modelo. Dios es la misma pureza, y por eso, cuando Dios se quiso encarnar, quiso na-

cer de una madre virgen. María santísima, estimaba infinitamente la pureza, de tal modo, que cuando se le propuso el ser Madre de Dios, dijo: «¿Cómo podrá suceder eso, siendo así que yo he resuelto guardar toda mi vida la más pura virginidad?» Grande, pues, debe ser el valor de la pureza de alma y de cuerpo, pues María santísima, tan sabia, la prefería á la calidad de Madre de Dios, renunciando á ésta por no perder la otra. Mira, también, cómo habiendo querido tener Jesucristo un más estrecho confidente y favorecido en la tierra, eligió á San Juan entre todos los discípulos porque era purísimo. Considera, por último, que Cristo N. S. estimó tanto esta virtud, que habiendo sufrido que le levantasen tales y tantos testimonios, y que le llamasen impío, engañador y blasfemo, defendió tanto la honra de la pureza, que no permitió que sus enemigos le levantasen sobre esto el más mínimo testimonio. Aprende, pues, á estimar esta virtud nobilísima que te acerca á Dios y á sus ángeles, rodeála con las espinas de la penitencia y la mortificación en tu alma, y sabe que serás más grato á Dios y mejor hijo de la Virgen santísima, mientras más cultives en tu alma esta flor tan delicada y preciosa.

### Punto II

*De los privilegios que Dios concede á las almas puras.*

Considera que Dios mira con una ternura extraordinaria á las almas puras, se les comunica con más particularidad, les descubre sus secretos y reparte sus favores. Las almas puras ven á Dios en todas partes, lo ven como en

espejo en sí mismas; la pureza les hace contemplar los misterios más ocultos de Dios, creen con sencillez y firmeza, porque Dios se comunica con los puros y los humildes. Jesucristo hizo muchas gracias á Pedro y estimó mucho su celo; pero sólo San Juan, que fué puro y virgen, tuvo la honra de reposar sobre el pecho y el corazón de Jesús, logrando por esto la entrada en aquel divino santuario, donde no se le ocultó nada de los más divinos secretos. Los confesores, los mártires, los Apóstoles tienen grandes privilegios; pero parece que sólo á las vírgenes fué concedido el seguir al Cordero á todas partes; las almas puras son sus privilegiadas, son sus esposas; y esta preciosa calidad les da entrada en los más recónditos secretos de la divinidad y del corazón de Cristo. La pureza es aquel tesoro precioso por cuya conservación muchas almas generosas sacrificaron su sangre y su vida; la conservación de este tesoro es difícil, porque todo, fuera y dentro de nosotros, nos impele á manchar el corazón y á perder esa joya que vale tanto como la gracia de Dios. Y además de esto, exponemos con tanta facilidad este tesoro, que parece que solicitamos perderle y aún que consiste en esto nuestra dicha, cuando, por el contrario, debía ser motivo para nosotros de dolor eterno, pues es irremediable.

Si no ves á Dios en la oración, si no lo ves en las criaturas, si sientes débil tu fe, apagada tu esperanza y muerta tu caridad, examina si el motivo es que tu corazón no es tan limpio como Dios quisiera, porque escrito está que Dios sólo se deja ver de los ojos y los corazones puros, y se oculta á los impuros y soberbios.

### Punto III.

*De los medios de conservar la pureza de corazón.*

Si tuviéramos un poco de fe y de juicio, no deberíamos omitir la más mínima cosa que nos pudiese ayudar á conservar la pureza de corazón, porque es un tesoro, como dice San Pablo, que llevamos en vasos quebradizos. ¿Cuál sería el cuidado de un hombre que, teniendo un tesoro precioso en un vaso muy frágil, se viese precisado á pasar por caminos ásperos, estrechos y resbaladizos? No debe ser menos nuestro cuidado, pues nos rodean por todas partes precipicios y lazos que nuestros enemigos ponen á nuestra pureza. La mayor parte de los objetos que vemos, la mayor parte de las conversaciones que oímos, son tropiezos que el demonio pone á nuestra pureza. Si no estamos en vela continuamente sobre nosotros mismos, si no observamos todos nuestros pasos, cada uno será una caída que, haciéndonos perder la pureza del corazón, nos haga perder la gracia, y, por consiguiente, el alma y á Dios. Mira lo que han hecho millones de almas puras por conservar ese tesoro preciosísimo. ¡Mira tantos santos como se encerraron en grutas, tantas vírgenes delicadas en estrechísimos claustros, y tantos mártires como vertieron su sangre por conservar su pureza, y nosotros no queremos para conservarla sacrificar un pasatiempo que puede ser ocasión de perderla, ni velar sobre nuestros sentidos y pasos, ni evitar aquellas compañías que pueden hacernos perder la gracia de Dios!

Considera, por último, la grandeza del premio prometido á la pureza de corazón, y la dicha de los que le alcanzan y la desdicha de los que le pierden. Porque en cuanto á la grandeza del premio no puede ser mayor, que es la visión de Dios, en que se cifra toda nuestra felicidad, y por ella poseemos al mismo Dios, y con El todo cuanto podemos desear; y, por consiguiente, no puede alcanzar una criatura mayor dicha que ésta, ni puede tener mayor desdicha que perderla y ser condenado por siempre jamás. ¡Oh premio sobre todo premio, y dicha sobre toda dicha, y felicidad verdadera, que abrazas y encierras todas las felicidades que se pueden desear!

**Coloquio.**—Dadme, Señor mío, vuestra gracia para que lave mi corazón con lágrimas, y le purifique de la escoria de toda mancha de pecado con el fuego de la contrición, y que estén siempre limpios mi alma y mi corazón para merecer veros á Vos. Esta sola gracia os pido con David, y esto os pediré y os suplicaré, nada más: morar yo en vuestra casa y posesión todos los días de mi vida, sin apartarme de Vos por siempre jamás; y que me concedáis tal pureza de corazón, que merezca veros por la fe en el tiempo y por la gloria en el cielo.

**Propósitos.**—Guardar con toda diligencia las puertas de tus sentidos, ojos, oídos y lengua, de todo desorden y peligro.

## 3 DE AGOSTO

### De la pasión de la impureza, como vicio opuesto á la sexta bienaventuranza.

*Preludios.*—(Los mismos del día primero.)

PUNTO I

*De la ceguedad con que Dios castiga este pecado.*

Considera que así como el premio de la pureza de corazón es ver á Dios, sus misterios y

secretos, así el castigo de la impureza del alma y del cuerpo es el endurecimiento del corazón y la ceguedad espiritual. Esta ceguedad, es la ordinaria y más funesta compañera del pecado de la impureza. Es la plaga con que, como terrible enemigo, Dios castiga á los deshonestos. Castiga el Señor los deseos desarreglados del corazón con los mismos deseos y con la ceguedad, que es espantosa consecuencia de los deleites y goces prohibidos. De los filósofos antiguos, dice San Pablo, que se abandonaron á la deshonestidad, y Dios les abandonó á los deseos desenfrenados de su corazón, y á los extravíos de su ciega razón, que los precipitó en acciones indignas de hombres. Porque luego que el hombre vicioso se deja dominar de esta pasión infame, empieza á perder la luz de la razón, y si ésta hace aún brillar algunas centellas ó de fe ó de la luz natural, todo su estudio es apagarlas; porque le turban en el goce de los locos apetitos que se han enseñoreado de su corazón, y por eso las juzga enfadosas, y quiere deshacerse de ellas. Luego que los viejos deshonestos formaron su criminal intento contra el honor de la casta Susana, dice la Escritura, que perdieron el juicio. Porque así como la pureza iguala los hombres á los ángeles, la deshonestidad los rebaja, y los iguala con las bestias; porque se corre riesgo de perder la razón, cuando se pierde la pureza del alma.

Pero no solamente este pecado ciega al hombre, privándole de la luz de la razón, sino también le priva de la luz de la gracia. «La sabiduría, dice el Espíritu Santo, no puede entrar en una alma impura, ni habitar en un

cuerpo sucio por el pecado». Dios tiene horror á todos los vicios, su purísima vista no los puede ver; pero tiene una oposición particular con la deshonestidad y no comunica sus luces purísimas á almas impuras. Más presto la luz se unirá con las tinieblas, que la pureza de la gracia con la lascivia del corazón; y aun cuando Dios hiciese algún milagro, y comunicase sus luces al alma de un lujurioso, ¿harían en él alguna impresión? El hombre impuro, dice San Pablo, no tiene gusto en las cosas espirituales, no abraza los pensamientos que podían convertirle. Por eso, San Agustín, nos asegura, que nada es tan raro como la conversión de un hombre encenagado en este vicio, y se le puede creer; porque lo sabía por experiencia propia. ¿Hubo ningún hombre más santo, ni más iluminado que David? Pues apenas cayó en pecado de adulterio, luego fué tal su ceguedad, que duró en él muchos meses sin reconocer su culpa ni pensar salir de ella, y fué menester que Dios le enviase un Profeta para que le abriese los ojos, le alumbrase y le hiciese resolverse á remediar su pecado con la penitencia.

Además, este vicio priva al hombre hasta de las luces de la fe. Cuando esta pasión es desenfrenada, se pierde el freno de la razón, y se corre hasta la infidelidad y la apostasía. La observancia de la castidad, dijo Lutero, y con él todos los herejes, que precisamente por ahí empezaron, es yugo insoportable, vanidad el hacer voto de ella, imposible el guardarle, quimérica la obligación de dominar la pasión tiránica: ¡excelente reformador! No hubiera sido heresiarca, si no hubiera empezado por

ser deshonesto. De las verdades prácticas, se pasa á las verdades especulativas: la fe en el fuego del infierno, es insufrible al lujurioso; por eso ha menester dudar de él; por eso ha menester negarle. Un Dios, que castiga un gusto momentáneo con una pena eterna, parece al impuro un Dios cruel é implacable. No se puede hacer á Dios de otra manera; ¿pues qué remedio? Borrarle de la memoria. Nadie, dice San Agustín, niega á Dios, sino aquel á quien convendría que no le hubiese. Pocos, ó ningún ateo ha habido, que no hayan sido libertinos. La corrupción del cuerpo se comunica al corazón, y éste la transfiere al entendimiento. La incontinencia de Salomón, fué la causa de su idolatría; no adoró los ídolos de piedra, sino porque había amado con exceso los ídolos de la carne. La cortedad de tu fe puede ser que proceda de la libertad de tu corazón. Pide con toda tu alma á Dios que te libre del demonio de la impureza, si no quieres poner en gravísimo riesgo tu fe, tu esperanza, tu caridad y por consiguiente tu salvación.

### Punto II

*De los lazos que arman el mundo, el demonio y la carne contra la pureza del corazón.*

Considera que los peligros de la pureza son los más terribles, los más ocultos y los más continuos. De ordinario duran tanto como la vida. El demonio, en primer lugar, cuando quiere hacerse dueño del corazón de una persona honesta y temerosa de Dios, hace con poca diferencia, como un capitán, que recelando no poder ganar una plaza por la fuerza,

negocia en ella inteligencias secretas. De este mismo modo el demonio de la impureza se sirve de ciertas pasiones, de ciertas amistades y cariños, que parecen en sí mismos inocentes, y que al principio no dan sospechas de peligro alguno. Estas pasiones son la vanidad, la curiosidad y la presunción. ¿Qué puede haber, al parecer, menos peligroso que estas pasiones? ¿Qué puede haber, al parecer, menos expuesto al pecado de la deshonestidad? Y no obstante, por estas tres puertas entra y reina la deshonestidad en el mundo. ¡Cuántas veces la vanidad, que debía, al parecer, servir á la mujer cristiana para conservar su honestidad, se la ha hecho perder! Una mujer vana desea con exceso agradar y llamar la atención. Y cuando se desea tanto agradar, no disgusta ser amada; y cuando una mujer pretende ser amada, está cerca de amar á quien no debe. Un corazón que está en esta disposición no es muy casto. Por otra parte, cuando una mujer es vana y escucha al que sabe lisonjear su vanidad con equívocos livianos, está ya muy cerca de la caída.

La segunda pasión, que no parece tener relación con el pecado de deshonestidad, y que, sin embargo, le da entrada en muchos corazones, es la curiosidad, que hace leer libros obscenos, asistir á bailes, teatros y espectáculos peligrosos. Nada hay más funesto á la inocencia y pureza de la juventud, que esas novelas amorosas, esos teatros lúbricos, donde todo convida á la molicie y que con el pretexto de la elegancia del lenguaje, de la moda y de la posición, corrompen las costumbres, y que haciendo perder el espíritu de devoción,

el temor de Dios y la pureza del corazón, que es el fruto de este género de recreaciones, disponen insensiblemente á la pérdida de la castidad. De esa libertad de los sentidos viene la disipación del corazón, el desenfreno de la fantasía, que sólo ve y recuerda imágenes tentadoras, y es increíble el número de víctimas que ha hecho y hace la curiosidad de verlo todo, de tocarlo todo, de gozar de todo, aun de aquello que es claro peligro para la limpieza de corazón.

La tercera causa, que no parece tan peligrosa, es la presunción; y sin embargo, esta es la que más ordinariamente hace caer en el pecado. Presume el alma de sí, no se temen las ocasiones más peligrosas, se arroja el hombre en ellas con temeridad, se mantiene en ellas sin precaución, y con esto se cae en el pecado con la mayor facilidad. Todo se debe temer, cuando no se teme; y nunca se debe contar menos sobre la virtud, que cuando se presume de ella. Además, que Dios castiga esa vana soberbia, que no sabe desconfiar de sí siendo tan débil, con caídas manifiestas y vergonzosas, que son la más terrible humillación para nuestra vanidad y nuestro orgullo.

Quitadme, Señor, esta seguridad presumida, que según dijiste, es la señal y causa más infalible de próxima ruina; porque si he caído tantas veces, es porque me he juzgado incapaz de caer.

### Punto III

*De los medios de evitar los peligros contra la pureza.*

Considera cómo un santo, asombrado de la multitud de lazos que por todas partes le ro-

deaban, pidió con instancias á Dios, que le hiciese conocer, cómo se podría defender de tantos enemigos. Huyendo, le fué respondido: *Fuge,* huye, *fuge cito,* huye apriesa, *fuge longe,* pero huye lejos. Así, pues, es menester, en primer lugar, huir. Luego que se cae en el lazo, está el hombre cogido; el medio de no caer, es evitarle; el de evitarle, alejarse; y para alejarse, es menester huir. Nuestro valor en materia de castidad consiste en huir. No podemos pelear, ni vencer contra un enemigo tan peligroso, sino es evitándole, ni podemos asegurarnos de la victoria, sino con el temor y la precaución. Huyamos, pues, de la ocasión, si queremos evitar el pecado. Si la ocasión es próxima, la huída es de absoluta necesidad: no puede haber salvación, sin penitencia, ni penitencia, sin desasimiento del pecado, ni desasimiento del pecado, si no se huye de la ocasión próxima, que le es tan inmediata. Si la ocasión no es próxima, huye también para que no lo sea. ¡Precaución tan útil como necesaria!

En segundo lugar, huye apriesa, *fuge cito.* Pero todavía no hay mal, ó si le hay, es muy poco; pues si no hay todavía mal, huye apriesa, porque no le haya; si hay poco mal, huye apriesa, ó en breve habrá mucho.

Los mayores incendios empezaron por una chispa, que no se apagó á los principios. Las mayores caídas vienen ordinariamente de una mirada curiosa é inconsiderada, como sucedió á David, que se perdió por no haber apartado inmediatamente la vista de un objeto peligroso. ¡A cuántas almas inocentes hizo culpadas una sola palabra equívoca, que no desecha-

ron tan apriesa de su pensamiento! Los mayores desórdenes empiezan con pequeñas libertades, que no se reprimieron al principio. Si yo viese, suelen decir, que esto pasaba adelante, rompería. ¿No te resuelves á romper ahora, que sólo estás atado al pecado con un hilo, y romperás después, cuando estarás amarrado con una maroma?

En tercer lugar, huye lejos: *fuge longe.* Por poco que se acerque á la llama una vela apagada, pero que aún humee, se vuelve á encender: esta es la disposición de tu corazón; aléjale cuanto pudieres de los objetos que le pueden inflamar, si no quieres que se encienda. El Hijo de Dios no se contenta sólo con decir que es menester arrancar nuestro ojo si nos escandaliza, sino que añade que es menester arrojarle lejos: *Projice abs te.* Pero esta persona, se suele decir, ¡la estimo tanto! ¿La estimas más que á tus ojos? Pues el Salvador te manda arrancarlos, si te son ocasión de escándalo. Pero es difícil separarse de lo que mucho se ama. Más difícil se te debe hacer la eterna separación de Dios. Es menester resolverse á lo uno ó á lo otro; porque no hay medio. Pero ¡es una persona, á quien tengo tanta obligación! ¿Se la tienes mayor que á Jesucristo? ¿Ha dado acaso su sangre, y su vida por tí? Es más: ¿qué obligación le tienes? ¿La de exponerte á una desgracia eterna? Todos los demonios no te podían hacer mayor mal que ella. Pero es una persona de quien tengo mucho que esperar, ó que temer. ¿Qué tienes que esperar ó que temer? ¿Te promete esa persona, como Jesucristo, una bienaventuranza eterna? ¿Te amenaza, como su

divina Majestad, con un infierno eterno? «No temáis, dice el Salvador, á los que sólo pueden matar vuestro cuerpo; pero temed al que puede echar vuestro cuerpo, y vuestra alma en el infierno».

**Coloquio.**—¡Oh Señor, cuán grande es la obligación que te tengo, pues hiciste consistir mi victoria y salvación en el temor y la fuga! Dame gracia y fortaleza para dominarme y vencerme, para huir de todos los peligros que me rodean, para abrazarme con la cruz de la penitencia y la abnegación, para velar y orar constantemente, para aborrecer al mundo, al demonio, á la carne y á mí mismo. Así, con tu gracia seré fiel á tu santa ley, seré limpio de corazón, y tú me amarás y me pondrás junto á Ti, en el tiempo y en la eternidad.

**Propósitos.**—Resuelve huir todas las ocasiones del pecado de deshonestidad, y huirlas con la mayor priesa; nada hay más digno de temerse en esta materia, que el temer poco

## 4 DE AGOSTO

**(Séptima bienaventuranza.)**

**Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.**

*Preludios.*—Ver á Cristo N. S. sentado al pie de una montaña rodeado de sus discípulos, y pedirle la paz universal, con Dios, con mis hermanos y dentro de mí mismo.

### Punto I

*De la excelencia de la paz interior del alma.*

Considera qué gran virtud es ésta, tener paz con Dios, consigo y con los hombres, de la cual dice San Pablo que excede á todo sentimiento, porque parece que no hay más que desear. Pondera el gozo del alma, y la quietud de la conciencia de que gozan los pacíficos á imitación de los bienaventurados del

cielo; y que si merecen nombre de hijos de Dios, por legítima consecuencia le merecen de herederos de su gloria; y al contrario, los perturbadores y pendencieros, que no tienen paz consigo ni con sus prójimos, padecen continua guerra y desabrimiento en sus almas, y son condenados al infierno; levanta el corazón y el alma á Dios, pidiéndole esta virtud, y no dejes piedra por mover para alcanzarla.

En esta paz del corazón que Cristo N. S. beatifica, hay cuatro grados excelentes. El primero, es tener paz consigo mismo, sujetando la carne al espíritu, las pasiones á la razón y el espíritu á Dios. El segundo, es tener paz con los demás hombres, procurando cuanto es de su parte tener paz con todos, sin darles ocasión de turbación, sino de mucha unión. El tercero, es pacificar á los prójimos entre sí, procurando concordar á unos con otros. El cuarto y supremo, es pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con El, y á reducir las criaturas al servicio de su Criador. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol, sobrepuja á todo sentido, lloraré la falta que tengo de ellas, suplicando á nuestro Señor me los comunique. ¡Oh Dios de la paz y caridad, concédeme la paz que diste á tus Apóstoles para que te sirva con paz y quietud, y otros te sirvan por medio mío y pacificándolos yo contigo!

### Punto II

*El ejemplo de Cristo N. S.*

Considera cómo Cristo N. S. vino del cielo á traer esta paz, y por excelencia se llama Rey

pacífico, y de ella se preció tanto, que saludaba con ella á sus Apóstoles, y quiso que ellos saludasen con la misma, diciendo: «Paz sea en esta casa». Para pacificarnos con su Eterno Padre, padeció innumerables persecuciones, sin perder El su paz, antes era «pacífico con los que aborrecían la paz», y por la sangre que derramó en la cruz, como dice San Pablo, «pacificó todas las cosas del cielo y de la tierra».

Pero para que seas pacífico como Cristo, es preciso que imites sus virtudes, su divina dulzura, su mansedumbre y modestia, su caridad, y todo aquel cúmulo de infinita perfección, embeleso de los ángeles y los hombres. La paz de tu corazón brotará de la victoria sobre tus pasiones; la paz con tus prójimos, de tu afabilidad y dulzura. No des á nadie motivo de justa queja; no hieras nunca la caridad que debes mirar como la niña de tus ojos; no humilles ni desdeñes á nadie; ve siempre en los demás imágenes de Dios; si te hacen mal, haz tú el bien; si te ofenden, pon en tus llagas bálsamo de paciencia y de caridad, y la paz que sobrepuja todo gozo reinará en tu alma. ¡Oh Rey pacífico y soberano! pues tanto te costó ganar esta paz, no permitas que yo pierda el fruto de ella, ni sea parte en ninguna contienda y enemistad, para que deje yo de seguir tu paz.

### Punto III

*Sobre el soberano premio de esta bienaventuranza.*

Considera cómo el premio de los pacíficos es ser por excelencia hijos de Dios. Lo prime-

ro, porque serán señaladamente muy amados de El, y hallarán gracia en su presencia por tener con El mucha semejanza. Lo segundo, porque los tomará bajo su paternal providencia, mirando por ellos como por hijos muy queridos, regalándolos y enriqueciéndolos con sus dones, y dándoles espíritu de verdaderos hijos, para que, no solamente se llamen, sino sean hijos de Dios. Y finalmente, porque serán herederos de su gloria, donde alcanzarán cumplidamente esta dignidad, y con ella inmensa y eterna paz, pues sólo en la gloria se alcanzará la perfecta adopción de hijos de Dios. Porque así como Cristo N. S. fué declarado por Hijo de Dios dos veces, una en el Bautismo y otra en la Transfiguración, viniendo sobre El el Espíritu Santo en figura de paloma ó de nube, y sonando la voz del Padre, que decía: «Este es mi Hijo muy amado», así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras dos veces. La primera, es en esta vida mortal cuando le llama y justifica por los Sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de hijo de Dios. Pero esta adopción de hijos es imperfecta, por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa; y así, aun los muy santos, como los Apóstoles, que recibieron las primicias del Espíritu, gimen dentro de sí «esperando la adopción de hijos de Dios», esto es, el cumplimiento y perfección de la primera adopción con otra más perfecta, figurada por la transfiguración de Cristo, la cual se comunica al alma el día que entra en la gloria y toma posesión de la herencia debida á los hijos con derecho para recibir á la fin

del mundo un cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria, y entonces descubre Dios la dignidad de los que son hijos, porque, como dice San Juan, «ahora somos hijos de Dios, pero no se ha descubierto lo que seremos; cuando se descubriere, seremos semejantes á El, porque le veremos como es».

**Coloquio.**—¡Oh Padre amantísimo! Gracias te doy por la herencia soberana que das á tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados, porque castigas al que recibes por hijo para honrarle y ensalzarle haciéndole tu heredero. ¡Oh, si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiación, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! ¡Oh, bienaventurados los pacíficos que á tal dignidad son levantados, y desdichados los que turban la paz, ó en la Iglesia ó entre sus hermanos, que sólo tendrán parte en la herencia del infierno! ¡Oh Jesús, Príncipe de la paz! Gracias infinitas te doy por haber traído cosa tan buena al mundo; no me dejes á mí en guerra, antes hazme verdadero amigo tuyo.

**Propósitos.**—Para estar en paz con los otros, procura antes estarlo contigo.

## 5 DE AGOSTO

### De los pecados opuestos á la séptima bienaventuranza.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

### Punto I

*La murmuración, enemiga de la paz.*

Considera que entre los pecados que turban la paz entre los hombres y siembran la cizaña de la discordia, el primero es el feo vicio de la murmuración. Pondera, en primer lugar, la

gravedad de este pecado. El que murmura en materia grave, dice San Bernardo, hace tres heridas mortales con un solo golpe. Hiere mortalmente su alma, haciéndola perder la caridad, que es su vida; hiere á aquel de quien murmura, manchando su reputación y quitándole el buen nombre, que vale más que todos los tesoros. Por último, hiere al que le escucha, infiltrándole su veneno por los oidos y haciéndole cómplice de su delito, ya sea por la curiosidad que le excita, ó ya por la complacencia con que la aprueba, ó por la cobardía con que el que le escucha sufre que el otro murmure. El Espíritu Santo compara la lengua del que murmura á la de la serpiente, que apenas se conoce su mordedura, y hace pasar el veneno hasta el corazón.

Pondera luego la frecuencia de este pecado. En nada caemos tan fácilmente como en murmurar. El mundo apenas hace otra cosa ni conoce otro lenguaje. La lengua, dice el apóstol Santiago, es un mar inquieto. Muchas veces parece que no está en nuestra mano gobernarla. Todas las pasiones se juntan con la malicia del corazón para murmurar. ¿Se aborrece á álguno? La murmuración es el medio más seguro y menos peligroso para vengarse. ¿Téngole envidia, porque Dios le ha dotado de más y mejores prendas? La murmuración es entonces más envenenada, porque la reputación del otro hace sombra y obscurece la mía. Los vanos y soberbios, que hay pocos que no lo sean, quieren elevar su crédito sobre la ruina de los otros. Los que son agudos, quieren mostrar su entendimiento murmurando satíricamente. El que no lo es, quiere parecerlo, ocultando lo

que le falta y publicando los defectos de los otros. Las virtudes mismas parece que nos llevan á este vicio, pues muchas veces juzgamos con celo falso y mal entendido, que podemos desacreditar al prójimo sin escrúpulo, y de un mal oculto, con pretexto de remediarlo, hacemos un público escándalo.

Siendo el pecado de la murmuración tan facilísimo de cometer, es muy difícil de remediar. La restitución de la hacienda ajena es difícil, pero mucho más lo es la restitución de la opinión y de la fama. Puédese, sin perder la honra, restituir lo hurtado, por mano de una tercera persona que sea discreta y guarde secreto; pero no se puede cuando se ha quitado la reputación, porque es menester que el que hizo el mal sea el mismo que le enmiende, y no podrá enmendarle sino arriesgando su opinión; porque para enmendarle se ha de retractar, y no se retractará sin confesar que ha sido un imprudente, ligero, mentiroso y murmurador. El que no se puede contener en decir una palabra de murmuración, ¿se podrá hacer esta violencia? Una persona tan poco virtuosa que cae en faltas como ésta, ¿podrá enmendarlas con un sacrificio tan difícil? ¿No es mejor no murmurar que, para remediarlo, hallarse precisado á este sacrificio?

Pero aunque sea tan difícil el reparar la fama que se ha quitado con la murmuración, no es imposible, y es absolutamente necesario el hacerlo. Si fuera imposible, no tendríamos esta obligación; pero lo malo es que, aunque no es imposible, es muy difícil, y lo peor, que aunque sea tan difícil es de una obligación tan indispensable, que todo el cielo y la tierra

no te pueden librar de ella. La Iglesia tiene un gran poder, pero no lo tiene para dispensarte de esta obligación. La virtud de los Sacramentos es muy grande, pero no te justificará si tú no haces justicia á tu prójimo, reparando el mal que le has hecho con murmurar de él. ¿Te remuerde algo la conciencia sobre este punto, ó esperas remediar el mal de tu prójimo, cuando éste sea irreparable, por la dificultad grandísima de devolver el buen nombre que le has quitado con la murmuración? Saca de aquí el dominar tu lengua y sus faltas infinitas de todo linaje. Piensa siempre antes de hablar qué vas á decir, con qué intención, qué efecto producirán tus palabras, y proponte no decir jamás cosa alguna de que luego tengas que arrepentirte y acusarte.

### Punto II

*La envidia, enemiga de la paz.*

Considera cómo el segundo enemigo de la paz del corazón y de la unión con tus prójimos es la envidia. Pondera en primer lugar, la gravedad de este pecado, propio de almas viles, groseras y mal nacidas. La envidia es un sentimiento de la felicidad ajena, y una consecuencia de la soberbia, y ruina de la paz y de la caridad. ¡Qué gran locura, tener por desgracia mía, lo que es dicha de otro! La envidia es trocar el bien en mal, y hacer veneno de la medicina. Alegrándome de las dichas ó virtudes de mi prójimo, participo de ellas. A mi prójimo le cuesta sacrificios, y á mí me produce mérito, y muchas veces más, que al otro; porque mi alegría, es efecto de la caridad. Un

bienaventurado en el cielo, logra de alguna manera la gloria de todos los Santos, por la parte que toma y la alegría que tiene de verlos bienaventurados. En mí está el holgarme de la dicha del otro, y por consiguiente, si soy envidioso bien merezco que la misma envidia sea mi pena y mi castigo, pues no quiero alegrarme del bien ajeno, cosa tan natural y fácil. Las dichas ajenas me hacen desgraciado; funesto, pero justo castigo de la envidia.

Los otros vicios no combaten, sino á la virtud que les es opuesta; la envidia es contraria á todas las virtudes. El envidioso peca contra el Espíritu Santo, porque quisiera detener el curso de las gracias, que derrama sobre los otros corazones, y él sólo queda privado de todas. Quisiera que Dios no fuese tan bueno, ni que hiciese bien á todo el mundo; pero esto no impedirá los efectos de la bondad de Dios, sino para el envidioso. El gustillo que traen consigo los otros pecados, parece podría, aunque en apariencia, disculparlos ó disminuirlos; pero el envidioso, no tiene en su pecado ni gusto ni provecho. Halla verdaderamente el secreto de no coger, sino espinas, donde todos cogen flores. La utilidad que saca de la envidia, es amargura y sentimientos, dignos frutos de tal árbol. Todo lo convierte en veneno y se mantiene de hiel. El bien de los otros le hace infeliz, por el dolor que concibe; y el mal de los otros le hace delincuente, por la alegría que le causa. El envidioso es verdugo de sí mismo, su pecado es su mayor castigo; y aun cuando Dios lo perdonara, la envidia jamás perdona al que la tiene y fomenta.

Considera, por último, los efectos de este

abominable vicio. La caída de los ángeles fué efecto de la envidia. No pudieron sufrir que Dios se encarnase é hiciese á los hombres esta honra de que se creían más merecedores. Si la envidia fué su pecado, la misma es hoy en día su mayor pena, viendo ocupadas las sillas, que ellos dejaron en el cielo, por los hombres que menospreciaron; y la dicha de los Santos, que las ocupan, los atormenta más que los suplicios que padecen. La envidia del demonio causó el pecado del primer hombre. El mismo vicio hizo de Caín homicida el primer condenado, y movió á los hijos de Jacob á vender á su propio hermano José. Saúl, aquel rey tan virtuoso, tan feliz y tan amado de los hombres, apenas se dejó vencer de la envidia, se volvió tan malvado, que después de haber vivido como un furioso, murió en la desesperación. La envidia que los fariseos tuvieron contra Jesucristo, fué la que al Salvador persiguió durante su vida, la que le hizo condenar á muerte. Y no se sació la envidia de los judíos ni aun después de derramada la sangre de Cristo N. S.; pero esta sangre, que fué la causa de la salvación de los hombres, lo fué también de la condenación de aquellos hombres malvados. El envidioso se hace á sí mismo desgraciado, porque no participa de la dulce felicidad que el amor derrama entre los hombres, ni sabe más que hacer y sembrar el mal y la discordia en los corazones. Pide al Señor te libre siempre de vicio tan asqueroso y tan ruin.

### Punto III

*La mentira como enemiga de la paz.*

Considera en primer lugar la gravedad de este mal tan común como perverso. El hombre nació para la sociedad; ésta no se conserva sin el trato que tienen unos hombres con otros, que es lo que hace la mayor dulzura y la más grande utilidad de la vida; pero este trato no puede subsistir sin la buena fe y sin la comunicación mutua y verdadera de los pensamientos. En efecto: pondera que donde no hay verdad no puede haber ni paz ni sociedad, y por eso la mentira destruye la comunicación de unos hombres con otros, trastorna la sociedad y hace del mundo un lugar de engaños y de embustes, adonde cada uno se recela contra su prójimo, por no ser engañado ó sorprendido. Por eso no se puede decir á un hombre honrado mayor injuria, que llamarle mentiroso. La pasión persuade ordinariamente á los hombres que no pueden lavar tan grande afrenta, sino con la sangre del que la hizo. Nosotros sentimos mucho la injuria, ó la sospecha de la mentira, y no sentimos la vergüenza de caer en ella. ¿Quién otro que Vos, Dios mío, que sois la verdad y la luz eterna, puede librarnos de tan grande ceguedad?

Piensa, luego, en el origen de tan villano y ruin pecado. La mentira nace de almas bajas y de espíritus mezquinos. Los animales más débiles y más cobardes son los más artificiosos y más sutiles; los espíritus ruines y los corazones rastreros, son los menos rectos y menos nobles. Un mentiroso es ordinariamente capaz

de todo género de pecados. Un hombre que tiene el alma bella y el corazón noble, no sabe lo que es mentir; cree que es venderse á sí mismo, decir lo contrario de lo que siente, y que mancha su honra cuando hace traición á la verdad. Como no tiene inclinaciones viles y bajas, cree que no hay verdad de que pueda avergonzarse, y no pueda publicar. La prudencia y la caridad, le obligan algunas veces á no decir todo lo que siente; pero jamás á decir las cosas de otra manera de lo que las juzga. No hay interés que le pueda obligar jamás á mentir porque el mayor es el de su honra y el de su conciencia, que no pueden subsistir sin verdad y rectitud.

Piensa, por último, en la malicia de este mal. Dios, que es la primera verdad, tiene una oposición esencial con la mentira; tan imposible le es engañar ó mentir, como dejar de ser la verdad absoluta; tampoco puede aprobar ni permitir la mentira, y si lo pudiese hacer, no fuera Dios. Las acciones que parecen más ilícitas, como son los homicidios, pueden ser lícitas en algunas coyunturas. Un hombre puede matar á otro que le ataca, como se contenga en los límites de una justa defensa; pero no hay circunstancia alguna ó coyuntura en que sea permitido el mentir, ni aun ligeramente, aunque fuese por la cosa más importante del mundo, aunque importase, no sólo la conservación, sino la conversión de todo el universo; y, no obstante, tú cuentas por nada una mentira ligera, incurres en ellas todos los días infinitas veces por bagatelas y tonterías, y aun haces con ellas motivos de diversión. ¡Qué diversión para un cristiano! ¡Para un hombre que

debe creer que, ni para procurar los mayores bienes, ni para impedir los mayores males, nos es permitido decir la más mínima mentira! Rectifica en esto tus ideas, que tal vez no sean racionales ni cristianas, y propón sufrir cualquier afrenta, la misma muerte si fuera preciso, antes que decir una mentira, que siempre, sábelo bien, es pecado, al menos, venial.

**Coloquio** —¡Oh Rey de la paz, que viniste al mundo á traerla al corazón de tus hijos y á enseñarnos á guardarla entre los hombres; que nos dejaste la paz como prueba de tu amor! No permitas que yo jamás, ni con mis palabras ni con mis obras, sea piedra de escándalo á mis hermanos, ni que por mí se destruya esa unión de los corazones que tú tanto estimas; antes enséñame á ser pacífico con todos, llevando la paz en mi corazón, en mis palabras y en mis acciones, para honra y gloria tuya.

**Propósitos.**—Resuélvete á no decir jamás la más mínima mentira, por ningún motivo.

## 6 DE AGOSTO

(Octava bienaventuranza.)

**Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.**

*Preludios.*—Mira á Cristo N. S. al pie de una montaña sentado y rodeado de sus Apóstoles, y pídele fortaleza para sufrir las persecuciones que hayamos de tolerar por la virtud.

### Punto I

*Motivos de esta bienaventuranza.*

Considera que á los siervos de Cristo nunca han de faltar persecuciones, cumpliéndose la divina promesa: «Si á mí me han perseguido, también os perseguirán á vosotros»; porque es

muy natural que el mundo persiga á los que le reprenden con su doctrina y ejemplo; pero si los hombres padecen tanto por alcanzar riquezas, honores y deleites, ¿no es muy justo que tú padezcas iguales ó mayores cosas por Cristo?

Donde también es preciso considerar, qué persecuciones son las que han de padecer los justos, de quién, por qué causa y cómo. Las persecuciones son todo género de injurias y aflicciones en hacienda, honra, contento, salud y vida; de las cuales, ó de algunas de ellas, ninguno se escapa. Porque regla general es, «que todos los que quieren vivir con piedad en Cristo, han de padecer persecuciones por El». Estas procuran los demonios, por el odio que tienen á Dios N. S., y á la virtud, y también á sus ministros los hombres, así los enemigos descubiertos como los que se precian de amigos, con título de piedad; y hasta «los padres, hermanos y deudos, nos entregarán á la muerte, pensando á veces que hacen servicio á Dios en ello». La causa de estas persecuciones no serán delitos propios, como dice el Apóstol San Pedro, sino la justicia; esto es, por guardar la fe y religión, por hacer las obras de virtud á que están obligados, por reprender los vicios y cumplir con sus obligaciones, por seguir la vida perfecta y religiosa á que son llamados. El modo cómo han de sufrirlas es, con grande paciencia y alegría, teniendo por especial favor de Nuestro Señor padecer algo por su amor, porque padecer por la injusticia que hice, ó con impaciencia, no toca á esta bienaventuranza.

### Punto II

*Ejemplo de Cristo N. S.*

Lo segundo, consideraré los raros ejemplos de Cristo N. S. en esta materia, porque desde niño fué perseguido, y mucho más los tres años postreros de su vida, concurriendo á perseguirle toda suerte de personas, y en toda suerte de cosas con mayor fiereza que jamás se vió, y por la causa más justa de su parte que jamás hubo, en razón de publicar su santa ley, y de reprender los vicios y maldades, y de redimir el género humano. Y todo lo padeció con una paciencia admirable y milagrosa. Con este ejemplo me animaré á padecer y sufrir, diciéndome á mí mismo: Si á mi Señor persiguieron, ¿qué mucho persigan á mí, su siervo? «Si llamaron Belcebú al padre de familias, ¿qué maravilla llamen de la misma manera á los de su casa?» Persuádete, pues, de que apenas quieras ser verdaderamente virtuoso, el mundo se desencadenará contra ti y no habrá dicterio, ni calumnia, ni apodo que no te aplique. Mientras seas del mundo él te mirará como cosa propia y te defenderá, pero siendo de Cristo, eres por eso enemigo suyo y como tal te tratará. Ese ha sido el camino de los santos, el de la Iglesia, el de las Ordenes religiosas y no has de ser tú excepción de la regla. Alégrate, pues, de que te infamen los malos y de que te persigan de todas maneras, tiembla el día que te alabasen, porque era señal de que ya no eras del bando de Jesús que prometió á los suyos por toda herencia odios, persecuciones y muertes. ¡Oh Salvador mío, de tu casa

soy y preparado estoy á sufrir y padecer cualquier persecución por la gloria y galardón de ella! concédeme que á imitación tuya, haciendo en tu servicio grandes bienes, padezca sin ofensa tuya grandes males.

### Punto III

*Del premio que se promete á esta octava bienaventuranza.*

Lo tercero consideraré, cómo es premio de estos perseguidos el mismo reino de los cielos que se promete á los pobres de espíritu, pero con mayor ventaja, porque más es sufrir las persecuciones que vienen por mano ajena, que sufrir los trabajos y miserias de la pobreza que se toma por elección propia. Este reino les da Dios á gustar en esta vida, comunicándoles por medio de las tribulaciones, grande justicia, paz y gozo en ellas. Por lo cual dijo Cristo N. S., que nos daría en este siglo el «cien doble con las persecuciones, y después la vida eterna». Y así añade: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os maldijeren los hombres y dijeren contra vosotros todo género de mal con mentira. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es muy copioso en el cielo». Como quien dice: Es tan grande el premio, que sola su esperanza basta para alegraros en las persecuciones y daros tanta alegría, que excede cien veces á la que tuviereis careciendo de ellas.

En lo cual se ha de ponderar, lo primero, que los que en esta vida son vencidos del demonio y de sus ministros, y por temor ó flojedad se rinden al pecado, aunque se escapen

por un poco de tiempo de la muerte primera, que es la muerte natural, pero caen en la muerte segunda del pecado, y después en la muerte eterna del infierno. De suerte que no solamente no gustarán del árbol de la vida, que está en el paraíso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán á comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos son beber el cáliz amarguísimo de la ira de Dios hasta la hez.

Pero al contrario, los vencedores, aunque padecen algún daño de la muerte primera, porque suelen quedar muertos cuanto al cuerpo en la batalla, como quedaron los mártires, pero ningún daño reciben de la muerte segunda del pecado, ni del infierno, porque Dios los libra de ella, coronándolos con corona de vida, esto es, con corona inmortal, que siempre viva, y con una vida tan dichosa, que sea corona de su victoria; y de aquí es que la muerte primera del cuerpo no les daña, antes les aprovecha y se alegran con ella y les sirve de paso para la vida; porque como dice la Sabiduría, «están sus almas en las manos de Dios», y así, no puede tocarles lo que es tormento y malicia de la muerte.

Y finalmente, el dia del juicio los librará también de la muerte primera del cuerpo; porque los vencidos resucitarán á una vida, que será segunda muerte, siendo echados en el fuego del infierno; pero los vencedores resucitarán á nueva vida gloriosa, y no tendrá en ellos poder alguno esta segunda muerte, porque su cuerpo, no solamente será inmortal, sino impasible, resplandeciente y gozoso con su nueva vida

**Coloquio.**—¡Oh Salvador mío, abre los oídos de mi alma para que oiga lo que tu divino Espíritu dice, y ayúdame á pelear contra mis enemigos y tuyos con tal fervor, que aunque muera el cuerpo, no muera el alma, ni me toque la muerte eterna! Concédeme que persevere fielmente en tu servicio hasta la muerte, para que reciba de Ti la corona de la vida. Dame en señal persecuciones, con tal que me des valor para sufrirlas por tu nombre y gozarme en ellas, como tus apóstoles y santos, ya que no hay ni dignidad ni gloria como sufrir por Ti.

**Propósitos.**—Alegrarse con las persecuciones que te proporcione el querer servir á Dios, porque esa es la mejor señal de que el Señor te mira ya como cosa suya, y el mundo como cosa de Dios.

## NOVENA EN HONOR DE LA ASUNCION DE LA SMA. VIRGEN

## 7 DE AGOSTO

### De los ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen Nuestra Señora después de la venida del Espíritu Santo.

*Preludios.*—Imagínate á María santísima viviendo vida pobre y obscura, á pesar de ser descendiente de reyes, y ocupada constantemente en obras de piedad, caridad y humildad, y pídele que te alcance de su santísimo Hijo la gracia necesaria para despreciar de corazón las pompas y vanidades de la tierra.

### Punto I

*Pobreza y obediencia de María.*

Considera cómo la Virgen N. S., ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como después lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir, á imitación de su Hijo, vida común entre los demás discípulos para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfección todos los consejos evangélicos, de quien ellos aprendieron á guardarlos. Prime-

ramente abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, si no es que antes le tuviese hecho, como es más cierto; pero guardóle entonces con grande estrechura, viviendo de la limosna que los Apóstoles repartían á los fieles y á las demás viudas, contentándose mucho mejor que San Pablo con tener sustento y con qué cubrirse, porque tenía muy fresca en su memoria la hiel y vinagre y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparación le parecía poco todo cuanto padecía. Y así, como verdaderamente pobre de espíritu, deseaba siempre padecer mayores efectos de pobreza, y con ella juntó su hermana la humildad, á quien los santos llaman con el mismo nombre.

Lo segundo, tuvo muy excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo N. S. dejó establecidas en la ley evangélica, sino también á las que San Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo había dicho, que «quien hiciere la voluntad de su Padre, es su verdadero hermano y hermana y su madre»; y así, en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. ¡Oh Virgen soberana! Gózome de veros Madre de Cristo, mi Señor, por dos títulos: por haberle engendrado en vuestro vientre y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta imitación; sólo resta, Señora, que seáis su Madre por otro tercer título, engendrándole también espiritualmente en los corazones de los fieles; engendradle dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos.

### Punto II

*Castidad de María, y virtudes que guardan y esmaltan aquella virtud.*

Considera que María santísima se señaló sobre todos en la castidad, de la cual hizo voto y le guardó perpetuamente con una pureza más que de ángel; por lo cual la Iglesia, no solamente la llama virgen de las vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: «Santa é inmaculada virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar». Solamente pondera, que como el arca del testamento que era de Sethin, madera incorruptible, estaba guarnecida con chapas de oro purísimo «por de dentro y por de fuera», así esta Virgen adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, tanto las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para que fuese, como dice el Apóstol, «santa» por eminencia «en el cuerpo y en el espíritu».

Entre éstas ponderaremos algunas que cuenta San Ambrosio para guarda de la castidad. La primera, fué rara modestia en todos los movimientos exteriores, con una celestial compostura en el mirar y andar, y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocía la hermosura interior del edificio con resplandores de divinidad. La segunda, fué silencio admirable y muy discreto, hablando solamente, cuando convenía, pocas palabras y con voz humilde. La tercera, fué singular templanza y abstinen-

cia, guardando una regla celestial, que refiere el mismo San Ambrosio. Comía del manjar ordinario que se halla donde quiera, y en tanta cantidad, que bastase para no morir y no para regalarse. Y además de esto, después que se ausentó su Hijo cumplió lo que El había dicho, que ayunarían los hijos del Esposo, ayunando ella mucho, en especial cuando pretendía alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oración. La cuarta, fué raras vigilias, porque, como dice este Santo, solamente dormía lo necesario para vivir, á más no poder, y entonces no estaba del todo ociosa, porque durmiendo el cuerpo velaba su ánima, ó repitiendo lo que había leído, ó continuando lo que había interrumpido, ó ejecutando algo de lo que había propuesto, ó proponiendo algo de nuevo con varios afectos del espíritu, según aquello de los cantares: «Yo duermo y mi corazón vela»: La quinta, fué gran diligencia en todas las obras exteriores que pertenecían al culto de Dios y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religión, piedad y misericordia con gran cuidado.

La sexta virtud, fué «guarda vigilantísima de su corazón, del cual, como dice el Sabio, procede la vida»; y así cuando salía fuera de casa, aunque saliese con compañía, pero ninguna guarda llevaba mejor que á sí misma; la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus movimientos y conservar puro su corazón para su Dios á quien solamente deseaba agradar sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres: «Buscaba por juez y testigo de su conciencia, no á los hombres, sino á

Dios», cuya gloria deseaba. ¡Oh Virgen soberana, más pura que los ángeles del cielo! gózome de que seáis espejo de vírgenes, dechado de religiosos y maestra de la evangélica perfección. ¡Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfección todos sus consejos!

### Punto III

*Oración y contemplación de nuestra Señora.*

Pondera que aunque nuestra Señora siempre tuvo altísima oración y contemplación, pero como crecía en edad, crecía en los dones de Dios, señaladamente en éste, en el cual se han de ponderar algunas cosas en que podemos imitarla, conforme á nuestro pobre caudal. La primera es, que totalmente por especial privilegio tenía quitados los cuatro impedimentos de la oración y contemplación, que el glorioso San Bernardo llama «culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginación». De suerte, que no fué nuestra Señora alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Dios N. S. su vista en la oración, porque siempre miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista.

A lo cual ayudaba que tenía muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oración y contemplación, y le sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios N. S., humildad muy profunda, y sobre todo, caridad

muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y de los demás dones del Espíritu Santo. Y como estas virtudes estaban ahora muy más crecidas, así también lo estaba la contemplación; por lo cual, con mayor admiración decían los ángeles: «¿Quién es ésta que sube por el desierto, como vara de humo salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos?» Como si dijeran: ¿Quién es ésta que está llena de mirra de mortificación y de incienso de oración, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las cuales, echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplación que siempre va subiendo y sube tan alto que le perdemos de vista?

Lo tercero, frecuentaba esta Señora muy á menudo los lugares donde su Hijo había obrado los misterios de nuestra redención; visitaba el huerto de Getsemaní, el monte Calvario, el santo Sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y el sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo, y donde se había instituído el Santísimo Sacramento; y estas visitas hacía con grande reverencia y devoción, y con muy alta contemplación de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones cerca de ellos.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen soberana, quién pudiera seguiros en estos pasos, subiendo con Vos al monte de la mirra y al collado del incienso, mirando, como Vos mirabais, lo que Cristo padeció en este monte, y el modo cómo oró en este collado! llevadme en vuestra compañía, enderezándome para que suba con acierto, é ilustradme para que lo mire con provecho. ¡Alcanzadme de vuestro santísimo Hijo gracia para amar á imitación vuestra la pobreza de espíritu, de tal modo, que no fije nunca mi corazón en los bienes de la tierra, y sólo aspire, como

Vos, á los tesoros celestiales que por vuestra mediación espero alcanzar!

**Propósitos.**—Para ser verdaderamente devoto de María, empieza por imitar sus virtudes, pues en eso consiste la sólida devoción á la Virgen santísima.

## 8 DE AGOSTO

### De otros admirables ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen N. S., después de la venida del Espíritu Santo.

*Preludios.*—Imagínate á María santísima ilustrando, consolando y fortaleciendo en la fe á los Apóstoles y á los primeros cristianos, y pídele que te alcance de su santísimo Hijo la gracia de cooperar con Ella á la salvación de las almas.

### Punto I

*Encendida caridad de nuestra Señora.*

Considera cómo esta Señora comulgaba cada día con extraordinaria fe, reverencia y devoción, recibiendo á su Hijo, para unirse con El de nuevo y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunión recibía tan grande aumento de gracia por su excelentísima disposición, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo N. S. en la forma que allí está, como después acá lo ha hecho con otros siervos suyos. ¡Oh Virgen santísima, gózome de veros cada día renovar el primer gozo de la Encarnación, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibisteis en vuestras entrañas! Por El os suplico me alcancéis tal disposición para recibirle, que me llene de su gracia y después le goce con Vos en su gloria.

De esto nacía en Ella un celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas encendidísimo, pero muy ordenado, en lo cual todos podemos imitarla. Porque lo primero, deseaba grandemente la salvación de todos los hombres, y con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podía, ya orando por los predicadores para que Dios diese eficacia á su palabra, ya por los mismos pecadores, para que Dios tocase sus corazones, y así es de creer que por las oraciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero y segundo sermón de San Pedro. Y también se convirtió Saulo, por quien ella oró, no menos que San Esteban. También oraba por los mismos mártires, para que Dios les diese constancia y victoria. Y teniendo Ella levantadas las manos, mucho mejor que Moisés, cuando el pueblo peleaba, ¿cómo no habían de vencer aquellos por quien oraba? Orad, Virgen soberana, por vuestro siervo cuando pelea contra sus enemigos, porque orando Vos por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria.

Lo segundo, ayudaba á las almas con el ejemplo raro de su vida, la cual era un predicador mudo, pero eficacísimo, para mover á toda virtud, porque en toda ella resplandecía una dignidad tan grande, que, como dijo de Ella San Dionisio, si la fe no lo corrigiera, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo. Demás de esto, ayudaba con la palabra, enseñando á los Apóstoles los misterios de la fe que Ella sabía con más particularidad y con mayor luz del cielo, y consolando y alentando á los fieles que acudían á Ella, no sola-

mente de Jerusalén, sino de otras partes remotas; porque, como dijo San Ignacio mártir, todos deseaban verla como á un prodigio celestial de santidad. Pero más adelante pasó su caridad, porque así como por inspiración de Dios fué desde Nazaret á las montañas de Judea á visitar á Santa Isabel, para que por su medio fuese justificado el Bautista, así también por la misma inspiración hizo ahora algunas jornadas. Fué á Efeso, como lo afirman los Padres del Concilio Efesino, y á Antioquía, como lo prometió á San Ignacio, y también iría á otras partes para ayudar y consolar á los fieles que deseaban verla, y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles, porque aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacía salir, como se dice en el libro de los Cantares, para visitar las viñas de las iglesias y ver si florecían, y si las flores de los nuevos cristianos producían frutos de buenas obras. Pídele que visite tu alma y la ilumine con su luz divina y la llene de su caridad, para que, á imitación suya, trabajes cuanto puedas por el bien de tus prójimos.

### Punto II

*Paciencia y fortaleza de María santísima.*

Considera ahora cómo en este tiempo y por esta ocasión, como dice San Ignacio, padeció la Virgen santísima grandes murmuraciones y persecuciones de los escribas y fariseos, y de todos los que aborrecieron y persiguieron á su Hijo, en las cuales persecuciones se mostraba sufrida y muy gozosa, alegrándose de

padecer algún desprecio por el nombre de su Hijo, y con este maravilloso ejemplo de paciencia alentaba á los que eran perseguidos para que tuviesen otra semejante. La que al pie de la cruz fué Madre de dolores y Reina de los mártires, no se arredraba por ninguna tribulación ni trabajo, y siendo la Madre de un Dios crucificado, á ella le tocaba gran parte de la cruz. Mira cómo sufre, con qué maravillosa fortaleza, con qué santa alegría, yendo en eso, como en todo, delante de todos los santos. Estudia ese divino modelo y procura copiarlo en tu alma.

Pero sentía grande aflicción la Virgen santísima con las caídas de algunos flacos, porque mucho mejor que San Pablo podía decir: «¿Quién se escandaliza y yo no me abraso? ¿Y quién cae enfermo que yo no enferme?» Y el celo de la casa de Dios comía sus entrañas, como las de su Hijo, viendo los pecados de aquellos que la profanaban; mas todo esto la movía á orar con mayor fervor, y á procurar con más cuidado la salvación de las almas para gloria del que las crió y redimió. ¡Oh Virgen soberana, ya que no tuvisteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural, Cristo Jesús, ahora los padecéis en el parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano! vestida estáis del sol, coronada de estrellas y con la luna debajo de los pies, y con todo eso clamáis con dolor por dar á luz á este hijo tan ingrato, formando á Cristo dentro de mi corazón. Clamad, Señora, por mí, y no ceséis de clamar hasta que me engendréis en Cristo, de modo que viva El en mí y yo en El.

### Punto III

*Perfección de la caridad de la santísima Virgen.*

Lo último que podemos considerar de la Virgen nuestra Señora para conocer la cumbre de santidad donde llegó, es el modo que tenía de hacer sus obras, no solamente, como dice el Sabio, excelente, sino excelentísimo, aumentando cada día innumerables grados de excelencia, porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazón que le era posible; y como nuestro Señor paga de contado á los fervorosos, premiándoles luego y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen, de aquí es que la Virgen, con cada obra que hacía, redoblaba las gracias que tenía, y aumentaba al doble la caridad con que amaba; y así cuando volvía otra vez á ejercitar el amor, amaba con doblada intención que antes, y de esta manera iba creciendo cada día con un aumento incomprensible, porque la caridad, como dice Santo Tomás, en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Virgen nunca decía basta.

De aquí es que la Virgen N. S., eminentísimamente cumplía aquel precepto que dice: «Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas», porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenía, y con toda la continuación que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar

á su Hijo tenía. De la misma manera cumplía excelentísimamente aquella petición del *Pater noster*, «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», porque la cumplía en todas las cosas, grandes y pequeñas, con tanto amor y con tanta pureza de intención, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los ángeles del cielo, y aun con mucho mayor, sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados. También se esmeraba en dilatar cada día más su corazón, y ensancharle para recibir mayores dones de Dios con la confianza grande que tenía en su bondad. De donde procedía que, como dice Isaías, cada día mudaba su fortaleza, añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevos bríos, y como águila divina volaba á tal cumbre de perfección que supera infinitamente á todos los ángeles y santos juntos y eso ya desde el primer instante de su inmaculada Concepción. Calcula, si puedes, cuál sería su gracia y santidad al fin de su vida santísima.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano, cuán hermosos son los pasos que dais en el camino de las virtudes! ¡Oh, cómo camináis prósperamente cada día, como la mañana cuando sale, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como escuadrones de ejército muy concertado! Comenzáis vuestras obras como la mañana, creciendo en la luz hasta el perfecto día; proseguíslas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; perfeccionáislas como el sol con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo, y encendiéndole en amor del Criador; y finalmente, todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible á los demonios, y favorable á los escogidos cuya protectora sois. Tomadme debajo de vuestra protección, para que con vuestro favor crezca cada día de virtud

en virtud, hasta que llegue á ver al Dios de los dioses en Sión por todos los siglos.

**Propósitos**.— Haz hoy algún sacrificio que te cueste en honor de la Virgen tu Madre.

## 9 DE AGOSTO

### De la heroica humildad de la Virgen N. S., por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.

*Preludios.*—Imagínate á María santísima sentada en el cielo á la derecha de su Hijo, colocada sobre todos los coros de los ángeles y sobre todos los bienaventurados, y piensa que tan grande exaltación de gloria en el cielo fué debida, principalmente, á su extraordinaria humildad en la tierra, pidiéndole al par la gracia de una profunda humildad de corazón, que te haga reconocerte sinceramente como el último de todos.

#### Punto I

*Humildad en el silencio.*

Considera que aunque la Virgen N. S. se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad, á la cual podemos atribuir su exaltación, siguiendo la regla que San Pablo pone de Cristo N. S., diciendo: «¿Qué es la causa porque subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas». Esto mismo podemos decir de su Madre bendítísima, la cual subió sobre todas las criaturas porque se humilló más que todas ellas; y la corona gloriosísima de doce estrellas que tiene en el cielo, se le dió por doce actos heroicos de humildad que ejercitó en la tierra, los cuales meditaremos; y

porque hay humildad para con Dios y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Virgen fué muy excelente, de todas diremos en los puntos siguientes. Lo primero, se ha de considerar la heroica humildad que tuvo la Virgen cerca de los dones que recibió de nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos: El primer acto, es encubrir estos dones con sumo silencio, sin descubrirlos por palabras ni movimientos ó señales exteriores, por ningún respeto humano, ni por algún título aparente de glorificar á Dios, ó aprovechar al projimo, sino es en los casos de necesidad, en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, pónese á peligro, como dice San Gregorio, de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presunción. Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaías: «Mi secreto para mí, mi secreto para mí»; y dícelo dos veces, para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas.

Este acto ejercitó la Virgen ocultando la revelación del ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo San José, á quien amaba tiernamente; por lo cual con mucha razón la llama su amado «huerto cerrado y fuente sellada», porque encerraba con silencio las gracias que recibía de Dios; sin hacer plaza de ellas hasta que Dios las manifestaba.

## Punto II

*Humildad en las alabanzas.*

Del anterior acto de humildad se sigue el aborrecer las propias alabanzas y oirlas de mala gana, con encogimiento y aflicción, porque, como dice San Gregorio, el humilde, cuando es alabado de otros, ó no reconoce en sí el bien que oye, ó si le conoce, teme perderle con la vana complacencia de su loa, ó porque quizá le premia Dios con este premio temporal para excluirle del eterno. Este acto, con modo más levantado, ejercitó la Virgen cuando el ángel la saludó con palabras de tan grande loa, llamándola «llena de gracia y bendita entre las mujeres», porque como humilde se turbó y encogió, pareciéndola que tanta grandeza no cabía en su pequeñez, por la baja estima que de sí tenía.

De aquí también nace otro acto de humildad, que es, cuando Dios quiere que sus dones se descubran, ó El los descubre por alguna vía, darle luego la gloria de todo y alabarle y bendecirle, diciendo aquello de David: «No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre sea la gloria»; y con el mismo afecto desear que todos los demás también den la gloria á Dios por lo mismo, diciendo aquello de David: «Engrandeced conmigo al Señor, y alabemos todos juntos su santo nombre». Esto hizo la Virgen cuando vió que nuestro Señor había revelado á Santa Isabel el misterio secreto de que era Madre de Dios, y cuando oyó las grandezas que de ella decía, porque al mismo punto dió la gloria de todo á solo Dios,

diciendo: «Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se dignó de mirar la pequeñez de su sierva; por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones»; con lo cual provocaba á Santa Isabel que atribuyese aquella obra á sólo Dios y confesase con ella su propia pequeñez. ¡Oh Virgen gloriosísima, que nunca os pagasteis de la gloria y fama entre los hombres, dando á sólo Dios la gloria de sus dones! Alcanzadme, ¡oh Madre benditísima! tal grado de humildad, para que sea digno de tal modo de corona.

### Punto III

*Humildad en la sujeción y obediencia.*

Considera ahora la heroica humildad que mostró la Virgen en la sujeción á Dios N. S., y á los hombres por su amor, ponderando los actos en que esta humildad suele mostrarse. Porque humildad es escoger, como dice David, el lugar más despreciado en la casa de Dios, y, cuanto es de su parte, ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. Así lo hizo la Virgen cuando vió que Dios la quería poner en el lugar más alto de su casa, después de su Hijo, haciéndola Madre suya, porque, como humilde, tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo á su deseo, la contó San Lucas en el postrer lugar después de los Apóstolos y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que había sido pública pecadora. Y por esta causa también, como humil-

de, cuando entró en Belén gustó de tomar para su morada el más vil lugar del mesón, que era el establo.

Fué también humildad sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios y de sus ministros, aunque fuesen en cosas contrarias á su honra y reputación, sin querer admitir privilegios ni exenciones, aunque tuviera causa bastante para ellas; y aunque no estuviera obligada á ellas por precepto, gusta de obedecer como todos, por humillarse más que todos (aun cuando pudiera excusar la humillación), á imitación de Cristo N. S., que se humilló á la ley de la circuncisión y «se hizo obediente hasta la muerte de cruz». Esto cumplió la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificación, aunque no la obligaba, y aunque era con algún detrimento de su honor, por ser ley dada para las mujeres no limpias que habían concebido por obra de varón, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que parían hijos, como si fuera una de ellas.

Por último, ejercitó la Virgen santísima la humildad en sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales, sino también á los menores, dando á todos el primer lugar y previniéndolos con los comedimientos y cortesías de honra, ganándolos en todo esto por la mano, conforme al consejo de San Pablo, que dice: «Por la humildad teneos por superiores unos de otros, y prevenios uno á otro en todo lo que fuere honra». Así lo hizo la Virgen cuando fué á visitar á Santa Isabel, y la saludó primero, humillándose, como dice San Ambrosio, la mayor en dignidad á la que era

mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad, sujetándose por Dios á toda humana criatura.

**Coloquio.**—¡Oh soberana Reina, que siendo más rica en gracias y dones divinos que ninguna otra criatura, os juzgabais siempre, por vuestra profundísima humildad, la más pobre y pequeña entre los pequeños! ¡Oh humildísima Señora, que siendo Madre de Dios gozabais en ocupar en todas partes el último lugar! ¡Oh Virgen santísima, que siendo más pura que los ángeles que asisten al trono del Señor, y más que los más encumbrados serafines, os sometisteis gustosa, por humillaros, á la ley de la purificación, como las demás mujeres! ¡Oh Emperatriz de los cielos, tan humildísima, que os ocupabais en los quehaceres y oficios más bajos y despreciados en la tierra! Alcanzadme que yo me humille de todo corazón en esta vida, para que merezca ser ensalzado algún día en la otra.

**Propósitos.** — Procura, á imitación de María, ocupar siempre y en todo el último lugar.

## 10 DE AGOSTO

### De otras manifestaciones de la heroica humildad de María santísima, por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.

*Preludios.*—Represéntate á la Virgen nuestra Señora en su pobre casa de Nazaret, ocupada en los oficios más bajos y humildes, siendo, como era, Madre de Dios y superior, por consiguiente, en dignidad á todos los reyes de la tierra y á todos los ángeles del cielo, y pídele la gracia de amar, á imitación suya, la pobreza y la humildad.

### Punto I

*Humildad en el servicio de los demás y en la renuncia de honores.*

Considera los demás actos heroicos de humildad en que se ocupó la Virgen N. S., sumándolos á los expuestos en la meditación ante-

rior. Figúrate á la Virgen santísima sirviendo á otros en oficios bajos y humildes, y ocupándose en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servida, sino para servir al modo que dijo Cristo N. S.: «No vine para que otros me sirvan, sino para servir Yo á todos y dar mi vida por su redención»; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero y ganando de comer con este trabajo que hacía en servicio de otros, y sirviendo después á sus discípulos, hasta lavarles los pies, dándonos ejemplos para que cumplamos lo que después dijo San Pablo: «Por la caridad del espíritu servid unos á otros».

Esto mismo ejercitó la Virgen, porque como pobre esposa de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose también en esto por esclava, cuyo oficio es servir á los demás de su casa. Y así con más humildad que Abigail, diría: «Ves aquí á tu sierva, recíbeme como esclava, para lavar los pies de las esclavas de mi Señor». Con este grado de humildad anda también junto otro su compañero, que es rehusar, cuanto es de su parte, oficios y cargos honrosos, y ministerios que son muy estimados de los hombres, ó por juzgarse por inhábil é indigno de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Virgen, la cual, como dice Santo Tomás, no hizo en su vida milagro alguno, ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Após-

toles y discípulos, acomodándose á la regla que después dijo San Pablo: «No se ha de permitir que la mujer enseñe»; antes es de creer que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibía de ellos la comunión, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo, por especial dispensación, se la comunicase. ¡Oh Virgen gloriosísima, muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que tenéis en el cielo, pues tanto os humillasteis en la tierra! justo es se os dé allá el primer lugar, después de vuestro Hijo, pues acá escogisteis el postrero; razón es que se os sujeten las jerarquías de los ángeles, pues Vos os sujetásteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guardasteis los consejos de la humildad, ayudadme para que á imitación vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en su cielo.

### Punto II

*Humildad en las humillaciones de la pobreza y en las injurias.*

Considera ahora la heroica humildad que mostró la Virgen en las humillaciones de la pobreza y en las injurias que vienen por mano ajena; las cuales son piedras de toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres; y comenzando por el más fácil, es hermosísimo acto en orden á la humildad, gustar de ser pobre y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza y las humillaciones que de ella proceden, por-

que puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos; pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad ó necesidad, causa desprecio entre los hombres; y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto, no de fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitóla la Virgen con grande gusto, en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belén fué desechada de todos cuando les pidió posada, y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificación no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y después de vuelta de Nazaret, siempre abrazó los desprecios de la pobreza, gustando de que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres como Ella era.

Pondera que otro acto heroico de humildad es llevar con paciencia y silencio las afrentas que suceden contra su honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazón que se le hace, sino callando y aceptando su afrenta y humillación con mucho gusto por amor de Dios, y en esto hay grados. El primero, es sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas. El segundo y mayor, es sufrir estas injurias, sin tener culpa en ellas, callando aunque nos levanten falsos testimonios. El tercero, muy mayor, es sufrirlas cuando nos suceden por ocasión de alguna buena obra, por la cual mereciamos gloria y alabanza. El cuarto, mucho mayor, es sufrir todo esto, no sólo de enemigos ó extraños, sino de sus mismos herma-

nos, deudos ó amigos. Tal fué la humildad que tuvo Cristo N. S. en las injurias y desprecios que padeció en esta vida; y la misma ejercitó su Madre santísima, cuando su esposo José vióla preñada, y sospechando que era adúltera la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos. Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atarle como á furioso, también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo; pero Ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de «padecer injurias por el nombre de Jesús».

### Punto III

*Humildad en las afrentas y desprecios.*

Pondera otro acto de humildad, que anda junto con el precedente, que es llevar con serenidad y paz de corazón las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas; así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores y otros prójimos nuestros, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heroica humildad, la cual agrada mucho á nuestro Señor.

Esta humildad ejercitó la Virgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, sien-

do de doce años, le dijo con aspereza á ella y á San José: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre?» Y en las bodas otra vez, con muestras de sequedad y de negarle lo que pedía, la dijo: «Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? No es llegada mi hora». Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí, y deseaban verle, respondió con gran desvío: «¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi madre y mi hermano». En todas estas ocasiones que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio. Y á este modo tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriéndolas todas con grande paz.

El último acto de humildad, es no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job, á quien como él dijo: «No atemorizó el desprecio de sus deudos», esto es, el verse despreciado de ellos. Pero más valerosamente ejercitó esto la Virgen, hallándose presente á los desprecios y afrentas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel Hombre ajusticiado y crucificado en medio de dos ladrones, y allí padeció muchas injurias con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores.

Estos son los actos de humildad que resplandecieron en la Virgen, cumpliendo lo que dice el Espíritu Santo: «Cuanto fueres mayor, tanto más humíllate en todas las cosas y hallarás gracia delante de Dios». Y así la halló la Vir-

gen en esta vida, y después fué coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones y levantándola á un trono altísimo de gloria, adonde con su Hijo, más dignamente que los Apóstoles, juzgue las doce tribus de Israel.

**Coloquio**.—Gózome, ¡oh Virgen Santísima! de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razón era que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó, por humillarse, á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estáis en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra.

**Propósitos.**—Sufre cualquier afrenta ó humillación que se te presente, en honra de la Virgen santísima.

## 11 DE AGOSTO

### Del glorioso tránsito de la Virgen N. S.

*Preludios.*—Imagínate á María santísima reclinada en su lecho de muerte, rodeada de los Apóstoles y discípulos, viendo abrirse los cielos y descender á Jesucristo entre infinitos resplandores de gloria y rodeado de innumerable multitud de ángeles, y pídele, por el extraordinario gozo que en aquel instante inundó su alma benditísima, que te alcance la gracia de una santa muerte.

### Punto I

*De los encendidos deseos que la Virgen tenía de ir al cielo.*

Considera los encendidos deseos que tenía la Virgen de ir á ver á Dios y estar junta con su Hijo; los cuales nacían no de tedio de la vida presente, sino de puro amor; el cual, cuando

es muy grande, suspira por la presencia de su amado, y no halla descanso sino es en verle; y como era tan versada en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto. Unas veces, hablando consigo misma, diría con David: «Ay de mí, que se ha dilatado mucho mi peregrinación, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar, muchos días ha sido mi alma peregrina en esta vida». Otras veces, hablando con Dios, diría: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á Ti, mi Dios; mi alma tiene sed de Dios, fuerte y vivo: ¿cuándo tengo de ir á parecer en la presencia de mi Dios? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me des la corona de justicia que me tienes prometida». Otra vez, hablando con los ángeles que la visitaban, les diría aquello de los Cantares: «Conjúroos, moradores de la celestial Jerusalén, que si viereis á mi Amado, le digáis cómo estoy enferma de amor»; decidle que mi espíritu desfallece, y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de El.

Pero también dentro del corazón de la Virgen habría una santa contienda, como dice de sí San Pablo, entre el amor de Dios y el amor del prójimo; porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado, y estar con Cristo; mas el amor del prójimo decía que era necesario quedarse acá por hacerle bien; y como estaba tan resignada en la divina voluntad, con una excelentísima obediencia diría lo que dijo después San Martín: «Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehuso el trabajo, há-

gase tu voluntad». ¡Oh Virgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo ni lo serás de la muerte, ni temiste morir ni rehusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios! ¡Oh, si viviese yo de tal manera que pudiese imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignación, deseando la muerte con alegría y sufriendo esta vida con paciencia!

Cuando la Virgen sintió que le faltaban pocos días de vida, comenzó con nuevo fervor á prepararse para la partida, ejercitando actos de virtud más esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares: «Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor»; como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida, producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas tengo de imitar á la Virgen disponiéndome para la muerte, con deseos encendidos de ver á Dios, con resignación en su voluntad y con obras más perfectas, aumentando el fervor cuando presumo que está cerca la partida; porque no carece de falta ser tibio en desear ver á Dios y alcanzar la bienaventuranza.

### Punto II

*Maravillas que precedieron á la muerte de la santísima Virgen.*

Considera las cosas que precedieron á la muerte de nuestra Señora, ponderando primeramente cómo Dios N. S., aunque preservó á la Virgen de la culpa original, no quiso pre-

servarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella, como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte. Y para que la Virgen imitase también en esto á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte, y para que mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne á morir; pues, como dice San Pablo, no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria, y también para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque había de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde sacaré títulos para suplicar á la Virgen me socorra en aquella hora, alcanzándome algún favor de los muchos que Ella recibió entonces, diciéndole con mucho espíritu aquellas palabras del Ave María: Rogad por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Y el otro himno que dice: María, Madre de gracia, Madre de misericordia, libradnos del enemigo y recibidnos en la muerte.

Lo segundo, consideraré cómo llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Virgen, su Hijo le envió al arcángel San Gabriel para que le diese la nueva de ello; vendría resplandeciente como cuando vino á anunciarle la Encarnación del Verbo divino, y es de creer que entraría con la misma salutación diciéndole: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre Jesús. De su parte vengo á decirte, cómo ya es llega-

da la hora en que quiere llevarte consigo, y dar juntamento contento á todos los cortesanos del cielo, que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía». ¡Oh, qué sentimientos tan levantados tendría la Virgen con tal nueva! Por una parte, llena de júbilos de alegría diría con David: «Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor». Y por otra parte, con grande resignación repetiría también la respuesta que dió la otra vez al mismo ángel, diciéndole: «Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazón, para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignación.

Lo tercero, consideraré cómo milagrosamente vinieron los Apóstoles y otros muchos discípulos á estar presentes á la muerte de la Virgen. Todos lloraban su ausencia, y se encomendaban en sus oraciones; y Ella consoló á todos, y les dió consejos muy saludables, y á imitación de su Hijo, oró por ellos, y echóles su bendición con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima! huérfanos quedamos en la tierra si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros viviremos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendición nos dejáis prendas de que subiremos con Vos á gozar de vuestro Hijo por todos los siglos.

### Punto III

*Muerte de la Santísima Virgen.*

Considera cómo llegada ya la hora, bajó Cristo N. S. del cielo por su Madre. Y es cierto que trajo innumerable multitud de ángeles para que se hallasen presentes á su muerte, echando de allí á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh, qué palabras tan regaladas diría el Hijo á su Madre! No alcanza nuestro entendimiento á conocerlas, si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor: «Levántate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos. Ven, oh Esposa mía, del Líbano y de los montes altos y fértiles de virtudes en que has morado; deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y monte de tigres; ven y serás coronada con la corona de justicia que tan bien has merecido».

En viendo la Virgen á su Hijo, y oyendo las palabras, que le decía al corazón, es de creer que con la grande caridad que tenía le pediría consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendición. Y luego, acordándose del modo cómo su Hijo expiró en la cruz, diría las mismas palabras que El dijo: «¡Oh Padre mío en cuanto Dios, é Hijo mío en cuanto hombre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu!» Y en diciendo esto expiró. ¡Oh, cuán preciosa fué la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus Santos! Fué pre-

ciosa, porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales; porque murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz, porque fué tan grande la alegría que tenía su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo y porque todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces manifestándoselas Dios para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen, ¿cuánto más bienaventurada sería la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban?

Después que la Virgen expiró, dieron sepultura á su bienaventurado cuerpo con grande pompa del cielo y de la tierra; de modo que podemos decir de ella lo que dice Isaías de Cristo, que «su sepulcro fué glorioso», porque concurrieron á él la gente más gloriosa de la tierra y del cielo; es á saber: los Apóstoles y muchos discípulos, y también los coros angelicales que seguían el cuerpo y estuvieron tres días en el sepulcro con música celestial, honrando á la que era Reina suya y estaba allí depositada. Fué también glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, y también porque, puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Virgen, es de creer que luego les daría nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que

tenían en el cielo á su Madre y abogada, que miraría por ellos.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen soberana! De la manera que puedo, quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu, y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y de ángeles para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era que, pues vuestro cuerpo fué sepulcro gloriosísimo donde el Verbo Eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres días. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres días ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razón era que en estos tres días los ángeles le sirviesen de lengua para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo Eterno, por la honra que hacéis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte que merezca, en su compañía, gozaros para siempre en la gloria.

**Propósitos.**—Procurar imitar en la vida á la Virgen, para merecer que ella te acompañe en la hora de la muerte.

## 12 DE AGOSTO

### De la Asunción de la Virgen cuanto al cuerpo, y del lugar que ocupa en el cielo empíreo.

*Preludios.*—Imagínate cómo al tercer día después de la muerte de nuestra Señora, bajó del cielo su santísima alma y se unió al cuerpo que estaba en el sepulcro, resucitándole, y cómo nuestra Señora subió al cielo en cuerpo y alma gloriosa y triunfante, y pídele la merced de resucitar de la muerte de la culpa á la vida de la gracia.

#### Punto I

*Incorrupción del cuerpo de María.*

Considera la incorrupción del cuerpo sacratísimo de la Virgen, los tres días que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenía en vida; porque así

como esta Señora, aunque fué concebida por el orden natural de los demás hombres, fué por especial privilegio preservada su alma de la corrupción de la culpa, así también, aunque murió como los demás hijos de Adán, por privilegio especial fué preservado su cuerpo de la corrupción, que fué pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldición que echó Dios al hombre cuando le dijo: «Polvo eres, y en polvo te has de volver».

Las causas de este privilegio fueron tres. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fué milagrosa y nunca oída, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda la vida; y así, había de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro sin corrupción por toda la eternidad. La segunda causa fué, en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adán terreno; y así, era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adán celestial, por cuya santidad dijo David: «No permitirás que tu santo vea corrupción».

De aquí nace la tercera causa, porque así convenía á la honra de Cristo N. S., cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre por haber sido tomada de Ella; y como su carne nunca experimentó corrupción, así, dice San Agustín, era razón que no la experimentase la carne de su Madre, en

la cual estaba en cierto modo la de su Hijo. ¡Oh Madre benditísima de Jesús, arca del Nuevo Testamento fabricada de madera incorruptible, cubierta de oro purísimo para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo! gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornasteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ¡oh Virgen soberana! aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y modesto, que es rico delante de Dios, para que libre mi alma de la corrupción de la culpa, sea también á su tiempo librado mi cuerpo de la corrupción que merece por ella.

### Punto II

*Resurrección del cuerpo de nuestra Señora.*

Considera la resurrección del cuerpo de la Virgen, saliendo al tercer día del sepulcro, vivo y glorioso, por la virtud y omnipotencia de su Hijo, al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre hasta el día de la resurrección general; y así, quiso anticiparla, resucitándola al tercero día. La primera causa de este favor fué, porque como el Hijo de Dios amaba tanto á su Madre, quiso cumplir y llenar, no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenía de reunirse con su cuerpo, cual le tienen las almas de los bienaventurados, las cuales, como se dice en el *Apocalipsis,* claman con clamor de gran deseo por la resurrección de sus cuerpos; y pues el cuerpo y el alma de la Virgen siempre estuvieron muy unidos y conformes en cum-

plir la voluntad de Dios, razón era que Dios los tornara luego á unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen. La segunda causa fué, para darnos esperanzas de nuestra resurrección con la fe de que no solamente resucitó Cristo, verdadero Dios y hombre, sino también su Madre, que era pura criatura, y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando, no las cosas de la tierra, sino las cosas del cielo, donde está Cristo y su Madre sentada á su diestra. La tercera fué, para que con toda propiedad, desde luego hasta el día del juicio, y para siempre se conservase en la Virgen el nombre de Madre de Dios, porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma sino al compuesto de cuerpo y alma. Y también para que en el cielo pudiese cumplidamente hacer por nosotros el oficio de Madre y abogada, aplacando la indignación de su Hijo, así como el Hijo aplaca la ira del Padre mostrándole sus llagas. Y así tuviese también en el cielo una ayudadora semejante á sí mismo en la gloria del alma y cuerpo, como la tuvo Adán en el paraíso.

Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar á la Virgen, uniendo su alma con su cuerpo. ¡Oh, qué alegre estaría esta Señora con este nuevo beneficio, y cuán de veras renovaría en este tercer día su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, ánima mía, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, glorificando mi alma y también mi cuerpo! ¡Oh, qué gozoso estaría

aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria! Quedó mil veces más resplandeciente que el sol y hermosísimo sin comparación más que la luna llena; quedó inmortal, impasible, ligero y todo espiritualizado sin temor de hambre, ni de frío, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para nunca más morir. Gracias os doy, Verbo eterno, por este nuevo favor que habéis hecho á vuestra Madre, volviendo por su honra y por la vuestra, pues la gloria de los hijos es tener gloriosos padres. Gózome, Virgen gloriosísima de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo. Abogad por mí en su presencia, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida y después cumplidamente me glorifique en la otra.

### Punto III

*Asunción de María santísima en cuerpo y alma al cielo.*

Considera la Asunción del cuerpo glorificado de la Virgen al cielo. Y aunque no sabemos el modo cómo esto pasó, pero podemos meditarlo á semejanza de la Ascensión de Cristo N. S., imaginando que la resurrección de la Virgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurrección general el día del juicio.

Estaban guardando el sepulcro millares de ángeles, cantando músicas celestiales, y desde allí darían voces á Cristo N. S., diciéndole aquello del Salmo: «Levántate, Señor, á tu descanso, Tú y el arca de tu santificación», porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

Luego comenzó á subir esta soberana arca en brazos de querubines y serafines; rompiendo por esos aires con júbilo de inefable gozo y alegría, penetró todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomón en el *Santo de los santos*, y lugar más alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo, rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedía á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba. ¡Oh, qué claro estaría este cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! ¡Oh, qué alegres estarían los ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesión esperaban que se repararían las sillas de este reino! ¡Oh, qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! ¡Oh, qué contenta estaría esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo más bajo de la tierra hasta lo más alto del supremo cielo!

**Coloquio.**—¡Gózome, oh Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra por especial privilegio desde luego para vues-

tro cuerpo! ¡Levantad, oh Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estáis sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre es razón que estén los hijos, y donde está el cuerpo se han de congrégar las águilas! ¡Oh, quién me diese alas de águila para volar á lo alto y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Virgen! Levántate, oh alma mía, con grande gozo, subiendo sobre ti misma y sobre todo lo criado. Olvídate de las cosas de la tierra, y suspira por las del cielo donde están tu Padre celestial y tu gloriosa Madre: imita la humildad que tuvo en esta vida, para que seas con ella ensalzada en la otra.

**Propósitos.**—Excitar en ti el deseo de la santidad para llegar á contemplar un día la gloria inefable de tu Madre la Virgen santísima.

## 13 DE AGOSTO

### De la entrada de nuestra Señora en el cielo y de su gloria esencial.

*Preludios.*—Imagínate la gloriosa y solemne entrada de la Virgen santísima en el cielo, adelantándose á recibirla amorosamente la Trinidad beatísima, y pídele fuerzas para huir del pecado, único obstáculo que en su día pudiera impedirte entrar en la gloria.

### Punto I

*Partida de nuestra Señora.*

Considera la gloriosa subida y entrada de la Virgen en el cielo empíreo, porque en expirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fué glorificada; pero meditando esto á nuestro modo como si hubiera sucedido poco á poco, primero ponderaré los dulces abrazos que se darían Madre é Hijo en aquella primera salida, con un gozo inefable. ¡Oh, qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante!

Con qué afecto diría: «Hallado he al que ama mi alma; téngole, y no le dejaré hasta que me entre y lleve consigo á la casa de mi madre, la celestial Jerusalén». ¡Oh Virgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con El á la casa de mi madre, donde Vos, Madre mía, moráis gozosa con vuestro Hijo por todos los siglos!

Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Virgen celebrando su Asunción. Saludábanla, como dice San Atanasio, con varias salutaciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanla el parabién de las grandezas que Dios había obrado en ella, y á una voz entonaban todos la salutación de San Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo, uniéndome con el espíritu á todas estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo como los hebreos el de Judith. ¡Oh Virgen gloriosísima, Tú eres gloria de Jerusalén, así de la militante como de la triunfante! ¡Tú eres alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplación en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra! ¡Tú eres honra de nuestro pueblo, porque obraste siempre varonilmente y amaste la castidad, siendo más pura que la nieve y que los mismos ángeles! Por esto serás bendita para siempre, y por tu causa serán benditos los que por Ti fueren amparados.

Lo tercero, ponderaré cómo subía esta Señora, no llevada por manos de ángeles, como

fué llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino por las manos de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez trayéndole en los suyos.

De aquí procedió la grande admiración de las jerarquías celestiales, cuando dijeron: «¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada á su Amado?» Como si dijeran: «¿Quién es ésta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando, no en sí misma, ni en los ángeles, sino en su Amado?

Llévame en pos de Ti, ¡oh Madre amantísima! para que mi corazón no more ya en la tierra, sino donde está mi tesoro, que eres Tú, mi consuelo y mi esperanza.

### Punto II

*Llegada de la Virgen al cielo.*

Considera cómo entró la Virgen en el cielo empíreo con alegría inefable de todos los corazones celestiales y de la santísima Trinidad, porque el Padre Eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo, de tener consigo á su dulce Madre, y el Espíritu Santo de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh, qué recibimiento tan alegre! ¡Oh, qué ósculos de paz tan dulces! ¡Oh, qué abrazos tan amorosos! ¡Oh, qué coloquios tan tiernos pasarían entre tal Hija con tal Padre y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas,

sobre honrar á tal Princesa! Todo esto tengo de venerar con silencio y admiración, porque es más de lo que puedo pensar.

De esto tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Virgen en esta jornada, comenzando desde luego á disponerme para ella. Lo primero, en dejar ya con el corazón el mundo, imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él, para ser capaz de los espirituales. Lo segundo, en procurar subir cada día y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas ni arrimándome á brazo de carne, sino al brazo de Dios, poniendo en El mi confianza. Y lo tercero, en procurar alegrarme siempre en Dios y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea, como dice San Pablo, rico en Cristo, sin que me falte alguna gracia, esperando con gran confianza el día en que se me ha de manifestar su gloria.

### Punto III

*Gloria esencial del alma de María.*

Considera ahora la gloria esencial del alma de la Virgen N. S.; porque si á todos los justos, dice Cristo N. S., «se les dará medida buena, llena, apretada y colmada», ¿qué medida daría á su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida casi sin medida recibiría del mismo Dios? La medida de la Virgen en el servicio de su Hijo, siempre fué buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa,

llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias; apretada con trabajos y mortificaciones, colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho más de lo que tenía obligación y deseando siempre hacer más, sin poner tasa ni medida á su deseo; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria mil veces más excelente que sus servicios, ¿cómo premiaría la medida tan excelente de su Madre? Sólo el mismo Dios que se la dió, y la Virgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida. A nosotros bástanos saber que la Virgen quedó llena, harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito: «Hartaréme cuando se me descubriere tu gloria». Diríala Dios N. S., lo que dijo Holofernes á Judith: «Bebe, hártate y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia». Y respondería la Virgen como Judith: «Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida en este día más que en todos los demás de su vida».

Bebió la Virgen, y quedó harta, porque su entendimiento quedó harto y satisfecho con la vista clara de Dios, trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tanta abundancia, que los querubines que se llaman plenitud de ciencia, en su comparación están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios, gozando de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor, que los serafines, que quiere decir encendidos, en su comparación están como helados. Su espíritu todo quedó harto,

con la posesión pacífica del bien infinito que había deseado, engolfándose en el mar de los gozos de su Señor y bebiendo del río impetuoso de sus deleites, con tanta plenitud, que en su comparación los ángeles están como sedientos. Finalmente, entonces echó Dios el resto de su bondad y omnipotencia en hartar los deseos de su Madre con toda la hartura que convenía á una pura criatura, premiándole las veces que Ella le había dado á beber, no un cáliz de agua fría, sino la leche de sus pechos, hasta hartarse. Entonces la introdujo en el río de los goces de su divinidad para que se hartase con la dulzura infinita de su amor. Entonces también le premió la bebida del cáliz amargo que por su causa recibió en la Pasión, dándole á beber el cáliz dulcísimo de su gloria, con el cual echó en olvido todas las amarguras pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras; enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor, y todas las miserias del hombre viejo, renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen gloriosísima, gózome de vuestra gloria y del gozo y hartura que tenéis en esa mesa del cielo, donde estáis sentada con vuestro Hijo y á su lado comiendo y bebiendo lo mismo que El come y bebe; mejor merecéis ese asiento y esa hartura que los Apóstoles, pues permanecisteis con El en sus tentaciones más fielmente que todos ellos! ¡Y pues la medida que se os da es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra repartiendo con nosotros algunas migajas de ella!

**Propósitos.**—Saca un propósito grande de imitar á la Virgen en la medida con que sirvió á Dios, animándote á ello con la esperanza de la gloria que

Dios te dará mil veces mayor que tus obras, por lo que de su naturaleza merecían, por lo cual dijo San Pablo «que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra».

## 14 DE AGOSTO

### De la coronación de María Santísima.

*Preludios.*—Imagínate el acto augusto de la coronación de María Santísima por la beatísima Trinidad, y pide á nuestra Señora la gracia de imitar sus virtudes para que en su día logres también ser coronado en el cielo.

#### Punto I

*Corona de potestad, de sabiduría y de caridad.*

Considera la coronación de nuestra Señora con las demás circunstancias de su gloria. Porque lo primero, la Virgen sacratísima fué levantada sobre los nueve coros de ángeles á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo á su mano derecha, en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomón sentó en otro trono á su madre Bersabé. Allí se cumplió lo que está escrito: «Asistió la Reina á tu mano derecha vestida con un vestido de oro y adornada con variedad»; porque así, como de Cristo N. S. se dice estar á la diestra del Padre en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria, que hay en el cielo, así la Virgen está á la diestra de su Hijo, porque después de El tiene el más alto grado de gloria sobre todos los coros de los ángeles, y de los demás espíritus bienaventurados; porque cuanto es más glorioso el nombre de madre, que el nombre de siervo y criado, tanto es más alto el trono de la Virgen que el de los demás santos,

Lo segundo, fué coronada de la Santísima Trinidad con coronas preciosísimas. El Padre Eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola, después de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, cumpliéndose también en Ella aquello del Salmo: «Coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos». El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduría dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas criadas y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y abogada nuestra.

El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvación. ¡Oh, qué admiración y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas cuando vieron á la Virgen con tales coronas! Los serafines se admiraban del ardor de su caridad; los querubines de la plenitud de su ciencia; los tronos de la abundancia de su paz; las dominaciones de la grandeza de su potestad; las virtudes de la excelencia de sus dones, y los demás ángeles de la soberanía de su perfección y santidad. Gózate, oh alma mía, de esta corona de la Virgen; alégrate que tienes Madre en el cielo de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesión remediar tus miserias, y de tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades y entiende tus deseos y oraciones, y de tanta caridad y celo, que desea más que tú el cumplimiento de ellas. ¡Oh Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con misericordia y abundancia de

misericordia! suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra.

### Punto II

*Coronas de gloria accidental.*

Considera cómo demás de esto, la Santísima Trinidad coronó á la Virgen con las tres coronas de gloria accidental, que los teólogos llaman laureolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor; conviene á saber: laureola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué Virgen de las vírgenes, fué mártir en la pasión de su Hijo, y fué maestra de nuestra sacrosanta religión, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. ¡Oh Reina soberana, cuán bien merecidas tenéis estas coronas en el cielo por los copiosos frutos que llevasteis en la tierra! Llevasteis fruto de treinta como Virgen y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir; justo es que á tales trabajos respondan tan preciosas coronas, y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

Por eso la Virgen santísima es llamada con justicia y razón Reina de las Vírgenes, Reina de los mártires y asiento de la sabiduría. Porque, ni ha habido pureza como la suya, ni pasión y martirio como el de su alma, y por Ella la sabiduría eterna bajó hasta nosotros. Todas las coronas parecíanle pocas á la augusta Trinidad para aquella cabeza purísima de la Reina de los cielos y la tierra.

¡Gózome, oh Reina de los ángeles, de la al-

teza de vuestro trono! ¡sea para bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo! ¡Oh, cuán bien os está esa vestidura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel que después se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas, esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos, ¿cuánto más adornada estaréis Vos con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de esa celestial Jerusalén? Mirad, oh madre de misericordia, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas que es la caridad, con la pedrería de las demás virtudes, para que sea digno de parecer en la presencia de mi Dios, y gozar de El en vuestra compañía.

### Punto III

*Corona de virtudes.*

Considera cómo últimamente fué coronada esta Señora con la corona de doce estrellas, de que se hace mención en el *Apocalipsis*, porque como concurrieron en ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en ella sumamente con grandes ventajas, la fe y esperanza de los patriarcas, la luz y contemplación de los Profetas, la caridad y celo de los Apóstoles, la fortaleza y magnanimidad de los mártires, la paciencia y penitencia de los confesores, la sabiduría y discreción de los doctores, la santidad y pureza de los sacerdotes, la soledad y

oración de los ermitaños, la pobreza y obediencia de los monjes, la caridad y limpieza de las vírgenes, la humildad y sufrimiento de las viudas con la fidelidad y concordia de los santos casados, y, por consiguiente, recibió los premios y coronas de todos ellos, con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio: «Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero Tú has excedido á todas»; que es decir: muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero Tú allegaste mucho más que todas ellas. Levántate, pues, alma mía, en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomón, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo y en el día de la alegría de su corazón. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaría su antiguo cántico, diciendo: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva; desde hoy más me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, y su santo nombre».

**Coloquio.**—¡Oh Virgen gloriosísima! Ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues tenéis en posesión lo que hasta aquí teniais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es Todopoderoso; pero el día de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estáis de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesión y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así, con mucha humildad, arrojan sus coronas á vuestros pies, re-

conociendo que por vuestro medio las ganaron. ¡Oh abogada piadosísima y medianera poderosísima! Socorredme con vuestra intercesión para que yo también sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria y alcance la corona eterna de la gloria.

**Propósitos.**—Humillarse y sufrir con María, para merecer ser ensalzados con ella.

## 15 DE AGOSTO

### De la gloria de la Virgen santísima en este hermoso misterio.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

### Punto I

*El misterio de la Asunción, plenitud de la santidad de María.*

Considera que la Asunción de la Virgen santísima es el colmo de su santidad. El ángel la llama llena de gracia en el misterio de la Anunciación, ¿cuál sería la plenitud de esta gracia en el tiempo de su muerte? Porque María, desde el primer instante de su concepción, tuvo más gracia y más ardiente caridad que los más elevados serafines; ¿cuál sería su gracia, y cuál sería su caridad en el último instante de su vida? Dios sólo, que la llenó de tanta gracia, conoce su medida. En efecto: ¿cuánto creció esta gracia durante su vida, que fué de setenta y dos años? ¿A qué colmo de caridad llegó á la hora de la muerte, correspondiendo María á la gracia con toda la fidelidad que puede una pura criatura? Para calcular esto de algún modo considera que á cada momento la gracia en María no sólo se au-

mentaba, sino que se duplicaba. Ciertamente, se puede decir, que la caridad de María se halló tan perfecta en la hora de su muerte, que excedió á la de todos los santos juntos, y que murió, no por efecto de la debilidad de la naturaleza, sino á impulsos de los esfuerzos de su amor. Los justos mueren en el amor de Dios; los mártires mueren por el amor de Dios; pero sólo pertenece á la Madre de Dios morir por el esfuerzo del amor de Dios. Morir de esta manera, ¿se puede llamar muerte?

¡Oh Virgen santísima! que empiezas tu vida siendo Inmaculada y la concluyes levantándote á tal grado de gracia y de gloria que sólo El que hizo en ti cosas grandes, lo puede comprender. Bendita seas y alabada por todas las generaciones en la plenitud de tu santidad, y dame á mí, pobre hijo tuyo, que cada día más y más te ame y te bendiga.

### Punto II

*El misterio de la Asunción, plenitud de la gloria de María.*

Considera que la Asunción de María es también la plenitud de su gloria. La gloria de María fué proporcionada á su humildad, y como su humildad fué el fundamento de su elevación, así fué también su medida. María fué la más elevada de todas las criaturas, porque había sido la más humilde. Se puede decir de María como de su Hijo, «que sólo subió tan alto, porque bajó tan bajo». En segundo lugar, la gloria de María fué proporcionada á su gracia y á su caridad; viste hasta dónde llegaron éstas, es decir, á un grado casi infinito

y que no parece cabe más en una pura criatura, pues juzga por ahí la medida de su gloria. En tercer lugar, su gloria es proporcionada también á su dignidad, y así como la dignidad de Madre de Dios excede, no solamente á la dignidad de cualquiera criatura, sino también á la de todas las criaturas juntas, del mismo modo debemos creer que, como el sol tiene más luz él solo que todos los demás astros juntos, así María ella sola tiene más gloria que todos los santos y ángeles, los cuales publican su inmensa gloria mirándola extasiados en su Asunción: «¿Quién es esta que se levanta tan resplandeciente como el sol?»

Esclarece mis ojos, oh Madre mía, para que á vista de tu gloria, y enamorado de ella desprecie todo lo terreno y sólo aspire á lo celestial y divino.

### Punto III

*El misterio de la Asunción es el fundamento de nuestra confianza.*

Considera que la Asunción de María es el gran apoyo de nuestra confianza. Porque si la Virgen santísima sube hoy al cielo, si está sentada á la mano derecha de su Hijo, es para hacer el oficio de Abogada de los hombres. ¿Recelas, dice San Bernardo, dirigir al Padre tus ruegos? El te dió á su Hijo por mediador; pero como pudiera ser que la Majestad misma del Hijo, que igualmente es Dios, te espante más, por esto te dió á su Madre por mediadora con su Hijo. Clama, pues, con confianza á este trono de gracias y misericordias, que serás más presto oído clamando á la Madre que

clamando inmediatamente al Hijo; no porque tenga más poder ni más misericordia que El, cuando todo lo que tiene lo tiene de su preciosísimo Hijo, sino porque aunque su Hijo es misericordioso, es también justo; aunque es nuestro Salvador, es también nuestro Juez; si lo uno nos inspira confianza, lo otro nos causa temor. Pero en María sólo hay misericordia, sólo hay ternura de Madre, *In Maria pura humanitas;* y por eso, por miserable, por gran pecador que seas, ruega á María, no sólo sin temor, sino con todo género de la mayor confianza, seguro de que no serás desechado.

Inspírete también gran confianza su amor para con los hombres, á los que por mil títulos ama como á hijos engendrados al pie de la cruz. Inspírete gran confianza su poder, que sólo lo tiene para hacer bien á sus hijos, á los que debe, en cierto modo, todo cuanto es. Inspírete gran confianza la experiencia de su protección, pues jamás se ha oído que María haya desechado los ruegos de quien á ella haya acudido con fe y confianza.

**Coloquio.**—¡Oh Virgen santísima! ¡Oh Madre de Dios y de los hombres! ¡Oh mi única esperanza después de vuestro Hijo Jesús! No me cuido de qué muerte haya yo de morir, como muera en gracia. Moriré sin temor, si muero en vuestros brazos; y me tengo casi por seguro de morir bien, si muero en vuestro servicio, porque no dejaréis perecer á vuestros devotos, y salvaréis á todos los que tienen la gloria de serviros. No dejéis de asistir á mi muerte, así como estuvisteis presente á la de vuestro Hijo. Y, pues, visteis morir al Caudillo de los predestinados, mueran también todos los predestinados, en vuestros brazos. Estas son las resoluciones que formo y que os ofrezco en este hermoso día, el mayor de vuestra gloria y triunfo. Quiero desprenderme del mundo para morir sin tristeza como Vos, quie-

ro afligir y mortificar mi cuerpo, para morir sin dolor como Vos; quiero abstenerme de los pecados, para morir sin temor como Vos. Quiero vivir en el dolor, para morir con alegría como Vos; quiero vivir en el trabajo, para morir en reposo; quiero vivir como hijo vuestro, para morir como predestinado; quiero, finalmente, vivir en gracia, para morir también en gracia y veros en vuestra altísima gloria.

**Propósitos.**—Dar la enhorabuena á María santísima de su gloria y de su poder, dándote á ti también la enhorabuena al mismo tiempo, porque su gloria y su poder son los motivos de tu confianza.

## 16 DE AGOSTO

### De la perfección de la ley evangélica que Cristo N. S. publicó en el sermon del monte.

*Preludios.*—Oye á Cristo N. S. proponiendo á las turbas su ley divina y pídele favor, y gracia para observarla con toda la exactitud que exige la perfección de tu estado.

#### Punto I

*De la exactitud con que hemos de guardar la ley de Cristo N. S.*

Considera dos memorables sentencias que Cristo N. S. dice en el Evangelio para hacernos ver con cuánto cuidado desea El que observemos su santa ley. La primera es: «Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare á quebrantarlos, será pequeño en el reino de los cielos», esto es, en la Iglesia militante y triunfante.

En estas palabras nos avisa Cristo N. S. lo primero, que quien quebrantare un mandamiento de los pequeños, aunque guarde los demás, será pequeño, esto es, será despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos, y

por consiguiente, excluído de él, como indigno de tal reino, así como Adán fué echado del paraíso por haber quebrantado un solo precepto; porque quien quebranta uno injuria, como dice el Apóstol, al legislador que los puso todos, y destruye la caridad en que están unidos todos; y así, perderá los bienes del cielo, como si los quebrantara todos.

Pero si el mandamiento fuera de los más pequeños, esto es, de los que no obligan á culpa mortal, quien á sabiendas y de malicia lo quebrantare, también será pequeño en virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda. Porque debiera mirar, que aunque la cosa es pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es corta injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, quien es vencido de cosa pequeña será pequeño y muy tacaño y mezquino con Dios, pues por su amor no se vence ni aun en cosas tan insignificantes. Y se cumplirá en él lo que dice el Sabio: Que quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en culpas grandes.

Lo tercero, si no contento con quebrantar algún mandamiento persuadiere á otros lo mismo, ó con palabra ó con ejemplo, escandalizándoles y provocándolos á pecar, éste será el mínimo en el reino de los cielos, y será excluído de él por dos títulos; esto es: por haber sido malo para sí y para otros.

La segunda sentencia que nos demuestra cuánto desea Cristo N. S. la observancia total de la ley, es la siguiente: «Quien hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos».

En las cuales palabras nos enseña que la medida de la santidad y de la grandeza en virtud y del premio, que se dará por ella en el reino de los cielos, es la observancia de la ley, en la cual hay dos grados. Uno es hacer y otro enseñar. Hacer, es cumplir toda la ley cuanto á los mandamientos grandes y pequeños, sin dejar ninguno, por insignificante que sea. Enseñar, es persuadir á otros que cumplan la misma ley que él cumple. Y este segundo grado es más excelente que el primero, pero juntólos Cristo N. S. para significar que tienen alguna trabazón, por cuanto el segundo no hace grande al que enseña sino es que obre. Y el primero, por la parte que obra, enseña también con el ejemplo, y está dispuesto á enseñar de palabra cuando Dios se lo mandare, por razón de su estado y oficio, ó por la ley y dictamen de la caridad; y cuando de esta manera enseña, es muy grande entre los grandes del cielo; porque no hay mayor grandeza, que á imitación de Dios ser bueno y perfecto en sí mismo, y ayudar á que otros sean también buenos y perfectos, como veremos en el punto que se sigue.

### Punto II

*De la perfección á que nos exhorta Cristo N. S. en la observancia de su ley.*

Considera la grandeza de perfección á que Cristo N. S. nos exhorta en la observancia de su ley, la cual es la mayor que en esta vida se puede alcanzar, como la declaró por aquellas regaladas palabras: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». Para pe-

netrar la soberanía de esta sentencia, has de ponderar cómo la perfección de Dios N. S. consiste en tres cosas. La primera, en carecer de toda culpa y defecto; de modo que le es imposible hacer cosa que sea mala ó defectuosa contra su bondad y santidad. La segunda, en abrazar todas las virtudes y perfecciones que se pueden imaginar, sin que le falte ninguna; porque cuantas hay en las criaturas y otras innumerables que no alcanzamos, están unidas en el Criador. La tercera, es tener cada una de estas perfecciones con la mayor excelencia que es posible. De modo que no se puede imaginar mayor sabiduría, bondad y caridad que la de Dios, porque es infinitamente sabio, bueno y caritativo, y lo mismo en las demás perfecciones.

De aquí es que, siendo Dios tan perfecto en sí mismo, tiene grande inclinación á que todas sus obras sean perfectas y participen en el grado que pueden de su infinita perfección, especialmente los hombres que crió á su imagen y semejanza; y de este deseo nace decirnos Cristo: «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial». Que es decirnos: No os contentéis con una mediana pureza y santidad, ni toméis por dechado de vuestra perfección solamente á Abraham ó Moisés, ó alguno de los profetas, ni solamente á los ángeles, querubines ó serafines, sino tomad un dechado infinito de perfección infinita, para que á su imitación procuréis la mayor perfección que os fuere posible; y este dechado sea vuestro Padre celestial, para que como hijos procuréis serle muy semejantes en las tres cosas que abraza su infinita perfección. Gracias te doy,

Hijo de Dios vivo, por el favor que haces á los hijos adoptivos, exhortándolos á ser perfectos como lo es tu Padre celestial. Ilústrame, ¡oh Maestro soberano! para que conozca la perfección que me encomiendas, enciéndeme para que la ame, y fortaléceme para que la busque de modo que la alcance.

De aquí he de sacar unos fervorosos propósitos de imitar la perfección de Dios. Lo primero, procurando apartarme de toda culpa, no sólo mortal, sino aun venial, en cuanto pudiere, conforme á lo que Dios dijo á su pueblo: «Sé perfecto y sin mancha delante de Mí». Lo segundo, procurando ganar todas las virtudes, ejercitar sus obras con la mayor extensión que pudiere, no solamente las de precepto, sino las de consejo, pues mi Padre celestial, no solamente me da las cosas necesarias para la vida, sino otras muchas para mi regalo. Lo tercero, procurando ejercitar las virtudes con el más excelente modo que me fuere posible. De suerte, que mi amor de Dios sea con el modo que se pone en el precepto, amándole con todo mi corazón, alma y fuerzas; y mi obediencia, humildad y paciencia sea con los grados mayores que pueden tener estas virtudes, procurando, como dice San Pablo, que mi caridad crezca más y más, aprobando siempre las cosas que son mejores. Y pues la caridad no tiene límite en su aumento, mi deseo ha de ser de crecer siempre en ella. ¡Oh alma mía, pues este dechado es infinito, y por mucho que le imites es infinito lo que te queda por imitar, imítale cuanto más pudieres para llegarte más á su infinita perfección! ¡Oh Padre amantísimo, pues me mandas sea perfecto

como Tú lo eres, dame lo que me mandas para que cumpla lo que deseas!

### Punto III

*De la soberana perfección de la ley evangélica.*

Considera, por último, la soberana perfección de la ley evangélica que Cristo N. S. promulgó para que fuésemos perfectos como su Padre celestial lo es, ponderando cómo tiene esta ley divina otras tres cosas en que es semejante á la perfección de Dios.

La primera, es prohibir todo género de culpa, grande y pequeña, hasta una palabra ociosa, sin que consienta cosa alguna defectuosa. Y para más desviarnos de las culpas mayores, nos encarga que nos desviemos aun de cosas muy menudas y de cualesquier aficiones demasiadas que pueden ser ocasión de ellas. Y esto se puede ponderar discurriendo por algunos mandamientos que llamamos negativos, en que se nos prohibe algo. Porque en el segundo, para que estemos más lejos de jurar mal, dice Cristo N. S. que no juremos, ni aun por un cabello de nuestra cabeza; y que nuestro ordinario hablar sea, sí, sí; no, no; porque lo demás, ó es malo, ó peligroso, ó imperfecto, sino es en caso de grave necesidad. En el quinto, para desviarnos de matar al prójimo, dice: Que no le injuriemos de palabra, ni por seña, ni tengamos ira interior; y que si nos injuriare, con gran paciencia le suframos, volviendo el carrillo izquierdo al que nos hiriere en el derecho. En el sexto, para no caer en deshonestidad, manda, que si mi ojo ó mano derecha me escandaliza, los arran-

que, esto es, que me aparte de cualquier persona ó cosa que me puede ser ocasión de pecar, por más amada y apreciada que sea, y por más necesaria que me parezca. En el séptimo, para estar más lejos de hurtar lo ajeno, dice que demos de lo propio; y que á quien me quitare la capa, le convide con el sayo. ¡Oh pureza soberana de la ley evangélica, ley digna del purísimo Dios! Verdaderamente, Señor, «tus mandamientos son castos y puros, como plata purificada de la tierra que ha pasado siete veces por el fuego». ¡Oh, si los guardase perfectamente para quedar limpio de los siete vicios y libre de todas imperfecciones!

La segunda excelencia de la ley evangélica es, extenderse á mandar ó aconsejar todo género de virtudes, así teologales como morales, en orden á Dios, á sí mismo y á los prójimos; de suerte, que quien la guarda tendrá todas las virtudes que le perfeccionan con su Criador, y las que doman las pasiones de su carne para sujetarla al espíritu, y las que cumplen todas las obras de justicia y de misericordia con el prójimo.

A esto añade la tercera excelencia, que enseña cada una de estas virtudes con el mayor grado de perfección que es posible en esta vida. De modo que no puede haber más profunda humildad, ni más heroica paciencia, ni más admirable obediencia, ni más perfecta caridad, que la que nuestra ley enseña. ¿Qué intención más pura puede ser, que esconder tanto las obras, que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha por agradar á Dios? ¿Y qué mayor amor de Dios puede haber, que

amarle con todo su corazón, ánimo, espíritu y fuerzas? ¿Y qué amor del prójimo puede ser más excelente que el que se extiende á los mismos enemigos, orando por ellos, saludándolos y haciéndoles bien, á imitación de nuestro «Padre celestial, que hace salir su sol para buenos y malos, y llueve para justos y pecadores?» De donde concluyó Cristo N. S. la sentencia que arriba se puso: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

De aquí he de sacar, que mi principal fin en la vida cristiana ó religiosa ha de ser guardar la ley evangélica en las tres cosas dichas, con la mayor excelencia que pudiere, acordándome de lo que dice San Pablo: «Que el fin del precepto es la caridad», con estas tres condiciones: «con puro corazón», limpio de culpas, «con buena conciencia», adornada con obras de todas las virtudes «y con fe no fingida», perseverando fielmente en pretenderlas hasta lo supremo de ellas, y procurando, como él mismo dice, cumplir la «voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta», y de este modo seré perfecto, porque, como dice San Juan, «en quien guarda las palabras de Dios está la caridad perfecta»; y, por consiguiente, toda la perfección cristiana, porque ésta consiste en la perfección de la caridad.

**Coloquio.**—¡Oh Padre celestial, que mostraste tu perfectísima caridad en hacer que el sol de justicia, tu Hijo, naciese para todos los hombres, y la lluvia de su doctrina se comunicase á todos, dando en esto á tus enemigos el sumo bien que les podías dar para su remedio! Concédeme que imite tu infinita caridad con todas sus virtudes, del modo que las mandas en tu santa ley, para que alcance la perfección de todas ellas. Dame llegar á cumplir en todo tu santa ley, viviendo siempre en tu santa gracia para llegar á la

perfección que de mí exiges en el estado en que me has puesto.

**Propósitos.**—Examina qué te falta para ser un buen cristiano y procura adquirirlo, no sea que antes te sorprenda la muerte.

## 17 DE AGOSTO

### Sobre la oración del «Padre nuestro».

*Preludios.*—Oye á Cristo N. S. enseñando en el sermón del monte esta soberana oración, y pídele ilustre tu alma con luz celestial y la encienda con el fuego de su amor para que sienta las verdades y grandezas que encerró en esta divina oración [1].

### Punto I

*Dios N. S. es Padre.*

Pondera los títulos porque Dios N. S. es nuestro Padre. Primeramente es Padre de todos los hombres, porque les dió el sér natural, criándolos á su imagen y semejanza; y es Padre de un modo especial de los justos, porque les da el sér de gracia, adoptándolos por hijos y herederos de su cielo; y es mil veces Padre, porque cada vez que pierden este sér que les dió en el bautismo, está dispuesto á volvérsele á dar por la penitencia. Y en esta forma desea ser Padre de todos, no por su interés, sino por el nuestro; no por nuestros merecimientos, sino por sola su misericordia y gracia. Y aunque de balde se ofrece á ser nuestro Padre, no le costó poco el serlo, porque nos engendró con gravísimos dolores en la cruz, muriendo

1 Ponemos estas tres meditaciones para que se hagan según el segundo método de orar de San Ignacio. En cada palabra buscaremos en la meditación lo que significa, hasta agotar la materia, acompañándolo todo con afectos, peticiones y coloquios, según el método indicado.

el Hijo unigénito por engendrar hijos adoptivos, para que todos tuviesen un mismo Padre. De estas consideraciones sacaré grandes afectos de alabanza, glorificando á Dios por cada uno de los títulos en que se funda ser mi Padre. ¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy porque das á tus hijos el sér nobilísimo de tu gracia, sin cansarte de repararle todas las veces que le pierden por su culpa! ¡Oh ángeles, que tenéis á Dios por Padre en el cielo, alabadle y glorificadle porque se ha dignado serlo de los hombres que vivimos en la tierra!

Después, ponderaré cuán bien hace Dios el oficio de padre, amándonos con ternura, mirando por nosotros con cuidado, amparándonos con su providencia, dándonos sustento con abundancia y poniéndonos en el estado que nos conviene para nuestra salvación. De modo que todos los padres de la tierra no merecen este nombre en su comparación. Y así, nos dijo Cristo N. S.: «No llaméis á ninguno padre sobre la tierra, porque un solo Padre tenéis, que está en el cielo». ¡Oh Padre soberano! ¿qué gracias te daré porque te dignas hacer conmigo oficio de padre? No quiero llamar padres á los de la tierra, que suelen desampararme, sino á Ti, Padre celestial, que no me desamparas, si yo no te desamparo. ¡Oh Padre, sé padre para mí y muéstrate conmigo Padre, llenando el nombre que tomaste por mi amor!

También ponderaré, cómo por el mismo caso, que Dios quiere ser mi Padre, me da la dignidad de hijo, y quiere que haga con El oficio de hijo para con su Padre, amándole, reverenciándole, obedeciéndole y celando su

honra y gloria. ¡Oh Padre celestial! ¿de dónde á mí tanto bien, que siendo tan vil criatura, sea llamado hijo tuyo? ¿Qué caridad te ha movido á tomar por hijo á un tan vil esclavo? Y pues haces conmigo oficio de padre, ayúdame, para que haga contigo oficio de buen hijo. ¡Oh vil gusanillo, no degeneres de la dignidad de hijo de Dios, haciendo cosa indigna del que es hijo de tal Padre! Procura serle semejante en la vida, pues es justo que los hijos se parezcan á sus padres.

Por último, meditaré las causas porque quiso nuestro Señor que en esta oración le llamásemos Padre. La primera, para que despertásemos los afectos de amor y confianza; porque orando con ellos, nos dará lo que aquí le pedimos. La segunda, para que entrásemos con alabanza de la cosa que mucho estima y de que se precia, glorificándole porque quiere ser nuestro Padre, y esto nos sirva de título para que nos conceda lo que pedimos. La tercera, para que entendamos que quiere ser servido de nosotros con espíritu de hijos, y que todo lo que pidiéremos ha de ser lo que un buen hijo puede pedir á un tan buen Padre. ¡Oh Padre soberano, cierto estoy que me darás lo que pidiere como hijo, pues tú me mandas que te lo pida como á Padre!

### Punto II

*«Padre nuestro.»*

Sobre esta palabra se han de ponderar las causas porque nuestro Señor no quiso que dijésemos Padre mío, sino Padre nuestro.

Lo primero, para que conociésemos su infi-

nita caridad y liberalidad, la cual resplandece en que, como no puede tener más que un hijo natural, quiso tener muchos hijos adoptivos, comunicando esta dignidad tan excelente á hombres y ángeles, dándola á cada uno sin perjuicio del otro, porque de tal manera es Padre de todos, que es tan mío como si lo fuera de mí solo. ¡Bendita sea caridad tan inmensa en quien cabe tanta infinidad de hijos, cuidando de todos como si no fueran más que uno!

La segunda causa, para que entendiésemos que como él es Padre de muchos hijos, así también todos somos hermanos, y con esto se despertase en nosotros el amor de nuestros prójimos, pidiendo para todos y deseando que todos sean hijos adoptivos de ese Padre, sin despreciar á ninguno; pues el rico y el pobre, el noble y el pechero, el sabio y el idiota, pueden ser igualmente hijos de un mismo Padre celestial, acordándome de aquellas palabras de Malaquías: «¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿Por ventura no nos crió un mismo Dios? Pues ¿por qué desprecia cada uno de nosotros á su hermano?» ¡Oh Padre nuestro! Bástame saber que sois Padre de los hombres para que yo los ame como hermanos; á todos abrazaré con el amor, pues á todos abraza vuestra caridad.

Lo tercero, para movernos á reverencia, porque la palabra Padre mío es de mucho regalo y más propia del Hijo unigénito de este divino Padre, á quien tengo de tratar con amor y reverencia juntamente. Aunque, sin embargo de esto, á mis solas y en mi rincón le puedo llamar Padre mío, pues tan mío es,

como si no tuviera otro hijo adoptivo más que á mí.

Saca de todo esto amor tierno y dulcísimo á un Padre tan cariñoso; confianza en El, cual la que tienes en tu padre, de quien todo lo esperas y á quien acudes sin reparo en todos tus apuros; saca también amor á todos tus prójimos, en los que la fe te hace ver hermanos, y mira que ofendes á Dios y á tu hermano cuando faltas á la caridad, y ve, por último, cómo sólo la fe en Dios es la que puede establecer, por medio de la Iglesia, en el mundo el reinado de la caridad y del amor.

### Punto III

*«Que estás en los cielos.»*

Considera cómo á pesar de estar Dios en todo lugar, dijo solamente que está en los cielos. Lo dijo, primeramente, para moverme á reverencia, considerando la dignidad de este soberano Padre, que es Señor de los cielos y reina en ellos. Además, quiso levantar mi corazón de lo terreno á lo celestial, despreciando todo lo de acá y suspirando por la herencia del cielo, donde está nuestro Padre. En tercer lugar, para que en esta vida mortal viva yo como peregrino y extranjero, y como pretendiente del cielo buscando la pureza celestial, sin la cual no se entra allá en mi patria verdadera.

Finalmente, para que en la oración levante mi espíritu al cielo, «de donde me ha de venir el socorro» y los bienes que pido. ¡Oh Padre, que moras en los cielos! Llévame adonde estás, y entre tanto que no me llevas, ayúdame con tu gracia para que toda mi conversación

sea en el cielo, olvidado de lo que hay en esta tierra. ¡Oh alma mía, peregrina eres en este mundo, pues tu Padre y tu herencia están en el cielo, suspira por ir á su casa para que goces de su herencia!

Ultimamente ponderaré cómo también se llaman cielos las almas de los justos en quienes Dios mora por gracia, y de ellos se hace aquí mención, para que se entienda que Dios es Padre, principalmente de los justos, que son cielo suyo; y para que quien ora despida de sí toda culpa y amor terrenal, y se haga cielo donde Dios pueda morar, y para que se recoja y entre dentro de sí adonde está Dios, y allí derrame su oración delante de su Padre, que está en lo secreto de su corazón y le ve en lo escondido del retiro interior donde ora.

**Coloquio.**—¡Oh, quién fuese cielo claro y adornado de virtudes en quien Dios gustase morar! Confieso, Dios mío, que soy hombre de tierra, y terreno como hijo del terreno Adán; pero, con tu gracia, deseo convertirme en cielo y en hombre celestial, como hijo del celestial Adán. Ven, Señor, á este tu siervo, que con tu presencia será cielo. Enséñame, oh Padre mío, á orar como enseñaste á tus apóstoles imprimiendo en mi corazón las verdades, sentimientos y afectos que imprimiste en ellos, para que mirándote en todo como Padre, merezca que tú me mires y me ames como á hijo.

**Propósitos.**—Acostumbrarte á no decir las oraciones vocales de rutina y como máquina, sino uniendo siempre la meditación á la oración vocal.

## 18 DE AGOSTO

### De las tres primeras peticiones del Padre Nuestro.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*Primera petición.*

*Santificado sea tu nombre.*—En esta primera petición se pide que Dios sea conocido, alabado y glorificado de todos, y su nombre venerado y adorado, y tenido por santo. Mas ponderando cada palabra por sí, primeramente ponderaré, por qué dijo mejor, santificado sea tu nombre, que glorificado ó alabado. La causa es, porque Dios de ninguna cosa tanto se precia como de ser santo, y, por consiguiente, ninguna gloria se le puede dar mayor que tenerle por santo; y á imitación de los serafines, y de los santos cuatro animales del *Apocalipsis*, he de clamar con grande afecto: «Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, el que es, fué y será para siempre». ¡Oh Padre santísimo! gózome de la santidad que tienes, deseando que tus hijos te imiten en ella. De ésta me quiero preciar más que de todas las grandezas de la tierra, para cumplir lo que me mandas, y ser santo como tú lo eres.

Luego ponderaré aquella palabra «tu nombre», como quien dice: pido que sea santificado tu nombre, y no el mío, porque «Tú sólo eres santo» por esencia, y no hay otro que merezca la divina honra de la santidad, sino Tú, de quien y por quien los justos participan una

brizna de ella. «No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre, da la gloria»; no sea glorificado nuestro nombre, sino el tuyo dulcísimo, «porque á Ti, Rey de los siglos, inmortal é invisible, se debe toda la honra y gloria, y á nosotros mucha confusión y desprecio». Confúndeme, Dios mío y Salvador mío, de la soberbia con que deseo que mi nombre sea dilatado y extendido por el mundo, conocido y estimado por todos, siendo digno de ser vituperado, blasfemado, despreciado y olvidado. ¡Oh, si me ocupase en buscar la gloria de tu santo nombre, olvidándome por tu amor del mío!

Además ponderaré, ¿por qué no añadió Cristo N. S., santificado sea tu nombre por nosotros? La causa es, para que nuestra petición y deseo sea sin tasa ni límite alguno, deseando que el nombre santísimo de Dios sea santificado de los ángeles y de los hombres; y no sólo de los hombres que están en la tierra, sino también de las almas que están en el cielo y en el purgatorio; y no sólo de los hombres presentes, sino también de los que han de nacer, y que todas las criaturas de este mundo visible, del modo que puedan, alaben y glorifiquen este santo nombre, pues es dignísimo de ser glorificado de todos, y «que toda rodilla de los moradores celestiales y terrenales é infernales se doble y postre al soberano nombre de Dios y de su Hijo unigénito Jesús, Salvador nuestro».

Ponderaré, por último, cómo tengo de santificar este nombre santísimo, y cómo le han de santificar aquellos para quien pido que le santifiquen; porque su principal glorificación consiste en que todos crean lo que Dios N. S. revela, esperen lo que promete, obedezcan á lo que

manda, y le adoren y sirvan como El lo ordena, y lo amen de todo su corazón. De modo que su vida y sus obras sean tales, que quien las viere, por ellas glorifique al Padre celestial. ¡Oh Padre gloriosísimo! por los méritos de tu Hijo unigénito te suplico des luz de fe á todos los infieles, gracia y caridad á todos los fieles y ferviente amor á todos los justos, para que todos santifiquen tu santo nombre en la tierra, al modo que le santifican los bienaventurados en el cielo. ¡Ay de mí, que por mis obras «es tu nombre blasfemado entre las gentes!» Ayúdame, Dios mío, para que de aquí adelante todas sean tales, que por ellas sea tu nombre glorificado por todos los siglos. Ayúdame á llorar el que tu santo nombre sea, no sólo desconocido, sino ultrajado y blasfemado constantemente por bocas infernales en pueblos que se dicen cristianos. ¡Ojalá con mi vida y con mi sangre pudiese yo borrar tanta mancha contra tu santo nombre, y hacer que todos lo alabaran y bendijeran!

### Punto II

*Segunda petición.*

*Venga á nos el tu reino.*—Considera qué reino sea este que pedimos. Lo primero, pedimos el reino con que reina Dios en esta vida en los justos por gracia. Este reino abraza la doctrina de la fe que hemos de creer, las leyes de su gobierno que hemos de guardar, los sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer y las virtudes todas con que hemos de servir á nuestro Rey, dispo-

niéndonos para que entre dentro de nuestras almas y reine en ellas, y, finalmente, lo que San Pablo llama «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo». ¡Oh Rey del cielo, venga á nosotros este tu reino, y venga cada día con nuevos aumentos de perfección, porque muy justo es que como Rey legítimo reines en nosotros y nos gobiernes, y todos estemos sujetos á tu gobierno soberano! Y muy justo además que te reconozcamos como Rey, no sólo de cada hombre en particular, sino de todos ellos y de sus ciudades, pueblos y naciones, en cuyas leyes y tronos y gobiernos Tú debes reinar sobre todos, porque eres Rey de todos los siglos y por Ti reinan los reyes de la tierra, y todo poder viene de Ti.

Pedimos además el reino de la gloria, donde reina Dios con los bienaventurados pacíficamente. Pondera que no dijo llévanos á tu reino, sino «venga á nos el tu reino»; porque si viene á nosotros el reino de Dios por la gracia, cierto es que nos llevará al reino de la gloria; y así, más cuidado hemos de tener en desear el primero que el segundo, porque todos desean reinar con Cristo en el cielo y esto á todos es sabroso; pero no todos desean que Cristo reine en ellos en la tierra, porque esto es penoso; pero yo, Rey mío, te suplico que venga tu reino, para que reines en mí y en todos por tu gracia. Y también te suplico que aquella ciudad santa de la celestial Jerusalén baje del cielo, y se descubra á nosotros, y se nos manifieste por viva fe, para que su vista nos encienda en su amor y nos lleve á ser moradores de ella. ¡Oh, si me viese yo todo engolfado en este reino! ¡Oh, si viniese y entra-

se dentro de mí, pues dentro de mí ha de estar lo que me ha de hacer bienaventurado!

En tercer lugar, pedimos que venga el reino de Dios, último y consumado, cual será el día del juicio, cuando del todo se acabará el reino del demonio; y Dios reinará en los justos, glorificando sus almas y cuerpos, y el reino de la gloria será cumplido en todos. ¡Oh, si viniese este reino para que cesasen ya los pecados, y se cumpliesen los deseos de las almas que le están esperando para gozar de El, juntamente con sus cuerpos!

Ultimamente ponderaré aquella palabra *tuyo*. Venga, Señor, tu reino, para que destruya todo reino que no es tuyo: no reine en mí el reino del pecado ni del demonio, antes te pido que destruyas este reino. No te pido, Señor, que venga á mí el reino de este mundo, fundado en riquezas, honras y regalos, sino el reino tuyo, fundado en verdaderas virtudes. ¡Oh Salvádor dulcísimo que dijiste: «Mi reino no es de este mundo!» Tu reino quiero, tu reino deseo y eso sólo pido. Ven, ¡oh Trinidad beatísima! y entra dentro de nosotros, mora y reina en los que vivimos en la tierra como reinas en los santos que viven en el cielo, para que te sirvamos como ellos te sirven.

### Punto III

*Tercera petición.*

*Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*—Considera, qué voluntad es ésta que pedimos se cumpla; es á saber: la voluntad divina, declarada por los preceptos de la ley, por los consejos del Evangelio, por las secre-

tas inspiraciones del Espíritu Santo y por las ordenaciones de la Iglesia y de sus ministros, y de todos los superiores que están en lugar de Dios. ¡Oh, si cumpliésemos esta voluntad divina, pues debía bastar ser de nuestro Criador para que todas sus criaturas gustásemos de cumplirla! Mi vida, Dios mío, está en cumplir tu voluntad, y la muerte en quebrantarla. Cúmplala yo siempre para vivir, y nunca la quebrante para no morir.

Lo segundo, pondera aquella palabra, *tuya*, diciendo á nuestro Señor: no quiero, Señor, cumplir mi voluntad propia, que es perversa; ni la voluntad de la carne, que es rebelde contra el espíritu; ni la voluntad del demonio, que es injusta; ni la del mundo, porque es vana; tu sola voluntad se haga, porque ella sola es buena y justa, y regla de toda buena voluntad. ¡Oh dulce Jesús, que viniste del cielo á cumplir, no tu voluntad, sino la de tu Padre! ayúdame con tu gracia, para que en todas las cosas niegue y mortifique mi voluntad propia y la sujete á la divina.

Lo tercero, pondera el modo de cumplir esta voluntad, que se declara en las palabras siguientes: «así en la tierra como en el cielo»; esto es, con aquel modo que los ángeles y espíritus bienaventurados la cumplen en el cielo; conviene á saber: lo primero, con entereza, sin faltar en cosa alguna, por mínima que sea. Lo segundo, con pura intención de agradar á solo Dios. Lo tercero, con prontitud, presteza y puntualidad grande, sin tardanza ni repugnancia alguna. Lo cuarto, con fortaleza y perseverancia hasta el fin. Lo quinto, por amor, y con amor ferviente, continuo é inten-

so, saboreándose y gozándose en cumplir lo que Dios manda. También pedimos aquí, que se haga la voluntad de Dios por los hombres terrenos, como la hacen los hombres celestiales; y, sobre todo, como la hizo el Adán celestial, Jesucristo N. S., el cual bajó del cielo á cumplir la divina voluntad con excelentísima perfección.

**Coloquio.**—¡Oh Padre amorosísimo, bien fué menester haber pedido primero que viniese vuestro reino, y que vuestro cielo entrase dentro de nosotros, pues queréis que estando en la tierra vivamos como los ángeles del cielo! ¡Oh, quién pudiese cumplir vuestra voluntad con toda la perfección que puede ser cumplida, porque no quiero ser corto en desear lo que con tanta excelencia me mandáis pedir! ¡Oh Padre celestial, razón es que los hijos engendrados por tu graciosa voluntad, hagan lo que les mandas, como lo hizo el Hijo engendrado de tu substancia! «Enséñame á cumplir tu divina voluntad, porque Tú eres mi Dios»; á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos.

**Propósitos.**—En todo cuanto hagas, mira antes si es aquella la voluntad de Dios y cuándo y cómo la debes hacer. Gran medio para hacerlo todo con suma perfección.

## 19 DE AGOSTO

### De las últimas peticiones del «Padre nuestro».

*Preludios.*—(Los mismos de las meditaciones anteriores.)

PUNTO I

*Cuarta petición.*

*El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*—Consideraré qué pan pedimos á Dios en esta petición, porque no le pedimos cualquier pan, sino el pan sobresubstancial y excelentísimo.

Lo primero, le pedimos el pan que sustenta y conforta el espíritu, que es el santísimo Sacramento del altar, suplicándole nos haga dignos de recibirle, y que seamos tales, que le podamos recibir cada día sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, recibiendo el fruto del santo Sacramento y las innumerables gracias que por él se suelen comunicar. ¡Oh pan de vida, que bajaste del cielo para dar vida al mundo! Dáteme á Ti mismo para que viva por Ti, y en Ti, unido siempre contigo.

Además, pedimos el pan y sustento del alma ordinario, que son los socorros de la gracia con que se conserva la vida espiritual, donde entran sacramentos, inspiraciones, ilustraciones, inteligencia de los divinos misterios; y aquel pan de quien dijo Cristo N. S.: «Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió». ¡Oh Padre amantísimo! Pues me mandas vivir vida celestial haciendo tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo, dame estos dos panes celestiales para conservar vida tan pura, de modo que merezca alcanzar la eterna.

También pedimos el pan y sustento necesario para conservar la vida del cuerpo, porque quiere Dios que la conservemos y que se lo pidamos, no con solicitud demasiada, sino con la confianza que se ha de tener en su providencia. Y en todo esto nos avisa que somos hijos suyos y niños que estamos colgados del sustento que nos ha de dar nuestro Padre, sin cuya providencia no podemos, con solas nuestras fuerzas, granjearle.

Pondera aquella palabra *nuestro,* porque aunque este soberano pan verdaderamente es

de Dios, porque de El procede, El lo amasa y lo reparte; mas quiere que lo llamemos *nuestro*, porque se ordena para nuestra necesidad, y porque nuestro Redentor lo compró para nosotros y nos dió el derecho de sus merecimientos para pedirle, y porque ya es nuestro por título también de su promesa; y por cuanto el divino pan de diferente manera se amasa para los ángeles del cielo y para los hombres de la tierra, para los imperfectos y para los perfectos, yo, Señor, te pido para todos el pan nuestro, acomodado á nuestra naturaleza y á nuestra capacidad, el que nos ha de entrar en provecho para nuestra salvación. No te pido el pan corporal ajeno, que es de otros, ni el pan superfluo, que es demasiado regalo de la carne, sino el pan nuestro, pan debido á nuestra necesidad para vivir y emplear la vida en tu servicio.

Medita la palabra *de cada día*, que es decir: no te pido, Señor, la ración extraordinaria que sueles dar á tus particulares amigos, porque no me tengo por digno de ella, sino la ración ordinaria de cada día, sin la cual no puede vivir mi alma ni medrar en su vida espiritual, ni tampoco el cuerpo; otros extraordinarios favores remítolos á tu providencia y á la disposición suave de tu eterna ordenación. Y decimos *dánosle*, ó dale á nosotros, porque pido este pan, no para mí solo, sino para todos los hombres como hermanos, unidos en caridad ó en unidad de naturaleza, aunque sean mis enemigos, cumpliendo lo que dijo nuestro Señor: «Orad por los que os persiguen»; y para que entienda que «si viere á mi enemigo padecer hambre, le había de dar de comer», pues pido á Dios que le dé su pan.

Finalmente, ponderaré la palabra *hoy:* no dice danos este pan hoy y mañana, sino hoy solamente, porque quiere Dios que cada día se lo pida, y que cada día frecuente la oración, y que entienda que cada día estoy colgado de El y pierda la demasiada solicitud del día de mañana, pues quizá no habrá para mí mañana. Al modo que ordenó Dios que los israelitas cogiesen cada día el maná para sólo aquel día, porque estuviesen colgados siempre de su providencia. Verdad es que también pido el pan sobresubstancial para hoy, que, como dice San Pablo, es el tiempo de toda la vida, el cual no es más que un día respecto de la eternidad. ¡Oh Padre celestial, dame este pan copiosamente para el día de hoy y para siempre! Pero de tal manera, que viva y ore con tal fervor en este día como si para mí no hubiera otro.

### Punto II

*Quinta petición.*

*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*—Consideraré qué deudas son éstas de que pido perdón. Estos son los pecados mortales ó venia-les, y las penas á que por ellos quedamos obligados; las cuales deudas sólo Dios las puede perdonar, y las perdona por los medios que tiene ordenados para ello; y así, le pido que me las perdone, aplicándome estos medios y dándome ayuda para usar de ellos.

Ponderaré luego que aunque uno sea tan santo que pueda llamar á Dios Padre y haya venido á El su reino, y aunque procure cumplir la voluntad de Dios en la tierra como en

el cielo, ha de reconocer que es pecador, y puede presumir de sí que cada día peca en este género de culpas veniales é incurre en deudas, por las cuales cada día debe decir: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas».

Además, ponderaré qué deudas son las que tengo de perdonar á otros. Estas deudas son las injurias y ofensas que mis prójimos me han hecho, las cuales tengo de perdonar, no aborreciendo al que me injurió, ni vengándome de él con mi propia autoridad, ni dando señales de aborrecimiento, sino antes las señales comunes de amistad; pero más perfectamente perdona quien totalmente se olvida de la injuria, y con especial amor ama á su injuriador, y le hace especiales beneficios, por lo cual alcanzará de Dios más copioso y liberal perdón de sus propias deudas. Por donde conoceré cuánto desea N. S. que nos perdonemos unos á otros, pues pone esto por condición para perdonarnos; y cuánto desea que nos perdonemos luego, y que el sol no se ponga reteniendo nuestra ira, pues en la oración de cada día nos manda decir, que perdonamos á nuestros deudores; y si no lo hago así, yo mismo doy sentencia contra mí; porque diciendo á Dios que me perdone como yo perdono, si yo no perdono, es decirle cuanto es de mi parte que no me perdone. Saca de aquí cuán lejos debe estar tu corazón, no sólo de odios y rencores, cosa abiertamente enemiga de la paz y la gracia de Dios, sino de todas aquellas faltas y miserias propias de corazones ruines que tanto pueden dañar á la caridad.

### Punto III

*De las dos últimas peticiones.*

*Y no nos dejes caer en la tentación.*—Ponderaré cómo Cristo N. S. no dice que pidamos á nuestro Padre: No permitas que seamos tentados, ni des licencia al tentador para que nos tiente; antes presupone que hemos de ser tentados y que conviene que nuestro Padre celestial lo permita y dé tal licencia; y si El la da, sin duda será justa, y para nuestro provecho y medida, conforme á nuestras fuerzas, y así, hemos de estar dispuestos para padecer tentaciones del demonio y de sus ministros que viven en el mundo, y de nuestra propia carne con sus pasiones.

Pero quiere Cristo N. S. que le pidamos gracia para no ser vencidos en la tentación y para no caer en ella, consintiendo en algún pecado, y juntamente que no permita seamos tentados con tal género de tentación y en tal género de ocasión, donde ve su Majestad que hemos de ser vencidos. ¡Oh Padre celestial, mira á este tu hijo que vive en la tierra de tentación, combatido de todas partes por muchos enemigos! No rehuso la batalla, pues Tú lo quieres: pero ayúdame para salir con la victoria, pues es honra del padre la victoria del hijo.

*Mas líbranos de mal.*—En esta petición última pedimos ser librados de todos los males pasados, presentes y por venir, así eternos como temporales, y así del alma como también del cuerpo, en el grado que conviene para bien del alma; y así, pedimos nos libre

Dios de los pecados pasados, perdonándolos con su gracia, y que nos saque de las ignorancias, errores, pasiones, aflicciones y miserias que ahora padecemos, y que nos preserve y libre de las futuras, especialmente de la eterna condenación y del poderío del demonio, que es el mal, de quien principalmente deseamos ser librados cuando decimos: mas líbranos de mal, para que ni en esta vida ni en la otra, tenga poder sobre nosotros, ni seamos esclavos suyos. Y así, en esta petición podré hacer una letanía como la que hace la Iglesia, particularizando los males de que pido ser librado. «Líbranos, Señor, de todo mal, de todo pecado, de tu ira, del espíritu de la fornicación, del espíritu de soberbia, etc.»

*Amén.*—Por remate añadió Cristo N. S. aquella palabra, «Amén», que quiere decir, así sea: la cual se ha de decir con un ferviente afecto y deseo de que Dios me conceda lo que le pido, «porque el deseo de los pobres es oído de nuestro Señor». Y también se ha de decir con grande confianza de que seremos oídos, pues pedimos las cosas que el mismo Señor manda que le pidamos, conforme á lo que dijo San Juan: «Esta es la confianza que tenemos en Dios, que nos concederá todo lo que le pidiéremos según su voluntad». Y sabemos esto, «porque de El recibimos las peticiones que le pedimos», enseñándonos El mismo las cosas que hemos de pedir conforme á su santa voluntad.

**Coloquio.**—¡Oh Padre benignísimo! confieso que cada día caigo, no en una deuda, sino en muchas, porque peco muchas veces; mas Tú como misericordioso, gustas de perdonarme, pues me mandas

que te pida perdón, yo te lo pido, porque me lo mandas; concédeme lo que te pido, pues gustas de concederlo. ¡Oh Padre liberalísimo! muy de corazón perdono las deudas que me deben, porque Tú me perdones las que te debo, pues aquéllas apenas valen nada en comparación de las mías. Perdono de corazón á todos para que Tú me perdones.

**Propósitos.**—Vence cualquier antipatía ó repugnancia natural que sea enemiga de la caridad. En el fuego del amor de Jesús abraza á todos, aun á los que te hicieron daño.

## 20 DE AGOSTO

(Meditaciones sobre las parábolas de Cristo N. S. y sus aplicaciones.)

### Parábola del sembrador.

*Preludios.*—Imagínate á N. S. predicando esta divina parábola, y pídele que caiga en tu alma la semilla de la divina gracia, de modo que dé siempre frutos de vida eterna

#### Punto I

*De cómo salió el sembrador á sembrar la semilla.*

Considera primero, qué semilla sea ésta, quién la siembra, en qué tierra y por qué causa y cómo se siembra. La semilla es, según el mismo Cristo, la palabra de Dios, así la exterior, que entra por el oído del cuerpo, como la interior que suena dentro del alma, que es la divina inspiración, de la cual principalmente nacen los frutos que produce nuestro corazón, porque ella da sentimientos de lo que se oye, y es como la virtud seminal, que está dentro del grano que se siembra. El principal sembrador es Dios, el cual unas veces siembra esta semilla de su inspiración por medio de los predicadores y de los buenos libros, ó de los buenos ejemplos; y otras veces á sus solas,

por sí mismo, la arroja de repente por medio de su gracia en nuestro corazón. La tierra en que se siembra, es el alma con sus potencias; en la memoria siembra santos pensamientos y devotas imaginaciones: memoria de nuestros pecados, de las penas del infierno, de los premios del cielo, de la brevedad de la vida, de la muerte y juicio, de la presencia de Dios y de sus beneficios. En el entendimiento siembra ilustraciones celestiales, que de repente descubren los secretos que están encerrados en los misterios de nuestra fe. Siembra también buenos consejos y los dictámenes de la conciencia, que exhorta á lo bueno y reprende lo malo. En la voluntad siembra santos deseos, que brotan como centellas y producen el fuego del perfecto amor y el fruto de las virtudes, dolor de pecados, amor de Dios, deseos de ir á verle y de servirle de veras.

La causa porque siembra esta semilla en el alma es por el provecho de la misma alma; porque esta semilla tiene virtud especial de mejorar la tierra donde se siembra, aunque de suyo sea estéril; y para este fin la siembra, no por merecimientos de la tierra, sino por sola su misericordia, porque es muy amigo de derramar sus dones en nosotros, y hacernos buenos con ellos. De aquí es, que muy á menudo siembra en todos lugares, tiempos y ocasiones y por esto Cristo N. S. dijo: «Salió el que siembra»; dando á entender que tiene por oficio sembrar, y que siempre hace su oficio de una manera ó de otra.

De todas estas consideraciones, y de cada una de ellas, tengo de sacar afectos de agradecimiento á este divino Salvador, y deseos

fervientes de que siembre en mi alma la semilla de su divina palabra, pidiéndoselo muy de corazón. ¡Oh padre celestial, que enviaste al mundo al Verbo eterno, palabra vuestra, engendrada dentro de Vos mismo, para que fuese semilla de todas las gracias, y de todas las palabras vuestras, que son principio de nuestro bien! Por este Verbo, Hijo vuestro, os suplico sembréis en mi memoria copiosa semilla de santos pensamientos, para que nazcan de ella frutos copiosos de buenas obras. ¡Oh Verbo eterno, que salisteis del seno de vuestro Eterno Padre y bajasteis del cielo á nuestra tierra para sembrar la semilla de la doctrina verdadera, semilla propiamente vuestra y no ajena, ni mendigada de otro! Salid, Señor, á sembrar en mi entendimiento abundante semilla de divinas ilustraciones, con las cuales os conozca y me conozca, y conozca lo que tengo de creer y obrar, de modo que lo ponga por obra. ¡Oh Espíritu santísimo, que inspiráis donde queréis y queréis inspirar donde hay necesidad de vuestra inspiración! Tocad con ella mi voluntad, sembradla con semilla de santos afectos y arrojad en ella centellas de fervientes deseos, para que se encienda dentro de mi corazón un fuego vehementísimo de amor y con vuestra gracia brote los frutos copiosísimos del espíritu que de este amor proceden.

### Punto II

*De la semilla que cayó en tierra mala.*

Pondera cómo con ser esa semilla tan preciosa y eficaz y sembrarla el sembrador en buena sazón y con deseo de que fructifique, con todo

eso se pierden las tres partes de ella, por causa de la tierra en que se siembra, procurando examinar en mí qué causas sean éstas que hacen que se pierdan en mi alma gracias tan divinas, cómo se remediarán, doliéndome de tenerlas y compadeciéndome de los que las tienen, y de que se pierda tanta semilla con tanta injuria del sembrador.

«Una parte de la semilla cayó cerca del camino y fué pisada de los pasajeros, y las aves del cielo la comieron», de suerte que ni comenzó á fructificar. Tierra cerca del camino y sin valladar, es un corazón duro, como camino muy hollado y pisado; el cual oye la palabra de Dios exteriormente y la recibe sin penetrarla ni abrazarla, y da entrada á todo género de pensamientos terrenos, los cuales pisan y huellan esta semilla, y los demonios con suma ligereza acuden á robársela y quitársela luego del corazón. En esta figura me tengo de poner, diciendo: ¡Ay de mí, que por la dureza de mi corazón no he querido recibir la palabra de Dios, y si por un oído me entra por otro me sale! He sido como camino pasajero, admitiendo cuantos malos pensamientos y deseos querían pasar por mi corazón. He dado lugar á las aves infernales, para que con los picos de sus perversas sugestiones me robasen la semilla de las buenas inspiraciones, recibiendo aquéllas y desechando éstas. Pésame, Dios mío, de la mala cuenta que he dado de esta semilla de vuestra divina palabra, y propongo arar la tierra de mi alma con el arado de la mortificación, y ablandar su dureza para que reciba vuestra palabra, y la esconda y encubra dentro de sí para no pecar contra

Vos. Mas pues conocéis mi flaqueza, haced que vuestra inspiración me ablande y enternezca y me ayude á llevar el fruto que deseáis para gloria vuestra.

La otra parte de la semilla cayó en una tierra pedregosa y de poca hondura, porque estaba cerca la peña, y así brotó la semilla y creció hacia arriba; pero en saliendo el sol, con su calor se secó, porque no tenía echadas raíces ni tenía bastante jugo. Tales son los que tienen alguna facilidad en oir la palabra de Dios y leer buenos libros, concibiendo buenos deseos y comenzando á ejecutarlos; pero en levantándose tentaciones y persecuciones, secan lo bueno que tenían ellos y lo dejan, porque son mudables y no estaban arraigados en humildad y confianza en Dios, ni tienen humor ni jugo de devoción; y como dice San Marcos, tienen devoción que presto se pasa como rocío de la mañana, ó como flor que con cualquier estío se marchita. Pero no sin misterio, Cristo N. S. compara las persecuciones al sol, cuyas propiedades son resplandecer y calentar; por las cuales se entienden dos suertes de persecuciones: una de prosperidades mundanas, de lisonjas, vanaglorias y ambiciones; otra de adversidades, calumnias, deshonras, pobrezas, temores y otras aflicciones; y contra ambas hemos de estar fuertes para que no se seque el fruto que la divina inspiración produce en nosotros, procurando, como el Apóstol, ser ministros fieles de Dios, en lo próspero y en lo adverso, con infamia y buena fama. ¡Oh Dios eterno, pues conoces mi grande mutabilidad, fortificame con tu gracia para que eche tan hondas raíces en la caridad,

que ninguna cosa criada pueda apartarme de ella!

La otra parte de la semilla cayó entre espinas, y creciendo las espinas ahogaron el fruto. «Estos son los que oyen la palabra de Dios y no fructifican; porque las riquezas y cuidados del siglo, y deleites de la carne, yéndose tras ellos les ahogan el espíritu». De suerte, que tres cosas ahogan la divina inspiración y estorban nuestro aprovechamiento: riquezas, cuidados congojosos y deleites sensuales, y todas tres en el vocabulario de Cristo y en su escuela se llaman espinas. ¡Oh Maestro soberano, cuán diferentes son vuestros juicios de los nuestros! Lo que el mundo llama riquezas y deleites, Vos llamáis espinas y abrojos; porque aun cuando sea así que regalen al cuerpo, suelen espinar y lastimar el alma, y sacar mucha sangre de pecados, y atravesarla con dolores, congojas y remordimientos. Libradme, Señor, de estas espinas, y coronadme con las vuestras, las cuales, aunque lastimen y punzen la carne, alientan y consuelan el espíritu; pues no hay mayor consuelo que abrazar vuestra corona de espinas en la tierra, con esperanza de alcanzar la corona de la gloria en el cielo.

### Punto III

*De la semilla que cayó en tierra buena.*

Considera cómo la cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra y llevó copioso fruto. «Estos son los que con corazón bueno oyen y reciben la palabra de Dios, y la conservan

dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia, unos de treinta, otros de sesenta y otros de ciento. De suerte, que como hay tres géneros de malos que pierden la semilla de la palabra del Señor, así hay tres géneros de buenos que fructifican con ella: unos en estado de principiantes, con moderado provecho; otros en estado de los que aprovechan con mayor fruto; otros en estado de perfectos con grande excelencia, y todos con paciencia y longanimidad trabajan esperando su galardón; y aunque sean menos en número que los malos, recompensan con su ganancia la pérdida de las tres partes de la semilla, pues produce el ciento por uno».

Pondera las condiciones que señala el divino Maestro para que su divina palabra produzca el deseado fruto. Hay que oirla con corazón buenò, esto es, con espíritu de fe, como palabra de Dios y no del hombre, que así es cómo esa palabra es espíritu y vida. Luego hay que conservarla dentro del corazón, esto es, sacando de ella el jugo y la savia, que es y ha de ser alimento del alma, porque si no se conserva la palabra de Dios en el corazón, poco provecho nos puede resultar de ella como del alimento que tomamos, si no se digiere por medio del calor del estómago, y todo ello, y es la tercera condición, lo hemos de hacer con paciencia, esto es, sufriendo cuanto el Señor nos envíe ó cuantos sacrificios nos pida, abrazándonos con la cruz de Cristo, ya nos la envíe El, ya nosotros libremente con la cruz nos abracemos, porque toda su doctrina y su palabra se reduce á la cruz, y todo su Evangelio se condensa en aquella maravillosa sentencia:

«El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame».

**Coloquio.**— Gózome, ¡oh Sembrador soberano! de que haya tierras tales en quien vuestra semilla descubra su virtud y lleve ciento por uno. ¡Oh, si hubiese muchas de éstas para que hubiese muchos que os glorificasen y sirviesen como es razón! Anímate, ¡oh alma mía! á servir á Dios con diligencia; no te contentes con menos que con el de ciento, pues al fruto de esta vida te corresponderá el premio de la otra; y aun en esta vida te dará Dios ciento por uno si le sirvieres con fervor.

**Propósitos.**—Examínate del afecto que tienes á oir la palabra de Dios, del modo cómo la oyes y de lo que de ella te aprovechas.

## 21 DE AGOSTO

### De la necesidad de oir la palabra divina.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*La palabra divina es necesaria para nuestra salvación.*

Considera que el oir la palabra de Dios es absolutamente necesario para nuestra salvación. El mismo Jesús S. N. dijo con entera claridad: «El que es de Dios oye mis palabras, y los que no son de Dios no gustan de oirlas». De donde se saca que el gusto de oir la palabra divina es signo de predestinación, y el desvío y la desgana, en este punto, señales ciertas de reprobación. Considera que nuestro adorable Redentor es llamado en las Santas Escrituras «el Verbo encarnado», esto es, la palabra eterna del Eterno Padre, que desde el principio era con Dios y de Dios, y que para

redimirnos se valió de las palabras del lenguaje humano en el inefable ministerio de su evangélica predicación. «Mis palabras, dijo Jesús, son espíritu y vida», y por eso las llama San Pablo «palabras de salud». Y en otro lugar «palabras de reconciliación», porque ellas son las que nos reconcilian con la divina justicia, irritada por nuestros pecados y por los de todo nuestro linaje. Porque aunque la fe es indispensable para salvarnos, la fe penetra en nuestro entendimiento en alas de la palabra divina, y así, como al agua del bautismo infundió Dios la gracia de la justificación, á la palabra evangélica suele unir la gracia de la conversión.

Por la palabra divina, en efecto, se convirtió el mundo, y de judíos carnales y de viciosos paganos sacó Dios, por medio de la palabra de Jesús y de sus apóstoles y discípulos, aquellos primeros cristianos tan puros, tan animosos y desprendidos, y que con tanta y tan admirable generosidad dieron por el divino amor su sangre y su vida. Arrobada, y como fuera de sí, estaba la muchedumbre pendiente de la palabra de Jesús, y por oirla le seguía por los caminos, de lugar en lugar, é iba en pos de El hasta los más escabrosos desiertos. Si la Magdalena no hubiese oído á Jesús, habría quedado pecadora. Después que los Apóstoles hubieron recibido al Espíritu Santo, empezaron á predicar, y San Pedro, en el primer sermón, convirtió á cerca de tres mil personas. San Agustín se volvió á Dios por haber oído la predicación de San Ambrosio. Y así podrían multiplicarse los ejemplos que atestiguan cómo la palabra divina, ya sa-

lida de los labios adorables de Jesús, ya de los labios de los Apóstoles, ya de los sucesores de los Apóstoles, ha regenerado á miles de millares de almas, libertándolas de la servidumbre del demonio y poniéndolas en el lugar de hijas de Dios. Y es que la gracia, que es una palabra interior, suele ir ordinariamente acompañada de la palabra exterior. ¡Quién sabe si hemos desperdiciado muchas ocasiones de gracia por haber dejado de oir, cuando pudimos hacerlo, la palabra divina! Y sin duda, por eso el mundo está sentado en las sombras de la muerte, porque no oye la palabra de Dios. Pide al Señor que envíe operarios á su viña, pero operarios celosos que no se contenten con predicarse á sí, ó predicar la palabra humana, que no salva, sino la de Dios, á la que está unida y vinculada la salvación del mundo.

### Punto II

*De cómo hay que oir la palabra divina.*

Considera que no basta oir la palabra de Dios; es menester, además, que procuremos entenderla, y que la oigamos con el respeto y veneración debidos al Verbo de Dios, de quien es como un eco la palabra que llega á nosotros. «Demos gracias á Dios, decía San Pablo á los de Tesalónica, de que no hayáis recibido mi palabra como de hombre, sino como palabra de Dios, de quien es efectivamente, pues yo no he hecho sino anunciárosla». En efecto, por boca del predicador no habla un hombre más ó menos sabio ó elocuente, habla el mismo Dios. El predicador, debidamente autorizado por la Iglesia, no hace más que anun-

ciarnos ó transmitirnos esa palabra divina que la Iglesia guarda en sagrado depósito.

Pondérese aquí con qué respeto, con qué profunda reverencia y sumisión hemos de oir esa palabra que, si al oído corporal suena como palabra de hombre, en el alma debe resonar como palabra de Dios. «Los predicadores, dice San Pablo, son nuncios ó embajadores de Jesucristo». En lo que nos dicen, no hemos de oir, pues, el eco de la voz humana, ni la facilidad ó elegancia de su dicción, ni hemos de juzgarlos por el deleite que nos proporcione su elocuencia; nuestro espíritu ha de elevarse sobre todo esto, y atender, no al modo como lo dicen, sino á lo que dicen, que no es de ellos, ni aprendido en ninguna escuela de retórica, ni invento de su ingenio, sino palabra de Dios, que por medio de la Sagrada Escritura, la tradición y los Santos Padres, ha puesto en sus labios para que nos la transmitan y comuniquen. ¡Qué culpa la del cristiano que sólo busca en el sermón el regalo sensual de la oratoria pulida, convirtiendo el templo en ateneo ó en teatro, ó que sólo va á oir al predicador para ver y criticar sacrílegamente cómo se expresa, ó hacer mofa del ministro de Dios, si no tiene gracia en el humano decir ó no junta con artificio sutil las cláusulas y períodos! Más les valiera á estos indignos profanadores del Verbo ó la palabra de Dios no ir al templo, porque aunque oyen la palabra de Dios, es como si no la oyeran, ó peor aún, pues la profanan y corrompen, pues no gustan de la palabra divina, sino de la palabra del hombre que la pronuncia. Y no gustando de la palabra de Dios, no son de Dios, como dijo á

los judíos nuestro Redentor, y así no sacan fruto alguno de ella.

La palabra divina hay que recibirla, no en los oídos del cuerpo, sino en el corazón. «Poned en vuestros corazones estas palabras», dijo Jesús N. S. á los que le oían. Allí, sí, en el corazón, y muy adentro de él, hay que poner la palabra que viene de lo alto, y escucharla con suma docilidad, porque El, el que nos habla, es nuestro Creador, conservador y Redentor, el que nos ha dado cuanto somos, el que por nosotros vertió toda su sangre, sufrió tormentos inauditos y la muerte más afrentosa; es la palabra de nuestro Rey y Señor, y al mismo tiempo del que nos ama de un modo tal que no acertamos siquiera á concebirlo, y que quiere comunicarnos sus gracias é inspiraciones por medio de su palabra, y porque ese es el modo que El ha tenido y tiene ordinariamente de salvar el mundo.

### Punto III

*Del fruto de la palabra de Dios.*

Considera en último lugar, que es menester oir la palabra de Dios de tal suerte que nos aproveche para nuestra salvación. La palabra divina es la semilla que el Hijo de Dios esparce por todas partes para que fructifique y dé el ciento por uno. ¡Desgraciados aquellos cuyo corazón es como camino real, abierto á todas las disipaciones de la vida, por el que á toda hora transitan en tropel los deleites mundanos! En estos infelices no fructifica la simiente de la palabra divina, porque la quita de sus corazones el demonio que es dueño y señor

de ellos. ¡Desventurados los que son tierras áridas, esto es, almas inconstantes que al poco tiempo de formar buenas resoluciones, las abandonan y vuelven á las malas! En estos tampoco aprovecha la palabra de Dios, porque aunque la oyen con atención y reverencia, y en el momento de oirla, quisieran ponerla en sus corazones, el viento de la inconstancia la quita de allí muy luego, y quedan como si no la hubiesen recibido jamás.

¡Infelices los que se asemejan á terrenos cubiertos de zarzas y espinas, ó lo que es igual, de pasiones desenfrenadas y arraigados vicios, entre los cuales la semilla, depositada por el padre de familias, queda confundida y ahogada, y no puede fructificar, ni crecer!

Y ¡mil veces dichosos los que son tierra fértil en que la palabra de Dios arraiga y prospera, y crece como árbol de bendición! «Mi palabra, dice el Señor, será la que os ha de juzgar»; y en otro lugar: «mi palabra no quedará sin efecto»; esto es: mi palabra os salvará si la recibís, y os condenará si la rechazáis; os salvará si sois sumisos á ella, y os condenará si os rebeláis contra ella; os salvará si ajustáis vuestra conducta á la regla que traza, y os condenará si la despreciáis. Podremos escuchar, acoger y seguir esa palabra ó no escucharla, ni recibirla, ni seguirla: tal es nuestro albedrío. Pero no podemos dejar de experimentar los efectos, ora de salvación, ora de condenación de esa palabra: tal es la eterna justicia. Y escrito está que la tierra y los cielos pasarán; pero que no pasará la palabra de Dios.

**Coloquio.**—¡Oh Dios mío, que has unido á tu palabra la gracia de la conversión, y que has dado al hombre tu palabra para reconciliarlo con la divina justicia y trazarle el camino de su salvación! Yo te ruego que me infundas tu divino espíritu para que oiga tu palabra con atención y docilidad, y para que mi corazón sea la tierra fértil en que cae la semilla divina y fructifica. Dame espíritu de fe que me haga ver en los predicadores á ministros tuyos y ajustar mis obras á las máximas del evangelio que me predican, para que así en mi corazón tus palabras sean espíritu y vida y semilla de la eternidad.

**Propósitos.**—Oir siempre á los predicadores, no como oradores humanos, sino como órganos y ministros de la palabra de Dios.

## 22 DE AGOSTO

### De los obstáculos que pone el hombre á la palabra divina.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*El hastío de la palabra de Dios.*

Considera que para ser de Dios hay que oir la palabra de Dios, pues por su palabra Dios ha santificado al mundo y quiere seguir santificándole. Lo que San Pablo dice de la fe, á saber: «que se la recibe porque ha sido oída, y ha sido oída porque la palabra de Jesucristo la ha predicado», puede decirse también de la penitencia respecto de los pecadores, y de la perseverancia respecto de los justos. Nadie se convierte, ni nadie persevera en una vida cristiana sino por el convencimiento de las verdades eternas, y esas verdades entran en el entendimiento por la palabra de Dios; de lo que

se sigue que la mayor desgracia que puede sucederle al hombre, es que la palabra de Dios le produzca hastío.

Para convencerte de ello, basta que examines las principales causas de este hastío, y verás que nacen, en unos, de un secreto orgullo; en otros, de un fondo de libertinaje; en éstos, de una afición vergonzosa á los placeres sensuales, y en aquéllos, de una insaciable avaricia de los bienes temporales. Las consecuencias del hastío de la palabra de Dios, son verdaderamente desastrosas: primero, porque nos aparta de esa palabra que nos ha de salvar; segundo, porque nos hace incapaces de aprovecharnos de ella; todo lo que constituye un doble y terrible castigo de Dios. Castigo terrible es, verdaderamente, el hastío de la palabra de Dios, de la que es figura el maná de que se hastiaron los judíos hasta recogerlo con desprecio; efecto de la venganza del Señor, según hacen constar Orígenes y San Jerónimo. Lo mismo sucede con la palabra de Dios, que cuando vivías según su ley la buscabas y gustabas de ella, y al hacerte acreedor al castigo de Dios la oyes con negligencia, ó te niegas á oirla. No quieres oirla porque el Evangelio te condena, porque el ministro de Jesucristo te confunde y te humilla, porque la palabra de Dios es espada de dos filos que hiere tu corazón y tus pasiones desordenadas.

Este hastío de la divina palabra te hace incapaz de aprovecharte de ella, porque así como para que aprovechen los manjares es necesario apetecerlos y saborearlos, para que te aproveche la palabra de Dios, es necesario que Dios añada á ella la unción de su gracia;

y cuando Dios ve el desprecio que haces de su palabra, te deja en tu indiferencia sin hacer sentir en ti sus efectos.

Hay quien pretende disculparse diciendo, que no es la palabra de Dios en sí lo que le hastía, sino la palabra de Dios mal predicada; pero aunque eso pueda alguna vez ser verdad, esto es, aunque haya predicadores capaces de anunciar mal la palabra de Dios, ¿no es esto mismo un castigo del cielo? Cesa, sin embargo, de disculparte, porque ese castigo no consiste en que no haya buenos predicadores, sino en que no los hay según tus gustos depravados, que es para ti como si no los hubiera. No mires en esa falta de predicadores, que tú te forjas, una prueba de la delicadeza y rectitud de tu espíritu, pues en esas dotes de que te crees estar adornado hallas tu mayor castigo, pues Dios permite que sirvan de obstáculo á un número infinito de gracias de que depende tu salvación. Pide al Señor hambre del pan divino de su palabra, humildad para oirla, no como juez y censor, sino como cristiano y discípulo de Cristo; que si oyes con gusto, no de sabio, sino de varón espiritual, la palabra de Dios, ella te robustecerá y te hará fuerte en los caminos de la virtud.

### Punto II

*El abuso de la palabra de Dios.*

Considera que así como San Pablo reduce el abuso de la sagrada comunión á no discernir justamente el cuerpo de N. S. Jesucristo de los demás manjares, y comer este manjar divino como un manjar común, del mismo modo, aun-

que puede abusarse de muchas maneras de la palabra de Dios, el abuso principal consiste en no hacer el discernimiento necesario de esta divina palabra, esto es, en no escucharla como palabra de Dios, sino como palabra de los hombres, de lo que se siguen dos clases de desorden: primero, desorden con relación á Dios; segundo, desorden con relación á nosotros mismos.

Desorden con relación á Dios. Cuando no haces un justo discernimiento del cuerpo de Jesucristo, le profanas, y del mismo modo profanas la palabra de Dios cuando no la disciernes de la palabra del hombre. Oye, sobre esto, lo que dice San Agustín: «La palabra de Dios, exclama este Padre, no es en cierto modo menos preciosa para nosotros que el cuerpo de Jesucristo»; y de esto saca luego la consecuencia de que, en cierto modo no es menos criminal ante Dios el que abusa de su palabra y la profana, que el que profana el cuerpo del Salvador. Este abuso, sin embargo, se comete todos los días, y tú mismo lo habrás cometido no pocas veces; porque siendo condiciones indispensables para oir la palabra de Dios, como palabra de Dios, el recogimiento, el respeto, la humildad, la atención y la docilidad del entendimiento y de la voluntad, ¿cuántas veces la habrás oído con disposiciones del todo contrarias?

Desorden con relación á nosotros mismos. Sobre esto has de considerar que al abusar de la palabra de Dios la haces inútil para ti, pues la palabra de Dios, recibida como palabra de hombre, no puede producir sino efectos proporcionados á la virtud de la palabra humana;

y sabido es que la palabra humana no es en sí misma más que un instrumento vano para nuestra salvación. Por esta razón, felicitaba San Pablo á los tesalonicenses, al ver que habían recibido la palabra de Dios, no como palabra humana, sino como palabra divina, y les hacía ver la serie de bendiciones que por esto había Dios hecho descender sobre aquella iglesia. Y, por el contrario, en la ciudad de Licaonia, donde San Bernabé y San Pablo fueron escuchados con tal aplauso que hasta quisieron ofrecerles incienso, sus predicaciones no produjeron el menor fruto.

Esto mismo sucede ahora muchas veces; los mundanos admiran al predicador, le siguen, sobre todo, si les gusta ó les halaga, ó si en vez de hablarles del infierno ó del pecado, trata cuestiones frívolas y de vana curiosidad, indignas de la cátedra del Espíritu Santo; pero no se convierten, y eso sucedía también entre los judíos que iban á escuchar y á aplaudir al profeta Ezequiel, cuando éste les anunciaba las calamidades con que Dios les afligiría si persistían en su infidelidad, y, sin embargo, nada hacían de cuanto aquel les enseñaba para evitarlas.

No atribuyas, pues, á la palabra del hombre la virtud que tiene solamente la palabra de Dios, ni confundas la una con la otra, suponiendo que ambas producen la conversión de los pecadores, porque Dios te castigará no dejando á su palabra más que lo que tiene de especiosa y agradable, mientras dará lo que tiene de sólido y ventajoso á las almas que no buscan en su palabra más que su palabra misma.

### Punto III

*La resistencia á la palabra de Dios.*

Considera que hay cosas que no pueden ser inútiles sin llegar á ser perjudiciales, y que en ese caso se encuentra la palabra de Dios. El Espíritu Santo la llama á la vez, manjar y espada; manjar, según hace notar San Bernardo, para los que de ella se aprovechan, y espada, cuyas heridas son mortales, para los que no se aprovechan de ella. De esto has de deducir que la palabra de Dios siempre produce efecto; ó efecto de misericordia, ó efecto de justicia. Ahora bien, ¿cuáles son los efectos que van unidos á la palabra de Dios para aquel que la resiste? Primero, endurecimiento del corazón. Segundo, condenación del pecador.

Endurecimiento del corazón. De este endurecimiento es un ejemplo Faraón, que resistió á la palabra de Dios, resistiendo á la de Moisés y Dios le endureció el corazón, mejor dicho, él mismo se lo endureció por su obstinada resistencia. ¿Qué mayor endurecimiento que no moverse el pecador á penitencia á pesar de oir por boca del ministro del evangelio las terribles amenazas de Dios N. S.? ¿No es dureza increíble creer lo que creemos y permanecer en el pecado? Condenación del pecador. Considera aquí que tanto más criminal es el hombre cuanto mayor y más precioso es el talento que Dios le concede si de él no hace el uso debido, y ten en cuenta que en el día del juicio, Dios te la pedirá, y que dos clases de personas se levantarán contra ti si hubieras abusado de la

divina palabra, á saber: los oyentes que hayan escuchado con fruto la palabra de Dios y los predicadores que te la han anunciado. Los primeros estarán representados por los ninivitas, cuya prontitud en hacer penitencia á la voz de Jonás será tu condenación; y los segundos, representados por los Apóstoles, á quienes el Salvador prometió, y en ellos á todos los ministros fieles de su palabra, que se sentarán cerca de El para juzgar á todas las naciones. Piensa cuál no será tu confusión cuando los unos te echen en cara el no haberlos imitado y los otros el no haber escuchado la palabra de Dios, salida de sus labios, y propón de aquí en adelante tener presente que no puede ser de Dios quien no oye la palabra de Dios, y aplícate á escucharla con las disposiciones necesarias para no abusar de ella, acarreándote la eterna condenación.

**Coloquio.**—¡Oh Señor, que por tu palabra salvaste el mundo y conviertes las almas! No permitas que yo caiga en esos desórdenes y abusos que hacen inconvertible al pecador. ¿Qué lo va á convertir, si abusa de los medios de su salvación? Habla, Señor, por Ti ó por tus ministros, que tu siervo oye con docilidad, humildad y viva fe, seguro de que el que oye y obedece á tus enviados, á Ti te obedece y te oye.

**Propósitos.**—Hablar siempre de los ministros de Dios con respeto, y no permitir en tu presencia esas críticas mundanas que son escándalo de la fe y de la piedad.

## 23 DE AGOSTO

### PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

(Primera parte.)

**La fuga del pródigo de la casa paterna.**

*Preludios.*—Represéntate al hijo pródigo volviendo á su padre después de largos extravíos, y pide á nuestro Señor la gracia de imitar el arrepentimiento del pródigo y alcanzar, como él, el perdón de todos tus pecados.

PUNTO I

*Desórdenes del pródigo.*

Recuerda la hermosísima parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor dijo á su padre: dame la porción que me toca de mi herencia; y el padre hizo la partición de sus bienes. Pocos días después, el más joven de los dos, habiendo juntado todo lo que tenía, se fué á un país lejano, donde disipó sus bienes viviendo licenciosamente. Después que perdió cuanto tenía, hubo una grande hambre en aquel país, y se vió en la mayor indigencia, por lo que se puso á servir á uno de los habitantes de aquella tierra, quien le envió á su casa de campo para que guardase los puercos. Aquí se vió reducido á tal miseria, que envidiaba la comida de estos animales».

Considera bien todas las circunstancias del extravío del pródigo. *El más joven:* las pasiones de la juventud, este es el principio de sus extravíos. La juventud es la edad de las ilusiones: el pródigo se promete una vida dichosa y libre lejos de la casa paterna. La juventud es apasionada del placer: el pródigo sus-

pira por las fiestas del mundo, envidia á los jóvenes de su edad las locuras de su libertinaje y la alegría ruidosa de sus diversiones y de sus locos devaneos. La juventud es, sobre todo, celosa de su independencia. El pródigo se cansa de la sujeción que le impone la presencia de un padre; se le hace duro esperar tanto para ser dueño de su libertad y árbitro de su destino. Reflexiona sobre ti mismo; ¿cuáles han sido las causas de tus pasados desórdenes, sino las ilusiones del mundo, la pasión del placer y el amor fatal de independencia?

En segundo lugar, el hijo pródigo pide á su padre la parte de la herencia que debe tocarle. ¡Qué ingratitud! Este nombre sólo de padre, ¿no debía recordarle los beneficios todos de la ternura paterna, los cuidados de que rodeó su primera infancia, el vivo afecto cuyos testimonios recibía todos los días? ¡Qué injusta pretensión! Esta hacienda que reclama pertenece á su padre, que la ha recibido de sus antepasados, que la deben tal vez á sus trabajos y á una sabia economía. ¿Con qué derecho viene á despojarle durante su vida, y con qué título exige la parte de una fortuna que aún no es suya? ¡Qué loca temeridad! Estos bienes, una vez en sus manos, ¿qué será de ellos? Apenas sea su dueño los disipará en los excesos del lujo y libertinaje. Aplícate á ti mismo estas reflexiones: ¿No es Dios tu padre en el orden de la naturaleza y de la gracia? Cuando le has dejado para servir al mundo, ¿qué has hecho sino pedir, como el pródigo, la parte de tu herencia, es decir, la libre disposición de ti mismo, de tu entendimiento, de

tu corazón, de tu libertad, como si todo no fuese propiedad de Dios, que te ha criado y rescatado, como si pudieses un solo instante ser dueño de ti sin hacerte desgraciado? ¡Qué ingratitud en tu alejamiento de Dios! ¡Qué injusticia, qué locura!

### Punto II

*De la vida del pródigo lejos de su padre.*

Considera cómo dueño de sus bienes, el pródigo se va á un país distante, que no es más que el olvido de Dios. Si se quedara en la vecindad de la casa paterna, le importunarían en medio de sus placeres los recuerdos de su padre, tendría que temer sin cesar las amonestaciones de los buenos amigos y de su hermano; la presencia misma de este padre y los remordimientos de su propio corazón. Para entregarse al placer con menos turbación y más libertad se retira á una comarca muy lejana. Imagen de tus extravíos cuando te has dado al mundo. Los ejercicios de la piedad cristiana, la oración, la frecuencia de sacramentos, la compañía de las almas virtuosas, el encuentro mismo de los ministros de Jesucristo, cuyo celo hubiera podido hacerte volver á Dios, tus propias reflexiones, los remordimientos de tu conciencia, todo lo has temido, y has huído tan lejos de ti y de Dios como te ha sido posible, por miedo de que la gracia viniese á buscarte y volverte á pesar tuyo á tu padre y á tu Dios.

Lejos de su padre, el hijo pródigo disipa bien pronto su fortuna. No considera que ésta es el fruto del trabajo paterno, que es el único re-

curso de su vida, que esta fortuna, por grande que sea, tiene su medida, y no puede tardar en deshacerse en los gastos del juego, de la mesa y de la voluptuosidad. Así que apenas han pasado algunos meses, y ya no le queda de sus riquezas sino una horrible indigencia. ¡Qué tesoros de gracias no has disipado tú lejos de tu Dios! ¡Qué tesoros de gracias espirituales, que hubieran hecho tu felicidad y tu descanso! Recuerda todas estas pérdidas y llóralas con lágrimas de sangre. Pérdida de la amistad de Dios; pérdida de tus méritos pasados; pérdida de estas santas inspiraciones siempre despreciadas; pérdida de los buenos ejemplos inutilizados; pérdida de una educación cristiana, cuyos principios has abjurado; pérdida de las felices disposiciones de la naturaleza, del gusto de la virtud, de la rectitud de corazón, de la delicadeza de conciencia, de las inclinaciones favorables á la piedad; pérdida de tus talentos, que has prostituído al servicio del placer y del pecado; pérdida de la razón y de la fe, que has combatido y cuyas luces tal vez has apagado. ¡Qué uso tan funesto de los dones de Dios! Y qué cuenta tan terrible tendré que dar por haber abusado de tal manera de tantos y tan grandes beneficios del Señor.

### Punto III

*De las tristes consecuencias del libertinaje del pródigo.*

Considera que según refiere el Evangelio sobrevino una grande hambre en la comarca donde se había retirado el pródigo, y sus riquezas, disipadas en el libertinaje, le dejaron

en una vergonzosa indigencia. En vano se dirige á los compañeros de sus excesos, á los amigos que le había proporcionado su fortuna y el placer: queda solo, sin recursos y precisado á mendigar el pan de un extraño. Esta región, víctima del hambre, es el mundo. Esta hambre es el hambre devoradora de las pasiones, que gritan sin cesar en el fondo de un corazón culpable: Más, más. ¡Esta indigencia es el vacío profundo de un alma atormentada del deseo de la felicidad, mendigándola en vano de las criaturas, que no le ofrecen sino agitación, pesares, disgustos, desengaños y aflicciones sin fin! ¡Oh Dios mío, cuánta verdad es que, perdiéndoos á Vos, lo ha perdido todo el pecador!

Luego siguió la esclavitud. ¡Qué triste cambio! ¡Aquel joven, tan celoso de su libertad, obligado á ponerse á servir á un amo duro é insensible! ¡El, tan enemigo de la sujeción, reducido á ocuparse en los oficios más bajos! ¡El, tan orgulloso, confundido con los más viles esclavos! ¿No es esta la humillante condición del pecador? Como el pródigo, es esclavo, no de un solo amo, sino de tiranos sinnúmero: esclavo del demonio, que reina en su espíritu, en su imaginación, en su corazón, en sus sentidos; esclavo de sus inclinaciones, que le imponen á cada instante el sacrificio de su descanso, de su conciencia, de su razón; esclavo del mundo, cuyos juicios es preciso respetar aplaudiendo sus máximas, contemplar sus susceptibilidades, servir á sus caprichos, satisfacer sus exigencias, disimular y sufrir sin quejarse todas las ingratitudes y todas las injusticias; esclavo de la costumbre y la moda,

que pasan como una necesidad y segunda naturaleza, y que se ríen de todos los esfuerzos de la gracia, de todas las reflexiones de la razón, de todos los remordimientos de la conciencia. ¡Qué servidumbre! Es la que merece el que no quiere llevar el dulce yugo de la ley de Dios.

Mira luego á qué espantosa degradación llegó el pródigo. Reducido á guardar animales inmundos, les envidia y les disputa hasta su vil alimento. ¡Qué envilecimiento el del pecador apartado de Dios! ¡No hay placer, por grosero y brutal que sea, á que no pida la felicidad; llega hasta envidiar á los libertinos más difamados, los excesos más vergonzosos, los arrebatos más monstruosos de sus desenfrenos; llega hasta envidiar á la estúpida bestia su condición, hasta desear no tener, como ella, otra ley que el instinto, ni otro destino que las satisfacciones impuras de los sentidos. Hasta ese punto de indigencia, de esclavitud y de degradación arrastran al pobre pecador el desenfreno y el libertinaje de sus pasiones. Mírate en ese triste modelo, y jamás pienses en abandonar la casa de Dios, que es tu Padre.

**Coloquio.**—¡Oh Padre celestial, ves aquí un hijo pródigo, que habiendo recibido de tu liberal mano toda clase de dones, me salí de tu casa y de tu gobierno por seguir mi propia voluntad y juicio! Heme alejado de tu presencia por innumerables pecados, y habiendo despreciado los bienes que me diste, he usado de ellos para mi deleite y mi perdición. ¡Oh Señor, cómo me has sufrido con tanta paciencia! ¡Oh, quién nunca se hubiera salido de tu casa! ¡Oh miserable de mí, que como mozo libre y mal experimentado, me dejé engañar de mi sensualidad! Dios mío, ten piedad de mí y no me niegues tu misericordia, pues pequé por ignorancia, y estoy

resuelto á volverme á Ti con todas las veras de mi corazón.

**Propósitos.**—A la vista de la triste suerte del hijo pródigo, cobra horror al mundo y á las pasiones que así tratan á sus miserables seguidores.

## 24 DE AGOSTO

### PARÁBOLA DEL HIJO PRODIGO

(Segunda parte.)

### La vuelta del pródigo á la casa paterna.

*Preludios.*—Mira al padre del pródigo abrazando contra su corazón á su arrepentido hijo, y pide á nuestro Señor la gracia de imitar su arrepentimiento y alcanzar como él el perdón de tus extravíos y pecados.

#### Punto I

*La conversión del pródigo.*

Considera cómo volviendo en sí el pródigo, dijo: «¡Cuántos mercenarios hay en la casa de mi padre que tienen el pan con abundancia, y yo me muero aquí de hambre! Iré á buscar á mi padre y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como á uno de tus criados». Partió, pues, y se fué á buscar á su padre. Cuando aún estaba lejos le vió su padre, y lleno de compasiva ternura le echó los brazos y le besó. Y su hijo le dijo: «Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo». Entonces dijo el padre á sus criados: «Traed pronto el mejor vestido que haya en casa, y ponédselo; poned un anillo en su dedo, y calzadlo; tomad un cabrito cebado, y matadlo; comamos y ale-

grémonos, porque mi hijo estaba muerto, y ha resucitado; perdido, y se ha encontrado».

Considera, en primer lugar, la conversión del hijo pródigo; su desgracia fué el principio de su conversión. Había olvidado á su padre cuando era rico y feliz: desgraciado y en la indigencia, todos sus pensamientos le llevan hacia su padre, tan indignamente abandonado. Reconoce el valor de las penas y de las aflicciones. Dios visita siempre con su gracia á los que visita con la tribulación.

Abandonado así el pródigo, del mundo, entra en sí mismo y se pone á reflexionar sobre sus desgracias y sus culpas. La injusticia, la ingratitud, la perfidia con que el mundo recompensa nuestros miserables servicios, ¿no nos harán entrar también dentro de nosotros mismos? ¡Qué materia de reflexión no encuentra en sí un alma que ha dejado á Dios por las criaturas! ¡Oh Dios mío! ¿qué es lo que he ganado separándome de Vos? ¿Qué descanso, qué felicidad encontré en el mundo? ¿Valían algo, Señor, placeres tan fugitivos, tan vacíos y tan degradantes, para robaros mi corazón, renunciar á vuestra gracia, perder la paz de mi conciencia y arriesgar mi salvación por una eternidad?

Vuelto en sí mismo, compara el pródigo su miserable estado con el de los siervos de su padre: «¡Cuántos criados en casa de mi padre comen el pan con abundancia, y yo me muero de hambre!» Alma infiel, ¡qué diferencia entre tu estado y el de los siervos de Dios! ¡Qué paz en su alma, qué alegría interior, qué plenitud de consuelos aun en medio de los sacrificios! En tu corazón, al contrario: ¡qué turbaciones,

qué amargura, qué sentimientos tan tristes! Alma infiel, ¡qué diferencia entre tu pasado y tu presente! Acuérdate de lo feliz que era tu corazón bajo el imperio de la gracia; contempla lo que ha venido á ser bajo el imperio del pecado, y por las penas de tu presente condición aprende á llorar la pérdida de tu pasada felicidad. Pero el pródigo se arma de una noble y valerosa resolución: «Me levantaré é iré á mi padre». No se detiene en vanas palabras ó en simples deseos. No deja su resolución para un tiempo lejano. No se espanta por las conversaciones y burlas del mundo, cuando éste se entere de sus propósitos. No se detiene delante del sacrificio de sus afectos y pasiones. ¡Qué ejemplo de una sólida conversión!

En fin, por medio de la humilde confesión de sus culpas quiere volver el pródigo á la gracia de su padre. «Padre, pequé contra el cielo y delante de ti». Sea este también el primer paso de tu conversión. Ve á echarte á los pies de Jesucristo, presente para ti en la persona del sacerdote, y dile: «He pecado contra el cielo y delante de Vos»; contra el cielo, por el escándalo de tantas iniquidades cometidas á la luz del día; delante de Vos, por tantas iniquidades secretas, que por haber estado encerradas en mi corazón ú ocultas en las tinieblas de mi conciencia, no han sido menos patentes á vuestra invisible mirada. ¡Ah! ya no soy digno de ser llamado hijo vuestro; si os dignáis admitirme en el número de vuestros criados es lo más que puedo esperar de vuestra misericordia, porque ni aun eso merece la enormidad de mis miserias y pecados.

### Punto II

*Acogida que el pródigo recibe de su padre.*

Considera cómo estando aún lejos el hijo, el padre, que siempre lo estaba esperando, lo vió de lejos venir é inmediatamente se movió á misericordia. Lo ve su padre de lejos, y al instante se conmueven sus entrañas de compasión. Así, en levantándose en tu corazón los afectos de arrepentimiento, los mira Dios con ojos de infinita misericordia, olvida todo lo pasado, tus rebeliones contra su voluntad, tu desprecio de su misericordia y de su justicia, tus resistencias á la gracia, tu obstinación y tu endurecimiento en el pecado; no se acuerda que fuiste ingrato y rebelde, y ya no ve en ti sino tu desgracia y tu dolor. «Y corriendo el padre se echó sobre su cuello y lo besó». ¿No es verdad que el padre del pródigo debería por lo menos esperar á su hijo, reprenderle y castigarle, y ocultando su ternura en el fondo del corazón, dejarle algún tiempo á sus pies, y no perdonarle sino después de largo tiempo y movido por la importunidad de sus ruegos? Lejos de esto, lo espera, se precipita á su encuentro y se arroja á su cuello estrechándole entre sus brazos.

Reconoce en estos rasgos la bondad de nuestro Dios. Le habías abandonado, y ahora que las criaturas te abandonan, ¿no debía El retirarse á su vez de ti? ¿No era justo y debido á su propia honra el que rechazase tu corazón como desecho de las criaturas, á su santidad el que no perdonase tan fácilmente á un pecador tan grande como tú, á su justicia el que te

tratase como lo ha hecho con tantos desgraciados, á quienes en el infierno castiga sin compasión por las mismas iniquidades que cometiste tú con tanto atrevimiento? Y no obstante, sale á tu encuentro, no espera que le pidas perdón, te lo ofrece El, no te permite que estés á sus pies, te abraza, te estrecha contra su corazón amantísimo. Y todavía es poco para este tierno padre perdonar á su arrepentido hijo: quiere devolverle también todas las señales y aun todos los derechos de su primera condición. Ninguna reprensión por lo pasado, ninguna prueba para lo porvenir, al momento lo restablece en todas las prerrogativas propias de un hijo suyo. De este modo trata el Señor al alma que se vuelve á El. Al admitirle de nuevo en su amistad, le da todo lo que su pecado le había quitado, y se lo da sin dilación. Con la gracia de Dios, ¿qué no encontrará el pecador? la inocencia, la paz, tus perdidos méritos, tus derechos á la gloria del cielo, toda tu dignidad como hombre y como cristiano, y todo esto lo encontrarás en un solo instante. En fin, el padre del pródigo quiere celebrar la vuelta de su hijo, y manda que haya un festín espléndido, y que todos sus amigos y criados tomen parte en la alegría de esta fiesta, porque dice: mi hijo estaba perdido y ha vuelto; estaba muerto y ha resucitado. Igualmente el Padre celestial celebra tu vuelta á El con un festín solemne, en que te da el cuerpo de su divino Hijo, que se inmola todos los días para que se nos sirva en la Mesa Eucarística. Convida á los justos y á los ángeles á que se regocijen por nuestra espiritual resurrección; quiere que el día de nuestra conversión sea

un día de fiesta para toda la familia, es decir, para toda la Iglesia. Después de esto, ¿cómo dilatamos aún volver á los brazos y al corazón de este buen padre? Arrójate á los pies de Jesucristo, como el hijo pródigo á los pies de su padre, y prométele solemnemente no abandonarle ya jamás.

### Punto III

*De las quejas del hermano del pródigo.*

Considera cómo viniendo del campo el hijo mayor, oyendo la música y el regocijo, y sabiendo la causa, no quería entrar en casa de enojado que estaba; y así, dijo á su padre: «Ha tantos años que te sirvo sin quebrantar jamás tu mandamiento, y nunca me diste un cabrito para comer con mis amigos, y en viniendo este tu hijo, que ha gastado su hacienda con malas compañías, mataste un becerro grueso para convidarle». A lo cual respondió el padre: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas; convenía que te holgases y comieses en este banquete, porque este tu hermano era muerto y resucitó, estaba perdido y lo he hallado». Vuelve á contemplar aquí la maravillosa bondad del corazón de nuestro Dios. Sólo El puede ser tan infinitamente bueno y misericordioso.

Pondera, á la vez, cómo algunos imperfectos, que han sido inocentes y preservados de grandes pecados, suelen tener envidia de los favores que hace Dios á los que han sido muy pecadores, y murmuran y se quejan de que N. S. no los regala así á ellos, pareciéndoles que lo merecen mejor; lo cual nace de falta

de humildad y de caridad, y es muy ofensivo á Dios, el cual gusta mucho de que nos gocemos del bien que hace á nuestros hermanos. Ojalá, Señor, recibas á todos los pecadores, y los levantes á grande alteza de justicia y santidad.

Lo segundo, se ha de considerar también el intento de Cristo N. S. en este dicho del hijo mayor, que fué exagerar la misericordia y liberalidad que hizo con el menor, la cual era tan grande, que bastaba para provocar á envidia y queja á los justos, aunque ellos por su virtud no den entrada á tales vicios, venerando los secretos juicios de Dios y la grandeza de su bondad en comunicarse á las criaturas, dando algunas veces muestras de mayores regalos á los que son más indignos de ellos.

Lo tercero, ponderaré las palabras que responde el Padre de misericordias interiormente á los justos que de veras le sirven: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. ¡Oh Padre amantísimo! ¿qué mayor favor puede ser que éste? ¿qué estola, qué anillo, qué calzado y qué becerro grueso puede haber más estimado que estar yo siempre en vuestra casa, en vuestra obediencia, debajo de vuestro gobierno, y que todas vuestras cosas sean mías? Si todas son mías, mía es vuestra gracia, míos vuestros dones, mío vuestro cielo, mío vuestro Hijo y mi Redentor, y mío sois Vos mismo, en quien están todas vuestras cosas. Con esta divina parábola que sólo ha podido ser propuesta por un Dios infinitamente bueno, anímate á corresponder á los llamamientos de la gracia. Acuérdate que el pródigo no tiene madre. A tenerla, quizá no hubiese

abandonado el hogar paterno, y si lo abandonase, el amor y el recuerdo y la bondad de la madre, bien pronto le hubieran hecho volver á él. Tú tienes madre, tu madre es María que siempre ruega é intercede por ti. Vuelve, pues, á ella y ponla siempre como intercesora y medianera tuya y ella te llevará á su Hijo.

**Coloquio.**—¡Oh Padre mío, Dios mío y todas mis cosas! Vos sois mi regalo, mi honra y mis riquezas; y si vuestras cosas son mías, las mías también son vuestras. Con este solo favor me contento, que yo esté siempre con Vos y Vos conmigo, y que vuestras cosas sean mías, de modo que ninguna cosa quiera, sino la que de vuestra mano me viniere, contentándome con sólo servir á Vos, Padre mío celestial, á quien sea gloria y honra por todos los siglos.

**Propósitos.**—Excítate á confiar siempre en la bondad de un Dios tan misericordioso que siempre está dispuesto á perdonar á los pecadores verdaderamente arrepentidos.

## 25 DE AGOSTO

### De la misericordia de Dios con los pecadores.

*Preludios.*—Mira y oye á Jesús que dice en el sagrario, en la cruz, en todos los momentos de su vida: "Venid á mí todos„ y pídele te estreche cada día más y más en los brazos de su misericordia infinita.

#### Punto I

*De la excelencia de la misericordia de Dios.*

Considera la excelencia de la divina misericordia, comparada con su justicia, porque estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios: la justicia, en que los distribuye y reparte según la naturaleza de cada cosa ó los méritos de cada persona; la

misericordia, en que con ellos nos libra de los defectos y miserias que padecemos, ó por la imperfección de nuestra naturaleza, ó por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras, ó atajando la miseria antes que venga, ó librándonos de ella después de haber venido; pero la justicia de Dios no castiga sino á los que no se aprovechan de su misericordia.

Supuesto esto, considera que aunque las divinas perfecciones, según que están en Dios, todas son iguales, pero en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y en esto se señala sobre todos los divinos atributos la misericordia, y de sus obras se precia Dios más que de las obras de justicia; y así, dijo el apóstol Santiago: «La misericordia ensalza el juicio y sube sobre la justicia». Lo cual se puede considerar, ponderando cómo la misericordia precede, acompaña y sigue á la justicia en todas sus obras.

Lo primero, precede siempre la misericordia, porque todas las obras de justicia suponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios con justicia á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias, y les ha perdonado muchas veces y avisádoles que se enmienden y que huyan de su justicia. De aquí es que la misericordia y el perdón nacen de solo Dios, el cual, por sola su infinita bondad quiere librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no procede de solo Dios, sino también de nuestros pecados que le provocan á ello, porque de su inclinación, antes quisiera Dios N. S. que no hubiera ocasión de ejercitar su justicia. Y por

esto dijo por su profeta Ezequiel, «que no era de su voluntad la muerte del malo, sino que se convierta y viva».

Lo segundo, también la misericordia acompaña las obras de justicia, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, según aquello de David: «¿Por ventura olvidarse ha Dios de tener misericordia, ó detendrá sus misericordias con su ira?» Y por lo mismo dijo el profeta Habacuc:

«Cuando estuvieres enojado, en medio de tu ira te acordarás de tu misericordia», lo cual hace dando avisos á sus enemigos para que huyan de su castigo, y convidándoles con el perdón y moderando mucho la pena que merecían por su culpa.

De aquí es que la misericordia es como fin de la justicia, cuyos castigos se ordenan para que el castigado se enmiende y se haga capaz de aprovecharse de la misericordia de Dios, y si él no quiere, para que, á lo menos otros, por ocasión de su castigado, acudan á la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, comparada con la justicia que se ejecuta en los malos.

De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de gozo, de confianza y amor; pues aunque tenemos muy grandes motivos para temer la justicia de Dios, mayores los tenemos para esperar en su misericordia; y aunque tengo de abrazarlas ambas, porque ni la justicia sola me ponga tanto miedo, que desmaye, ni la misericordia sola tanta confianza, que presuma, me arrimaré más á la misericordia, y en todas mis miserias y caídas puedo apelar, como dice Santo Tomás, del tribunal

de la justicia al de la misericordia, como de tribunal menor, á otro que en alguna manera es mayor, y acudir, como dice San Pablo, con grande confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia con ayuda para obrar en el tiempo oportuno. ¡Oh Dios eterno! Gózome de que juntamente seas *justo y misericordioso:* justo, porque amas la justicia, y tu rostro siempre mira la equidad; misericordioso, porque te compadeces de los injustos, perdonándoles sus injusticias, para que abracen la bondad. Yo, Señor, venero tu justicia y me sujeto á tu justa corrección; pero deseo que prevalezca en mí tu misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seas en mí glorificado y yo cante tus misericordias en compañía de tus escogidos, por todos los siglos.

### Punto II

*De la grandeza y extensión de la misericordia de Dios.*

Considera la grandeza y extensión de la misericordia de Dios para con todas las criaturas y para todas sus miserias, la cual es infinita porque se funda en su omnipotencia, como dijo el Sabio: «Tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes». ¡Oh alma mía, gózate de que tu Dios sea tan poderoso como misericordioso, y que su omnipotencia pueda remediar cualquier miseria de quien se compadeciere su misericordia! ¡Oh misericordia omnipotente, y omnipotencia infinitamente misericordiosa, cuán bien hermanadas estáis para nuestro remedio, dando la una el querer

y la otra el poder y ambas nuestra perfección! Si la misericordia estuviera sin la omnipotencia, ¿cómo pudiera darme remedio? Y si la omnipotencia estuviera sin la misericordia, ¿cómo tuviera voluntad de dármele? Por tanto, ¡oh alma mía! mira que, como David, una vez habla Dios, y dos son las cosas que dice: que es suya la potestad, y á El conviene la misericordia. De aquí puedo discurrir por la grandeza y muchedumbre de la misericordia de Dios, ponderando algunas cosas. Lo primero, que «la tierra está llena, como dice David, de la misericordia de Dios», porque todas las criaturas que viven en ella están sujetas á alguna miseria, por defecto de su naturaleza, ó por malicia de su voluntad, y Dios sólo es el que puede acudir y acude á su remedio; y así, puedo mirar la redondez de la tierra como un vaso capacísimo, lleno todo de las misericordias de Dios, y todo cuanto en ella viere me puede ser motivo de alabar su misericordia. De aquí es, que su misericordia es tanta, que se extiende á las bestias y brutos; por lo cual dijo David: «Tú, Señor, salvarás á los hombres y á los animales, según que multiplicaste tu misericordia»; como quien dice: ¡Oh Señor, cuánto has multiplicado tu misericordia, pues no solamente das vida, salud y remedio de sus necesidades á los hombres, sino también á los brutos! Gracias te doy por la misericordia que les haces sin ellos conocerla, y pues te compadeces de los hijuelos de los cuervos, dándoles comida cuando su necesidad clama por ella, mucho mejor te compadecerás de los hijos de los hombres, por cuyo bien criaste, Señor, todas las cosas.

De aquí he de sacar una grande confianza en la misericordia de Dios, que se compadecerá de todas mis miserias, ponderando que no pueden ser tantas en número ó en gravedad que la misericordia de Dios no pueda y quiera librarme de ellas; pues aunque no tienen número las miserias, menos le tienen sus misericordias.

### Punto III

*De la misericordia de Dios para con los pecadores.*

Considera, en particular, la infinita misericordia de Dios para con los pecadores. De la cual dijo el Sabio: «Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas; disimulas los pecados de los hombres, esperándolos á penitencia, y perdonas á todos; porque Tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas». De donde sacaremos las propiedades de la infinita misericordia de Dios. La primera, que se extiende á todos los hombres, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno. Pues por esto dice: «Tienes misericordia de todos», grandes y pequeños, nobles y pecheros, libres y esclavos, sin que esta regla universal tenga alguna excepción, para lo cual da dos razones. La primera, porque todos los pecadores son hechura de Dios y obra de su omnipotencia; con la cual se acompaña su misericordia. La segunda, porque Dios ama las almas, y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa que es amada. ¡Oh alma mía, si te amilana la culpa que tú hiciste por tu voluntad, anímete á confianza la obra que Dios

hizo por su omnipotencia! Si tú quieres borrar con la penitencia lo malo que tú hiciste, certísimamente reparará Dios con su misericordia lo bueno que El hizo, porque no faltará la misericordia á la obra que salió de su omnipotencia. ¡Oh Amador de las almas, pues amas la mía porque la hiciste, perdona la culpa que yo hice para que no quede en mí cosa que Tú aborrezcas; mira que la que amas está llena de miseria, muestra con ella tu preciosa misericordia!

La segunda propiedad de la infinita misericordia de Dios es, que se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningún pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle, ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Y así, de estas dos cosas juntas puedo hacer título para pedir perdón de mis pecados, diciendo á Dios con David: «Compadécete, Señor, de mí, según tu grande misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra luego mis maldades».

De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores para que hagan penitencia y convidarlos con el perdón, concediéndosele cuando se le piden, con gran facilidad y olvidándose de sus pecados como si no los hubieran cometido, echándolos, como dice un profeta, en el profundo del mar, donde nunca más parezcan, y apartándolos de nosotros, como dice David, «cuanto dista el Oriente del Occidente»; porque como no es posible juntarse estos dos ex-

tremos, así la culpa que Dios una vez perdona con su misericordia, no volverá á juntarse con quien recibió perdón de ella. Y lo que echa el sello, es que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar, sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos y mucho mayores, y lo mismo hace tercera vez. «Y no solamente siete veces, sino setenta veces siete», que es decir, sinnúmero; y todo esto hace la divina misericordia, no para que tomemos ocasión de ofenderla más libremente, sino para provocarnos, como dice San Pablo, á penitencia de la culpa, si cayéremos en ella, no desesperando de alcanzar perdón todas las veces que lo pidiéremos de corazón.

**Coloquio.**—¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿qué gracias y alabanzas te podremos dar por tu infinita misericordia? «Menor soy que todas tus misericordias», ¿cómo te podré dar debidas gracias por ellas? Ellas mismas te alaben y bendigan para siempre, y así con David repetiré muy á menudo aquel dulce cántico: «Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres». Te alabo, Señor, por tu misericordia, pues gracias á ella no estoy ya hace mucho tiempo en el infierno. Alábente, Señor, todas las criaturas, y confiesen todas que tu misericordia está muy por encima de todas tus obras.

**Propósitos.**—No desconfiar jamás de la misericordia del Señor, que es la mayor ofensa que puedes hacer á su corazón de Padre.

## 26 DE AGOSTO

### De la misericordia de Dios con los justos.

*Preludios.*—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

*De la infinita misericordia de Dios con los justos.*

Considera la infinita misericordia de Dios para con los justos que le aman y sirven, y con los que tiene escogidos, para que sean, como dice San Pablo, «vasos de misericordia»; esto es, instrumentos para descubrir el abismo de sus misericordias, y todas las excelencias que tiene esta perfección de que tanto se precia.

Lo primero, la misericordia con sus escogidos es eterna, sin principio y sin fin; desde que Dios es Dios tuvo misericordia de ellos, y mientras fuere Dios durará esta misericordia, por lo cual dijo David: «La misericordia del Señor con los que le temen, es desde la eternidad por toda la eternidad». Porque desde su eternidad los predestinó Dios y se determinó librarlos de todas sus miserias, y muy especialmente de la suprema miseria, que es la eterna condenación, dándoles la suprema dicha, que es la bienaventuranza eterna; y cuanto es de su parte, su misericordia tuvo el mismo deseo para todos los hombres. De suerte que, antes que yo fuese, tuvo Dios misericordia de mí, y viendo las miserias en que había de caer, se determinó á librarme de ellas, si yo quisiese obedecerle con ánimo de perseverar en esta misericordia para siempre. De donde sacaré un afecto encendidísimo de ala-

bar y glorificar á Dios por esta su eterna misericordia. ¡Oh alma mía, alaba, glorifica y bendice á tu Dios, porque es sumamente bueno y porque no tuvo principio ni tendrá fin su misericordia! Gózate con suma alegría, porque Dios es bueno, y porque su misericordia con los que le siguen será eterna. ¡Oh Dios eterno, por toda la eternidad guardaré tus mandamientos, pues tu misericordia es para mí eterna por todos los siglos!

Lo segundo, la misericordia de Dios, desde que el escogido comienza á ser, le va previniendo, acompañando y siguiendo hasta la muerte. La misericordia de Dios que le predestinó en su eternidad, le va después llamando para justificarle, y le justificará para engrandecerle y glorificarle; y así, dijo por Jeremías: «Con caridad perpetua te amé, y por esto te atraje á mí teniendo misericordia de ti». «Bendice, ¡oh alma mía! al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí glorifiquen su santo nombre, porque El perdona tus pecados y cura tus enfermedades, libra de la perdición tu vida y te corona con misericordia y misericordias».

De aquí es lo tercero, que la misericordia de Dios es altísima con los escogidos, levantándolos á los más altos bienes que Dios tiene, que son los de la gloria. Y por esto, con mucha razón dice David que la misericordia de Dios es grande en el cielo y sobre los cielos, porque allí se despliega con los escogidos; y aun en esta vida es también altísima, porque acá los engrandece con soberanos bienes de su gracia y protección. ¡Oh Dios mío y gloria mía! ¿Qué diré de tu misericordia? ¿Cómo te alabaré por ella, y cómo podré ser vaso é instrumento de

ella? Tu misericordia se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que haga el bien, y me acompaña cuando lo hago, y me va siguiendo hasta que acabe de hacerlo; ella me cerca de bendiciones y me corona de grandes victorias, y me da grande confianza de alcanzar las eternas. ¡Oh Dios mío, misericordia mía! Tú eres la misma misericordia, y la misericordia es tuya, porque de tu naturaleza tienes ser misericordioso; pero también es mía, porque la misericordia no es para Ti, que careces de miserias, sino para mí, que estoy lleno de ellas, y Tú solo puedes remediarlas. ¡Oh misericordia mía; júntame contigo en tu eterna gloria, donde siempre seas mía, gozando de tu bienaventuranza, libre de toda miseria por todos los siglos!

### Punto II

*De los modos cómo Dios manifiesta su misericordia con los justos.*

Considera los modos cómo Dios demuestra su misericordia con los justos y escogidos suyos, previniéndolos desde su niñez con infinitas gracias para que no caigan en pecados, siguiéndolos y acompañándolos esta gracia toda la vida con infinitos favores, y últimamente dándoles el sello de sus misericordias con la corona de la gloria. Pon los ojos en San Juan Bautista y en Jeremías, á los cuales escogió desde el vientre de su madre, y contempla las misericordias que Dios usó con ellos desde aquella hora hasta la última de su vida, y en especial contempla las que Dios hizo á la Bea-

tísima Virgen desde el instante de su Concepción hasta su gloriosa Asunción á los cielos, y hallarás que no hubo instante ni momento en que Dios no estuviese esmerándose en enriquecer aquella alma con las riquezas de sus misericordias. Gózate de tener un Dios tan misericordioso y liberal; cobra aliento en su piedad; esfuérzate con su omnipotencia, y pídele que use contigo de las misericordias que usa con sus escogidos, y que no te deje vacío, pues llena su misericordia todo lo criado.

De otro modo manifiesta el Señor su infinita misericordia con los hombres, descubriéndola con un modo, el mayor que era posible, en el cual se encierran infinitos modos de misericordia. Porque primeramente, la misericordia en nosotros tiene dos actos: uno es entristecerse del mal de su prójimo; el otro es librarle de aquel mal; y como Dios, en cuanto Dios, no fuese capaz del primer acto, porque no cabe en El tristeza, quiso su infinita misericordia que no le faltase este acto, del modo que era posible, haciéndose hombre verdadero, de tal manera, que pudiese entristecerse de nuestras miserias y tener verdadera compasión y tristeza de ellas como si fueran propias; asemejándose, como dice San Pablo, á sus hermanos en todas las cosas, «para que se hiciese misericordioso» con un nuevo modo, tomando la compasión y tristeza que antes no tenía; de lo cual son testigos las lágrimas que derramaba viendo nuestras miserias, con deseo de librarnos de ellas. Gracias te doy, oh misericordioso Dios, por este nuevo modo que has tomado de ser misericordioso con el hombre. ¡Oh alegría infinita! ¿para qué te quieres

hacer capaz de tristeza, pues puedes bastantemente remediar mi miseria, sin tener tristeza de ella? Alabada sea tu miseridordia por estas invenciones que de ella han procedido, por la cual te suplico me ayudes á imitarla en esta vida, para que sea digno de alcanzarla en la otra.

### Punto III

*De otros modos con que manifiesta el Señor su misericordia con los justos.*

Considera cómo el Dios de las misericordias, no contento con haber tomado esta tristeza y compasión interior, tomó también todas nuestras miserias y penalidades, hasta la misma muerte, excepto la culpa, para que con esta experiencia aprendiese con nuevo modo á tener misericordia; por lo cual dijo San Pablo: «No tenemos pontífice que no se pueda compadecer de nuestras enfermedades, porque fué tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, sin pecado». ¡Oh pontífice misericordiosísimo, aunque no tuviste experiencia de las miserias que son culpas, tuvístela de las penas que se merecen por ellas, y pues las padeciste por librarme de una y otras, líbrame de las culpas para que no caiga en las penas eternas! Y aún no paró aquí la infinita misericordia de Dios, porque inventó otro nuevo modo de ejercitar las obras de misericordia con nosotros, en el santísimo Sacramento del altar, haciéndose comida para los hambrientos, bebida para los sedientos, medicina para los enfermos, sacrificio para perdonar los pecados, remediador y remedio de

todas nuestras necesidades. Y así, no sin misterio atribuye David esta obra á la misericordia de Dios, diciendo: «Un memorial ha hecho de todas sus maravillas el Señor misericordioso, y que hace misericordias, dándose por manjar á los que le temen».

De todas estas consideraciones sacaré cuán innumerables son las misericordias de Dios y cuán inmensas, pues en cada cosa de estas hay tantas que no se pueden comprender; pero de todas he de sacar grandes deseos de imitarlas en bien de mis prójimos, pues Cristo N. S. dijo: «Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial, el cual es benigno aun con los ingratos y malos, y á todos concede altísimos y soberanos bienes para librarlos del abismo de sus males».

**Coloquio.**—¡Oh Dios misericordiosísimo, ahora puedo con nuevo título llamarte misericordia mía, pues no solamente eres misericordioso, remediando mi necesidad, sino eres el mismo remedio de ella y la misma misericordia con que se remedia! Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que has hecho con los hijos de los hombres, porque hartaste al alma vacía y llenaste de bienes á la hambrienta. ¡Oh Dios mío y bien mío! Tu misericordia me amó desde toda la eternidad, me previene para que no caiga, me levanta después de caído y jamás se cansa de mis miserias. Pon el sello, Señor, á esa misericordia tuya contándome en el número de tus escogidos, para que merezca yo cantar tus misericordias por toda la eternidad.

**Propósitos.**—Ser generoso con un Dios tan generoso y liberal para contigo, y no negarle ningún sacrificio que te pida.

# 27 DE AGOSTO

## Parábola del Padre de familias y los obreros.

*Preludios.*—Imagínate la Iglesia de Cristo como una viña ó campo en que trabajan muchos obreros, y que tú eres uno de ellos; y pide al Señor que te dé su gracia para que seas de los buenos trabajadores y merezcas el galardón que dará á los suyos el Padre de familias, que es Dios.

### Punto I

*De la viña del Padre de familias.*

Considera que el Padre de familias, de quien trata esta parábola, es Dios N. S., el cual tiene dos familias: una en el cielo, de espíritus bienaventurados, y otra en la tierra, de hombres; y cuida tan por menudo de cada una, como si la familia fuese muy pequeña. La viña es la congregación de los fieles, y más particularmente de los justos, que son los sarmientos más escogidos de ella y los que producen frutos de bendición y el vino del amor celestial. Los obreros, finalmente, son los hombres á quienes pertenece labrar sus almas, cavándolas y podándolas con la azada y podadera de la mortificación y penitencia, procurando que lleven buen fruto y copioso, no de agrazones, sino de uvas maduras, esto es, de obras agradables á Dios.

Para esto los llama el mismo Dios; porque sin su llamamiento ninguno puede entrar en esta viña, ni trabajar en ella, y los llama interiormente con sus inspiraciones é ilustraciones, tomando por instrumentos á los predicadores ú otros medios exteriores, y otras veces por sí solo, enviándoles de repente su luz y

fuerte inspiración. Y para llamarlos sale á la mañana, porque su deseo es que todos los hombres, desde que les amanece la luz de la razón, sean buenos obreros y no estén ociosos, y así á todos convida con la gracia y vocación suficiente, aunque no todos le obedecen, ni quieren venir; pero es tan grande su misericordia, que no cesa de llamarlos en todas las edades de la vida una y muchas veces; unos reciben la vocación eficaz, y se convierten desde la niñez; otros en la mocedad; otros al medio de la vida; otros en la vejez; otros poco antes de la muerte.

Considérese que á unos llama con promesas y pactos, y se convierten como jornaleros, por el interés y esperanza del galardón; á otros con reprensiones interiores, afeándoles su mala vida y ofreciéndoles que les dará lo que fuere justo; á otros sólo con imperio, mandándoles ir á trabajar por el amor de la virtud y del trabajo virtuoso.

De todas estas consideraciones, tengo de sacar afectos de agradecimiento y alabanza de este Padre de familias por el cuidado que tiene de llamarnos, y afectos de dolor y pena por ver los muchos que resisten á su llamamiento, y por las veces que he resistido, deseando ahora obedecerle muy de veras. ¡Oh Padre de familias, tan cuidadoso de tu viña y de llamar obreros para ella! Tú, Señor, en la ley natural y en la escrita saliste muchas veces á llamarlos, y escogiste gran muchedumbre de patriarcas y profetas, y otros justos, queridos tuyos, y después viniste al mundo por la encarnación, haciéndote hombre, y con tu predicación llamaste y escogiste muchos Apósto-

les y discípulos, y por medio de éstos á otros innumerables discípulos, y nunca cesas de salir cada día á llamar obreros. Sal, Señor, por esa gentilidad, y llama con eficacia á los infieles para que reciban tu fe. Sal por medio de tu Iglesia, y llama eficazmente á los pecadores para que se conviertan á Ti. Sal por ese mundo, y llama á muchos justos, para que te sigan con perfección; y no te olvides de salir muy á menudo para llamarme con eficacia al ejercicio de todas las virtudes, para que mi alma, bien cultivada y labrada, lleve los frutos copiosos que Tú deseas.

### Punto II

*De la recompensa de los obreros.*

Considera que el Padre eterno, ha encomendado á Jesucristo N. S., en cuanto hombre, el juicio de los obreros, y el llamamiento para recibir su jornal, y esto se hace al fin de la vida de cada uno, la cual se cuenta como un día, porque toda ella no es más larga que un día, respecto de la eternidad.

Todos los obreros han de recibir su premio, los que comienzan temprano y los que vienen tarde, y ninguna hora de trabajo se pasará sin galardón, y, por consiguiente, cuanto las obras fuesen más y mejores, más y mejor será el premio.

Pero para el salario de este trabajo, no se mira tanto el tiempo que dura cuanto al fervor, diligencia y amor con que se toma. De donde procede que los últimos obreros, en una hora sola, merecieron tanto como los que trabajaron todo el día; porque más estima Dios

una hora de trabajo fervoroso que doce de trabajo tibio; y así, además del premio esencial, da á los postreros otro accidental de honra, que es lo que llama el Evangelio empezar la paga por ellos.

Los obreros que habían trabajado todo el día murmuraron del Padre de familias, por haber dado á los últimos el mismo jornal que á ellos; pero Jesús les respondió que nada les debía, y que de su hacienda podía hacer lo que quisiera; en cuyas palabras ponderó lo muchísimo que ha de dar á los que en poco tiempo trabajan mucho con gran perfección, y pintó también las propiedades de los que en esta vida le sirven muchos años, pero con tibieza, contrarias á las de los otros que sirven menos, pero con fervor.

Estas propiedades son: la primera, que presumen de sus obras y servicios, por su antigüedad, y así piensan que han de recibir gran premio; los segundos, ni presumen de sí, ni se tienen por dignos de premio. La segunda propiedad es que llevan el peso del día y del estío, porque la tibieza es causa de que sientan mucho los trabajos de la virtud, aunque sean pequeños; y al contrario, el fervor es causa de que no se sientan, aunque sean grandes; y así los tibios penan mucho y medran poco, y los fervorosos penan poco y medran mucho. La tercera, que los tibios son jornaleros interesados, buscando en todo su propio interés, y así andan llenos de quejas y murmuraciones secretas contra Dios, que no los regala ni favorece, y contra los hombres, que no les honran ni ayudan. Los otros sirven á Dios sin interés, por sólo amor, y así no hallan de qué

quejarse, y, con humildad, cualquier favor que Dios les hace le estiman en mucho, y se tienen por indignos de él. La cuarta, que los tibios son envidiosos, y se carcomen por la merced que Dios hace á los fervorosos, quieren hundirlos y despreciarlos, notándolos de nuevos en la virtud, y de que vinieron tarde á trabajar en su Iglesia; pero los fervorosos trabajan y callan, deseando que Dios haga bien á todos.

¡Oh Padre celestial, que tanto favoreces á los obreros diligentes y cuidadosos en tu servicio, destierra de mi corazón la tibieza y flojedad; ayúdame para que te sirva con fervor, y para que me goce de que otros muchos te sirvan de esta manera; no permitas que yo sea tan malo, que mi ojo sea envidioso, porque Tú eres bueno! Gózome de que seas tan bueno, que hagas bien á todos; y alégrome del bien que haces á otros más que á mí, porque sé que en todo eres bueno, justo y santo.

### Punto III

*Del corto número de los predestinados.*

Considera cómo nuestro Señor, después de haber reprendido á los obreros envidiosos, pronunció aquellas dos admirabilísimas sentencias: «los postreros serán los primeros; muchos son los llamados, pero pocos los escogidos», en las que se ha de ver lo primero, que muchos que son tenidos en esta vida por los más aventajados, el día del juicio y de la cuenta serán tenidos por los últimos; porque en los juicios de Dios fueron tibios, interesados y muy imperfectos en lo interior. Y al contrario,

algunos que en esta vida parecían postreros, por haber sido grandes pecadores, ó haber servido á Dios poco tiempo, ó por ocultarse con humildad y paciencia, y emplearse en obras muy bajas, serán después los primeros, porque en los ojos de Dios fueron muy humildes, fervientes y puros; así como también sucederá que algunos de los que acá parecían justos, serán condenados como pecadores, y otros que parecían pecadores, serán engrandecidos como justos. De lo cual tengo de sacar aviso para mirar cómo vivo y desear ser el primero, no en los ojos de los hombres y en los puestos del mundo, sino en los de Dios que lo ve todo y me ha de juzgar, no haciendo caso del lugar alto ó bajo que tuviese en la opinión del mundo. Y juntamente tengo de sacar afecto de temor, temblando de los juicios de Dios y de la suerte que me ha de caber, porque puede ser que hoy sea el primero y mañana, por mi culpa, sea el postrero.

Considera en segundo lugar, que así como entre los hombres del mundo, llamados á Dios para que reciban su fe y su gracia, son muchísimos los pecadores que resisten á este llamamiento, y pocos los justos que consienten, y quedan escogidos para el cielo, así también entre los justos, llamados para vida perfecta, muchos resisten á este llamamiento, y viven con tibieza, contentándose con medianías, y pocos son los escogidos y perfectos, porque siempre lo precioso es raro.

Y como son tantos los que se niegan á seguir la ley santa de Dios, tantos los pecadores endurecidos en el pecado, tantísimos los que aun entre los fieles se pasan la vida sólo ofendien-

do á Dios, siempre en pecado mortal, de ahí que todo eso, y el olvido de la eternidad y de las cosas del alma, que reina en el mundo, todo ello haga muy verdadera la terrible sentencia, de que son pocos los escogidos ó predestinados.

**Coloquio.**—¡Oh Dios infinito, que convidas á todos para que sigan la perfección! Suplico á tu divina Majestad que aumentes el número de los escogidos, para que haya muchos perfectos, como tú eres perfecto. Haz, Señor, que sea yo uno de éstos, respondiendo á mi vocación, para que en mí y por mí seas glorificado por todos los siglos. ¡Oh Redentor mío! Dame el espíritu de oración y penitencia con que sujete mi carne, dome mis pasiones, y eche de mí el espíritu de soberbia y vanidad, para que, subiendo contigo al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando ayuno y oración, merezca subir contigo al monte Tabor de tu gloria.

**Propósitos.**—Por el fervor, la mortificación y todo genero de buenas obras, haz segura tu predestinación.

## 28 DE AGOSTO

### Festividad de San Agustín.

*Preludios.*—Contempla al santo y maravilloso Doctor que estando en lucha horrible consigo mismo y sus pasiones, oye una voz que le dice: "Toma y lee„. Míralo devorar aquel libro y rendirse á la gracia de Dios, el cual por la lectura se la comunicaba. Pide al Señor corresponder como Agustín á las inspiraciones del cielo.

#### Punto I

*San Agustín llamado y combatido por la gracia.*

Considera que San Agustín es una de las más nobles conquistas de Jesucristo, y uno de los más gloriosos trofeos de su gracia. Es un ilustre prisionero, que la gracia hizo servir á la

gloria de su triunfo: mas después de largos y furiosos combates. La gracia le encontró en tres estados: en el de pecador, en el de penitente y en el de doctor. Le combate en el primero, le vence en el segundo, y en el tercero logra de Agustín un completo triunfo.

Recuerda que hay grande diferencia entre el estado de la inocencia en que estaba Adán y el del pecado en que al presente estamos nosotros. En el estado de la inocencia, la gracia reinaba sin contradicción alguna, mas en el estado del pecado no reina sino combatiendo; en el estado de la inocencia todo obedecía á la gracia, pero en el estado del pecado todo resiste á la gracia. Así es, que la gracia de la reparación podemos llamarla gracia de lucha, que combate y es combatida; que vence y es vencida; que triunfa de la naturaleza, y á las veces queda por trofeo de la misma. ¿En ti qué hace esta gracia? ¿Combate? ¿Vence? ¿Triunfa de sus enemigos? Pero ¡ah! no la conquista del todo: son inútiles todos sus asaltos; es siempre rechazada, y en muchos años no ha abierto brecha alguna en tu corazón.

Considera que San Agustín fué vencido de la gracia, mas sólo después de largos y espantosos combates. Dos poderosos enemigos por mucho tiempo le hicieron guerra, el error y el placer; la herejía infestaba su entendimiento, y el placer su corazón; la una y el otro hacían su conversión muy difícil. El error, porque sin la fe es imposible agradar á Dios, y sin la gracia es imposible tener fe. Dios, pues, niega la gracia á los soberbios, y la concede á los humildes: y como todas las herejías nacen de la soberbia, y sus partidarios se obstinan en no

renúnciar su propio juicio, ni someter su entendimiento á la autoridad de la Iglesia; por esto cierran la entrada á la divina gracia, y se hace tan difícil su conversión. Añádese á esto que pecan sin ignorancia con pecado de malicia, la cual se opone al Espíritu Santo, y llega á hacerse irremisible, resistiendo al principio de la gracia, que es la bondad de Dios.

En este estado encontró la gracia á San Agustín cuando le hizo su prisionero. Era un prodigio de ingenio, enseñaba á todos, y de nadie aprendía. Era maestro de todos, sin haber sido jamás discípulo sino de sí mismo. Era vano y curioso, y esto le hizo hereje: porque como él mismo confiesa, dos cosas le atrajeron al partido de los maniqueos; su aparente piedad, que á todos llamaba la atención, y la promesa que hacían á sus sectarios de descubrirles la verdad, sin imponer yugo alguno al entendimiento. Y así por otro camino quedaba el entendimiento de San Agustín esclavo del error, idólatra de la mentira, enamorado de la novedad, enemigo de la fe, de la sumisión y de la obediencia; ¡qué hermoso campo tenía la gracia para combatir! Mas luego era rechazada por la infidelidad de Agustín que decía como Santo Tomás: «Si yo no veo, no creeré». ¿Y no es esto mismo lo que impide también tu total conversión? ¿No eres curioso, vano y soberbio? ¿No pides también el ver cuando sólo debes creer? ¿No eres del número de aquellos que hacen profesión de no renunciar jamás su propio juicio? Pues ciertamente que si así prosigues, no serás jamás fiel, ni te convertirás de veras.

El otro impedimento para la conversión de

San Agustín fué el amor deshonesto, que es el fruto ordinario de la herejía: porque como dice San Gregorio, Dios castiga á los soberbios con la mayor ignominia, que es el pecado de la sensualidad, y cubre con pieles de animales á aquellos que quieren comer el fruto de la ciencia que les está vedado. San Agustín reconoció esta verdad por una triste experiencia, que después de su conversión le hacía exclamar: «Dios mío, ¡qué oculta y admirable es vuestra conducta! Vos estáis en silencio en lo más alto del cielo, y con un orden constante é invariable dejáis crecer las tinieblas y la ceguedad sobre las pasiones desordenadas de los hombres». Este fué el segundo enemigo que hizo más resistencia á la gracia, y más difícil la conversión de San Agustín; porque la gracia no puede entrar en un alma sino por el entendimiento ó por el corazón; por el entendimiento, haciéndole conocer su pésimo estado; por el corazón, inspirándole horror al pecado.

Mas el amor sensual cierra estas dos puertas á la gracia, obcecando el entendimiento y pervirtiendo la voluntad, principalmente cuando ha envejecido en el vicio y pasado éste á ser segunda naturaleza, y á fuerza de pecar se ha hecho una especie de necesidad. A este estado se veía reducido San Agustín; se había dado á los placeres de los sentidos desde su juventud, y había contraído tan malvados hábitos, que no creía poderse librar de ellos. ¡Oh, y cuántas veces la gracia le estimuló á dejarlos! Mas ella nada ganaba sobre un entendimiento pervertido por la herejía, y sobre un corazón esclavo de sus vergonzosos deleites. Guárdate, alma cristiana, de abandonarte á semejan-

tes pasiones, pues perderás bien presto la esperanza y la fe, y harás tu conversión moralmente imposible; no te convertirás si Dios no hace una especie de milagro, como lo hizo con San Agustín.

### Punto II

*La gracia rinde el corazón de San Agustín.*

Considera que la gracia expugna y rinde á los pecadores de tres maneras: por razón, por amor y por fuerza; reduce á los sabios por razón; gana á los sensuales por amor, y combate y vence por fuerza á los obstinados; pues aunque de ordinario se insinúa en el corazón con dulzura y con amor, no obstante entra alguna vez, como con mano armada, y sin ofender la libertad del hombre, triunfa gloriosamente de su voluntad. San Agustín no era de un natural duro, tenía el entendimiento firme, mas su corazón era en extremo tierno y sensible. Así es que la gracia combatió á ambos de una manera bien diferente; gana su entendimiento por la fuerza de la verdad, y su corazón por el amor.

San Agustín tenía un entendimiento prodigioso, una mente muy vasta y capaz, una penetración viva y un discernimiento justo y prudente; había adquirido el cetro de las bellas letras entre los mejores ingenios. Se podía ignorar sin rubor lo que no sabía San Agustín. No obstante, la gracia le vence, y le hace someterse al yugo de la fe de esta manera. Le hizo conocer que era necesario creer alguna cosa, y que era imposible aprender las ciencias humanas, y mucho menos las divinas, sin

someter su propio juicio á la fe. Examina en seguida todas las religiones, y halla que sola la católica era la verdadera. Y lo que le obligó á abrazarla, dice, fué la grandeza de sus milagros, la pureza de su doctrina, el consentimiento de todas las naciones, la propagación maravillosa de su evangelio, la sucesión de los sumos Pontífices desde San Pedro hasta el de su tiempo, la antigüedad de su origen y el nombre de católica, que siempre ha conservado á despecho de la envidia y de la oposición de los herejes. Con esto se hizo tan humilde, tan dócil y tan obediente, que así como no hubo jamás quien le aventajase en saber, puede también decirse que no hubo quien le superase en humildad y en obediencia. Combatía todos los herejes con razones incontrastables, mas no oponía casi á todas sus objeciones otro escudo que el de la fe: «Yo soy fiel, decía, creo lo que no veo». Armate también como San Agustín de este escudo en todas las tentaciones contra la fe.

Si la gracia trabajó tanto para domar este espíritu, mucho más trabajó todavía para ganar su corazón. Se sirvió para combatirle de dos estratagemas: sembró amarguras en todos sus placeres, y perturbó su reposo, cuando le buscaba en el goce de las criaturas; porque amaba la paz, y Dios le hacía guerra para impedirle la encontrase en ninguna parte. Como no había verdad alguna que pudiese llenar la vasta esfera de su entendimiento, tampoco había algún bien criado que pudiese henchir la ilimitada capacidad de su corazón. Y esto fué lo que le hizo comenzar á separarse del amor de las criaturas, en las que no encontraba sino

placeres falsos y aflicciones verdaderas. «¡Oh Dios mío, exclamaba, cuán misericordiosamente habéis sido severo conmigo! ¡Habéis trastornado todos mis designios, y os habéis opuesto á todos mis deseos; cuando yo pensaba sumergirme en los placeres, me encontraba rodeado de los mayores dolores, y sembrabais espinas donde yo quería reposar! ¡Oh, cuán amorosamente me habéis perseguido! ¡Oh, qué guerra tan dulcemente cruel me habéis hecho!»

La otra estratagema de la gracia fué el combatir por amor su corazón, y así, para ganarle, le hizo gustar dulzuras y placeres tan puros y agradables, que no podía comprender cómo había podido amar tan largo tiempo las criaturas, las cuales no habían hecho otra cosa que atormentarle y distraerle de amar á Dios para quien su corazón había sido criado. «¡Qué tarde os he amado, decía llorando, qué tarde os he amado! ¡Oh hermosura, siempre antigua y siempre nueva! Os he amado muy tarde, ¡Dios mío, y todas mis cosas!» Como el amor hizo pecador á San Agustín, también el amor le hizo santo. La gracia no hizo otra cosa que cambiar su corazón y mudarle de objeto; y desde entonces amó á Dios con tanto ardor, como antes había amado á las criaturas. Hermosísimo corazón el de San Agustín, nacido para amar lo noble y lo divino. Lo mismo es el tuyo; enamórate de las cosas altas y sobrenaturales y hallarás la paz que, como San Agustín, no encuentras en los amores del mundo.

### Punto III

*La gracia triunfa del corazón de San Agustín.*

Considera que de ese modo la gracia triunfó del corazón de San Agustín. ¿Cuándo triunfará del tuyo? ¿Cuánto tiempo hace que te asalta con el placer y con el dolor? ¿Cuándo has hallado jamás un verdadero deleite en las criaturas? ¿En qué lugar del mundo no has encontrado espinas y aflicciones? ¿No es verdad que desde que estás en el mundo no has tenido reposo? ¿De dónde procede que nada te sale bien, y que cuando quieres una cosa, todo se opone á tus deseos? Dios es el que te hace la guerra, el que desconcierta tus designios, el que se opone á tu voluntad, el que mueve todas las criaturas, y hace te desprecien cuando quieres buscarlas. ¡Oh, si supieses cuán dulce es el Señor! ¡Oh, si hubieses gustado las dulzuras que gozan las almas santas en el servicio de Dios! ¿Por qué lo difieres tanto? ¡Comienza hoy á amar á Dios; rompe esas cadenas que te hacen esclavo del demonio! Lee buenos libros como San Agustín; llora y medita; gusta y prueba cuán dulce es el Señor.

Pondera cómo luego que la gracia triunfó de San Agustín, le hizo también servir para sus triunfos, mostrándole á todo el mundo como un prodigio de santidad. Le opuso á todos los herejes que combatían la Iglesia y la gracia de Jesucristo. Había dos suertes de herejes en aquel tiempo. Unos negaban la gracia para conservar la libertad; otros negaban la libertad para conservar la gracia. Los primeros

decían que todo lo hacía la gracia, y los segundos que la gracia no hacía nada. San Agustín combatió á estos dos enemigos de la gracia, probando dos cosas que la Iglesia nos obliga á creer: la una, que sin la gracia no podemos tener un buen pensamiento, ni formar un buen deseo, ni practicar una buena acción. La otra, que la gracia no nos impone necesidad alguna, sino que nos deja en una entera libertad para darle ó negarle nuestro consentimiento.

¿Quieres ser del partido de San Agustín, ó sectario de los enemigos que ha combatido? ¿Quieres declararte por la gracia, ó contra la gracia? ¿Mas cuánto tiempo le haces guerra, y en vez de hacerla triunfar de tus vicios la haces esclava de tus pasiones? ¿Podrás decir, acaso, que te falta la gracia? La fe te condenará de herejía y tu corazón te acusará de mentira. ¿Cuándo, pues, te rendirás? ¿Has de estar siempre resuelto á hacer frente á Dios y á resistirle? ¿Quién ha estado jamás en paz haciéndole la guerra? ¿No temes, pues, que se canse de tus insolencias y que te abandone su gracia para vengarse del desprecio que haces de ella? Cesa una vez de resistirle: ríndete á Dios, que no quiere violentar tu voluntad. Haz que triunfe su gracia de tu entendimiento por la fe: de tu corazón por la caridad: de tus pasiones por el temor: de tu cuerpo por la pureza, y por la mortificación de tus sentidos.

**Coloquio.**—¡Oh, Señor, autor de mi libre albedrío y de la gracia que me salva y santifica! No quiero ser más rebelde á tus divinas inspiraciones. Triunfa dentro de mí por tu gracia; Señor, triunfe tu amor de los placeres de la tierra; triunfe tu cruz de las pasiones de mi corazón; triunfe la paz de la guerra que me hacen mis apetitos, para que en todo

se vea que nuestro corazón, hecho para Ti, sólo halla descanso cuando reposa en Ti.

**Propósito.**—Mira en San Agustín lo que importa corresponder á la gracia. ¡Qué sería de él si se hubiese hecho sordo á sus inspiraciones! Propón tú en esto imitar al santo Doctor.

## 29 DE AGOSTO

### Sobre la dificultad de salvarse.

*Preludios.*—Mira al mundo como una inmensa lonja, donde todos los hombres se afanan por cualquier asunto de la vida en que esperan ganar algo que les sea provechoso; piensa que la salvación eterna es lo único que de veras y absolutamente nos importa, y pídele á Dios su gracia para dar á este negocio supremo la importancia debida.

#### Punto I

*De lo que nos importa el asunto de la salvación.*

Considera que el cuidado de nuestra salvación es el principal, por no decir el único que debemos tener en esta vida; porque en primer lugar todo el provecho que ha de reportarnos, será para nosotros. En los otros negocios que llamamos mundanos, no está seguro el que trabaja de que el fruto sea para él: el labrador siembra y riega, y no sabe si cogerá la cosecha; el que amontona riquezas, rara vez las disfruta, y aun suele ocurrir, que la ley de la herencia las lleve á los que el que las ganó, aborreció más en vida. «Uno siembra y otro coge», dijo el Salvador. Pero en la salvación no sucede así. «Si vosotros sembráis, enseña San Pablo, vosotros recogeréis, y la cosecha será proporcionada siempre á la semilla que hubierais puesto. Si sembráis en el alma, recogeréis del Espíritu la vida eterna». Esto es,

si oras, si ayunas, si das limosna, si mortificas tus sentidos, si crucificas tu carne, toda la utilidad será para ti; en esta vida da Dios ciento por uno, en la otra, da cientos de millares.

En segundo lugar, si el cuidado de nuestra salvación es nuestro gran negocio, el único negocio real y verdaderamente importante, el único necesario; si todo el provecho ha de ser para nosotros, ¿cómo es que nos descuidamos tanto en él? ¿cómo es que hasta llegamos á olvidarle ó á no hacerle caso? «Quien no es bueno para sí, dijo el Sabio, ¿para quién será bueno?» Nosotros que velamos tanto por nuestros más mezquinos intereses, ¿cómo no preferimos este interés supremo? ¿cómo aquí no obra nuestro amor propio tan activamente como en otros muchos asuntos, que son infinitamente menos importantes? Esta indiferencia no es, por cierto, hija de la tranquilidad del espíritu, de la paz del alma; es un sueño de espantosa enfermedad, es un letargo de consecuencias horribles. ¿Esperamos á la hora de la muerte para despertar de él? Persuádete, pues, de que el negocio de tu salvación es lo único que te debe preocupar de veras, el único que te importa. No es necesario que seas rico ó pobre, feliz ó desgraciado, sabio ó ignorante, pero te es absolutamente necesario salvarte, pues si te salvas lo tienes todo, y si no, todo lo pierdes.

Pide al Señor arraigue esta idea en tu alma, pues ella sola bastará para que te hagas un santo, pues los santos lo fueron, porque llegaron á penetrarse de la importancia suprema del negocio de la salvación.

### Punto II

*La salvación es muy difícil.*

Considera que la salvación es realmente asunto muy difícil, y el que no puede engañarse, ni engañarnos, Jesucristo S. N., lo ha dicho así y bien claramente. Compara Cristo, en efecto, el reino de los cielos á la viña que hay que cultivar con sumo esmero, si se quiere que fructifique; al campo en que es preciso trabajar con tanto afán, que ni cabe volver atrás la vista; al tesoro escondido que no se halla, sin cavar profundamente; al negocio en que no se debe omitir ninguna diligencia para aumentar los talentos; á la piedra preciosa que hay que comprar á costa de todos los bienes; y hablando de las vías que conducen á la bienaventuranza, las compara con el camino arduo y estrecho, por donde pocos tienen ánimo de caminar, y con la puerta igualmente estrecha, por donde es muy difícil la entrada.

Y en verdad, ¡cuántos obstáculos se oponen á nuestra salvación! Obstáculos de parte de los apetitos que es preciso domar; de las pasiones violentas que es menester combatir; de los sentidos desarreglados que hay que mortificar; de costumbres viciosas que es necesario arrancar; de muchedumbre de seres y objetos agradables, pero funestos, de los que es indispensable huir; de millares de ocasiones peligrosas que hay que evitar; de lazos y afectos que es forzoso valerosamente romper. ¡Qué fuerza se necesita para sobreponerse á tantos obstáculos! Y ¡qué valor para luchar á brazo partido con los poderosos enemigos que nos sa-

len al paso, y nos disputan palmo á palmo la entrada en el reino de los cielos! La carne, que es un enemigo doméstico y muy astuto, tanto más temible cuanto le tememos menos, y tanto más peligroso cuanto más le regalamos; el mundo, que nos embelesa con sus pompas, nos atonta con sus máximas, nos arrebata con sus aplausos, nos llama con sus promesas y nos pervierte con sus malos ejemplos; el demonio, enemigo poderoso, astuto, embustero, vigilante y cruel que se aplica enteramente á nuestra perdición. Estos tres enemigos nos acechan de continuo, nos arman celadas á cada paso, nos atosigan, nos seducen, y es realmente maravilloso que no den con nosotros en tierra.

Por todo esto la Sagrada Escritura enseña que el cielo se gana con violencia, que es preciso un gran esfuerzo para entrar en él, y que es menester estar siempre peleando y en vela. Que la gloria eterna es una corona, pero que no se logra, sino después de largos y terribles combates.

Se nos pide para ganar esta victoria que violentemos de continuo á nuestras pasiones, y nosotros, lejos de hacerlo así, seguimos siempre el impulso que nos dan ellas; se nos piden grandes esfuerzos, y somos flojos; se nos pide la vigilancia constante, la vela permanente, y nosotros nos dormimos. Es preciso pelear, y huimos del campo de batalla. ¿Cómo hemos, pues, de salvarnos? Si estuviéramos en este mundo, no para salvarnos, sino para condenarnos, ¿viviríamos de otra manera que como vivimos?

De que sea, pues, tan difícil salvarse, y de

que sean muchos los llamados y pocos los escogidos, debes sacar: primero, mirar sobre todo por tu alma, ya que no tienes más que una, y que la muerte es una también, y el árbol, del lado que cayere, allí estará toda la eternidad; segundo, con temor y temblor trabajar tu salvación, y mirar como cosas secundarias todos los negocios de la tierra; tercero, velar y orar y estar siempre dispuestos, porque el hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperemos. Pide al Señor, luz para no andar á ciegas en medio de tantas tinieblas como te rodean, y de tantos hombres que viven como si no tuvieran alma, ni hubiese eternidad, ni salvación.

### Punto III

*La salvación no es imposible.*

Considera, en último lugar, que si la salvación es difícil, no es imposible, ni mucho menos. Lo que para el hombre es muy dificultoso, para Dios es fácil. Grande es nuestra malicia, grande nuestra negligencia; pero infinita es la misericordia divina. Nos manda Dios que cuidemos de nuestra salvación, y este mandato implica, dentro de la soberana justicia, el darnos los medios para conseguir lo que se nos prescribe. Nos ordena Dios que esperemos la bienaventuranza, sólo el desconfiar temerariamente de lograrla es un pecado, ¿cómo no ha de darnos los socorros necesarios para que se realicen nuestras esperanzas?

Verdad que hay enemigos muy poderosos que nos impiden el arribo á las playas celestiales; pero en cambio tenemos protectores y

auxiliares, aún más poderosos que los enemigos, que nos ayudan y pelean por nosotros contra nuestros crueles adversarios.

Verdad que contentar á Dios es muy difícil; pero la infinita misericordia templa los rigores de la infinita justicia, y Dios se contenta con la ofrenda humilde de los corazones sencillos que ponen en El toda su confianza. Verdad que el camino que conduce á la vida eterna es estrecho y empinado; pero ¿acaso no hay también espinas, y muy punzantes en el camino del mal, que se nos aparece tan ancho y tan llano? ¿Cuántos no se volvieron á Dios hastiados y desengañados del mundo? ¿A cuántos no pusieron en vías de reconciliarse con Dios los sinsabores de la ambición, el hastío de los placeres, el desengaño del amor terreno, las enfermedades que suelen ser efecto de los deleites? Los mismos condenados en el infierno reconocen que llegaron á cansarse de seguir las sendas de la iniquidad. El impío envidia la dulce tranquilidad del justo.

Finalmente, la gracia de Dios es tan poderosa, que vence las voluntades de los más duros; esa gracia, que corre á raudales por los Sacramentos, que nos aplica por medio de la comunión de los santos, los méritos de los justos, y muy especialmente los infinitos de Cristo N. S., triunfa en multitud de ocasiones de las resistencias de la carne, de los halagos del mundo y de las embestidas del demonio, allana todos los obstáculos y nos salva, puede decirse, á despecho nuestro. No abriguemos, sin embargo, una confianza temeraria; si yo me condeno, es para mí como si toda la humanidad se condenase; comprendamos que la

salvación es difícil, pero no imposible, y así pongamos de nuestra parte todo cuanto podamos, observemos la ley santa del Señor, huyamos de los peligros de perdernos, pongamos en práctica los medios que el Señor nos da para hacer cierta nuestra predestinación y estemos ciertos que nos salvaremos, pues es de fe que Dios tiene voluntad verdadera y seria y sincera de salvarnos, que vino á buscar, no justos, sino pecadores, y que no niega su gracia al que hace lo que puede, y dejemos lo demás á la infinita misericordia de Dios.

**Coloquio.**—¡Oh Dios justo y misericordioso! Yo quiero salvarme, cuésteme lo que me cueste. Para mí no hay otro negocio, y todo lo demás me importa poco. Señor, dadme luz para conocer lo que es la salvación eterna, lo que me importa conseguirla y gracia para vencerme y vivir y morir en vuestra gracia.

**Propósitos.** - Acuérdate con frecuencia de aquella palabra: «¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?».

## 30 DE AGOSTO

### Parábola del fariseo y el publicano.

*Preludios.*—Imagínate el mismo precioso argumento de esta parábola, el contraste entre el soberbio fariseo y el humilde publicano, y pide tú ser siempre humilde de corazón.

#### Punto I

*La oración del fariseo.*

Considera cómo el fariseo, puesto en pie en medio del templo con soberbia y arrogancia, oraba diciendo: «Dios mío, gracias te doy porque no soy como los demás hombres, robado-

res, injustos, adúlteros ni como este publicano; ayuno dos días cada semana, y pago diezmos de todo lo que poseo». Aquí se han de considerar los abominables actos de soberbia que descubrió este fariseo en su oración, haciendo reflexión sobre mí para ver si los tengo y para procurar desecharlos.

El primero, fué la insensatez de tenerse por santo y perfecto, de donde procedió que en su oración ninguna cosa pidió á Dios, ni perdón de sus pecados, ni que le conservase ó aumentase sus dones y gracias, como si de esto no tuviera necesidad. El segundo acto fué, con título de acción de gracias, alabarse y jactarse de sus obras buenas, saboreándose en ellas, de modo que con la boca sola daba gracias á Dios, porque con el corazón todo se lo atribuía á sí en la locura de su necia vanidad. El tercero, fué anteponerse á todos los demás hombres, teniéndose por mejor que todos y por de singular virtud, como si él solo fuera bueno entre todos. El cuarto, fué hacer mucho caso de sus buenas obras, aunque eran pequeñas de suyo, porque las comparaba con las malas de los otros, debiendo hacer lo contrario, y solamente hizo caso de cosas exteriores, como era ayunar y pagar diezmos, lo cual hacía por vanidad y jactancia, no reparando en que era sepulcro blanqueado y que dentro de sí estaba lleno de huesos muertos y hediondos de graves pecados. El quinto, fué despreciar á todos los hombres y á su compañero el publicano, teniéndolos en poco; y demás de esto juzgar temerariamente al publicano de que todavía era pecador, debiendo sospechar que estaba arrepentido por las señales que de ello daba. En

todo lo cual, se echa de ver cuán ciego por la soberbia estaba este fariseo y cuán ciega es la vanidad para conocer sus cosas y las ajenas, cual la pinta Cristo N. S. en el *Apocalipsis*, de un prelado semejante á este fariseo, que decía de sí: «Rico soy y no tengo necesidad de cosa alguna». «Y no sabes, dice Cristo, que eres miserable, pobre, ciego y desnudo de todo bien». ¡Oh soberbia abominable! ¡Oh bestia monstruosa, ciega para ver los males que tienes y presuntuosa de los bienes que no tienes! Ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo, porque no te ves á ti, que eres viga que ciega los ojos del alma. Confieso, Dios mío, que he seguido los pasos de este fariseo, que siendo religioso en la profesión, era profano en la vida, mas tu gracia me puede trocar para que mi vida conforme con mi profesión.

### Punto II

*De la oración del publicano.*

Considera, al contrario, la oración del publicano, «el cual puesto en pie, apartado muy lejos de lo superior del templo, no se atrevía ni siquiera á levantar los ojos al cielo, é hiriendo su pecho, decía: «Dios mío, sé propicio á mí, pecador». Aquí se han de ponderar los actos de humildad de este humildísimo publicano, contrarios á los del fariseo, para imitarlos.

El primero, fué tenerse por indigno de estar cerca de Dios, y aun de estar cerca del fariseo, y así se apartó lejos á la parte inferior del templo, escogiendo el postrer lugar de

todos. El segundo, fué no atreverse ni á levantar los ojos al cielo, pareciéndole que ni merecía premio de Dios ni sus obras podían parecer delante de El; y así de vergüenza y confusión tenía sus ojos clavados en tierra. El tercero, fué herir su pecho, mostrando con esto el dolor interior que tenía de sus pecados y el deseo que tenía de castigar su carne por ellos, juntando las tres partes de la humilde penitencia, es á saber: corazón contrito y humillado, humilde confesión de sus pecados y satisfacción del modo que podía. El cuarto, pedir perdón á Dios por sí solo, como si él sólo fuera pecador en el mundo, no juzgando de otros que lo fuesen, ni siquiera del fariseo; y si por ventura oyó las palabras con que le despreciaba, no se indignó contra él, teniéndose por digno de ser despreciado. El quinto, fué confiar mucho en la misericordia de Dios, porque no oró con muchas palabras, pareciéndole que para Dios bastan pocas, y que no está el ser oído en la muchedumbre de ellas. ¡Oh virtud soberana de la humildad, maestra de todas las virtudes, tú me enseñas á amar y confiar en Dios, y á tenerle reverencia y amor, y á no despreciar á nadie, sujetándome á todos, teniéndome por el más vil de todos! ¡Oh, quién imitase á este dichoso publicano, no ya publicano, sino santo, pues su humildad publica su santidad! Con este espíritu del publicano he de repetir muchas veces su breve y fervorosa oración, diciendo: «Dios mío, sé propicio á mí, pecador y grande pecador». Dios, se propicio á este hombre soberbio, á este hombre miserable, impaciente y vengativo.

### Punto III

*De la sentencia de Jesús acerca del fariseo y del publicano.*

Considera la sentencia que Cristo N. S. dió, como rectísimo juez, entre estos dos hombres: «Dígoos de verdad, dice, que este publicano bajó del templo justificado más que el fariseo; porque todo hombre que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado».

Primeramente, ponderaré en esta sentencia cómo Cristo nuestro soberano juez no se paga de cosas exteriores, sino penetra los corazones y las intenciones, y afectos del corazón, de donde nacen las obras; y según éstos, da la sentencia de justificación ó condenación, al revés de los demás hombres, que miran lo exterior solamente, y así se engañan muchas veces. Acostúmbrate, pues, á no fijarte sólo en actos exteriores y obras que caen por de fuera; mira más al interior de ellas, esto es, á la intención pura con que debes hacerlas, pues Dios mira al corazón del hombre y al corazón de sus actos, que es la intención.

Lo segundo, mira cuán poderosa es la humildad y cuán agradable á Dios, pues de públicos pecadores hace hombres muy justos; y al contrario, cuán abominable es la soberbia, pues á los que eran justos pervierte y trueca en grandes pecadores; y la causa es, porque el soberbio, atribuyéndose las virtudes á sí mismo, con vana complacencia las destruye, humillándole Dios porque se ensoberbeció; pero el humilde, atribuyéndose los pecados á

sí, con verdadera displicencia los deshace, ensalzándole Dios porque se humilló.

De aquí subiré á ponderar aquella sentencia general. Todo hombre, de cualquier estado y condición que sea, eclesiástico, seglar ó religioso, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, grande ó pequeño, si se humilla de verdad, será ensalzado; y en lo mismo que se humillare, Dios le ensalzará, ó en esta vida si le conviene, honrándole y acreditándole con los hombres, y engrandeciéndole con sus dones; ó después en la otra vida más copiosamente con esclarecida corona de gloria, colocándole con los príncipes de su reino celestial. Y al contrario, quienquiera de éstos que soberbiamente se ensalzare, será humillado en esta vida ó en la otra. De todo lo cual tengo de sacar amor de la humildad y aborrecimiento de la soberbia; teniendo firme esperanza en esta promesa de Cristo, que por humillarme no perderé la exaltación que me conviniere para mi salvación y temblaré de ensoberbecerme, pues será cierta mi caída y confusión.

**Coloquio.**—¡Oh Jesús mío, yo te ruego que infundas en mi alma sentimientos de humildad semejantes á los que tuvo este publicano que pareció bien á tus ojos, para que mi oración sea, como fué la suya, fuente de purificación para mi alma! No permitas que me ciegue la soberbia del fariseo tan abominable á tus ojos y que sólo aspire yo á merecer que tengas misericordia de mí, pobre y miserable pecador.

**Propósitos.**—Sacaré de esta meditación cuánto me conviene humillarme y desear y buscar que todos me humillen y desprecien, porque ese es el único y más seguro medio de adelantar en virtud y perfección.

## 31 DE AGOSTO

### De la humildad.

*Preludios* —Represéntate al hombre, criatura de Dios y que cuanto tienes es de Dios, y no tuyo, y comprendiendo cuánto motivo hay en esto de humildad, pide á Dios que te infunda esta virtud que es base y complemento necesario de todas las demás.

PUNTO I

*Qué es la virtud de la humildad.*

Considera que cuanto somos y valemos no es nuestro, sino de Dios que gratuitamente nos lo ha dado, y que la humildad es la virtud de sentir y reconocer íntimamente esta ruindad de nuestro sér y aquella grandeza y magnanimidad de Dios que nos ha creado en la condición de criaturas racionales, nos sustenta con su providencia, nos ha redimido con su sangre y vida mortal, nos da su gracia y toda suerte de bienes temporales y eternos. Es, pues, la humildad una virtud que nos acerca muchísimo á Dios por el íntimo reconocimiento de su poder é infinita bondad. Y nos es tan provechosa, que hasta los vicios y pecados mismos se hacen por ella útiles en cierto modo, porque la humilde confesión y la confusión que provocan en el pecador, son muy agradables al Señor, como se ve por el ejemplo del publicano que, siendo un miserable pecador, por la humildad con que confesaba sus culpas, no atreviéndose á mirar al cielo, ni acercarse al altar, mereció ser justificado y que de él hiciese el más cumplido elogio el Hijo de Dios. Por el contrario, sin humildad son vanas, y aun se tornan perniciosas las de-

más virtudes, como sucedió al fariseo que, á pesar de ser un varón cumplidor de la ley y ejecutor diligente de buenas obras, dió entrada en su pecho á la soberbia; y ésta fué como un fuego que consumió, y dejó hecho cenizas todo el mérito que debieran haberle acarreado sus virtudes, las cuales, con el hálito emponzoñado de la soberbia, se emponzoñaron también, y en vez de granjearle la justificación que él vanamente creía haber conseguido, le trajeron la más severa reprobación de Jesús. De suerte, que la humildad transforma en un instante al pecador en justo, y la soberbia convierte al justo en pecador.

Y pondérese con qué admirable misericordia ha puesto Dios en la humildad, y no en la grandeza y en la gloria, la base de nuestra justificación. No todos los hombres pueden ser grandes, ni gloriosos; pero todos pueden ser humildes. No todos pueden elevarse; pero todos pueden abatirse. No todos son capaces de poner por obra grandes propósitos ó resoluciones, ni de practicar excelsas virtudes; no todos pueden estar siempre en oración, ni ayunando siempre, ni socorriendo siempre á los prójimos; pero todos pueden humillarse en la presencia de Dios constantemente. ¡Oh virtud de la humildad, camino llano y fácil de llegar pronto á la cumbre de la santidad! ¿cómo es que no te he practicado siempre?

### Punto II

*De los motivos que tenemos para ser humildes.*

Considera que, reflexionando sobre nosotros mismos desapasionadamente y con sinceridad,

sólo hallaremos motivos de humillarnos ante Dios. Si miramos á nuestro pasado, encontraremos tres motivos principales de humillación: el primero, la nada de nuestro origen, el cual se debió única y exclusivamente á la voluntad divina. No éramos nada, quiso Dios que fuéramos, y fuimos. Nada es nuestro, por tanto, en nuestro origen; todo es de Dios. El segundo, es el pecado original en que fuimos concebidos. Por este pecado fuimos desheredados de la herencia que Dios nos había prometido, y si las consecuencias de este pecado se borraron en nosotros por el bautismo, tal reconquista no la hicimos nosotros, ni la hicieron nuestros antepasados, ni la hizo nuestro linaje; es otro don absolutamente gratuito que debemos á Dios. ¿Qué motivo hay en esto para enorgullecernos? Por el contrario, sí lo hay, y grande, para humillarnos profundamente. El tercer motivo son los innumerables pecados que hemos cometido durante nuestra vida. ¡Cuántas veces he merecido el infierno! ¡Cuántas veces me he rebelado con horrenda ingratitud contra mi Creador, Conservador y Redentor! ¡Cuántas veces he escupido, como los infames sayones, al rostro dulcísimo de Jesús! ¡Cuántas veces he desgarrado su costado con la lanza de mis iniquidades, y he clavado en sus sienes las espinas de mi maldad! ¡Cuántas veces he desgarrado su Corazón santísimo con mis afrentas, con mi desvío, con mi desamor! ¿Y no me humillo? ¿Y no me confundo? ¿Y me atrevo á levantar la vista del polvo de la tierra?

Pues si miro á mi estado presente, ¿qué he de hallar, sino motivos innumerables de hu-

millarme más y más? Observo en mí tal carencia de fuerzas espirituales, que para todo lo bueno soy impotente. Y si mi voluntad es flaca, debilísimo es mi entendimiento, que difícilmente puede, sin la luz divina, discernir lo bueno y lo malo, envuelto en tantas sombras y en tinieblas tantas y tan espesas, que ni aun la misma claridad del cielo puede á veces disiparlas. Aun en lo poco bueno que hago, no por mí solo ciertamente, sino ayudado y como empujado por la divina gracia, he de poner la levadura de mis imperfecciones; y así no hay obra que me resulte cabal, ni empresa que pueda decir acabada y perfecta: no así las obras y empresas malas, que para éstas tengo tal arte, que las hago y llevo á término como si no fuera yo, sino el demonio, el que las hiciera, sirviéndose de mí como de adecuado y perfecto instrumento para ellas. Mirando á lo por venir, ¿cómo puedo tampoco envanecerme? Mi cuerpo, que ahora tanto regalo, pasto será de gusanos inmundos; y de mi alma, ¿qué será? ¿Seré yo de los réprobos? ¿Me condenaré? Si bien lo examino, mis obras no piden otra cosa. ¿Merezco yo, acaso, un auxilio extraordinario de la gracia divina? La soberbia, pues, en el hombre, es una verdadera locura, y una mentira: es ignorarse á sí mismo y desconocerse por completo y olvidarnos que todo lo bueno lo hemos recibido de Dios y que Dios nos lo puede quitar; y al contrario, la humildad es la verdad, la que nos coloca en el lugar que merecemos y nos hace concebir justa idea de nosotros. Aplícate, pues, á ser humilde y tendrás la base de todas las virtudes que no pueden existir sin ella.

Pide á Dios N. S. la luz del propio conocimiento, seguro de que si te conoces á ti mismo, no tendrás más remedio que ser humilde de corazón.

### Punto III

*De la necesidad de ser humildes.*

Considera por último, que para ser humildes verdaderamente, es preciso que nosotros mismos busquemos la humillación y nos humillemos como enseña San Bernardo, y si no nos humillamos, no nos asemejaremos á Jesucristo que se humilló hasta el polvo de la tierra, aceptando, no sólo el cáliz colmado de todos los dolores, sino el de todas las afrentas é ignominias, y quiso, no sólo ser azotado y crucificado, sino tenido por el más vil de los hombres, burlado como un loco, escupido, befado, escarnecido y puesto en la cruz entre dos miserables ladrones, hecho la befa y escarnio de la ruin muchedumbre. Y si Jesús se humilló hasta este punto, no teniendo El ningún motivo de humillarse, antes por el contrario, con infinitos motivos de ensalzarse y glorificarse, ¿cómo es que yo, con tantos motivos de humillarme, sólo ansío mi propia glorificación, y en todo quiero hallar peldaños para encaramarme sobre mis prójimos, y que me vean en alto, y me aplaudan y ensalcen? ¿Cómo, siendo como soy, tan ruin y pobre, apetezco pasar por algo, y siendo tan ignorante gusto que me tengan por sabio, y hallándome enredado en tantos vicios, manchado por tantos pecados, cubierto con la lepra de tantas imperfecciones, pretendo que se me tenga y respete por

santo ó, por lo menos, por varón virtuoso? Soy peor que el fariseo que despreciaba al publicano; porque desde lo alto de mi soberbia desprecio al publicano y al fariseo juntamente, y contra todo lo que tiende á humillarme, me revuelvo como una víbora.

Y si no me humillo, no soy humilde, y si no soy humilde, no me parezco á Cristo N. S., y no me puedo salvar, ni obedezco al Evangelio, ni voy por el único camino de los Santos, ni Dios me dará sus gracias, ni seré agradable á sus ojos, y todas las virtudes que crea poseer serán vanas apariencias y simulacros que de nada me han de aprovechar; me engaño miserablemente si me precio de ser casto, devoto y limosnero, no poniendo á estas y á todas las demás virtudes el sólido cimiento de la humildad, porque al menor soplo de la tentación ó acometida del infierno, caerá el castillo que se ha levantado sin este cimiento de roca viva. Humillémonos, pues, y aceptemos, como don divino, las humillaciones que nos imponga la vida; porque escrito está: «el que se humilla, será ensalzado».

**Coloquio.**—¡Oh humildísimo Jesús, yo te ruego que me des tu gracia para que ame la virtud de la humildad, y ansíe las humillaciones para parecerme á Ti que en todo buscaste la humillación, y que yo mismo me humille como te humillaste Tú! Enséñame esa virtud soberana, para que yo sea como Tú, humilde, no sólo de palabra, sino de corazón, ya que la humildad es el corazón de las virtudes, la que me enseña á amarte, á desconfiar de mí y á ser apto instrumento de tu gloria, pues para ello sólo te sirves de los humildes y pequeños á sus ojos.

**Propósitos.**—Busca siempre y en todo el último lugar, que si eres humilde verás que ese es el que te pertenece por derecho propio.

# MEDITACIÓN

PARA LA FIESTA DEL

## DULCÍSIMO CORAZÓN DE MARIA

(Domingo después de la Octava de la Asunción.)

*Preludios.*—Mira el Corazón purísimo de María como un sol que ilumina toda la tierra con los rayos de sus virtudes, y pídele gracia para conocer los tesores de virtud y de bondad que encierra ese dulcísimo Corazón.

### Punto I

*El purísimo Corazón de María es el más semejante, por la gracia, al Corazón de Jesús.*

Considera que Dios desde la eternidad, tenía determinado para la salvación de los hombres, que el Verbo se hiciera carne en las purísimas entrañas de una Virgen, que habría de darle á luz sin detrimento de su inmaculada pureza y criarle á sus virginales pechos, siendo por estas condiciones inherentes á la maternidad, el principio de la vida humana y sensible del Hijo de Dios. Pondera el exquisito cuidado con que el Padre Eterno formaría el alma de la que había escogido para madre de su Hijo, y cómo comenzó por preservarla desde el primer instante de su sér natural de la mancha del pecado original, siendo esta gracia especialísima como la fuente de todas

las demás y la mejor de todas, pues aun antes de haberse llevado á término la redención del linaje humano, María ya estaba redimida, con una redención más noble que es la que preserva de la caída, y por aquella gracia tan extraordinaria vino al mundo exenta de pecado y de las responsabilidades que el pecado engendra.

De aquí podrás deducir sin esfuerzo alguno, que no habiendo criatura tan unida al Verbo divino, ni en la mente de Dios, ni en su destino, tampoco la hay que por la gracia se asemeje á Jesucristo tanto como María. El corazón de esta amorosa Madre ha de ser, pues, el más semejante que exista al sacratísimo Corazón de Jesús, pues mientras estuvo en las entrañas de María, recibió del Corazón de la Virgen santísima su sangre y todos los elementos de la vida humana y sensible.

Ahora bien: si consideras que el Corazón de Jesús es el modelo único de toda perfección, como formado por Dios mismo, has de deducir que después de él no puede haber otro tan perfecto como el Corazón de María, que fué, por decirlo así, el boceto trazado por Dios para formar el Corazón de su divino Hijo, como lo declara San Agustín al manifestar que en el Corazón de María quiso Dios hacer el ensayo del Corazón de Jesús, así como, según Tertuliano, al crear al primer hombre quiso hacer el ensayo del Cristo futuro.

Un ingenio de la antigüedad imaginó una bella ficción, según la que la naturaleza, queriendo hacer el lirio, rey de los valles, quiso antes ensayarse en otra flor é hizo la azucena. Del mismo modo puede decirse que Dios,

antes de formar el corazón de Jesús, quiso producir el de María, así como al sol precede la aurora, y de aquí estas palabras de la Sagrada Escritura: «Tú fabricaste la aurora y el sol», que muy bien pueden ser figura de la formación del purísimo Corazón de María, á modo de aurora del sol resplandeciente del sacratísimo Corazón de Jesús.

Además, es el más semejante en gracia, porque el Corazón de Jesús es el manantial de toda gracia, pero al Corazón de María le alcanzó tanta, que el ángel llamóla llena de gracia, y tiene tanta, que la de todos los santos y ángeles juntos, es menor que la suya y eso ya en su concepción. Porque claro, que si el corazón es el compendio del hombre, y todo hombre es lo que es su corazón, las infinitas gracias y privilegios de María que sólo reconocen superiores en el Corazón de Jesús, se compendian todas en el Corazón de María. Admírate de tantas grandezas, y sabiendo que es el Corazón de tu Madre, anímate al amor y á la confianza en aquella Virgen que Dios ha puesto para que sea vida, dulzura y esperanza de todos los hombres.

### Punto II

*El Corazón de María el más semejante por las virtudes al Corazón de Jesús.*

Considera que si el Corazón purísimo de María es el que tiene mayor semejanza con el sacratísimo Corazón de Jesús por la gracia, es igualmente el más semejante á ese deífico Corazón por las virtudes, y como la base de todas ellas es la humildad, examinada la del

purísimo Corazón de María, tendrás el compendio de todas las demás en que sobresalió sobre toda ponderación la Virgen santísima, asemejándose en ellas á su divino Hijo cual ninguna criatura podía asemejársele.

Para ello, considera en qué consistió esa humildad en el sacratísimo Corazón de Jesús, y si el temor de escudriñar tan elevados misterios no te detuviera, desde luego dirías que la forma más alta de la humildad del Corazón de Jesús consiste en la Encarnación: no sólo porque el Verbo se abaja hasta el hombre, sino porque la humanidad destituída de toda acción propia deja obrar á la divinidad, siendo causa la unión hipostática de que la humanidad no viva, ni subsista por sí misma, sino por el Verbo, que viene á ser su vida y principio de sus acciones. Y ese estado de anonadamiento consentido y querido es la expresión más perfecta de la humildad que consiste en no ser nada, para que Dios lo sea todo y en serlo todo por Dios.

¿Pero quién sino María imitó hasta un grado tan perfecto esa virtud del corazón, en lo que la abate y en lo que la eleva y ensalza? María ve que el ángel la ensalza llamándola llena de gracia, ve que todo un Dios estaba enamorado de ella, y tan alta elevación la abisma en lo profundo de su nada. «He aquí la esclava del Señor—exclama.—Hágase en mí según tu palabra». Compara estas frases con la soberbia del ángel, que quiso ser el primero, y la soberbia le hizo el último, y admira la humildad de la santísima Virgen que quiere ser esclava y por esta humildad llega á ser Madre de Dios, y tan semejante á El, que ella

misma le ha formado á su semejanza. San Bernardo, enamorado de esa maravillosa humildad, dice que por ella era justo que llegase á ser madre de Dios, y San Agustín, San Juan Damasceno y otros Padres de la Iglesia están conformes en declarar que el momento de la elevación de María á la divina maternidad fué cuando dijo: «He aquí la Esclava del Señor». Esas palabras subieron hasta el trono de Dios y le robaron el corazón. ¿Y por qué esas palabras y no otras? Porque María al pronunciarlas, entraba en la perfecta imitación del Eterno Padre que produce al Verbo por el conocimiento de sus perfecciones. La viva y substancial imagen que forma de lo que tiene dentro de sí y que llamamos Verbo, es su único Hijo, y de aquí que debiendo concebir y dar á luz al mismo único Hijo del Padre, imite la Madre la manera de proceder del Padre. Contempla María y conoce, no su sér, sino su nada como criatura; no su grandeza como Señora, sino su bajeza como esclava, y conociendo esto, concibe la eterna verdad que es el Hijo de Dios, y de este modo su humildad la anonada y ensalza á un tiempo mismo. El mismo Cristo ha declarado este doble nacimiento con las siguientes palabras: «Yo soy el primero y el último». El primero, porque he nacido del Padre por el conocimiento de su grandeza; el último, porque he sido engendrado por mi Madre por el conocimiento de su nada. Es la Madre un sér corruptible, y no obstante, Jesús es igualmente Dios cuando sale del seno de su Madre, anonadado en lo profundo de su humildad, como cuando es engendrado eternamente por el Padre entre nubes de gloria.

La humildad del Corazón de María es la copia más acabada de la humildad del Corazón de Jesús, y en ella está la verdadera grandeza de la santísima Virgen, pues todos los privilegios de su Concepción, de su maternidad, de su nobleza y de su hermosura proceden del Corazón, que es el foco de su amor, el ara de sus sacrificios y el sagrario, en una palabra, del adorable Corazón de Jesús. Y si de la humildad pasas á la bondad, á la mansedumbre, á la pureza, á las virtudes todas que constituyen la santidad, verás que no hay ni puede haber corazón más semejante al de su Hijo que el de María. Porque las virtudes todas son fruto y obra de la gracia, porque la santidad consiste precisamente en asemejarse á Cristo N. S. por la imitación de sus virtudes, y porque sería injuriar al Hijo el suponer que con alguna criatura ha sido más generoso que con aquella de la que tomó hasta la sangre que anima y vivifica su sacratísimo Corazón. ¡Oh María, espejo de toda justicia y trono de toda santidad! dame á conocer los tesoros que encierra tu Corazón para que te ame sobre todas las cosas después de tu divino Hijo Jesús.

### Punto III

*El Corazón de María el más semejante por su misericordia al Corazón de Jesús.*

Considera, en primer lugar, que así como Cristo vino al mundo por María, del mismo modo tienen todos los hombres que volver á Dios por Ella, y por eso se la llama casa, puerta y escala. Casa, por la Concepción del Verbo; puerta, por su Nacimiento, y escala,

porque por Ella hemos de subir á la gloria, pues habiendo por Ella recibido la gracia, por Ella hemos de recibir sus aplicaciones.

Piensa, además, que el Corazón de Jesús es la fuente de donde todas las gracias dimanan; pero esa fuente necesita un canal, que es el Corazón purísimo de María, cuya misericordia es copia fiel de la misericordia del Corazón de Jesús, y aún tiene algo que hace esa misericordia singularísima y nacida del propio Corazón de María, pues si Jesús se inmoló por amor á los hombres, María, por ese mismo amor, consintió en la inmolación de su Hijo, sacrificio para una madre más que el de la propia vida, pues no hay una madre digna de este nombre que no esté dispuesta mil veces á perder la existencia antes que consentir que padezca el fruto amado de sus entrañas. Y María, no sólo lo consintió, sino que le crió para que su divino Hijo padeciera y muriera por los hombres; y para que á nadie pudiera caberle el más leve asomo de duda acerca de este acto de abnegación sublime, á pocos días del Nacimiento del Verbo hecho carne ratificó de una manera pública el compromiso de entregarle á la muerte para la salvación de los hombres, al escuchar la profecía del anciano Simeón, en que aquella muerte fué anunciada, haciendo ver á la Virgen Madre, de una manera anticipada, el cúmulo de dolores que, como cruel espada, habrían de atravesar su Corazón cuando llegase la hora en que su Hijo amado sufriera Pasión y muerte para libertar á los pecadores de la esclavitud del demonio.

Mira, pues, si cabe mayor semejanza en punto á misericordia entre el Corazón de Je-

sús y el de María. Jesús se sacrifica por los hombres, dándoles su propia vida y María entrega para el mismo fin mucho más que su vida, pues entrega la vida de su Hijo, tanto más amado cuanto que no se trataba sólo de un hijo según la carne, sino de un Hijo divino, hacia el que sentía además de la ternura propia de una Madre, el amor más puro que jamás criatura alguna haya sentido por su Creador.

Abre tu pecho á la esperanza, porque ¿quién puede temer teniendo tal Madre? Pues María lo es tuya, y por hijo te adoptó en la persona del discípulo Juan al pie de la cruz. Acude, pues, á su Corazón amantísimo, que sólo por este medio obtendrás las gracias y virtudes de que tanto necesitas, ya que toda gracia viene á la tierra por Dios á Jesucristo, por Jesucristo á María y por María á los hombres. Piensa, por último, para alentarte á acudir á ese purísimo Corazón, que María desde la Encarnación del Hijo de Dios tiene cierta jurisdicción sobre el Corazón de su Hijo, y por eso es con justicia llamada Refugio de los pecadores y Consuelo de los afligidos, pues su intercesión es decisiva y poderosa, si tu voluntad no opone á ello tenaz resistencia para que Dios te perdone todas tus culpas y te socorra en todas tus necesidades, según mejor convenga á la salvación de tu alma.

**Coloquio.**—¡Oh Corazón misericordioso de la Reina más compasiva, de la Madre más tierna, y de la Abogada más poderosa, conducto por el que se comunican á los hombres todas las gracias del cielo! ¿Es posible que tanto tiempo haya estado alejado de ese abundantísimo raudal de todas las bondades? Perdonadme, Madre mía, y haced que de hoy en adelante acuda incesantemente á vuestro

purísimo Corazón, donde Jesús ha depositado todos los tesoros de sus misericordias. Derramadlas sobre este pobre hijo vuestro, para que imitadas las virtudes de vuestro Corazón y bebiendo á raudales del torrente de sus gracias, logre mi corazón parecerse al vuestro en las virtudes y en los merecimientos.

**Propósitos.**—Refúgiate, como en puerto de salvación en todos tus peligros, en el purísimo Corazón de tu Madre.

FIN DEL TOMO CUARTO

# ÍNDICE

## JULIO

1 *Jornada de la santísima Virgen á casa de Santa Isabel*. . . . . 5

I. Caridad de Jesús.—II. Cooperación de nuestra Señora en la santificación del Bautista.—III. Obediencia de María santísima.

2 *Sobre la Visitación de la santísima Virgen á su prima Santa Isabel*. . . . . 10

I. Poder de la intercesión de María.—II. Inspiración de Santa Isabel, y alabanzas que tributó á nuestra Señora.—III. Humildad y piedad de la Virgen Santísima.

3 *Sobre el cántico "Magnificat".—(Primera parte)*. . 15

I. María engrandece y alaba al Señor.—II. La humildad de María, origen de su exaltación.—III. Grandezas de María, Madre de Dios.

4 *Sobre el cántico "Magnificat".—(Segunda parte)*. . 21

I. Alabanzas que debemos tributar á Dios por su gran misericordia.—II. Debemos ensalzar al Señor por su admirable justicia.—III. Providencia y fidelidad de Dios, y alabanzas que por ellas le debemos.

*(Meditaciones sobre la vida pública de Cristo N. S.)*

5 *De la vida exterior de Jesucristo*. . . . . 26

I. De la vida exterior y de la modestia divina de Jesucristo.—II. De la conversación de Jesucristo en medio

de sus discípulos.—III. La vida exterior de Jesucristo en el mundo.

6 *Del celo de Cristo N. S. por la salvación de las almas* . . . . . 36

I. Condiciones del celo de Jesucristo.—II. Excelencia del celo de la salvación de las almas.—III. Motivos que nos obligan á combatir por Jesucristo y á ganarle almas.

7 *Envía Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos á predicar* . . . . . 43

I. De la caridad de Cristo S. N. al enviar á sus Apóstoles á predicar.—II. De las virtudes que encomendó Cristo á sus Apóstoles.—III. De otros encargos que hizo Jesús á sus Apóstoles.

8 *Cristo arroja del templo á los mercaderes.* . . . 49

I. Celo y fortaleza de Cristo N. S.—II. De cómo Cristo en otra ocasión también echó del templo á los mercaderes, y de otro modo que antes.—III. Nuestro espíritu es templo de Dios.

9 *Sobre el respeto en el templo.* . . . . . 54

I. El templo, casa de Dios.—II. De la gravedad que encierran las irreverencias en el templo de Dios.—III. De tres causas de las faltas de respeto en el templo.

10 *De la ilustre confesión que hizo San Pedro de la divinidad de Jesucristo.* . . . . . 62

I. Pregunta Cristo N. S. á sus discípulos: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?„—II. "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.„—III. Respuesta y promesa divina de Cristo N. S. al apóstol San Pedro.

11 *De nuestra fervorosa y valiente confesión de la divinidad de Jesucristo.* . . . . . 71

I. La fe toda se funda en la confesión de la divinidad de Jesucristo.—II. De otras pruebas de nuestra fe cer-

tísima en la divinidad de Jesucristo.—III. La augusta persona de Jesucristo prueba su divinidad.

12 *Del amor ardentísimo á nuestro Señor Jesucristo, como fruto de la fe viva en su divinidad.* . . 81

I. Para amar ardientemente á Jesucristo, hay que aprender á conocerle.—II. Debemos amar á Jesucristo sobre todas las cosas.—III. La recompensa que se obtiene amando á Jesús.

13 *De la fundación de la Iglesia con todos los medios necesarios para la salvación, y cuán soberano sea este beneficio.* . . . . . 89

I. De la bondad de Dios para con los hombres en el establecimiento de la Iglesia.—II. De los medios que Dios ha puesto en su Iglesia para salvación del hombre.—III. Que fuera de la Iglesia de Cristo no hay salvación.

14 *De la vocación de Dios para entrar en la Iglesia y recibir la gracia de la justificación.* . . . 95

I. Cuántas y cuán preciosas son y dignas de estima las inspiraciones de la gracia.—II. De los medios maravillosos con que la gracia llama á los hombres á salvarse y santificarse en el seno de la Iglesia.—III. Razones para corresponder prontamente á las inspiraciones de la gracia.

15 *De la bondad de Jesucristo N. S. en instituir en su Iglesia los siete sacramentos para la justificación de los hombres.* . . . . . 101

I. De los fines por los que Jesucristo N. S. instituyó los siete sacramentos en su Iglesia.—II. Sobre la maravillosa excelencia de los sacramentos.—III. De cómo Jesucristo ofrece la gracia de los sacramentos con generosidad maravillosa.

16 *Festividad de la virgen del Carmen.* . . . . . 106

I. El escapulario del Carmen prenda de salvación.—

II. Es preciso vivir cristianamente para disfrutar de los privilegios del escapulario de la Virgen del Carmen.—III. De otras condiciones para llevar con fruto y con gloria el santo escapulario.

17 *De la petición que hicieron á Jesús los hijos del Zebedeo.* . . . . . 110

I. De cómo los hijos del Zebedeo, se llegaron á Cristo y le pidieron una merced.—II. De la maravillosa respuesta de Cristo N. S.—III. Ofrecimiento generoso de los hijos del Zebedeo.

18 *Sobre los males y peligros de la ambición.* . . . . 117

I. Lo que es esta pasión en el pecho de los mortales.—II. Jesucristo N. S. condena con sus palabras y sus ejemplos la ambición del corazón humano.—III. De los males que causa al alma la ambición.

*(Meditaciones sobre las bienaventuranzas.)*

19 *De las circunstancias que concurrieron en el sermón del monte.* . . . . . 122

I. Misterio que encierra este divino sermón.—II. Jesucristo eterno maestro, legislador y consejero de los hombres.—III. Sobre el tema del divino sermón del monte.

20 Primera bienaventuranza.—*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* . . . . . 127

I. Naturaleza y actos de la pobreza de espíritu.—II. Ejemplo de Cristo pobrísimo.—III. Premio que promete N. S. á los pobres de espíritu.

21 *Del excesivo apego á los bienes de la tierra, como opuesto á la primera bienaventuranza.* . . . . 133

I. Los ricos, según el Corazón de Dios.—II. Oposición del espíritu de Cristo con el espíritu del cristiano ava-

riento y ambicioso.—III. De los remedios de la avaricia.

22 *Fiesta de Santa María Magdalena*.. . . . . 141
I. María Magdalena, modelo de penitentes.—II. María Magdalena, modelo de amantes verdaderos de Jesús.—III. Cómo Cristo N. S. pagó las lágrimas y el amor de María Magdalena.

23 Segunda bienaventuranza.—*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*.. . . 149
I. Qué es la mansedumbre beatificada por Cristo.—II. Jesucristo modelo perfectísimo de mansedumbre.—III. Premio de la mansedumbre.

24 *De la pasión de la ira, como opuesta á la segunda bienaventuranza*. . . . . 156
I. Qué sea la pasión de la ira.—II. Males y castigos de la ira.—III. De los bienes que trae consigo el vencimiento de esta pasión.

25 *Festividad del Apóstol Santiago*. . . . . 162
I. Cuán difícil es de entender el misterio de la cruz.—II. Santiago fué fiel á la doctrina de la cruz de Cristo, bebiendo el cáliz del Salvador.—III. Santiago participó del cáliz del Señor y nosotros debemos imitarle.

26 Tercera bienaventuranza.—*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. . . 167
I. Felicidad de las lágrimas cristianas.—II. El ejemplo de Cristo N. S.—III. Consuelos de los que lloran.

27 *De las locas alegrías del mundo, en oposición con la tercera bienaventuranza*.. . . . . 172
I. De la oposición que existe entre el espíritu cristiano y las falsas alegrías del mundo.—II. Condiciones de los placeres y diversiones para que no sean criminales y pecaminosos.—III. De la desgracia de los mundanos aun en los mismos placeres del mundo.

28 Cuarta bienaventuranza.—*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.* . . . . . 180

I. En qué consiste esta cuarta bienaventuranza.—II. De la obligación de aspirar á esta cuarta bienaventuranza.—III. Del premio de esta bienaventuranza.

29 *Del hastío y tibieza espiritual como opuesta á la cuarta bienaventuranza.* . . . . . 187

I. Malicia de la tibieza espiritual.—II. Peligros del alma tibia.—Remedios de la tibieza.

30 Víspera de San Ignacio de Loyola.—*La mayor gloria de Dios.* . . . . . 195

I. De la alteza y sublimidad de la gloria de Dios.—II. Debemos hacerlo todo para gloria de Dios.—III. De los medios de ejercitar el celo por la gloria de Dios.

31 *San Ignacio de Loyola.* . . . . . 203

I. San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios.—II. San Ignacio no buscó más que la gloria de Dios.—III. San Ignacio sólo buscó en todo la mayor gloria de Dios.

## AGOSTO

1 Quinta bienaventuranza. — *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* . . . . . 211

I. Explicación de esta quinta bienaventuranza.—II. De las condiciones de la misericordia y caridad cristianas.—III. De los motivos para ejercitar la misericordia.

2 Sexta bienaventuranza. — *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.* 219

I. De la excelencia de la pureza de corazón.—II. De los privilegios que Dios concede á las almas puras.—III. De los medios de conservar la pureza de corazón.

3 *De la pasión de la impureza, como vicio opuesto á la sexta bienaventuranza.* . . . . . 223

I. De la ceguedad con que Dios castiga este pecado.—II. De los lazos que arman el mundo, el demonio y la carne, contra la pureza del corazón.—III. De los medios de evitar los peligros contra la pureza.

4 Séptima bienaventuranza.—*Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.* . . . . . 231

I. De la excelencia de la paz interior del alma.—II. El ejemplo de Cristo N. S.—III. Sobre el soberano premio de esta bienaventuranza.

5 *De los pecados opuestos á la séptima bienaventuranza.* . . . . . 235

I. La murmuración, enemiga de la paz.—II. La envidia, enemiga de la paz.—III. La mentira como enemiga de la paz.

6 Octava bienaventuranza.—*Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* . . . . . 243

I. Motivos de esta bienaventuranza.—II. Ejemplo de Cristo N. S.—III. Del premio que se promete á esta octava bienaventuranza.

## NOVENA

### EN HONOR DE LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

7 *De los ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen N. S. después de la venida del Espíritu Santo.* . . . . . 248

I. Pobreza y obediencia de María.—II. Castidad de María, y virtudes que guardan y esmaltan aquella virtud.—III. Oración y contemplación de nuestra señora.

8 *De otros admirables ejercicios de virtud en que*

*se ocupó la Virgen N. S., después de la venida del Espíritu Santo.* . . . . . 254

I. Encendida caridad de nuestra Señora.—II. Paciencia y fortaleza de María santísima.—III. Perfección de la caridad de la santísima Virgen.

9 *De la heroica humildad de la Virgen N. S., por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.* . . . . . 260

I. Humildad en el silencio.—II. Humildad en las alabanzas.—III. Humildad en la sujeción y obediencia.

10 *De otras manifestaciones de la heroica humildad de María santísima, por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.* . 265

I. Humildad en el servicio de los demás y en la renuncia de honores.—II. Humildad en las humillaciones de la pobreza y en las injurias.—III. Humildad en las afrentas y desprecios.

11 *Del glorioso tránsito de la Virgen N. S.* . . . 271

I. De los encendidos deseos que la Virgen tenía de ir al cielo.—II Maravillas que precedieron á la muerte de la santísima Virgen.—III. Muerte de la santísima Virgen.

12 *De la Asunción de la Virgen cuanto al cuerpo, y del lugar que ocupa en el cielo empíreo.* . . 278

I. Incorrupción del cuerpo de María.—II. Resurrección del cuerpo de nuestra Señora.—III. Asunción de María santísima en cuerpo y alma al cielo.

13 *De la entrada de nuestra Señora en el cielo y de su gloria esencial.* . . . . . 284

I. Partida de nuestra Señora.—II. Llegada de la Virgen al cielo.—III. Gloria esencial del alma de María.

14 *De la coronación de María santísima.* . . . . 290

I. Corona de potestad, de sabiduría y de caridad.—II. Coronas de gloria accidental.—III. Corona de virtudes.

15 *De la gloria de la Virgen santísima en este hermoso misterio.* . . . . . 295

I. El misterio de la Asunción, plenitud de la santidad de María.—II. El misterio de la Asunción, plenitud de la gloria de María.—III. El misterio de la Asunción es el fundamento de nuestra confianza.

16 *De la perfección de la ley evangélica que Cristo N. S. publicó en el sermón del monte.* . . . 299

I. De la exactitud con que hemos de guardar la ley de Cristo N. S.—II. De la perfección á que nos exhorta Cristo N. S. en la observancia de su ley.—III. De la soberana perfección de la ley evangélica.

17 *Sobre la oración del "Padre nuestro„.* . . . . . 307

I. Dios N. S. es Padre.—II. "Padre nuestro„.—III. "Que estás en los cielos„.

18 *De las tres primeras peticiones del Padre nuestro.* . . . . . 313

I. Primera petición.—II. Segunda petición.—III. Tercera petición.

19 *De las últimas peticiones del Padre nuestro.* . . 319

I. Cuarta petición.—II. Quinta petición.—III. De las dos últimas peticiones.

*(Meditaciones sobre las parábolas de Cristo N. S., y sus aplicaciones.)*

20 *Parábola del sembrador.* . . . . . 326

I. De cómo salió el sembrador á sembrar la semilla.—II.—De la semilla que cayó en tierra mala.—III. De la semilla que cayó en tierra buena.

21 *De la necesidad de oir la palabra divina.* . . . 333

I. La palabra divina es necesaria para nuestra salvación.—II. De cómo hay que oir la palabra divina.—III. Del fruto de la palabra de Dios.

22 *De los obstáculos que pone el hombre á la palabra divina.* . . . . . 339

I. El hastío de la palabra de Dios.—II. El abuso de la palabra de Dios.—III. La resistencia á la palabra de Dios.

23 *Parábola del hijo pródigo.*—(Primera parte.) *La fuga del pródigo de la casa paterna.* . . . 346

I. Desórdenes del pródigo.—II. De la vida del pródigo lejos de su padre.—III. De las tristes consecuencias del libertinaje del pródigo.

24 *Parábola del hijo pródigo.*—(Segunda parte.) *La vuelta del pródigo á la casa paterna.* . . . . 352

I. La conversión del pródigo.—II. Acogida que el pródigo recibe de su padre.—III. De las quejas del hermano del pródigo.

25 *De la misericordia de Dios con los pecadores.* . . 359

I. De la excelencia de la misericordia de Dios.—II. De la grandeza y extensión de la misericordia de Dios.—III. De la misericordia de Dios para con los pecadores.

26 *De la misericordia de Dios con los justos.* . . . . 367

I. De la infinita misericordia de Dios con los justos.—II. De los modos cómo Dios manifiesta su misericordia con los justos.—III. De otros modos con que manifiesta el Señor su misericordia con los justos.

27 *Parábola del Padre de familias y los obreros.* . 373

I. De la viña del Padre de familias.—II. De la recom-

pensa de los obreros.—III. Del corto número de los predestinados.

28 *Festividad de San Agustín* . . . . . 379

I. San Agustín llamado y combatido por la gracia.—II. La gracia rinde el corazón de San Agustín.—III. La gracia triunfa del corazón de San Agustín.

29 *Sobre la dificultad de salvarse*. . . . . 388

I. De lo que nos importa el asunto de la salvación.—II. La salvación es muy difícil.—III. La salvación no es imposible.

30 *Parábola del fariseo y el publicano*. . . . . 394

I. La oración del fariseo.—De la oración del publicano.—III. De la sentencia de Jesús acerca del fariseo y del publicano.

31 *De la humildad*. . . . . 400

I. Qué es la virtud de la humildad.—II. De los motivos que tenemos para ser humildes.—III. De la necesidad de ser humildes.

*Fiesta del dulcísimo Corazón de María.—(Domingo después de la Octava de la Asunción)*. . . . 407

I. El purísimo corazón de María es el más semejante, por la gracia, al Corazón de Jesús.—II. El corazón de María el más semejante, por las virtudes, al Cora de Jesús.—¡III. El Corazón de María el más seme. jante, por su misericordia, al Corazón de Jesús.

A. M. D. G.

44973